



MARTA FRANCÉS

**CONTROLANDO**

*a la*

**ESTRELLA**

# **CONTROLANDO a la ESTRELLA**

*(Love me, Pop Star 1)*

Jennifer Scott es cantante.

Jennifer Scott es una estrella.

A Jennifer Scott le encanta salir de fiesta.

Su representante está cansado de aguantar los escándalos de su tren de vida, de verla ocupando portadas de revistas y portales de internet con fotos de sus fiestas y su descontrol.

Una cláusula de su contrato le da vía libre para fichar a alguien que la controle e impida que siga comportándose así. David Hill entra de lleno en la vida de Jennifer para compartirla las veinticuatro horas del día, pero ella no pretende ponerle las cosas fáciles.

Jennifer es malhablada, caprichosa

e impulsiva. David es firme, arrogante y demasiado atractivo. Se atraen, se odian, se desean y querrían matarse... ¿Podrán luchar contra los sentimientos que despiertan el uno en el otro?

Marta Francés©2016

**Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera conciencia.**

**Primera Edición:** Febrero 2016

**Imagen de la portada:** Shutterstock

**Fotocomposición:** Poppy Pots

Design©

**Título Original:** Controlando a la estrella

**Del texto:** Marta Francés©

**Corrección morfosintáctica y de estilos:** Tara Howell©

**De esta edición:** Red Apple Ediciones©

Marta Francés © 2016

**ISBN: 978-84-944283-8-8**

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet — y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o préstamos públicos.

Para Raquel.

Disfruta de la película.

La vida es corta.

Rompe las reglas, perdona rápido, besa lento, ama de verdad, ríete sin control y nunca dejes de sonreír, por más extraño que sea el motivo.

Puede que la vida no sea la fiesta que esperábamos, pero mientras estemos aquí... **BAILEMOS.**



# *Uno*

Era totalmente imposible que se hubieran enterado de que ella iba a estar allí. Nadie más que la gente de su equipo sabía que esa tarde tenía que estar en el Four Seasons de Nueva York. Los malditos paparazzi siempre se enteraban de todo.

—No entiendo qué hacen aquí esos carroñeros —exclamó observándolos desde el asiento trasero del coche.

—No te preocupes, Jen —dijo William desde el asiento de delante—. Yo me encargo.

El BMW de color negro con cristales tintados se detuvo en la puerta del hotel. Todos los paparazzi se quedaron observando con las cámaras preparadas para comenzar a lanzar mil flashes en cuanto el ocupante del vehículo bajara ante ellos. William salió del interior, se ajustó las gafas negras y se dirigió a la puerta trasera. Ella se puso sus enormes gafas de Dolce & Gabbana, subió un poco más la cremallera de su cazadora de cuero negra y se peinó con los dedos. William abrió la puerta y ella salió al exterior. Una ráfaga de flashes la cegó por completo pero rápidamente, los brazos de William alrededor de su cintura guiándola hacia la puerta del hotel, la

ayudaron a centrarse.

—¡Jennifer! ¡Jennifer! —Gritó una de las hienas—. ¿Ha quedado aquí con el señor White?

—¿Es cierto que van a casarse dentro de unas semanas tal y como ha asegurado InTouch?

—¿Qué hay de cierto en las afirmaciones de que se ha sometido a una operación de aumento de pecho?

Atravesaron la nube de periodistas sin contestar a ninguna de las preguntas. Ella mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo, aguantando las ganas de hacerles un corte de mangas a todos ellos. Uno de los porteros les abrió la puerta con una gran sonrisa. Los dos accedieron al interior y William soltó a

Jenny.

—Malditos sean —siseó ella—. ¿Es que no puedo salir a ningún sitio sin que me persigan? ¿Y has escuchado las tonterías que preguntan?

—Ya sabes lo que hay, Jen, es peor si te cabreas.

—Lo sé, pero es que no puedo evitarlo.

Inspiró y expiró un par de veces intentando concentrarse en lo que tenía que hacer en ese momento. Justo entonces, vio como William se volvía de espaldas a ella, frunciendo los labios con fuerza y con las gafas todavía puestas.

—Suéltalo ya —le espetó cruzándose de brazos.

Él se volvió con una sonrisa enorme en el rostro. Cada vez que sonreía perdía parte de esa fachada de guardaespaldas cachas y siempre cabreado, que solía proyectar ante el mundo.

William medía metro noventa, tenía unos músculos muy desarrollados, una espalda enorme y un corazón más enorme todavía, solo que eso no todo el mundo lo sabía.

Jenny le conocía desde que eran niños, habían sido vecinos en su pueblo natal, Aberdeen, en la península de Olympic, Washington. Cuando saltó al mundo de la fama no dudó en llevarse a algunos de sus mejores amigos con ella y William formaba parte de ellos.

¿Quién mejor que la persona que más la había protegido durante la niñez y la adolescencia para que fuera su guardaespaldas y jefe de seguridad?

—Me ha gustado mucho eso de que te habías operado las tetas —soltó una carcajada al decirlo—. Yo no he notado ningún cambio en ellas...

—¡William! —Le reprendió con una sonrisa—. No te doy una colleja porque no quedaría nada serio que hiciera algo así en medio del hall del Four Seasons, pero ten por seguro que me la apunto para dártela cuando menos te lo esperes.

Él siguió riendo disimuladamente. Tenían que mantener ciertas apariencias frente al resto del mundo. Y esa ocasión

era una de ellas. Jenny tenía una importante cita con su representante. La había llamado el día anterior diciéndole que tenía que tratar con ella algunos temas importantes acerca de su comportamiento.

Su comportamiento... Seguro que iba a darle otra charla más sobre sus salidas nocturnas y ciertas fotos comprometidas que habían llegado hasta la prensa. Joder, tenía veintitrés años, salía de juerga cuando quería, hacía lo que le daba la gana, igual que cualquier persona de su edad.

Bueno, igual no. Ella tenía más dinero que mucha de la gente de su edad y eso hacía que las juergas y las fiestas fueran diferentes, muchas veces

alcanzaban niveles desorbitados. Pero solo se es joven una vez en la vida, esa era su filosofía. Y el dinero está para gastarlo.

Se quitó las gafas de sol y miró a su alrededor. Botones, maletas, hombres trajeados, mujeres elegantemente vestidas, caros jarrones, lámparas de araña que colgaban del techo, colores dorados... El Four Seasons era la máxima expresión del lujo. Le encantaba ese hotel, sobre todo la suite de la última planta.

Un mes atrás había estado allí después de un concierto. Aquella noche las cosas sí se le fueron de las manos. Esbozó una sonrisa al recordarlo.

—Jennifer.



Una voz conocida la devolvió al presente. Se dio la vuelta y vio a la mayor de sus pesadillas: su representante.

—Hola, Carlo —le respondió seria.

—Llegas tarde.

Rodó los ojos y bajó la cremallera de su cazadora.

—Vamos, Carlo, no empieces tocándome las narices. ¿Qué coño pasa?

—Cuida esa lengua, Jennifer, sabes que es malo para tu imagen que hables así.

—Estoy hablando contigo, no en una rueda de prensa ni nada por el estilo —aquel hombre siempre conseguía sacarla de sus casillas—. Dime lo que

tengas que decirme, tengo cosas que hacer.

—¿Alguna fiesta? —preguntó su representante ladeando la cabeza y alzando las cejas.

Bufó en respuesta y se llevó las manos a la cintura en un claro gesto de impaciencia. Carlo la miró serio, su más pura mirada estilo padre. Odiaba que le mirara así, sobre todo porque sabía que tenía razón al ponerse de esa manera, aunque no pensaba dársela ni en sueños. Carlo ejercía de padre con ella a tiempo completo. Siempre había sido su representante, desde el día en que descubrió su talento (como a él le gustaba decir) mientras ella cantaba en una actuación en un pueblo cerca de

Aberdeen.

Observó sus ojos negros durante unos instantes, aguantándole la mirada. Carlo era de las pocas personas que era totalmente franco con ella, aparte de sus amigos. Normalmente le decía las cosas que a ella no le gustaba escuchar, y la verdad es que alguien tenía que pararle los pies de vez en cuando.

—Venga, Carlo —interrumpió William—. Dile lo que tengas que decirle. Cuando os ponéis así sois de lo más cabezotas los dos.

Rompieron el contacto visual, serios todavía. Carlo asintió con la cabeza.

—Vamos a la sala de la segunda planta, estaremos más tranquilos.

Los tres fueron hasta el ascensor. Recibieron sonrisas por parte de los empleados del hotel que ninguno se preocupó en devolver. Cuando llegaron a la sala de reuniones Carlo entró mientras se desabrochaba la chaqueta de su caro traje de Armani, Jenny le siguió y William cerró la puerta tras entrar el último.

Se sentaron en una mesa en la que había una botella de agua con un par de vasos. Carlo se quitó la chaqueta y la dejó cuidadosamente doblada sobre una silla. Puso su maletín sobre la mesa y se sentó muy serio.

—Venga, suéltalo ya, Carlo —le dijo haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

—Estás al tanto de las fotos que han salido en todas las revistas del país y que pululan por Internet, ¿verdad? —La miró muy serio mientras entrelazaba las manos a la altura de su cara.

Ella asintió con la cabeza cerrando los ojos, totalmente despreocupada por lo que le decía.

—Es algo serio, Jennifer. Estoy hasta las pelotas de encontrarme cosas así. ¿Cuándo piensas comenzar a comportarte como una persona adulta?

—Yo también estoy hasta las pelotas de aguantar estas historias, Carlo.

—¡No tienes ni idea de las cosas que tengo que hacer cuando aparecen fotos tuyas borracha y sabe Dios qué

más por las revistas! —gritó dando un golpe sobre la mesa que sobresaltó a Jenny.

Carlo estaba realmente enfadado. Las venas de su cuello parecían a punto de estallar. Su cara normalmente blanca estaba poniéndose roja por momentos a causa de la ira.

—¡No sabes lo que me cuesta mantener tu culo limpio de toda esta mierda! ¡No tienes ni puta idea de las consecuencias de tus actos!

La vena de su frente estaba comenzando a hincharse.

—Estoy harto de que vayas de fiesta en fiesta con tus amiguitos —señaló a William que estaba apoyado en la pared con gesto serio—. Y que no te

preocupes por nada. Tienes una apariencia que mantener, ¿recuerdas?

Abrió el maletín y sacó tres revistas que puso sobre la mesa con furia. En las portadas de las tres revistas aparecía la misma foto: Jenny saliendo de una discoteca totalmente borracha, con el pelo revuelto, la camiseta llena de manchas, las medias rotas y descalza. Los titulares eran parecidos: "*La estrella del pop borracha*", "*Jennifer y sus noches alocadas*" y, su favorita, "¿Habrá dejado algo de alcohol para los demás?". Sonrió al verlas.

—¡A mí no me hace ni pizca de gracia, joder! —Gritó Carlo dando un golpe con el puño sobre una de las revistas—. ¡Eres una estúpida! ¿No te

das cuenta de cómo afecta esto a tu carrera? Acabas de sacar un disco...

—Que se está vendiendo como churros —apuntó con suficiencia.

—¡Me importa una mierda que se esté vendiendo como churros! ¿Recuerdas cuál es tu público, Jennifer? ¿Lo recuerdas? ¡Adolescentes! No puedes dar este ejemplo, no puedes actuar como si el mundo no supiera quién eres y pudieras ir por ahí sin que te reconocieran por la calle. ¡Porque no es así! Y llegará un día en que aparecerás borracha o drogada en una actuación y harás el ridículo. ¡Y ese será el fin de tu carrera!

La vena de su frente estaba a punto de estallar. Jenny suspiró cansada, nada



impresionada por su discurso. Estaba harta de escuchar siempre lo mismo. No había cambiado nada en su forma de vivir la primera vez que lo escuchó y no pensaba hacerlo ahora, cuando ya irían por el centenar de repeticiones.

La habían pillado borracha, se había caído delante de los paparazzi, habían hecho fotos de sus bragas en un par de ocasiones al salir del coche bastante bebida, la habían grabado en video saliendo de fiestas y contestando a preguntas que ni siquiera recordaba después, y mil cosas más. Su carrera iba bien pese a todo. ¿Qué importaba perder algún fan por cosas así cuando siempre había uno nuevo que la conocía gracias a ellas? Carlo era tan catastrofista...

—Vamos, no te pongas así, son solo unas fotos más —respondió sonriendo.

—Sabía que ibas a seguir tomándote esto a cachondeo —contestó pasándose una mano por el pelo engominado—. Y como sabía que esto iba a pasar he tomado las medidas necesarias.

Su ira desapareció al instante dando paso a un rostro sonriente que preocupó a Jenny. No solía cambiar tan rápidamente de estado de ánimo, los cabreos le duraban muchísimo. Eso la asustó.

—¿Qué medidas, Carlo?

—A partir de mañana vas a tener a un asesor contigo las veinticuatro horas del día.

—¿Qué? —Exclamó poniendo ambas manos sobre la mesa—. Estás de coña, ¿no?

Se echó a reír.

Un asesor. Ja.

¿Las veinticuatro horas del día? Ja, ja.

Un asesor con ella todo el día. Ja, ja y ja.

Para troncharse de risa.

—Puedes reír todo lo que quieras, Jennifer. Mañana se presentará en tu casa a las nueve, quiero que estés fresca como una lechuga, nada de resacas —la amenazó con un dedo—. Te dirá las pautas que va a seguir tu vida a partir de ahora, desde el mismo momento en que te despiertes hasta que te acuestes. Va a

estar contigo a todas horas, controlando que te comportes como un personaje mundialmente conocido como tú tiene que comportarse.

Jenny pestañeó con expresión de desconcierto.

—¿Estás hablando en serio?

—No he hablado más en serio en toda mi vida —dijo obsequiándola con una sonrisita de suficiencia.

—No puedes hacerlo, Carlo. Soy mayor de edad, no puedes ponerme una canguro que vigile lo que hago o dejo de hacer.

—Te equivocas.

Sin borrar esa sonrisa de su rostro metió de nuevo las manos en su maletín y sacó una carpeta. La abrió y sacó un

par de folios que puso delante de Jenny.

—Tu contrato.

Ella miró los papeles y luego miró a Carlo.

—¿Qué pasa con mi contrato?

—Supongo que jamás te has entretenido en leer las cláusulas, ¿verdad?

Jenny se volvió desconcertada hacia William. Él le respondió encogiéndose de hombros. Cuando firmó el contrato con Carlo lo leyó por encima, pero de eso hacía años, no se entretuvo demasiado en los detalles. Se lo había enseñado a todos sus amigos, que claramente tampoco lo leyeron.

—La cláusula número tres dice que tu representante, o sea, yo —dijo

señalándose a sí mismo—, tiene la facultad de mediar en caso de que tus acciones pongan en peligro el desarrollo de tu carrera musical. Es decir, justamente lo que viene sucediendo desde hace tres años.

Le señaló la cláusula en el contrato. Ella lo cogió y empezó a leerlo. Pese a estar escrito en idioma legal lo entendió perfectamente. Era cierto. Decía que Carlo podía tomar las medidas que considerase oportunas en caso de que ella estuviera comportándose de manera indebida y eso pudiera poner en peligro su carrera. Mierda. Arrugó el papel con una mano, lo hizo una bola y se lo tiró a la cara.

—¡No puede ser! —gritó

poniéndose de pie y tirando la silla al suelo—. ¡No voy a aceptar que nadie me diga lo que puedo o no puedo hacer! Hablaré con mis abogados...

—Habla con quien quieras, Jennifer —la cortó triunfante—. Tus abogados te van a decir lo mismo que yo, tienen una copia de este mismo contrato. Esto es completamente legal, lo he hablado con ellos esta mañana. No puedes hacer nada, la decisión ya está tomada.

Ella le miró furiosa mientras cerraba los puños con fuerza. Carlo estaba sentado tranquilo, ya no sonreía.

—No hagas esto más difícil, Jenny —dijo suavemente. Pocas veces le llamaba Jenny, solo cuando intentaba hacerla entrar en razón—. Si haces caso

a tu asesor todo irá bien. Será bueno para ti. ¿Es qué pensabas seguir con este ritmo de vida eternamente?

—Eres un gilipollas, Carlo — contestó con ira—. No sé qué coño hago teniéndote como representante. ¿Sabes qué? Te despido.

—No vas a despedirme —le dijo negando con la cabeza—. Sabes que soy el mejor, te conviene estar conmigo.

Maldita sea, tenía razón. Carlo tenía contactos en todas partes, era el mejor representante de todo el país. Cualquiera se daría de puñetazos por trabajar con él. No podía perderle, no quería hacerlo. En esos momentos le odiaba con todas sus fuerzas pero le había conseguido todo lo que tenía,



había conseguido que se convirtiera en quién era entonces, había creado a la estrella, a Jennifer. Le lanzó una mirada envenenada, cabreada como nunca en la vida había estado.

—Ese asesor tuyo no tiene ni idea de dónde se está metiendo —le advirtió con una sonrisa diabólica.

—No podrás con él. Es el mejor en su campo. Ha conseguido encarrilar a Brittany, ¿por qué crees que no hará lo mismo contigo?

—Ya veremos —dijo poniéndose las gafas de sol con una sonrisa—. Eso ya lo veremos.

Dio media vuelta y le hizo un gesto a William con la cabeza que enseguida fue tras ella.

—Nos vemos, Carlo —se despidió William.

—Cuídate, William —contestó todavía sentado en la mesa—. Te llamo mañana, Jennifer.

Ella le respondió levantando la mano derecha y enseñándole únicamente su dedo corazón. Carlo soltó una carcajada y William negó con la cabeza mientras sonreía. Jenny siguió caminando hasta la puerta y la abrió con fuerza. Fue dando grandes zancadas hasta el ascensor, respirando ruidosamente.

—Esto sí que no me lo esperaba —murmuró William poniéndose a su lado.

Ella se volvió, colocó las gafas sobre su cabeza y le lanzó una mirada

enfadada. Él levantó las manos en señal de disculpa.

—No te cabrees conmigo, yo no he hecho nada.

—¿Por qué coño nadie me dijo nada de esa cláusula? —gritó.

—Ese contrato es tuyo, no nuestro —le respondió enfadado también.

Tenía razón. No podía pagarla con sus amigos porque no se hubieran enterado de algo que ella misma debería haber sabido. Inspiró hondo y soltó todo el aire lentamente.

—Perdona, Will —se volvió a mirarle y le cogió la mano—. Me he cabreado tantísimo... No debería pagarlo contigo.

—No pasa nada. Esto es una putada

y te entiendo perfectamente.

Le abrió los brazos y ella se metió en ellos sin dudarle. Pasó las manos por su cintura y se dejó reconfortar por la fuerza habitual de los abrazos de William. Era como su hermano mayor, uno de sus mejores apoyos en ese mundo loco en el que vivía.

Las puertas del ascensor se abrieron y se separaron para entrar en él. Dentro iba una chica joven que se quedó mirando a Jenny con los ojos muy abiertos. William se abrochó la chaqueta después de cerciorarse de que el botón de la planta baja estaba pulsado. Jenny subió la cremallera de su cazadora. La chica carraspeó nerviosa y William se volvió a mirarla.

—¿Eres Jennifer? —preguntó tímida.

Jenny tomó aire y compuso su mejor sonrisa, se dio la vuelta y miró a la chica asintiendo. Siempre se comportaba bien con sus fans. Aunque estuviera pasando un mal día intentaba olvidarlo delante de ellos para responderles como merecían. Después de todo, ella no sería quién era de no ser por ellos.

—¿Puedo hacerme una foto contigo? —preguntó sacando el móvil del bolso.

—Claro. Ven aquí.

La chica se acercó sonriente y Jenny le pasó el brazo por los hombros.

—Will, haznos la foto para que

salga mejor.

Él cogió el móvil de la chica y les hizo la foto con gesto serio, sin decir nada. La fan miró la foto resultante y una sonrisa enorme apareció en su cara. Solo por esos momentos todo merecía la pena para Jenny.

—Muchas gracias. Me encanta como cantas, tu último disco es genial.

—Gracias —sonrió Jenny—. Me ha gustado mucho conocerte.

Las puertas del ascensor se abrieron y Jenny sonrió a la chica para despedirse, William pasó un brazo por su cintura y salieron los dos del ascensor dejando atrás a la fan maravillada con su foto.

—Me encanta cuando te metes en tu

papel —susurró a William mientras caminaban por el hall en dirección a la salida.

—Lo sé —contestó sin sonreír demostrándole lo bien que cumplía su labor de guardaespaldas serio y cabreado.

Una vez en la puerta, Jenny se colocó las gafas de nuevo, tomó aire y notó como William le apretaba más fuerte la cintura.

—Vamos allá —susurró.

Abrieron la puerta para salir y de nuevo aparecieron los flashes. Pasaron lo más deprisa que les fue posible hasta llegar al BMW, que les esperaba aparcado donde lo habían dejado. William abrió la puerta y ella entró al

refugio de los periodistas y sus incesantes y estúpidas preguntas. En cuanto William estuvo dentro del coche arrancaron.

—Llévanos a casa, Neal —pidió al conductor.

—Muy bien —contestó el joven chofer sonriente.

Jenny se relajó en su asiento intentando no darle demasiadas vueltas al tema del asesor. No iba a permitir que nadie cambiara su estilo de vida, ni un asesor, ni su representante, ni el mismísimo Obama. De una manera u otra se libraría de él. En esos momentos no quería pensarlo. Solo quería llegar a casa y olvidarse del asunto. El tráfico de Nueva York no ayudó demasiado. Era



imposible llegar a tiempo a ningún lugar en esa ciudad. Pensó en las ganas que tenía de irse a su casa de Barbados. La semana siguiente irían allí, en cuanto llegara a casa hablaría con Gary para que preparase el viaje. Pasar unos días en su tranquila playa de arena blanca seguro que le ayudaría a olvidarse de toda esa maldita pesadilla.

Le gustaba vivir en Nueva York. Era una ciudad increíble, siempre con cosas que hacer. La ciudad que nunca duerme. Todas las noches había fiestas en un lugar u otro. Y si no siempre podía montarlas en su propio apartamento. Su piso estaba en Tribeca, un barrio en alza durante los últimos años. Lo había comprado dos años atrás al enamorarse

de las vistas que tenía desde todas sus habitaciones. Carlo le dijo que estaba loca por gastarse semejante cantidad de dinero en ese lugar, pero a ella no le importó, el dinero no era un problema. Estaba en el piso diecisiete del 101 de Warren Street.

El coche aparcó en la entrada y fue Jenny la que abrió directamente su puerta para salir, no esperó a que William lo hiciera. Dijo adiós a Neal mientras salía y se encaminó hacia la puerta del edificio.

—Señorita Scott —le saludó el portero con una sonrisa.

—Buenas tardes, Joe.

Cruzó el umbral con paso seguro. Joe estaba allí hasta las nueve de la

noche, hora en que terminaba su horario laboral. Aunque en realidad siempre estaba ahí, Jenny creía que dormía en el mismo edificio, puede que tuviera un pequeño apartamento en el que vivir. William la alcanzó enseguida tras dar un golpecito amistoso en el hombro del portero.

—¿Crees que ya habrá llegado mi nuevo juego de la Xbox? —preguntó mientras esperaban al ascensor.

—¿Otro juego, Will?

—Este te va a encantar, Jen. Es de bailar —sonrió como un niño pequeño.

—Mientras no sea de deportes o de pegar tiros me gustará. Odio el ruido que hacen esos malditos juegos de guerra que tanto te gustan.

William rio mientras pasaba un brazo por sus hombros y la atraía a él. Las puertas del ascensor se abrieron y entraron en su interior. Subieron hablando de los juegos de la consola entre risas. Llegaron a su planta y fueron hasta su apartamento mientras se quitaban las gafas de sol. Al abrir la puerta les recibieron las atronadoras notas de la música house que tanto les gustaba escuchar. Jenny se quitó la cazadora y la dejó sobre una mesita que había en la entrada.

—¡Hola! ¡Ya hemos vuelto! —gritó William.

Caminaron por el corto pasillo que les llevaba al centro de la vivienda, el enorme salón con ventanales desde el

suelo hasta el techo. Las paredes eran una cristalera completa, dejando ver los edificios colindantes. Era de noche y todas las ventanas estaban alumbradas, una vista espectacular.

—¡Hola, chicos! —exclamó una voz femenina desde la cocina.

Salón, comedor y cocina estaban conectados. Había otro salón a la derecha, el que solían usar para ver la televisión o jugar a la consola.

—Hola, Carol —gritó Jenny sonriendo.

Caroline Thomas era amiga de Jenny de toda la vida, habían ido juntas a la escuela. Caroline era alta y rubia, tenía un cuerpo perfecto que mantenía con ejercicio y dieta sana. Trabajaba

como su entrenadora personal, era la que conseguía que las horas de conciertos no fueran un suplicio y que tuviera esa maravillosa figura. También era la encargada de la dieta de todos los habitantes de esa casa, siempre organizando qué comer y en qué cantidad. Y era la que les levantaba de la cama para ir al gimnasio y les echaba la bronca por abusar del alcohol. Aunque solía apuntarse a las fiestas a la mínima de cambio y eso le hacía perder un poco de autoridad ante el resto.

La rubia estaba sentada en una de las banquetas de la isla de la cocina con una taza de café delante mientras leía una revista. InTouch. Jenny se acercó a ella y vio que estaba leyendo el artículo

que hablaba de su borrachera. Caroline le sonrió y se encogió de hombros quitándole importancia. Siempre leían las cosas que decían de Jenny en las revistas o en internet. Les gustaba saber qué decían exactamente para estar preparados ante las posibles preguntas de los periodistas. Jenny jamás las leía, prefería hacer como que no existían, cuando era necesario sus amigos la informaban de lo que consideraban más importante.

—¿Han traído algún paquete para mí? —preguntó William entrando en la cocina.

—Joe me ha dicho que alguien de una empresa de mensajería ha venido esta mañana pero no estábamos ninguno

en casa.

—¡Mierda! —exclamó golpeando la encimera.

—¿Es tan importante ese juego que ni siquiera vas a venir a darme un beso? —le preguntó dejando la taza que llevaba en la mano sobre la encimera.

—¡Claro que no! —Fue hasta ella con los brazos abiertos y la besó con pasión.

—¿Dónde están Anna y Gary? —preguntó Jenny mientras abría la nevera y sacaba una Coronita. Estaba tan acostumbrada a los gestos de amor entre William y Caroline que ni se inmutaba ante ellos.

La rubia se separó de los labios de su novio y la miró con mala cara.



—No me digas nada, Carol —dijo antes de que abriera la boca—. Necesito beberme una cerveza, o cinco, o seis. He tenido un día horrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras acariciaba la espalda de William.

—Carlo le ha dado una sorpresa a Jen hoy —dijo el moreno entre risas.

—No es gracioso, Will —le cortó Jenny mientras se sentaba en una banqueta al lado de ellos—. Carlo me ha puesto una canguro.

—¿Qué? —La cara de Caroline era de desconcierto total—. ¿Una canguro?

## *Dos*

Escuchó la puerta del apartamento abrirse y las voces de los otros dos habitantes de la casa. Anna y Gary, su estilista y su organizador (por denominarle de alguna manera). También amigos suyos desde siempre. Anna era la hermana pequeña de William. Las tres chicas habían ido juntas al colegio, los chicos eran un par de años mayores que ellas y también fueron compañeros de clase. Amigos de toda la vida a los que Jenny quería tanto que había convertido en su séquito

personal.

Cuando su vida dio un giro de ciento ochenta grados convirtiéndose en una famosa estrella mundial se llevó a todos con ella. Cada uno desempeñaba una función vital en su día a día. No podía imaginarse sin ellos en medio de esa vida que llevaba.

Anna era perfecta como estilista, había nacido para ello. Tenía un sexto sentido para la moda. Sabía qué cosas se iban a llevar y qué cosas te iban a condenar al fracaso más estrepitoso en caso de que decidieras vestirte con ellas. Además, era encantadora y todos los diseñadores la adoraban. Era íntima amiga de Domenico Dolce y Stefano Gabbana, así que Jenny solía llevar

muchos de sus conjuntos (obras de arte, como le gustaba llamarlos a Anna). Se había convertido en un pilar imprescindible en su vida, su confidente y su pañuelo de lágrimas en cientos de ocasiones.

Gary se encargaba de organizar los viajes, traslados, papeles, ruedas de prensa, entrevistas y demás asuntos que implicaran ponerse de cara a la galería. Trabajaba mano a mano con Carlo. Aunque no lo hacía solo, tenía a un par de chicas que le ayudaban con el papeleo: Sarah y Grace. Era único haciendo su trabajo, el mejor. Pero, además de todo eso, Gary también era un consejero maravilloso. Siempre le decía qué era lo mejor para ella, cual

trabajo o colaboración debía aceptar y cual no. Incluso ejercía de psicólogo a tiempo parcial.

La verdad es que Jennifer Scott no sería la misma si ellos no estuvieran a su lado. Probablemente el mundo de la fama hubiera podido con ella y en esos instantes estaría metida en una camisa de fuerza en algún manicomio.

Anna y Gary tenían un rollito extraño entre ellos. No eran pareja pero se liaban en ocasiones. Tampoco tenían exclusividad por lo que no era extraño que tuvieran líos con otras personas. Caroline siempre decía que no entendía qué tipo de relación era esa, a lo que ellos contestaban que hacían lo que querían y cuando querían, que así

estaban bien. Jenny les entendía, ella hacía más o menos lo mismo.

—¿Qué pasa, chicos? —preguntó Gary cuando llegó a la cocina.

Iba cargado de bolsas de marca, Anna le habría llevado como porteador en una de sus típicas salidas de compras. Las dejó todas en el suelo al lado de la nevera y sonrió. Sus ojos castaños brillaban alegres pese a haber soportado a Anna con su fiebre consumista. Era la persona que mejor toleraba su locura con las compras. No parecía afectarle en absoluto.

—¡Hola!

La pequeña Anna apareció tras él, con su pelo negro cortado a lo Bob, perfectamente peinado y con el mismo

brillo de siempre en sus preciosos ojos grisáceos, solamente llevando una bolsa minúscula de Tiffany's. Muy típico en ella, el pobre Gary cargado y ella de esa manera. Caroline rodó los ojos al verla y William se echó a reír. Anna se acercó a Jenny sonriente y le dio la bolsa.

—Ten, esto es lo que tienes que llevar en la fiesta de mañana por la noche.

—Mañana por la noche... Lo había olvidado.

Dejó caer la cabeza sobre la encimera. Apoyó la mejilla en ella mientras escuchaba las risas sofocadas de William. El frío del mármol le sentó bien.

—¿Qué pasa, Jen? —preguntó Anna

mirándola con ojos preocupados y acariciando su pelo con cariño.

—Mañana vamos a tener visitas —  
anunció William.

—Carlo le ha puesto una canguro  
—siguió Caroline.

—¿Cómo? —exclamó Gary.

—¿Qué? —gritó Anna.

Jenny simplemente emitió un gemido lastimero, levantó la cabeza de la encimera y dio un largo trago a su cerveza. William se encargó de contarles la historia completa mientras ella se terminaba la bebida.

—¿Vamos a tener que aguantar a un capullo que nos diga lo que tenemos que hacer? —preguntó Anna con los ojos muy abiertos cuando escuchó toda la



historia.

—No, Anna —le respondió su hermano—. Jenny va a tener que aguantar a un capullo que le diga lo que tiene que hacer.

—Pues lo lleva claro —dijo la aludida poniéndose de pie—. Voy a hacer que se le quiten las ganas de asesorar a nadie. ¿Queréis una cerveza?

—Sí, por favor, después de oír esto la necesito —sonrió Gary.

—Yo también —dijeron Anna y Caroline a la vez.

Terminaron bebiéndose todas las cervezas que tenían en casa. Eran las diez de la noche y los cinco estaban bastante borrachos. Se encontraban tirados en los sofás mientras reían sin

parar, con el asunto del asesor medio olvidado. Gary fue a por otra cerveza y soltó un grito al descubrir que en la nevera no quedaba ninguna.

—Jen, llama a Josh —pidió Anna —. Que venga con un buen cargamento.

—No tengo ganas de verle hoy.

—¿Os apetece ir a Ozzy's? — preguntó William.

Ozzy's era el club de moda de Nueva York. No eras nadie si no ibas a Ozzy's. Solían ir todas las semanas un par de veces al menos, siempre y cuando Jenny no tuviera conciertos programados o algún programa de televisión.

—Estará lleno de hienas —dijo Jenny.

—Tienes razón. Jodidos

paparazzi... —siseó William.

—Aunque sería una manera de darle en toda la boca a Carlo —meditó Jenny en voz alta mientras se llevaba una mano a la barbilla con gesto pensativo—. Si me volvieran a hacer fotos esta noche en medio de una buena juerga sería como darle una patada en los huevos. Estaría genial.

Todos se echaron a reír.

—Pero no tengo ganas de saludar ni de sonreír a nadie —añadió tumbándose en el sofá.

—Venga, llama a Josh —repitió Gary.

La miraron con cara de cordero degollado, queriendo darle pena. Anna juntó las manos en gesto de súplica.

Gary la imitó. Todos la miraban con carita de buenos y haciendo pucheros.

—¡Vale, vale! Me habéis convencido, petardos. Pásame el móvil, Anna.

La susodicha saltó de su asiento y fue hasta la isla de la cocina corriendo, cogió el móvil y se lo tendió a Jenny. Caroline y Gary estaban de pie, sonrientes y expectantes en medio de su avanzada borrachera. Marcó el número de Josh y esperó a que contestara.

—Voy a poner algo de música — dijo William levantándose y yendo hacia su habitación.

Jenny sonrió mientras escuchaba los tonos del teléfono.

—¿Diga? —contestaron al otro

lado.

—Josh, soy yo, Jenny.

—Hey, nena, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Estoy en Ozzy's, ¿no vas a venir hoy por aquí?

—No, estamos en casa planteándonos empezar una fiestecilla privada, ¿te apuntas? —Hizo que el tono de su voz fuera seductor consiguiendo risas por parte de Anna y Caroline.

—Claro, ya sabes que una fiesta contigo siempre es mi primera opción.

—¡Perfecto! ¿Puedes traer cervezas? Se nos han acabado.

—Yo te llevo las cervezas, pero... ¿qué me darás tú a cambio? —Josh también sabía sonar seductor cuando le

convenía.

—Ya sabes lo que te daré, Josh — utilizó su voz más sexy.

Miró a sus amigas y tuvo que aguantar la risa porque estaban fingiendo ser ella y Josh, imitándoles con gestos, exagerando mucho las caras y los movimientos. Les sacó el dedo corazón haciéndolas reír escandalosamente.

—Veo que ya habéis empezado la fiesta —dijo Josh al escuchar las risas.

—Date prisa en venir, esto no es lo mismo sin ti.

—No tardo nada, Jen. En breve estoy allí. Hasta ahora, preciosa.

—Hasta ahora, guapo.  
Y colgó el teléfono.

—Sois unas guarras —les dijo a sus amigas mientras dejaba el móvil sobre la mesita.

Ellas la miraron sonrientes y le sacaron la lengua. En ese momento apareció William con su equipo de DJ. Le había puesto unas ruedas a la mesa de mezclas para poder llevarla por todos rincones de la casa. Tan pronto pinchaba en el salón como pinchaba en la terraza. Los vecinos no estaban muy contentos con eso último pero solo lo hacía durante el día y no podían quejarse, de noche únicamente pinchaba dentro del apartamento.

Colocó los cables necesarios y los conectó a los altavoces que había en la cocina, el salón y el comedor. Gary se

puso de pie y empezó a buscar entre los discos para seleccionar las canciones que quería que pinchara. Siempre hacía lo mismo pero William jamás le hacía caso, ponía lo que le daba la gana, cosa que normalmente les llevaba a discutir entre ellos.

Media hora después todos estaban bailando en el salón, subidos encima de los sofás y bebiendo directamente de las botellas que habían encontrado por la casa. Un poco de vodka, algo de ron y una botella de un licor extraño de flores silvestres que ninguno sabía de dónde había salido.

William estaba pinchando con los cascos blancos que Rob Myers le había regalado en la fiesta que Jenny dio el



verano anterior en Barbados, y de los que a William le gustaba alardear. Escucharon el sonido del timbre de milagro por encima de la música. Jenny saltó del sofá con la botella de vodka en la mano y fue hasta la puerta.

—Hola, Josh —casi cantó cuando abrió y le encontró en el rellano.

Él la miró con una sonrisa de oreja a oreja. Sus dientes blancos todavía más brillantes en contraste con su piel morena. Estaba buenísimo, saltaba a la vista. Era tan alto como William pero menos musculoso, lo que no quiere decir que no estuviera bastante cachas. Tenía un cuerpazo que Jenny encontraba de lo más sugerente. Llevaba el pelo corto, del mismo color oscuro que sus ojos.

Había sido su bailarín principal durante las dos primeras giras que hizo por Estados Unidos. Después de eso pasó a ser miembro del jurado de un famoso concurso de televisión en el que elegían a los mejores bailarines (supuestamente) del país.

Llevaban acostándose juntos desde hacía mucho tiempo y, de cara al público, eran pareja, aunque en realidad no lo eran en absoluto. Jenny no quería nada serio con nadie, le gustaba disfrutar de su posición de persona famosa que puede conseguir a todo el que quiere. Porque ella conseguía a cualquier chico que le entrara por los ojos. Josh White entendía su modo de ver la vida por lo que no tenían ningún

problema entre ellos. Aun así, se acostaran con quien se acostaran, siempre terminaban volviendo a liarse. Era una atracción demasiado fuerte la que sentían el uno por el otro. Atracción física, nada más.

—¿Qué tal estás, preciosa?

Se adelantó y la besó en los labios mientras pasaba una mano por su cintura atrayéndole a él. Jenny le correspondió gustosamente.

—Ahora estoy mucho mejor — susurró cuando se separaron.

Él rio. Se volvió hacia el rellano y señaló tres cajas de cartón que había en el suelo. El alcohol acababa de llegar. Los tres chicos entraron las cajas en el apartamento y poco después la fiesta se

había instalado en el salón. Bebieron, rieron, bailaron hasta quedar sin aliento y alguno incluso vomitó.



Horas más tarde, ninguno sabría decir si era por la mañana o por la tarde, el timbre del apartamento sonó. Jenny lo escuchó en sueños, sin saber reconocer si era real o era producto de su mente. Volvió a escucharlo. Se dio la vuelta en la cama. Abrió un ojo y vio la espalda morena de Josh a su lado, pasó un brazo por su cintura y volvió a cerrarlo. Escuchó de nuevo el maldito timbre del apartamento. ¿Es que nadie pensaba ir a abrir? Y poco después

escuchó unos pasos arrastrándose por la casa.

—¿Quién coño timbra de esas maneras a estas horas de la mañana? — gritó Anna.

Jenny sonrió desde la cama y se acurrucó más contra el cuerpo desnudo de Josh para darse cuenta de que ella también lo estaba. Escuchó la puerta abrirse y una conversación en voz baja que no supo descifrar. Estaba empezando a quedarse dormida de nuevo cuando la puerta de su habitación se abrió.

—Jen...

Levantó la cabeza entreabriendo los ojos y vio a Anna apoyada en el marco de la puerta con el pelo revuelto y

llevando solamente una camiseta de Gary. Otra que había dormido acompañada esa noche.

—¿Qué pasa? —le preguntó con voz pastosa.

—Es la canguro —apreció cierto toque de diversión en su voz.

—¡Mierda! No me acordaba —dejó caer la cabeza en la almohada de nuevo—. ¿Le has dicho que se vaya a la mierda?

—Le he dicho que no estabas y me ha dicho que mentía. Le he dicho que estabas durmiendo y me ha dicho que te despertara echando leches. Tiene mucho mal genio y no tengo la cabeza para aguantar a nadie a estas horas.

—¡Joder! —exclamó levantándose

cabreada de la cama.

Se puso de pie y cogió el kimono que solía llevar para estar por casa. Era en tonos azules, de seda y precioso. Era algo corto, pero en esos momentos ni siquiera pensó en ello. Se lo puso y pasó al lado de Anna como una exhalación. Entró en el baño y se miró en el espejo. Su maquillaje estaba corrido porque ni siquiera se había desmaquillado antes de acostarse, es más, no tenía ningún recuerdo de haberse acostado. Cogió un toallita desmaquillante y se la aplicó por toda la cara, se dio crema hidratante y recogió su largo pelo castaño en una coleta alta. Salió del baño y Anna ya no estaba allí, la muy traidora habría vuelto a la cama. Vio a Josh durmiendo y

estuvo a punto de acostarse a su lado de nuevo, pero en lugar de hacerlo salió de la habitación y recorrió el pasillo hasta el salón.

—Buenos días, Jennifer.

Un hombre trajeado estaba apoyado en la isla de la cocina con una sonrisa de suficiencia que le dieron ganas de borrar de un puñetazo. Sería algo mayor que ella, pero no tendría más de treinta años. Era alto y delgado, probablemente mediría metro ochenta, tenía los hombros anchos y la cintura estrecha. Llevaba revuelto el pelo de color castaño oscuro, por lo menos podría haber tenido la decencia de peinarse para ir a despertarla. Creyó notar un leve acento británico en sus palabras.



—Serán buenos para ti —le contestó desafiante plantándose frente a él.

—Supongo que Carlo habló contigo acerca de mi presencia hoy aquí —la miró directamente a los ojos, sin ningún tipo de pudor.

—Así es —le contestó mirándole fijamente.

Él tenía los ojos más azules que había visto en la vida, llenos de autoridad y mal genio.

—Entonces no entiendo qué significa todo esto.

Hizo un gesto con la mano abarcando todo el salón. El suelo estaba lleno de manchas negras, había botellas vacías tiradas encima de la alfombra,

las almohadas del sofá estaban repartidas por todo el suelo, la mesita estaba hecha una porquería, había colillas por todas partes, la mesa de mezclas de William todavía estaba encendida y uno de los platos giraba sin parar.

Vamos, algo normal después de una de sus juergas.

—Significa que anoche lo pasamos realmente bien —contestó cruzándose de brazos.

—Muy bien, veo que asocias el término diversión con el alcohol y las drogas —se sentó con total libertad en una de las banquetas.

—Asocio lo que me da la gana con lo que me da la gana.

Entonces el hombre trajeado sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Me vas a poner las cosas difíciles, ¿verdad? —preguntó volviendo a mirarla a los ojos.

—Esa es mi intención —contestó con toda la rabia que pudo.

—Muy bien, nos divertiremos entonces.

Se puso de pie y se acercó a ella. Jenny le mantuvo la mirada sin bajar el nivel de rabia y enfado.

—Mira, Jennifer, me ha tocado lidiar con niñas como tú más veces de las que podrías imaginar. Todas creéis que sois las reinas del mundo porque tenéis fama y dinero. Pensáis que por eso tenéis derecho a comportaros como

os dé la gana. Pero yo estoy aquí para demostrarte que no es así, que eres una cualquiera más a la que el día menos pensado la vida puede dejar con el culo al aire.

Entonces bajó la mirada y la recorrió de arriba abajo.

—Que veo que es exactamente igual a como estás ahora.

—¿Cómo te atreves...? —levantó la mano dispuesta a darle una bofetada por ser tan grosero pero él fue más rápido y la cogió por la muñeca antes de que su mano impactara en su cara.

—No, no, no —canturreó sonriente—. Nada de dar bofetadas ni agredirme, Jennifer. Eso no te lo voy a permitir.

—¡Pues yo tampoco te permito que

digas esas groserías!

—Está bien, me retracto de lo que acabo de decir y te pido disculpas. Pero para evitar que vuelva a decir algo similar tendrás que vestirme en condiciones. Cosas como esta hacen que luego aparezcas en las revistas enseñando las bragas.

Jenny sintió como el cabreo aumentaba. ¿En serio ese iba a ser su asesor? Es más, ¿eso era un asesor? Ese tío era un gilipollas, trajeado pero gilipollas. Y encima cobraría una pasta por su trabajo, si podía llamarse así a lo que él hacía...

—¿Me vas a decir cómo te llamas para poder dirigirme a ti? —preguntó tratando aguantar las ganas de volver a

abofetearle.

—David Hill.

—Está bien, David Hill, te diré una cosa: eres un completo gilipollas.

Él soltó una carcajada. Encima se reía. Estaba consiguiendo cabrearla demasiado. Le lanzó una mirada llena de odio, se dio la vuelta y fue hacia su habitación.

—Te quiero duchada y vestida en media hora, Jennifer —gritó a sus espaldas—. Tenemos que estar en el estudio dentro de una hora.

Se planteó seriamente la posibilidad de sacarle el dedo en ese mismo instante y decidió hacerlo, ¡qué coño! Levantó el brazo por encima de su cabeza y le enseñó el dedo corazón

mientras sonreía caminando hasta su puerta. Escuchó un bufido a sus espaldas y su sonrisa se hizo todavía más grande. Estúpido asesor de pacotilla, insolente y mal hablado. Si pensaba que iba a poder con ella lo llevaba claro. Entró en su habitación y volvió a meterse en la cama. Josh se movió a su lado.

—¿De dónde sales? —preguntó sin abrir los ojos.

—Duérmete otra vez, no pasa nada —contestó cubriéndose con el nórdico.

Respiró hondo y dejó la mente en blanco, alejando al estúpido Damond o como se llamara de sus pensamientos. No iba a ir a ningún sitio esa mañana, estaba muy cansada y le dolía la cabeza. Pensaba pasar de él completamente.

Carlo no le había dicho nada acerca de ninguna cita en los estudios y Gary tampoco lo tenía en la agenda del día. No iba a caer en la trampa de salir de casa a esas horas para no tener que hacer nada, esa no era la manera en que Jennifer Scott vivía su vida y nadie le diría cómo tenía que hacerlo. Se relajó lentamente y poco a poco volvió a dormirse.

Cuando estaba empezando a soñar la puerta de su habitación se abrió de par en par sobresaltando tanto a ella como a Josh, que se incorporó asustado por el ruido.

—¿Qué coño...? —exclamó frotándose los ojos.

—Jennifer, no me toques los



cojones con tonterías de niña de quince años —gruñó el canguro realmente enfadado.

Jenny le miró desde la cama, sin ninguna intención de moverse de allí.

—No voy a ir a los estudios para darte el gusto. No tenía ninguna cita para hoy.

—¡Irás donde yo te diga y cuando yo lo diga! —gritó el tal Damond a la vez que andaba a grandes zancadas hasta la cama.

Lo que sucedió a continuación pasó a toda velocidad. El canguro cogió la esquina del nórdico que cubría a Jenny y tiró de él destapándola. Josh le miró frunciendo el ceño, ¿quién coño era ese tipo que se atrevía a meterse en la

habitación de Jenny y la trataba de esa manera? Se levantó de un salto de la cama, desnudo completamente.

En ese momento el asesor agarraba a Jenny del brazo dispuesto a levantarla de la cama aunque fuera a la fuerza.

—¡Suéltame, gilipollas! —gritó ella forcejeando.

Justo entonces el cuerpo moreno de Josh saltó sobre él haciendo que cayera al suelo. Jenny vio todo desde la cama con la boca abierta. El canguro estaba tirado en el suelo, con el enorme cuerpo de Josh sobre él, a horcajadas y en pelotas.

Un brazo moreno descargó con rabia sobre la blanca cara del asesor impactándole directamente en el ojo

derecho. Jenny se apresuró a bajar de la cama para separarles. Una cosa era que el asesor le cayera mal y otra muy distinta era que fuera a permitir peleas en su casa, y menos en su propio dormitorio.

Pero, para su sorpresa, no fue necesario que interviniera. El asesor, Damond Nosequé, de un movimiento extremadamente rápido, consiguió quedar encima de Josh mientras ponía una rodilla sobre su pecho e inmovilizaba sus brazos por encima de la cabeza. El bailarín se quedó quieto debajo de él, sin entender cómo había conseguido darle la vuelta a la situación y sin poder moverse porque el tipo trajeado ejercía una fuerza sobre él

imposible de combatir.

—Joder, qué numerito —la voz de William hizo que Jenny se volviera hacia la puerta—. Podríamos tener este despertar todos los días.

Y empezó a reír. Estaba apoyado en la puerta, que se había quedado abierta.

Jenny seguía de pie al lado del supuesto asesor. La rapidez con que había detenido a Josh le hacía plantearse que ese fuera su oficio realmente y no se tratara de un ninja de incógnito.

La verdad es que estaban ante una situación bastante extraña y divertida. Josh estaba desnudo en el suelo, todavía sin poder moverse, con el asesor encima y con cara de desconcierto absoluto.

—¿Vas a estarte quietecito? —

preguntó entre dientes el canguro.

Josh se limitó a asentir sin dejar de mirarle desafiante. Estaba rojo de ira. ¿Quién coño era ese tío? ¿Qué hacía en casa de Jenny? ¿Por qué se había atrevido a entrar en su habitación de esa manera? En cuanto notó que la fuerza de su agarre disminuía se apresuró a quitárselo de encima y se puso de pie. Se volvió hacia Jenny, que seguía al lado de ese tipo trajeado.

—¿Quién cojones es este gilipollas? —preguntó escupiendo las palabras.

—Es mi canguro, Josh —contestó ella cruzándose de brazos.

—¿Tu canguro?

—Sí, ahora te lo explico, pero...

¿te importaría vestirme antes? Te recuerdo que hay más gente aquí viéndote.

La voz divertida de William sonó en la puerta:

—Sí, Josh, tío, te estoy viendo el cimborrio y eso es algo demasiado desagradable a estas horas.

—¡Will! —gritó Jenny—. Lárgate de aquí.

El aludido le dirigió una mirada divertida y sonrió abiertamente antes de darse la vuelta y comenzar a andar de vuelta a su habitación donde Caroline le esperaba muerta de curiosidad por enterarse de lo que había sucedido.

—Jennifer —dijo el Damond ese—, vuelvo a repetirte lo que te he dicho

antes. Te quiero lista dentro de veinte minutos. Hemos perdido algo de tiempo gracias a esta estupidez.

—¿Por qué coño le hablas de esa manera? —gritó un Josh ya con pantalones.

—Ahora te lo explico —le dijo haciéndole un gesto con las manos para que tuviera paciencia. Se volvió hacia el asesor que ya estaba andando hacia la salida—. Eh, tú, Damond o como te llames.

Él se detuvo con la mano apoyada en el pomo de la puerta. Respiró hondo intentando calmarse.

—David, me llamo David.

—Bueno, bien, como te llames. Necesitaré algo más de veinte minutos.

—Dentro de veinte minutos volveré a abrir esta puerta si tú no has salido antes por ella —escupió las palabras con dureza sin volverse a mirarla—. Me importará una mierda si estás vestida, en la ducha o dormida. Te llevaré a los estudios estés como estés, en tus manos está el llegar presentable.

Y dicho eso abrió la puerta y salió dando un portazo. Jenny se quedó paralizada, sintiendo la rabia fluyendo de nuevo por todo su cuerpo. El tono autoritario de su voz la había dejado entre impactada y enfadada, no dudó para nada que fuera a ser capaz de llevarla a los estudios de cualquier manera.

Josh estaba a los pies de la cama,



alucinando con todo lo que acababa de pasar y cabreado por la manera en que ese gilipollas hablaba a Jenny. Se volvió a mirarla y, al verla con tal cara de enfado, no se atrevió siquiera a preguntarle.

Ella respiró hondo y fue al cuarto de baño, dio un portazo y encendió el grifo del agua caliente. Tenía unas ganas tremendas de gritar. Se miró en el espejo y maldijo a Carlo, a su contrato, a ella misma por firmarlo, a esa maldita cláusula y al tal David o como se llamara.

# *Tres*

Exactamente diecinueve minutos después, cuando David estaba a punto de comenzar a andar hacia la puerta de la habitación de Jenny, esta se abrió. La observó salir con gesto serio y los labios fruncidos. Odiaba los aires de superioridad de las cantantes y esa niña tenía demasiados. Su trabajo consistía en hacerles poner los pies sobre la tierra, que volvieran a comportarse como personas normales antes de que el mundo de la fama acabara con ellas. Y eso era lo que pensaba hacer con

Jennifer, por mucho que ella se negara a permitírsele. De todas maneras, espectáculos como el de hacía un rato en su habitación los había vivido en más ocasiones. No estaba sorprendido de que el morenito le hubiera saltado encima de esa forma. Por situaciones así se apuntó a aquella escuela de artes marciales.

Observó a Jennifer caminando con paso seguro y gesto de enfado. Llevaba el pelo suelto y todavía húmedo por las prisas. Se había puesto unos vaqueros claros con botas altas marrones sin tacón, de estilo militar, muy a la moda. Llevaba una chaqueta de punto marrón oscura y encima una cazadora de piel marrón más clara. La verdad es que era

guapa y esos colores resaltaban el castaño de sus ojos. Le favorecían mucho.

—Así me gusta, Jennifer —dijo cuando pasó delante de él con paso airado.

Le respondió con un bufido sin siquiera dirigirle una mirada y fue hasta la puerta. David salió detrás sonriendo por su reacción y dejando atrás el apartamento con los restos de la fiesta de la noche anterior. Bajaron juntos en el ascensor envueltos en un denso silencio y una tensión que perfectamente podría haberse cortado con un cuchillo. Jenny no se dignó a mirarle ni un segundo, se concentró en respirar lo más tranquila posible para evitar ponerse a

gritar en cualquier momento.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió la primera con determinación. Podía sentir al estúpido canguro tras ella. Joe estaba tras su mesa en la enorme entrada como siempre. Nada más verla salir del ascensor se apresuró a abrirla la puerta y componer su mejor sonrisa.

—Buenos días, señorita Scott —la saludó cortésmente.

Ella no se dignó a contestarle ni a mirarle. Pasó delante de él con la mirada fija al frente y completamente seria. David sí le saludó con un leve movimiento de cabeza a la vez que pasaba a su lado. Joe volvió a cerrar la puerta pensando en lo arrogantes que

eran todos los famosos.

El BMW negro de Jenny no estaba en la puerta esperándola como siempre. Se quedó parada en la acera mirando a su alrededor mientras David se colocaba a su lado. Volvió a mirarle mientras él sacaba unas gafas de sol de Versace y se las ponía con lentitud. La verdad es que el muy gilipollas era atractivo. Estaba observando su perfil cuando él se volvió a mirarla con una sonrisita.

—Bueno, Jennifer, ¿te importaría seguirme?

Y dicho eso comenzó a andar hacia la derecha. Se quedó mirándolo sin entender qué pretendía. ¿Quería que fueran andando? ¿Estaba loco? La gente

la iba a reconocer y no tenía ninguna gana de sonreír y fingir delante de nadie. Salió de sus pensamientos al darse cuenta de que él había empezado a caminar entre la gente, si seguía ahí parada podría perderle de vista. Y quizá eso no fuera tan malo. Podría darse la vuelta y volver a su apartamento. Sonrió ante la idea que acababa de tener. Comenzó a andar hacia la puerta del edificio justo en el momento en que sintió una mano cogiéndola del brazo.

—¿Voy a tener que atarte como a un perrito?

No le hizo falta mirar a quien pertenecía esa voz. El tono de suficiencia e insolencia que destilaba fue suficiente.

—¿Soy tu mascota, canguro? —  
contestó mientras se dejaba dar la vuelta  
hacia el camino que él había empezado  
antes. Seguía agarrándola del brazo y la  
llevaba entre la gente.

Él no contestó y siguió caminando  
hasta que llegaron a la esquina de la  
calle. Giraron hacia la derecha y, unos  
pocos metros más adelante, se  
detuvieron frente a un Audi Q5 de color  
negro, brillante, immaculado y con los  
cristales tintados. Ella le miró un  
instante con las cejas levantadas.  
Entonces él la soltó y sacó unas llaves  
del bolsillo, pulsó un botón del control a  
distancia y las luces de apertura del  
coche les avisaron de que ya podían  
entrar en él.



—Pensaba que tendrías un Ferrari o un Lamborghini —dijo Jenny mientras se dirigía al asiento de atrás—. Va más con tu personalidad de chulo prepotente.

Él sonrió ante su comentario.

—¿Qué te hace creer que no lo tengo? —contestó mientras abría la puerta del conductor.

Pero cuando iba a sentarse en su asiento se detuvo al observar a Jenny frente la puerta de atrás dispuesta a abrirla.

—¿Qué haces?

—Entrar al coche —respondió abriendo mucho los ojos sin entender a qué se refería.

—No pensarás que voy a llevarte como si fuera tu chófer —la miró

levantando una ceja y elevando ligeramente las comisuras de sus labios.

—Así es como siempre voy a todas partes —contestó cruzándose de brazos frunciendo el ceño—. Bastante desagradable has sido ya no abriéndome la puerta como deberías haber hecho.

Él negó con la cabeza y rio entre dientes.

—Siéntate en el asiento de delante —ordenó antes de cerrar la puerta ya sentado en el interior.

Ella le miró con gesto de sorpresa. Órdenes a ella, ¡ja! Ese tío era más que gilipollas. Negó con la cabeza y tiró de la manilla de la puerta para abrirla pero no pudo. Los seguros estarían echados.

—Estúpido capullo... —siseó

mientras daba la vuelta alrededor del coche para ir hasta la puerta del copiloto pisando con rabia.

Esa puerta sí se abrió. Se sentó enfadada en el asiento frunciendo los labios con fuerza.

—Cinturón —dijo él a la vez que arrancaba.

Jenny le lanzó una mirada furibunda y reprimió las ganas de gritarle de nuevo. Estiró la mano y cogió el cinturón, que colocó en su lugar para cruzarse de brazos y mirar hacia delante apretando con fuerza la mandíbula.

El tal David conducía bien. Esquivaba los coches con facilidad, no era brusco ni daba frenazos. Jenny se relajó un poco mientras miraba al frente

observando los taxis amarillos, los peatones que cruzaban en manada los pasos de cebra, las nubes de humo que salían de las bocas de incendios, los policías que intentaban poner un poco de orden en el caos que era Nueva York.

Recorrieron el trayecto en silencio, incluso llegó a olvidarse de la mala leche que le provocaba el individuo que conducía. Le miró disimuladamente. Iba concentrado, agarrando firmemente el volante aunque con suavidad. Tenía los dedos largos y finos, como los de un pianista. De vez en cuando su mano derecha abandonaba el volante para colocarse sobre el cambio de marchas.

Salieron de Manhattan por el puente de Brooklyn y empezaron a notar la

tranquilidad de esa zona en comparación con la locura que dejaban atrás. Después de unos minutos atravesando las calles de ese barrio llegaron al estudio en el que Jenny solía ensayar y grabar gran parte de sus temas. También era el lugar en el que decidían qué canciones incluir en sus discos y cuáles no. Rony Music. Había empezado como la idea de un hombre llamado Ronald Prescott, que montó un pequeño estudio y comenzó a contratar a cantantes basándose en su propio sentido de lo que era la buena música.

Por suerte, Ronald tenía un sentido estupendo para ello y consiguió amasar una fortuna gracias a sus clientes. Pasó a convertirse en uno de los sellos

discográficos más famosos del mundo y entre su clientela se encontraban estrellas de la talla de Usher, Bruno Mars, las ya desaparecidas Destiny's Child y la mismísima Beyoncé en solitario en la actualidad. También tenía otro sello de carácter alternativo que reportaba enormes sumas de dinero a la discográfica.

Jenny conoció al señor Prescott cuando empezó a trabajar para los estudios, pero al año siguiente falleció tras sufrir un infarto y fue su hijo Jason el que ocupó su lugar al frente del negocio.

David metió el coche en el aparcamiento privado y bajaron de él sin hablar en ningún momento.

—Sigo sin entender qué coño hacemos aquí —murmuró Jenny más para sí misma que para que nadie la escuchara.

—Pronto lo descubrirás —contestó. Se volvió a mirarle. Apuntó mentalmente que a partir de entonces no debía hablar en voz baja cosas que no quisiera que él escuchara. El canguro, al parecer, tenía muy buen oído.

Ambos entraron en el edificio. El enorme recibidor estaba decorado con colores llamativos. Las paredes eran completamente blancas, pero la mesa de recepción, los sofás, mesas y sillas eran de colores rojos, verdes, naranjas, azules y amarillos. Transmitía energía nada más verlo pero Jenny pensaba que

si tuviera que pasar en esa sala una hora seguida se volvería loca con tantos colores. Compadecía a la pobre recepcionista.

—Señorita Scott —le saludó la chica tras la gran mesa.

—Hola, Susan —respondió sonriente—. Me han dicho que tenía una cita hoy pero no estoy muy segura de qué se trata.

—Sí, tiene razón —miró entre unos papeles un instante y enseguida volvió a mirar a Jenny con una sonrisa—. Si me acompañan, por favor.

Salió de detrás de la mesa y fue delante de ellos hacia una de las puertas del fondo de la sala. David hizo un gesto con la mano invitándola a pasar delante,



Jenny le lanzó una mirada envenenada y siguió a Susan. Caminaron por el largo pasillo que llevaba hasta el despacho del Señor Prescott. Susan se detuvo frente a la doble puerta de caoba que había al final del pasillo y tocó en ella un par de veces. Se escuchó un "adelante" y abrió la puerta con una sonrisa.

—Señor Prescott, Jennifer Scott ha venido a verle.

—De acuerdo, Susan, que pase.

La recepcionista abrió la puerta por completo y se hizo a un lado invitando a Jenny a entrar sin borrar la sonrisa de su ovalado rostro. Ella le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y pasó dentro. David la siguió muy de cerca.

El despacho del señor Prescott era enorme, casi tanto como el salón de su apartamento. Tenía un par de ventanales tras los que se veían los rascacielos y grandes edificios de Manhattan. Unas vistas envidiables que siempre habían gustado a Jenny.

El nuevo señor Prescott estaba sentado detrás de una gran mesa de madera maciza, en un grandioso sillón de cuero. El despacho estaba adornado con poco gusto, claramente influenciado por la original señora Prescott, que era realmente hortera. Había coincidido con ella en varias cenas y eventos de los estudios y siempre se sorprendía de los vestidos que llevaba, horribles todos ellos. Por no hablar de su peinado...

Todas las paredes estaban revestidas de madera, los sillones tenían estampados horriblos de una especie de flores de lis con escudos y una lámpara enorme que tenía pinta de ser muy antigua (y muy cara) alumbraba la sala. Cuadros con discos de oro y platino adornaban las paredes de madera. Jenny sonrió con orgullo reconociendo algunos de ellos como propios.

—¡Jennifer! —Exclamó Jason levantándose de la mesa y dirigiéndose hacia ella—. Me alegro de tenerte aquí, hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Así es, Jason. Oí que te habías marchado de vacaciones.

Siempre le trataba de tú. Después de todo ella colaboraba en que pudiera

tener esas vacaciones gracias al dinero que ganaba a su costa. Además, Jason sería solamente cinco años mayor que ella, no entendía eso de tratar de usted a gente de su misma edad.

—Te dijeron bien —se acercó a ella y la besó en una mejilla con familiaridad—. Estuve pasando un par de semanas en Dubai. Eso es increíble, tienes que visitarlo.

—No lo sé, Jason —soltó una carcajada—. Te recuerdo que no me dejan actuar en ese tipo de países.

Él asintió mientras sonreía. Habían intentado que Jenny actuara en algún país de Oriente Próximo y había sido imposible. Las atrevidas cantantes norteamericanas no eran bienvenidas en

esos países de religión tan arraigada. Jenny podría ser tratada como una enviada del mal cuando apareciera con uno de los minúsculos vestidos que utilizaba para actuar.

—Pero Dubai es diferente —dijo quedándose de pie frente a ella—. Un jeque amigo mío me dijo que su hijo está completamente loco por ti, que le encantaría contratarte para una actuación.

Jenny le miró sorprendida.

—¿Para eso es esta reunión?

—Oh, no, no —hizo un gesto agitando las manos—. Eso es un tema aparte. Esta reunión es por otra cosa.

Entonces pareció notar la presencia de David al lado de Jenny. Le miró serio

un instante. Puede que no supiera de la existencia de su canguro y pensara que era mala idea. Si el señor Prescott no aceptaba la idea de tener a alguien controlando a Jenny puede que eso hiciera que Carlo se tragara su maldita cláusula y perdiera a ese grano en el culo de vista. Sintió como la alegría la invadía al ver lo serio que Jason miraba a David. Aún había esperanza.

—Maldito tramposo...

Las palabras de Jason la dejaron de piedra. Lo que siguió hizo que su mandíbula se desencajara de su lugar y bajara casi hasta el suelo.

—No hice trampas, Jason — respondió David levantando las manos en el aire—. No es culpa mía que no

tengas ni idea de cómo se juega al póker.

Entonces se acercaron el uno al otro y se dieron un abrazo entre fuertes risotadas. Jenny los miraba con la boca abierta. ¿Se conocían? Acojonante...

Adiós esperanzas.

—¿Qué tal estás, David? — preguntó sonriente Jason mientras le daba golpecitos en el hombro.

—No tan bien como tú, pero no me puedo quejar.

—¿O... os conocéis? —Consiguió preguntar Jenny superando el impacto inicial.

—¡Claro! —Exclamó Jason pasando un brazo por los hombros de un sonriente David que miraba a Jenny con

clara expresión de triunfo—. Fuimos juntos a la universidad, miembros de la gran hermandad Alfa Gamma en Yale, compañeros de muchas aventuras que a ninguno de los dos nos conviene confesar.

—Para nada —rio David.

—Fue idea mía que él se encargara de ti, Jennifer —dijo más serio soltando a David y caminando hacia ella.

Si la revelación de que ellos dos se conocían la había dejado tremendamente impactada, esas palabras la dejaron al borde del colapso. Jason Prescott conocía a su canguro, lo conocía tan bien que había sido él quien lo había propuesto para desempeñar esa labor. Todas las personas que la ataban de una



manera u otra en su vida estaban confabuladas contra ella en esa maldita historia.

—Tus discos se venden casi solos, eres una cantante maravillosa, tu voz es algo celestial... Pero tu conducta es cada vez peor, Jennifer. Y no puedo arriesgarme a perderte, eres uno de mis mejores activos.

Ella le miraba con los ojos muy abiertos. Jason se sentó de nuevo en su enorme sillón de cuero y les invitó a sentarse frente a él. Su canguro se sentó ágilmente conforme observaba a Jenny hacerlo con lentos movimientos mientras su cara seguía expresando la sorpresa por lo recién descubierto.

—Carlo me llamó hace unas

semanas para contarme lo que tenía en mente —siguió Jason—. Quería tener mi absoluta aceptación ya que eso también iba a afectarme de una u otra manera porque el asesor que impusiera tendría que estar por los estudios siempre que tú estuvieras aquí. Acepté con la condición de que David fuera el que ejerciera ese cargo —señaló a su amigo con la mano y el aludido sonrió a Jenny. Quiso quitarle esa jodida sonrisa de un puñetazo—. Es el mejor para realizar este trabajo, le conozco desde hace años y sé que puede conseguirlo. Confío en él plenamente para que consiga hacer de ti una estrella que perdure en el firmamento, Jennifer.

—Si pones de tu parte todo esto

saldrá bien —dijo David mirándola seriamente—. No estoy aquí para ponerte las cosas difíciles, no me las pongas tú a mí y todo irá sobre ruedas.

Ella asintió lentamente con la cabeza, todavía tratando de asimilar todo.

—Espero un firme compromiso por tu parte con todo esto —Jason la miraba fijamente—. Odiaría perderte de la familia Rony y lo sabes, a mi padre no le gustaría eso, sabes lo mucho que te apreciaba.

—Lo sé...

Recordó las primeras veces que vio al viejo señor Prescott. Siempre trataba de hacerla reír con chistes e historias divertidas. Era muy joven cuando entró

en el negocio y siempre intentaba que estuviera a gusto con todo lo nuevo que la rodeaba. Consiguió que se sintiera como una más en la familia Rony. Le dolió mucho que muriera.

—Así que quiero que me digas que vas a intentar que esto salga bien.

Ella le miró directamente a los ojos, observando su color castaño. Tomó aire y lo soltó todo de un golpe. Menuda encerrona. ¿Qué coño iba a decir delante de Jason? Él la miraba expectante, con las comisuras de los labios elevadas.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Intentaré que salga bien. Pero no estoy dispuesta a aguantar ni una sola bordería por su parte.

Señaló a David que la miraba divertido.

—De acuerdo. No seré borde contigo si tú no lo eres conmigo.

—¿Veis? Todo se puede solucionar hablando —exclamó Jason abriendo los brazos y sonriente—. Ahora, una vez tratado este asunto, quiero que hablemos de algo más.

Jenny se volvió hacia él para ver qué más quería hablar. Solo esperaba que no se tratara de nada más acerca de su comportamiento y su vida, estaba harta de ser el centro de todas las conversaciones de los últimos dos días.

—Tengo una propuesta que hacerte, Jennifer.

—Tú dirás.

—Me han comentado que Iggy Fly está buscando una chica con la que grabar un nuevo tema que se presupone será el gran éxito de este verano.

—¿Iggy Fly? —repitió sonriente—. Me gusta su música.

—¡Me alegro! Porque le he dicho que el próximo miércoles puede venir para que habléis de la idea y ver qué tal os complementáis. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien, Jason. Hablaré con Gary para...

—No te preocupes —la cortó él—. Susan ya le ha mandado los documentos necesarios y toda la información junto con una copia del tema que Iggy quiere que interpretes con él.

—Oh, de acuerdo. En cuanto mire

todo con Gary y tome una decisión te llamaré. Aunque creo que esto me va a gustar, Jason.

—Muy bien —dijo estirándose para estrecharle la mano con suavidad—. Espero que este tema sea un nuevo disco que exponer en mis paredes.

Sonrió y acarició el dorso de la mano de ella, causándole una sensación de rechazo instantánea. Eso era lo que el actual señor Prescott provocaba en ella, no podía evitarlo. La había invitado a cenar en mil ocasiones y todas ellas las había rechazado como mejor pudo, pero él no cesaba en sus intentos.

Normalmente la miraba de manera profesional pero siempre había ciertos momentos en los que sus miradas tenían

un claro matiz de deseo que le ponían los pelos de punta. En ese momento notó ese deseo bailando en sus ojos. Quitó la mano de entre las suyas lo más natural posible, intentando que no se sintiera ofendido, y la colocó sobre sus piernas.

—Bueno —dijo poniéndose de pie—. Si no hay nada más que tratar será mejor que me vaya.

Escuchó a David carraspear a su lado.

—Que nos vayamos —rectificó muy a su pesar.

—De acuerdo —Jason se levantó de su asiento y fue con ellos hasta la puerta—. David, me alegro mucho de verte. Recuerda, el domingo en mi casa, trae dinero de sobra porque esta vez



seré yo el que te desplume.

El canguro se echó a reír y Jenny se volvió sorprendida a mirarle. Le gustó el sonido de esa risa, era despreocupada y realmente alegre.

—No te lo tengas tan creído, Jason —respondió dándole la mano sonriente—. Volveré a ganarte.

—Eso ya lo veremos... —rió el dueño de los estudios.

Jenny les observaba sorprendida por esa confianza con la que se trataban, parecían ser buenos amigos.

—Jennifer —Jason soltó la mano de David y la cogió por la cintura en un gesto algo posesivo—. Espero noticias tuyas acerca de lo que hemos hablado.

—No te preocupes —contestó tensa

ante esa proximidad—. En cuanto hable con Gary te llamaremos.

—Muy bien.

Se acercó a ella y volvió a besarle en la mejilla. Reprimió las ganas de frotarse donde sus labios se habían posado y le sonrió amablemente en respuesta. David abrió la puerta y ella salió dejando atrás el gran despacho del jefe de Rony Music. Sin poder evitarlo, un escalofrío le recorrió la espalda y sacudió los brazos para alejar la imagen de Jason besándole en la mejilla. Ese gesto no pasó desapercibido para David que sonrió a verla.

—Es un completo capullo —  
murmuró.

Jenny se volvió sorprendida a mirarle. Pasó a su lado caminando con aplomo y la dejó atrás paralizada por ese comentario. ¿No eran tan amigos? Aceleró el paso para alcanzarle justo antes de que abriera la puerta que daba a la recepción sacada de la mente de un esquizofrénico. Se despidieron de una muy sonriente Susan y fueron hasta el aparcamiento, caminando hacia el Audi negro y entrando en su interior. Esa vez Jenny no intentó sentarse en el asiento de atrás, estaba demasiado entretenida dándole vueltas a todo lo que había sucedido en los estudios. Entró casi por inercia en el asiento del copiloto. Miró a David mientras arrancaba el coche y salía del aparcamiento.

—¿Adónde vamos?

—A tomar un café —ella le miró con los ojos muy abiertos—. ¿Te parece bien?

Asintió con la cabeza lentamente. Eso sí que no se lo esperaba. Pero necesitaba un café, ni siquiera había tomado nada desde que se había levantado, corrección: desde que él la había despertado y levantado de la cama de muy malas maneras.

David se puso las gafas de sol y Jenny le imitó. Ese día la temperatura era muy agradable gracias al astro rey que brillaba en lo alto del cielo. Pronto llegaría el verano. Ella recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Se llevó una mano a la cara y masajeó el

punte de su nariz. David se volvió a observarla. Sabía que muchas veces se comportaba de manera ruda con las estrellas que tenía que "rehabilitar", pero era necesario. Jennifer seguiría dándole problemas pese a haber aceptado delante de Prescott que iba a comportarse. De eso no tenía la menor duda.

## *Cuatro*

Al cabo de un rato David estacionó el vehículo en el parking subterráneo de un centro comercial a las afueras de Brooklyn. Apagó el motor y abrió la puerta dispuesto a salir. Entonces se dio cuenta de que Jennifer no se movía. Volvió a sentarse por completo y se acercó a ella. Tal y como sospechaba, se había quedado dormida. Sonrió mientras negaba con la cabeza.

—¿Quieres que te cante una nana para que duermas mejor? —gritó en su oído haciendo que ella se sobresaltara.

Jenny miró a ambos lados asustada, no sabía cuándo se había quedado dormida. Descubrió el rostro sonriente del estúpido canguro a su lado. Carraspeó para aclararse la voz y poder dirigirse a él como merecía.

—Gilipollas.

David rio entre dientes abriendo la puerta de nuevo para salir del coche.

—Habíamos quedado en que no ibas a ser desagradable conmigo, Jennifer.

Ella se quitó las gafas para dejarlas apoyadas sobre su cabeza mientras se frotaba los ojos con cuidado, lo último que quería era que terminaran rodeados de un borrón negro de rímel. Miró su reflejo en el espejo del parasol de su

lado y se apresuró a abrir su puerta para seguir a su canguro.

—No creo que despertarme de esa manera haya sido demasiado agradable, Jack Trinca y Brinca —dijo mientras intentaba peinarse un poco con los dedos.

Usó el nombre de esa película que William les había obligado a ver hacía unos meses, completamente horrible y penosa pero en la que salía un canguro. No conocía el nombre de ningún otro canguro famoso. Quería chincharle y seguro que llamarle así serviría.

Él se detuvo de sopetón delante de ella. Dio la vuelta muy lentamente y se quitó las gafas para dejarlas apoyadas sobre el desordenado pelo moreno.



—¿Qué me has llamado?

—Veo que no estás nada puesto en el mundo del cine —le dijo con suficiencia pasando por delante sin detenerse.

Él estiró la mano para cogerla por el brazo y la atrajo hacia él con fuerza. El pelo de Jenny ondeó en el aire debido al brusco tirón. Se quedó frente a él a tan solo unos centímetros de su rostro.

—¿Quieres que las cosas funcionen entre nosotros? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

La respiración se quedó atascada en su pecho. Había conseguido lo que se había propuesto pero estaba sorprendida por la brusquedad de la acción de David. Le miró a los ojos con fiereza,

observando esos azules iris sin intención de dejarse amedrentar.

—Quiero que me dejes en paz —respondió todo lo amenazante que pudo.

—Eso no va a ser posible —dijo él acercándose un poco más a ella.

Jenny sintió su aliento en el rostro y cómo su corazón empezó a latir con fuerza. Tomó aire para responderle y entonces apreció el olor que desprendía su cuerpo.

Olía realmente bien. A ropa limpia y cítricos. Observó sus ojos sin bajar el nivel de enfado que quería demostrar pero sin ser capaz de obviar la sensación de nerviosismo que olerle desde cerca había generado en su interior. Esos ojos eran realmente

bonitos, azules como zafiros, una de sus gemas favoritas.

—Vamos a tomarnos un café —su aliento volvió a golpearle el rostro consiguiendo que la sensación de nervios se instalara definitivamente en su estómago—, y vamos a intentar llevarnos bien, Jennifer.

David sonrió consiguiendo que se quedara completamente embobada mirándole. Soltó su brazo y puso una mano sobre su hombro con suavidad, en una especie de intento de tranquilizarla. Ella no fue capaz de reaccionar ante eso. David empezó a andar hacia la entrada del centro comercial y tuvo que pestañear varias veces para poder recuperar la compostura. ¿Qué coño

había sido eso? ¿Un gesto amable? Agitó la cabeza y empezó a caminar tras él.

—¿Qué tomas? —preguntó cuándo estuvieron en la cafetería.

El local estaba completamente vacío. No había nadie más que una camarera al otro lado de la barra. El centro comercial entero estaba casi desierto a excepción de una decena de personas que compraban en algunas de las tiendas. Jenny supuso que eso se debía a la hora del día y que era entre semana. No era muy normal que un jueves a las once de la mañana hubiera mucha gente de compras, en horario laboral.

La chica que les atendía miró muy

fijamente a Jenny y se sonrojó al reconocerla. Eso no pasó desapercibido para ninguno de los dos.

—Un capuchino, por favor —contestó ella quitándose las gafas de encima de la cabeza.

—Será un capuchino para ella y un expreso para mí, gracias —pidió David a la ojiplática camarera.

Se sentaron en una de las mesas de la cafetería. Se dirigieron a la del fondo en la esquina, la más alejada en caso de que llegara gente. David sabía lo celosos de su privacidad que eran los famosos, era algo que respetaba ya que les entendía perfectamente. A él tampoco le gustaría ser el centro de todas las miradas y que le fotografieran

allá donde fuera.

Jenny se sentó de espaldas a la entrada y él hizo lo mismo frente a ella. Poco después la camarera se acercó con sus bebidas. Sonrió nerviosa a Jenny y ella le ofreció una sonrisa amable. Dejó las tazas en la mesa y se fue sin saber si decirle algo a Jenny o no.

—¿Siempre es igual cuando sales a la calle? —le preguntó David mientras añadía azúcar en su café.

—Suele ser bastante peor —sonrió ella dando vueltas a su capuchino con la cucharilla—. Normalmente hay más de una persona en los sitios a donde voy.

—Te he traído aquí porque a estas horas nunca hay nadie, pensé que sería lo mejor después de la mañana que

llevas —respondió al sarcasmo de las palabras de Jenny.

Le miró sorprendida. ¿Había hecho eso pensando en ella?

—Gracias —dijo en un susurro—. No estoy teniendo la mejor semana de mi vida precisamente.

Siguieron dando vueltas a sus cafés en silencio. Ella no sabía qué podía hablar con él. Se había quedado muy impactada por el hecho de que hubiera tenido en cuenta que le gustaría tener un poco de tranquilidad. Otro acto amable por parte de él que la dejaba realmente sorprendida. Y ya iban dos. Levantó la vista disimuladamente para observarle y se encontró con sus ojos azules mirándola fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —sonrió ligeramente—.

Me preguntaba qué tal es eso de que te conozca todo el mundo vayas donde vayas.

—Bueno... a veces es bueno y otras no tanto. Me gusta que la gente me pare por la calle y me pidan hacerme fotos con ellos. Mis fans son lo mejor de toda esta locura de ser cantante y siempre intento portarme con ellos como merecen. Si no fuera por ellos no estaría donde estoy.

—En la cima del mundo —apuntó David antes de dar un sorbo a su café.

—Yo no lo diría así. Los rascacielos se derrumban si hay un fuerte terremoto. No creo que esté en la



cima del mundo, simplemente disfruto del momento y de lo que tengo ahora. Puede que mañana ya no lo tenga y no quiero desaprovechar ni un segundo.

David se sorprendió de que Jennifer pensara de esa manera. Jamás hubiera imaginado que en esa cabeza de estrella consentida hubiera cabida para ese tipo de ideas. La observó mientras bebía de su taza con mucha elegancia. Apreció en ese gesto que sabía claramente cómo tenía que comportarse, aunque también estaba muy claro que lo olvidaba con facilidad.

Jenny continuó hablando.

—Y sé que los fans son los causantes de todo lo que tengo así que siempre intento darles las gracias. Si

quieren una foto compongo mi mejor sonrisa y si quieren un autógrafo se lo doy sin dudarlo ni un segundo. Otro tema es el de las hienas que intentan meter mierda en mi vida y sacar noticias de cualquier cosa.

—Deduzco que las hienas son los paparazzi y los periodistas.

—Así es. Mis amigos y yo les llamamos así de manera cariñosa —rio haciendo que David sonriera—. Siempre están en todas partes, no me extrañaría que mañana salgamos los dos en la portada de alguna revista con un titular en grandes letras que diga que estamos liados.

—Espero que no sea así —contestó entre pequeñas carcajadas—. No

querría tener que aguantar otro puñetazo por parte del morenito de tu cama.

Entonces Jenny recordó lo que había pasado esa mañana y se fijó en el ojo de David. La piel de su alrededor estaba ligeramente roja e hinchada. No se había fijado en todo el tiempo que había pasado con él, ni siquiera cuando le miró tan fijamente antes en el parking.

—Siento mucho que te haya pegado, pero tienes que admitir que has sido muy maleducado y grosero entrando en mi habitación de esa manera.

—Habías vuelto a acostarte, Jennifer. Tenías una cita y la puntualidad es algo muy importante.

Ella le miró levantando una ceja.

—Está bien —admitió él—. No

tenía que haber actuado así pero me cabreaste muchísimo y no sé por qué, pero sabía que habías vuelto a echarte a dormir.

—Estaba casi desnuda. Podrías haberme visto en pelotas perfectamente.

—Eso hubiera estado bastante bien.

Jenny le miró abriendo mucho los ojos y él se echó a reír igual que antes en el despacho de Rony Music. Su risa musical se escuchó en toda la cafetería.

—No me mires así, Jennifer — extendió las manos hacia delante excusándose—. Soy un hombre y tengo ojos. Además, ya te he visto casi desnuda en las revistas.

—Ah, ¿sí? —Eso era interesante—. ¿Compras las revistas en las que salgo?

—No te confundas, compro revistas en las que salen mujeres, no exclusivamente en las que sales tú.

—Apuesto a que tu mujer no tiene conocimiento de eso —aprovechó para averiguar algo que de repente le interesaba mucho.

—No estoy casado.

Ella se quedó mirándole asintiendo lentamente. Era un tipo atractivo pero el resto de cualidades hacían que eso pasara a un segundo plano. ¿Quién en su sano juicio se iba a casar con alguien tan gilipollas como él?

—No es algo que me resulte extraño —murmuró.

Escuchó un bufido y se golpeó mentalmente por haber olvidado la

súper capacidad auditiva de su canguro.

—Eres muy desagradable, Jennifer, ¿te lo habían dicho alguna vez?

—Tú también lo eres, ¿a ti te lo habían dicho?

Se volvieron a mirar a los ojos fijamente, manteniendo un pulso de miradas furibundas.

—Disculpe.

La voz de la camarera les hizo romper el contacto visual. Jenny levantó la vista para mirarla sonriente. David negó con la cabeza al ver lo buena actriz que era. Hacía un instante era la persona más grosera del mundo y ahora era la personificación de la bondad.

—¿Puedo hacerme una foto con usted? —preguntó nerviosa la chica.

—Claro, faltaría más.

Jenny se levantó de la silla y se acercó a ella. Miró a David un instante.

—¿Te importaría hacernos la foto?

Él asintió mientras se levantaba y cogía el móvil que le tendió la camarera. Las enfocó mientras Jenny componía su mejor sonrisa y pasaba la mano con cariño por la cintura de la chica. Hizo la foto y le devolvió el teléfono. Jenny miró el resultado en la pantalla y David la observó conversando con la nerviosa fan.

No parecía tan cargante como solía serlo con él, incluso rio con ella y pareció sincera. Se entretuvo en mirar las facciones del rostro de Jennifer y tuvo que admitir que era una de las caras

más guapas del panorama musical del momento.

Sus ojos castaños tenían un tono avellana precioso. La nariz respingona complementaba sus labios rellenos y carnosos. Era mucho más guapa al natural que en las fotos o en la televisión. El abuso del Photoshop resultaba demasiado negativo en ocasiones. Jenny se despidió de la chica poniendo una mano en su hombro y sin dejar de sonreír. La camarera se fue más contenta que unas castañuelas y ella volvió a sentarse.

—¿Has terminado? —Preguntó David secamente señalando su capuchino—. Tenemos que volver a casa para que mires todo lo que Jason te



ha dicho.

Ella asintió cogiendo su taza y bebiéndose lo que quedaba de su bebida. David ya se estaba poniendo de pie, impaciente por marcharse. Dejó la taza vacía sobre el platito que la acompañaba y se puso de pie bajo la atenta mirada del canguro.

—Ya voy, Jack, no seas pesado — dijo con tono cansado.

—¿Recuerdas lo del respeto y esas cosas?

—Lo siento, suelo ser bastante mala recordando cosas —le miró inocentemente mientras pasaba delante suya para salir de la cafetería.

David se quedó negando con la cabeza pero no hizo ni dijo nada. Salió

tras ella. Jenny se dio la vuelta para despedirse de la camarera agitando la mano y sonriendo. La chica respondió efusivamente y corrió a compartir la foto en las redes sociales. Sus amigos se iban a morir de envidia al saber que la increíble Jennifer había estado allí y había sido súper simpática con ella.



Llegaron al apartamento de Jenny tras aparcar el coche de David en un parking cercano, no sin haber pasado antes media hora dando vueltas por las calles aledañas para comprobar que no había algún lugar disponible. Jenny se puso de los nervios. Había olvidado lo

que era buscar aparcamiento en la calle. Ella tenía cinco plazas de garaje en ese edificio que usaban para aparcar todos sus coches. Además, normalmente ella no conducía y siempre la dejaban en la puerta. David se había negado a dejarla delante del edificio para seguir buscando aparcamiento él solo.

—Gilipollas —le había dicho ella ante su negativa.

—Niñata consentida —respondió él sin mirarla.

Así que llegó cabreada de nuevo a su portal, igual que como había salido esa mañana. Joe le abrió la puerta y su saludo tampoco fue correspondido. Agradeció que el tipo trajeado de aquella mañana sí lo hiciera. Él

simplemente hacía su trabajo y agradecía mucho los saludos o las muestras de afecto por parte de los habitantes del edificio. Jennifer Scott era la más desagradable de todos ellos, sin ninguna duda.

Subieron en el ascensor en silencio y la tensión volvió a hacer presencia entre ellos. El corazón de Jenny latía con fuerza fruto de la mala leche que le provocaba David, y él apretaba con fuerza las mandíbulas para evitar soltar ningún otro improperio. Le sacaba de sus casillas, no podía evitarlo. Ese sentimiento era recíproco.

Una vez el timbre del ascensor sonó al detenerse en su planta Jenny salió a toda prisa para llamar a la puerta de su

casa, no solía llevar llaves. Se volvió a mirar al canguro.

—¿No pensarás entrar en mi casa otra vez? —le increpó poniendo una mano en su cadera.

—Soy tu asesor a tiempo completo, Jennifer.

—¿Qué pasa? ¿No tienes casa o qué?

Él se echó a reír y Jenny le miró sin entender nada. ¿Qué coño tenía eso de gracioso?

La puerta del apartamento se abrió y una sonriente Anna les recibió con un precioso vestido de color verde esmeralda que le quedaba como un pincel.

—Hola, Jen —se acercó a ella y la

abrazó con cariño—. ¿Qué tal ha ido por el estudio?

—Cojonudo, Annie, no te puedes hacer una idea.

Se adentró en el apartamento mientras se quitaba la cazadora y la dejaba sobre la mesa de la entrada. Anna se quedó mirando a David con una sonrisa.

—Tiene poca paciencia pero es muy buena chica. Me llamo Anna, esta mañana no me he presentado.

—No te preocupes —sonrió—. Te he pillado desprevenida. Yo soy David, el famoso canguro.

Anna rio y estrechó la mano que él le tendía. Se hizo a un lado y le dejó pasar para cerrar la puerta. David miró

el apartamento que ya no estaba como esa mañana. Ni rastro de botellas ni colillas ni suciedad. Parecía un lugar completamente diferente.

Era un apartamento enorme y muy bonito, con unas vistas espectaculares.

Fue andando detrás de Anna hasta llegar a la cocina. Jenny estaba sentada en una banqueta con la cabeza escondida entre los brazos apoyados en la isla central. Una chica rubia cocinaba algo mientras le hablaba.

—...esta tarde tenemos que continuar con los ejercicios de fortalecimiento de muslos... —calló al darse cuenta de que alguien entraba en la cocina y se dio la vuelta—. Oh, hola.

—Hola —la saludó David

sonriente.

—Este es David, Caroline —dijo Anna abriendo mucho los ojos y señalándole con una leve inclinación de cabeza, gesto que solo Caroline apreció.

—Hola, encantada —dejó la cuchara de madera sobre la sartén y se acercó para estrecharle la mano.

—Igualmente —respondió él todavía con aquella sonrisa.

—Te preguntarás qué hace Jenny viviendo con estas bellezas —dijo una voz masculina tras él.

Se volvió para ver de dónde provenía y se encontró con el chico que había aparecido en la habitación de Jennifer esa mañana y había disfrutado tanto con la situación.



—Más bien me pregunto qué hace viviendo con todos vosotros, porque todos vivís aquí, ¿cierto?

—Todos compartimos piso con la estupendísima Jennifer Scott —dijo Caroline pasando un brazo por encima de los hombros la susodicha, que continuaba echada encima de la encimera sin moverse.

—Jen, es de mala educación comportarse así cuando hay visitas —le informó Anna.

David rio por lo bajo ante ese comentario. Jenny se incorporó lentamente lanzando a su amiga una mirada asesina, se bajó de la banqueta y empezó a andar hacia su habitación.

—Si me disculpáis —dijo mientras

se iba—. Me voy a acostar un rato. Estaré en mis aposentos si alguien me necesita.

Todos la observaron marcharse.

—¿Es eso lo suficientemente educado, Anna? —gritó antes de cerrar de un portazo la puerta de su habitación.

Todos se sobresaltaron por el ruido. Anna negó con la cabeza y se sentó en una de las banquetas.

—Tiene muy mal genio —le dijo a David en tono comprensivo al ver que miraba sorprendido hacia el fondo del salón por donde había desaparecido Jenny.

—Es peor que una niña pequeña cuando se pone así —dijo William.

—Gracias, por fin alguien que

secunda mis palabras —rio David volviéndose a mirar a William—. Soy David.

Le tendió la mano amigablemente. William se la estrechó sonriente.

—Esta mañana has estado espectacular, tío. Hacía días que no veía al idiota de Josh con esa cara de desconcierto.

Se echó a reír escandalosamente. David se sorprendió. Había supuesto que era el novio de Jenny, no debería hablar así de él, ¿no?

—El que disfruta con las desgracias ajenas es William, mi hermano —apuntó la morenita pequeña—. Que por lo visto tiene la educación un poco olvidada también.

—Oye, pequeña bruja, no me hables a mí de educación —dijo levantando un dedo en su dirección.

La chica sonrió en respuesta y bajó de su banqueta para ir dando saltitos hasta el chico enorme y moreno. Se lanzó a sus brazos mientras reía y él no tardó nada en corresponder ese abrazo. David sintió que no pintaba nada allí. Su trabajo era vigilar a Jennifer y si ella no estaba no tenía sentido que permaneciera en su casa. Pero claro, esa mujer era capaz de escaparse a hacer locuras en cualquier momento y eso era precisamente lo que él tenía que evitar a toda costa, así que no podía irse.

—Voy a ir a llevarle algo de comer —dijo la chica rubia que se llamaba

Caroline si no recordaba mal—. Dudo mucho que haya comido nada en todo el día y tiene que ir a la fiesta de esta noche.

—¿Una fiesta? —Preguntó David—. Nadie me ha informado de que tenga una fiesta hoy.

Todos se quedaron mirándole. El silencio se instaló en la cocina. Se observaron los unos a los otros sin saber si decir algo o no.

—¿Os ha explicado cuál es mi trabajo? —preguntó.

—Bueno, más o menos —dijo Anna—. Básicamente has sido enviado para convertir su vida en un infierno.

Todos rieron excepto David.

—Mi cometido no es convertir su

vida en un infierno. Estoy aquí para enderezarla y hacer que su carrera no se desmorone. No he sido yo el que ha tomado esta decisión, a mí solamente me han contratado para llevarla a cabo. La decisión está tomada por personas que temen que la vida de Jennifer se convierta en un circo completo, que es en lo que está empezando a convertirse.

—Un circo en el que nosotros somos los payasos, ¿no es así? — preguntó Caroline con dureza.

—No he dicho nada de eso — apuntó David con suavidad—. Pero es cierto que si sois sus amigos deberíais ayudarla y hacer que echara un poco el freno.

Caroline bufó ante su comentario.

—¿Y qué te crees que hacemos? —  
exclamó enfadada.

—Carol...

El chico enorme se acercó a ella y la cogió por la cintura.

—No quiero enemistarme con vosotros —se apresuró a añadir viendo como la conversación podía terminar mal—. Os necesito para que todo esto salga bien. La verdad es que no sabía que Jennifer viviera con tanta gente, pensaba que esta mañana estabais aquí desde la noche de fiesta.

»Si su día a día es siempre con vosotros también necesito de vuestra ayuda. No voy a condicionaros a nada, no pretendo que cambiéis vuestros hábitos por mi presencia pero estaría

bien intentar normalizar las cosas poco a poco, ¿no os parece?

—Podemos intentarlo —dijo William apoyando la barbilla en el hombro de Caroline.

—Pero ten en cuenta que ella es nuestra amiga —dijo Anna mirándole muy seria—. Si surge algún conflicto nos posicionaremos a su lado.

—Lo entenderé.

—De acuerdo —asintió la pequeña—. Veremos qué se puede hacer.

David asintió contento por el avance. Si tenía a los amigos de Jennifer de su parte, aunque fuera un poco, las cosas serían algo más sencillas. O eso esperaba.

—Voy a llevarle la comida —dijo



la rubia cogiendo un plato y soltándose del abrazo de William.

Pasó seria delante de David, sin mirarle. No le pasó desapercibido que fuera la única que no dijo nada acerca de su petición. Parecía una chica dura.

Miró detenidamente a los dos hermanos sentados en las banquetas frente a él. Se acercó a una de las que quedaban vacías y se sentó con ellos.

—Bueno, ahora, ¿me vais a contar qué fiesta es esa de esta noche?



—¿Puedo pasar?

La voz de Caroline sobresaltó a Jenny que estaba tumbada sobre su cama

con un chándal negro Adidas. Se incorporó y asintió a su amiga que la miraba desde el quicio de la puerta. Caroline entró llevando una bandeja, se sentó sobre la cama a su lado y la dejó apoyada en el colchón. Miró a Jenny con cariño al ver la cara de agotamiento que tenía.

—Un mal día, ¿eh?

—Un día espantoso, Carol.

—¿Quieres hablar de ello?

Asintió cerrando los ojos.

—Resulta que la idea de todo esto no es solo de Carlo —empezó a hablar—. Jason Prescott también ha tomado cartas en el asunto.

—¿El dueño del estudio? —preguntó sorprendida.

—Sí, dice que él también tiene voz en lo que se refiera a mi futuro porque soy su mejor activo y no está dispuesto a perderme. Me siento como si fuera un cuadro, una propiedad. ¿Qué pasa? ¿Acaso no tengo sentimientos?

Caroline observó cómo los ojos de su amiga se humedecían y estiró la mano para coger la suya.

—Odio que me traten así, Carol. Sé que a veces soy demasiado despreocupada y parece que me da igual todo lo que me rodea. Acepto que me digan que me comporto como si no me importara lo que las revistas puedan decir y que puede que eso afecte a mi carrera en algún momento. ¡Claro que sé que puede afectarme! ¡No soy estúpida!

Pero mi carrera va bien, mi nuevo disco pronto será número uno en ventas, mis fans me quieren. Dudo mucho que les importe que me emborrache de vez en cuando, y si a alguno le importa es que no merece ser fan mío.

Una lágrima silenciosa recorrió su mejilla. Caroline apretó con fuerza su mano.

—Jen... Sabes que yo siempre te digo que te controles y luego soy la primera en perder el control cuando salimos. Pero últimamente estás pasándote de la raya y me preocupa. Quiero que sigas triunfando como te mereces y que todo te vaya bien. Ya sabes que te quiero muchísimo y que eso jamás cambiará.

—¿Aunque termine durmiendo debajo de un puente? —preguntó limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Aunque termines durmiendo debajo de un puente de Central Park —respondió con una sonrisa—. Pero eso jamás sucederá porque ninguno de nosotros lo permitiremos.

—Gracias, Carol —se acercó a ella para abrazarla—. Te quiero mucho.

—Y yo, pequeña estrella.

Jenny sonrió sobre el hombro de su amiga. Necesitaba esas charlas de vez en cuando, era por eso por lo que todos vivían con ella. ¿Qué haría si estuviera sola en casa en momentos como ese?

—Bueno, ahora come un poco —

dijo Caroline separándose de ella y señalando el plato.

—¿Qué me has preparado? — preguntó sonriente mientras se limpiaba los restos de lágrimas de la cara.

—Verduras salteadas.

—Mmmmm, gracias, Carol, me encantan tus verduras.

—Lo sé.

Jenny cogió el tenedor y empezó a comer. Su amiga cocinaba realmente bien, no importaba que fueran platos bajos en grasas, siempre sabían genial. Sintió la mirada de Caroline sobre ella. Levantó la vista del plato para encontrarse con sus ojos azules. La miró interrogante con la boca llena.

—El canguro está bueno —soltó

aguantando una sonrisa.

Jenny dejó caer el tenedor sobre el plato y echó la cabeza hacia atrás. Caroline se echó a reír.

—Joder, dime que no te has fijado en lo buenísimo que está.

—Carol, por favor —dijo con la mano extendida para que se callara—. Es un gilipollas.

—¿Y eso qué tiene que ver? Espera un momento, ya verás.

Se levantó de la cama y fue corriendo hasta la puerta de la habitación, la abrió y sacó la cabeza fuera.

—¡Anna! ¿Te importa venir un momento?

Jenny bufó al verla actuar así.

Volvió a coger el tenedor y pinchó más verduras. Se escucharon las pisadas de los tacones de Anna al acercarse. Caroline la dejó entrar y la morena sonrió a Jenny al acercarse a la cama lentamente.

—¿Te has enfadado antes conmigo?  
—preguntó haciendo un puchero.

—No, ¿cómo me voy a enfadar contigo? Siento haberte gritado de esa manera, pero tengo un mal día.

—Lo sé, perdóname.

—No, perdóname tú a mí.

Anna sonrió y saltó sobre la enorme cama de Jenny para abrazarla con fuerza. Las dos se echaron a reír. Caroline las miraba sonriendo. Tras separarse de su abrazo Anna se quitó los



zapatos y se sentó sobre la cama con cuidado de no arrugar su precioso vestido.

—Es de Riccardo Tisci —informó al ver cómo la miraban.

—¿Y ese quién es? —preguntó Jenny.

—¡Mis clases no sirven de nada contigo! —Exclamó indignada haciendo que Jenny y Caroline rieran—. ¡Es el diseñador de Givenchy! De verdad, Jen, llegará un día en que meterás la pata con algún diseñador y entonces tendré que asesinarte, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Anna, prometo prestar más atención en tus clases de moda, pero es que ya sabes que ese tema me resulta de lo más abu...

—Oh, claro, prefieres hablar de Shakespeare o Einstein, ¿no te digo!

Jenny rio con fuerza ante las indignadas palabras de su amiga.

—Bueno, Anna, te he llamado por una razón —las cortó Caroline.

Las dos se volvieron a mirarle, Jenny todavía riendo.

—Cuéntale a Jenny lo que me has dicho esta mañana sobre el canguro.

—Ah, sí —rio Anna volviéndose hacia ella con expresión perversa—. Cuando me lo he encontrado en la puerta he dicho: "igual sigo dormida y esto es un sueño". Joder, está buenísimo.

Jenny puso los ojos en blanco al escucharla.

—Espera, que no ha terminado —

dijo Caroline sentándose a su lado en la cama.

—Entonces me ha dicho que te despertara. ¿No has notado la autoridad que tiene su voz?

—Claro que la he notado, ¿cómo crees que me habla todo el rato?

—¿Y no te pones tremendamente cachonda cada vez que te habla así?

—¡Anna! —gritó Jenny.

Caroline estalló en carcajadas y la morena la miró encogiéndose de hombros.

—No me digas que no tiene un punto morboso increíble. Carol, por favor, ahora que le has conocido, dame tu opinión.

Las dos se volvieron a mirarla con

expectación. La rubia sonrió levemente.

—Sin que Will se entere de lo que voy a decir, pero... Anna tiene toda la razón del mundo, Jen. ¡Tiene un morbazo increíble!

Jenny se dejó caer hacia atrás sobre la cama.

—Está muy bueno, imposible que no te hayas dado cuenta —siguió Caroline.

—Tiene unos ojazos —añadió Anna—. Y por no hablar de ese cuerpo...

—¿Y qué me dices de su voz?

—Joder, Jenny, si tú no piensas hacer nada con él me lo pido para mí —dijo Anna haciendo que Caroline se echara a reír.

—Nadie se va a enrollar con el canguro —gruñó Jenny volviendo a incorporarse—. Lo último que quiero es que pase más tiempo aquí del necesario.

—No me digas eso, por favor —rogó Anna consiguiendo más risas por parte de Caroline.

—No, Anna. Nadie se va a liar con él.

Se quedaron mirando fijamente un rato hasta que Anna apartó la mirada dándose por vencida.

—¡Está bien! —Exclamó dando un golpe sobre la cama—. Pero no es justo.

—La vida no es justa a veces, Annie —apuntó triunfante—. Ya se ha marchado, ¿verdad?

Anna la miró divertida mientras

negaba con la cabeza.

—Ha dicho que tiene que quedarse contigo a todas horas, ya sabes, es lo que hacen los canguros, ¿no?

—Maldito gilipollas...

Sus amigas se echaron a reír pero ella seguía sin encontrar la gracia a aquel asunto.

## *Cinco*

Algo más tarde Jenny se marchó al gimnasio con Caroline no sin que antes la rubia jurara ante David que no dejaría que se fuera de allí sin ella y que estaría atenta a todo lo que hiciera.

—¿Piensas que voy a estar bebiendo cubatas al tiempo que corro en la cinta? —preguntó indignada mientras escuchaba lo que le decía a su amiga.

—No sé qué eres capaz de hacer, Jennifer.

—Tú eres idiota.

Lo dijo mientras salía de la casa

echando chispas.

El rato que pasó en el gimnasio corriendo, en las máquinas y haciendo Kick Jitsu con Caroline le vino fenomenal. Consiguió liberar mucha tensión mientras peleaba contra su amiga. Carol era segundo Dan pero Jenny era una simple principiante. Solo llevaba tres meses practicándolo, y aunque Caroline le decía que era buena, ella no lo tenía demasiado claro. Siempre terminaba en el suelo con su amiga encima de ella inmovilizándola por completo.

Tras la sesión de gimnasio volvieron a casa, recién duchadas y con las pilas cargadas. Jenny estaba cansada, había dormido poco esa noche



y la ronda de patadas con Caroline la había dejado hecha polvo. Pero tenía que acudir a la fiesta de esa noche sí o sí, no había excusas posibles que justificaran su falta de asistencia. Anna se encargaría de maquillarla de manera que el cansancio no se notara en absoluto.

La famosa fiesta era la inauguración de una nueva tienda de Armani. No es que Jenny tuviera especial interés en acudir a ella, pero Anna había llegado a un acuerdo con la mano derecha de Giorgio y a partir de ese otoño Jenny iba a convertirse en imagen de la marca.

Le habían ofrecido una campaña publicitaria por la que cobraría una cantidad de dinero desorbitada. Jenny

abrió los ojos como platos cuando Anna llegó a casa gritando y saltando de alegría a darle la noticia. Imposible negarse. Trabajar como modelo para Armani, increíble.

Nunca había sentido especial predilección por el mundo de la moda, pero desde que la fama llamó a su puerta había tenido que posar mil veces para diferentes cosas, bien para las portadas y los libretos de sus discos o bien para revistas y entrevistas. También había grabado videoclips de muchas de sus canciones por lo que se había acostumbrado a actuar delante de una cámara.

Hacer esa campaña para Armani era algo bueno para su carrera. Esa

publicidad recorrería todo el mundo. Su cara iba a estar en las marquesinas de las paradas de autobuses de casi todo el globo y en enormes vallas publicitarias en las ciudades más importantes. Tenía que ir a esa fiesta y tenía que estar radiante.

Al llegar a casa, cómo no, David seguía allí. Vio su chaqueta doblada sobre uno de las sillas de la entrada y negó con la cabeza. La música proveniente del salón donde solían ver la televisión llamó su atención. Con el ceño fruncido se dirigió hacia allí acompañada por Caroline en busca de los habitantes de la casa. Lo que encontraron al entrar dejó a Jenny sin palabras.

El canguro estaba saltando (sí, saltando) mientras movía los brazos en el aire. William estaba a su lado haciendo exactamente lo mismo. La música provenía del home cinema conectado a la videoconsola. Estaban jugando al juego de la Xbox que su amigo llevaba esperando semanas como agua de mayo. Jenny se quedó quieta tras el sofá, sin que ellos vieran que estaba ahí. No las habían escuchado llegar, eso estaba muy claro por el espectáculo que tenían delante. Anna estaba en el sofá acompañada de Gary, ambos aplaudían al ritmo de la canción. Lo mejor de todo es que tanto William como el canguro estaban bailando Wannabe de las Spice Girls.

Observó a David mientras se tapaba la boca con la mano para no estallar en carcajadas, quería disfrutar un poco más del momento. Su elegante camisa azul claro estaba completamente sudada y la llevaba por fuera del pantalón. Se dio cuenta de que sus amigas tenían razón al decir lo bueno que estaba. En ese momento reparó en que era bastante más musculoso de lo que parecía con el traje. Los músculos de su espalda se marcaban con cada movimiento de brazos que hacía. Observó su culo y asintió con la cabeza. Sí estaba bueno, realmente bueno. Un codazo de Caroline la sacó de sus pensamientos con la certeza de que las dos habían estado pensando lo mismo.

Cuando llegó el estribillo de la canción los dos chicos empezaron a mover el culo de un lado a otro mientras levantaban la mano derecha en el aire con movimientos contrarios a los de su trasero. Como se sabían la canción (al igual que casi todo habitante de la Tierra) empezaron a cantar a la vez que bailaban. Eso fue demasiado para ella. Estalló en sonoras carcajadas haciendo que los bailarines pararan y se volvieran a mirarla. La cara de David era un poema. Jenny empezó a aplaudir acompañada de Caroline.

—Genial, chicos —consiguió decir entre risas—. Ahora has dejado claro que lo de Jack Trinca y Brinca es el apodo perfecto para ti.

Miró a David sin poder dejar de reírse. Él la observó con una sonrisa. Se había relajado mientras ella no estaba. Había hablado con William y se dio cuenta de que ese chico le caía francamente bien. Solo se llevaban un año de diferencia, tenían gustos musicales parecidos y los dos eran seguidores de los Knicks.

Cuando el portero del edificio llamó a la puerta y le entregó a William un paquete fue como si le hubieran dado un mismísimo Oscar. Empezó a correr hasta otra habitación y Anna le explicó que se trataba de un juego de baile que llevaba esperando bastante tiempo. La música del juego llamó su atención y se acercaron a ver de qué iba. Anna bailó

con él un par de canciones hasta que llegó otro de los habitantes de la casa. ¿Cuánta gente vivía allí? Por suerte descubrió que ese era el último miembro del séquito de Jennifer.

Tras varias partidas jugadas entre los tres le estuvieron intentando convencer para que jugara. David se negó en varias ocasiones, no le parecía correcto ponerse a bailar con ellos, no era profesional. Pero al final le convencieron, parecían estar pasándolo tan bien que aceptó. La verdad es que se estaba divirtiendo muchísimo con los amigos de Jennifer.

Hasta que escuchó esa risa que reconoció al instante.

Estaba cansado por el juego y no



fue capaz de responder ágilmente a su grosería. Simplemente la miró fijamente, sin sentirse intimidado porque le hubiera encontrado de esa guisa. No estaba avergonzado por ello, para nada, hacía falta mucho más para avergonzar a David Hill. Aguantó sus risas y cuando se hubo calmado fue caminando hasta la cocina para recuperar su chaqueta.

—¿No pensarás ponerte esa preciosidad de chaqueta de Hugo Boss sudado cómo estás? —chilló Anna al ver sus intenciones.

David se quedó mirándola sin entender nada.

—Eso sí que no lo voy a permitir —dijo saliendo del salón en dirección a donde parecían estar todas las

habitaciones de la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado.

—Es la encargada de la moda en esta casa —le explicó William—. Hay ciertas cosas que no tolera.

David se echó a reír.

Jenny se acercó hasta él y le miró con una sonrisita divertida en el rostro.

—¿Quién serías tú de las Spice Girls? —Se quedó pensativa golpeando con un dedo su labio inferior—. Probablemente serías Geri Halliwell...

—Creo que esa serías más bien tú —la cortó antes de que terminara—. Tengo entendido que era la más problemática... y también la más guarrilla.

Jenny se le quedó mirando con rabia mientras cerraba los puños con fuerza.

—Te estás ganando que te parta la cara de un puñetazo, Jack.

—Recuerda lo que te dije esta mañana —dijo acercándose mucho a su rostro—. Nada de agresiones, Jennifer.

Notó su aliento de nuevo sobre la cara y el corazón se le aceleró automáticamente. Esos ojos azules la miraban con insolencia. Entonces hizo algo que ella todavía no había visto en él. Sonrió levantando solamente una de las comisuras de sus labios, una mezcla entre seductor y malévolo. Esa sonrisa torcida hizo estragos en su autocontrol. Si se hubiera tratado de otra persona y

de otro momento hubiera saltado sobre él para besarlo con pasión descontrolada. Pero se trataba del estúpido y gilipollas de su asesor. Así que simplemente se quedó ahí, hiperventilando mientras le aguantaba la mirada.

Gracias a Dios Anna volvió para interrumpir ese momento embarazoso.

—Ten, David —dijo ofreciéndole una camiseta de manga corta—. Puedes ponerte esto mientras tu camisa se seca.

Él se quedó mirando la camiseta mientras se preguntaba a quién pertenecería. Si era de William le estaría grande pero si era de Gary probablemente le estaría pequeña. Anna leyó esas dudas silenciosas en su

mirada.

—No es de ninguno de ellos — susurró con una sonrisa—. Alguien la dejó aquí hace tiempo.

—No voy a preguntarte de quién es —contestó susurrándole al oído también—. Aunque me muera de curiosidad.

Anna empezó a reír mientras le daba un golpecito cariñoso en el hombro, coqueteando descaradamente con él. Jenny, que había estado presente en todo momento, dirigió a su amiga una mirada de advertencia para recordarle lo que le había dicho antes en su habitación. Anna la vio pero pasó completamente de ella porque siguió hablando con David mientras le enseñaba dónde estaba el cuarto de baño

para que pudiera cambiarse. En cuanto él cerró la puerta Jenny la cogió por la muñeca y la llevó lejos de donde pudieran escucharlas.

—¿Qué te he dicho antes, Anna?

—Sí, Jen, me acuerdo de lo que me has dicho. Solo estaba jugando un poco, no voy a ligármelo.

—Más te vale —dijo amenazándola con la mirada.

—¿Acaso huelo... celos?

—Anna, no me toques los ovarios, ¿vale?

—Di lo que quieras, Jen. Te conozco como si te hubiera parido, sé que estás celosa.

Rodó los ojos y suspiró con fuerza justo cuando Gary se acercó a ella con

unos papeles en la mano.

—Jen, tengo que hablar contigo un par de cosas.

—Sí, la canción con Iggy Fly, ¿verdad? —S volvió hacia él dejando el tema de Anna de lado, ya se encargaría ella de volver a darle el coñazo con lo mismo más tarde.

—¿Lo sabías? —preguntó él.

—Sí, algo me ha comentado esta mañana Jason Prescott —él la miró sorprendido—. He pasado por el estudio con David y lo hemos hablado un poco por encima. Dime, te escucho.

—No, simplemente escucha tú el tema —sonrió—. Sé que te va a encantar.

Cogió el mando que había encima

de la mesa en el centro del comedor. Enfocó a un pequeño aparato que había en la pared y dio al botón de play poniendo en marcha el hilo musical de todo el apartamento. Se podía conectar a los ordenadores de cada uno de ellos, así podían escuchar su música cuando y donde quisieran, incluso en los cuartos de baño.

Las primeras notas de la canción empezaron a sonar. Era diferente a lo habitual de Iggy Fly. Él era conocido por sus temas de música rap y esa canción tenía mucho más de house. Jenny frunció el ceño.

—Es una colaboración con Rob — susurró Gary en su oído.

Jenny abrió los ojos y sonrió.



Entonces lo entendía todo. Si Rob Myers estaba detrás de esa canción no tenía nada más que pensar, por supuesto que la haría. Lo que no entendía era por qué no había sido él mismo el que contactara con ella. Eran amigos, se conocían desde hacía cuatro años por lo menos y siempre se veían en las vacaciones de verano. Ella solía ir a Ibiza una vez al año, siempre pasaba por Pacha cuando Rob pinchaba. También se llevaba de cine con Caty, su mujer. Se quedó pensativa mientras escuchaba la canción. Llamaría a Rob para saber por qué no había sido él mismo el que le propusiera la colaboración.

Anna se acercó a ella para hacerle saber que era hora de empezar a

arreglarse, en dos horas pasarían a recogerla para la fiesta y tenía que estar lista.

—Llama a Jason y dile que haré la canción con Iggy Fly —dijo a Gary mientras iba hacia su habitación con Anna.

Entonces vio a David caminando hacia la puerta con la camiseta que su amiga le había prestado.

—Hasta mañana, canguro —dijo despidiéndose con la mano.

—Querrás decir hasta luego —sonrió él—. Yo también voy a esa fiesta, Jennifer.

—No vendrás a esa fiesta, ni de coña.

—¿No lo recuerdas? —Le preguntó

mientras abría la puerta—. Soy tu asesor desde que te levantes hasta que te acuestes. Hasta dentro de un rato.

Y salió del apartamento con esa estúpida sonrisa en el rostro.

—Está de coña, ¿verdad? — Preguntó mirando a Anna—. No puede venir a la fiesta de Armani, dime que no, por favor. Es una fiesta privada, no puede ir más gente que la que tenga invitación, ¿verdad?

—La cosa es que me dieron invitaciones de sobras... —contestó con cara de culpable.

—¡Joder! —Gritó Jenny haciendo que todos se volvieran a mirarla—. Esto es genial, de fiesta con mi canguro. ¿Qué hay mejor que eso?

Anna la miró divertida.

—¿Qué, Anna? —preguntó entre enfadada y cansada.

—Hay algo mucho mejor que ir a una fiesta con tu canguro. Pero no te enfades.

—¿Vas a decírmelo de una vez? — Estaba empezando a ponerse nerviosa.

—Tirártelo.

Se quedó mirando muy seria a la pequeña diablesa que tenía como amiga mientras la interpelada se partía de la risa. Negó con la cabeza un par de veces, se dio la vuelta y fue hasta su cuarto. Anna fue tras ella sin dejar de reír.

Una hora después Joe llamó a la puerta del apartamento para dejarles el traje que Armani había enviado para la señorita Scott. William lo recogió y se lo llevó a Anna para que le diera el visto bueno. No podían dejar que pasara como aquella ocasión en que trajeron confundido el vestido de otra persona para una gala a la que Jenny tenía que asistir. Desde entonces siempre lo comprobaban por si acaso. Anna dio el ok y William fue a la puerta para agradecerle a Joe que se lo hubiera subido a la vez que le daba una propina por ello. El portero se lo agradeció con una sonrisa y volvió a su puesto de trabajo.

Jenny estaba siendo sometida a una conciencizada puesta a punto. Mascarilla relajante, anti signos de cansancio, crema hidratante, anti ojeras, suave maquillaje para parecer lo más natural posible, manicura y pintado de uñas en un precioso color rojo coral. Dejó su pelo suelto, peinándolo con cuidado para que las ondas quedaran bien definidas.

Después de esa sesión de belleza en la que tuvo que aguantar los constantes comentarios subidos de tono acerca del canguro, llegó el momento de vestirse. En tan solo media hora la limusina llegaría a recogerla y tenía que ser puntual.

Sacaron el traje de la funda y Jenny

tuvo que admitir que era bonito aunque no fuera algo que hubiera usado de no ser por estar metida en todo ese mundo. Ella era más de vaqueros, sudadera y zapato deportivo. Pero claro, así no podía vestir más que en casa o cuando desaparecía del mapa por una temporada. De todas maneras le gustaba vestir elegante, le hacía sentir bien. Normalmente siempre llevaba cosas que le quedaban bien, que acentuaban su figura y que Anna elegía solo para ella. La pequeña sabía perfectamente cuál era su estilo ya que ella misma había sido la que lo había creado.

Una vez vestida, Anna sacó la bolsita de Tiffany's que había llevado a casa el día anterior. Abrió la caja

elegantemente recubierta por terciopelo granate y Jenny soltó una exclamación. Era una joya realmente preciosa. Un brazalete formado por pequeños diamantes engarzados que quedaba a la perfección con el traje negro que llevaba. Además también llevaría unos pendientes de aro que seguro eran de la misma serie porque estaban formados por diamantes de iguales dimensiones a los del brazalete.

—Preciosa —sentenció Anna cuando estuvo lista.

—Gracias, Annie —contestó mientras se acercaba para besarla en la mejilla—. Eres la mejor.

—Lo sé —rió aplaudiendo feliz. Jenny salió de su habitación



caminando con aplomo con sus Manolo Blahnik de doce centímetros en color nude. William estaba sentado en una de las banquetas de la cocina con su traje negro de Armani listo para ir con ella a la fiesta.

—Yo voy a cambiarme —dijo Anna yendo hacia su cuarto—. Jenny, no se te ocurra beber ni comer nada.

—Tranquila —le gritó de vuelta.

—Estás muy guapa, Jen —dijo William cogiéndola de la mano cortésmente.

—Gracias, Will, tú también.

—Es mi traje de las ocasiones especiales. Ya sabes que me queda de miedo.

Jenny se echó a reír.

—¿Dónde están Caroline y Gary?  
—preguntó mirando a su alrededor.

—Carol está terminando de vestirse  
y Gaz está ahí —señaló al comedor—.  
Enviando unos correos urgentes.

—¿No está listo? —exclamó  
alarmada.

—Tranquila, ya está vestido, lo  
único que le queda es ponerse la corbata  
—señaló a la susodicha apoyada sobre  
una de las banquetas vacías de la  
enorme cocina.

Respiró más tranquila. Todos tenían  
que estar listos en veinte minutos. Esa  
noche era importante, tenía que dar  
buena imagen para que todo lo referente  
a la campaña publicitaria saliera bien.  
La gente de Armani tenía que terminar

encantada con ella. Debía sonreír más que nunca y sus amigos debían hacerlo también. Siempre la acompañaban a los eventos. Desde que llegaron a ese mundo de fama y descontrol todos ellos se habían hecho un hueco en las fiestas y acontecimientos a los que ella asistía.

El timbre de la puerta sobresaltó a Jenny que tenía un nudo en el estómago a causa de los nervios. Miró a William con los ojos muy abiertos.

—No puede ser la limusina, tranquila.

Él se levantó y fue hacia la puerta, miró por la mirilla y soltó una carcajada. Jenny estaba de pie tras él, esperando ver quién era. William abrió la puerta y dejó paso a un sonriente

David vestido con un traje negro impecable. Jenny se quedó mirándole, sorprendida por lo bien que le quedaba. Excesivamente bien para ser más precisa. Seguía llevando el pelo despeinado pero en esa ocasión no pensó que quedara mal, le daba un aspecto desenfadado y de chico malo que le gustó. Llevaba la corbata suelta y el primer botón de la camisa blanca desabrochado. Una sensación de cosquilleo se instaló en su interior.

David saludó a William dándole la mano con efusividad y entró en el apartamento. Al ver a Jenny se quedó sorprendido por lo elegante que estaba. De negro completamente, con un pantalón de pinzas, una camisa de encaje

transparente con un escote bastante pronunciado que dejaba muy poco a la imaginación y una chaqueta abierta de manga francesa. La camisa era opaca en la zona de los pechos, no dejando que se transparentara más que su estómago plano. Pero aun así podía imaginar sin problemas la curva de su cintura bajo la tela, vislumbrar la suave piel de sus pechos... Se vio forzado a tragar saliva y a levantar la mirada. Jenny llevaba el pelo suelto cayéndole por los hombros y solo un par de joyas que remataban el perfecto conjunto. Estaba preciosa.

Al notar que ella le miraba sonrió.

—¿Qué pasa, Jennifer? —dijo levantando una ceja—. ¿Te gusta lo que ves?

Ella pestañeó rápidamente y cambió la expresión de su rostro volviéndolo serio y amenazante.

—Esta fiesta es importante —dijo con voz glacial—. No quiero detalles informales.

Señaló a su corbata y él asintió sin dejar de sonreír. William los observaba divertido, mirando de uno a otro esperando la próxima puñalada por parte de alguno de los dos. Pero Jenny se dio la vuelta y volvió a la cocina sin decir nada más.

—Mierda. Pensaba que ibais a volver a tener una pelea.

David le miró con curiosidad.

—Es divertido ver cómo os tiráis dagas envenenadas el uno al otro —rio

William.

Los dos rieron a carcajadas y juntos fueron hacia la cocina. Gary estaba con Jenny, ella le estaba haciendo bien el nudo de la corbata. Hablaban sobre el tema que Jenny iba a grabar con Iggy Fly, sobre Rob Myers y no sé qué más acerca de una llamada telefónica.

David la observó hablar con cariño a su amigo mientras doblaba el cuello de su camisa y le sonreía. Poco después Caroline apareció vistiendo un elegante traje de chaqueta de color rojo similar al de Jenny. Anna salió la última vistiendo una falda de plumas de color negro y una camiseta verde oscura de raso sin mangas. Las tres chicas llevaban unos tacones de infarto.

Cinco minutos después el timbre sonó. Anna se apresuró a contestar.

—Es Joe, chicos, la limusina ya está aquí.

—Vamos allá —dijo Jenny dirigiéndose hacia la puerta.

—Un momento —le dijo David a Gary—. ¿No esperamos al morenito?

—¿A quién?

—Al chico que estaba con Jennifer esta mañana, su novio.

Gary le miró un instante y se echó a reír. Apoyó una mano en su hombro.

—Josh no es el novio de Jenny. Simplemente pasa algunas noches aquí, pero no son novios. Jamás le llevaría a un evento de este tipo.

—Pero las revistas...



—Las revistas dicen muchas cosas, tío —le cortó con una medio sonrisa en los labios y golpeando con suavidad el hombro donde había apoyado la mano antes.

David asintió lentamente con la cabeza y salió detrás de él con el resto de la comitiva.

Entraron los seis en la limusina de color negro que Armani enviaba para recoger a la futura imagen de su firma, dejando a Jenny en el asiento más cercano a la puerta para que saliera la primera al llegar a la tienda.

—¿Dónde es la inauguración? —preguntó David cuando se pusieron en marcha.

Anna se volvió a mirarle con cara

de indignación mientras se llevaba una mano al pecho. Todos los demás soltaron risitas por lo bajo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué he dicho?

—¿En serio me estás preguntando dónde van a abrir la tienda de Armani en Mahattan, David? ¿En serio?

Él asintió asustado mientras veía a Anna incorporarse en su asiento y mirarle con ojos de loca.

—¿Dónde va a ser? —Exclamó—. De verdad que a veces me pregunto qué hago yo hablando con gente como vosotros porque no tenéis ni puñetera idea de moda ni de nada que tenga que ver con ella. ¡Qué dónde abren una tienda de Armani! ¡Por favor!

—En la Quinta Avenida —susurró una dulce voz en el oído de David.

Se volvió hacia la derecha para encontrarse con la mirada divertida de Jenny. Se quedó mirándola sorprendido. Le había echado un cable, ¿verdad? No había sido producto de su imaginación. Jennifer Scott acababa de echarle una mano ante la loca de su amiga fanática de la moda. Le sonrió dándole silenciosamente las gracias.

El resto del trayecto estuvo marcado por la charla de Anna acerca de los conocimientos básicos que toda persona debería tener acerca de la moda. William y Caroline pasaron de ella completamente mientras conversaban entre ellos en susurros.

Gary atendía con paciencia, sonriendo de vez en cuando. Jenny decidió que necesitaba algo de alcohol para poder aguantar ese suplicio que junto con los nervios que tenía por todo el tema de la presentación estaban a punto de hacerle vomitar. David la vio estirando la mano hacia la nevera de la limusina, la detuvo y negó con la cabeza. Ella se volvió a mirarle.

—Nada de alcohol esta noche, Jennifer.

—Porque tú lo digas.

Y estiró la mano del todo para abrir la nevera. Le apretó la muñeca intentando no sobrepasarse con la fuerza que ejercía. Jenny le miró muy seria.

—Jack, de verdad te lo digo —

susurró amenazante—. Suéltame ahora mismo.

—No voy a dejar que arruines esta noche, es importante.

—Una copa no va a hacer que arruine nada.

—No, Jennifer.

Ahí estaba el tono autoritario de nuevo. Anna se calló, al igual que Caroline. Las dos se quedaron mirando a Jenny sonrientes. Anna levantó las cejas de manera sugerente. Por suerte solo Jenny sabía el porqué de esas miradas y los chicos parecían simplemente impactados por la manera en que David le había hablado. Jenny respiró hondo, lanzó una mirada de odio al canguro y liberó su brazo tirando con

fuerza de él.

—Vete a la mierda —dijo volviéndose a mirar por la ventana.

El resto del trayecto fue más silencioso, pero por suerte en solo unos minutos llegaron a la nueva tienda Armani. Estaba cerca del Rockefeller Center, justo en la acera frente al edificio en la Quinta Avenida. Era bonita, llena de columnas y con el nombre del diseñador en letras blancas sobre un fondo negro, como siempre, fieles a la marca. Mil luces de colores alumbraban los escaparates en los que ya se podían ver varios modelos expuestos en maniqués. Una alfombra roja iba de la acera hasta el interior de la tienda y, cómo no, todo ese trayecto

estaba lleno de fotógrafos. También había curiosos que se habían quedado ahí esperando ver famosos rondando.

Jenny tomó aire y movió el cuello de un lado a otro intentando liberar la tensión que sentía en los hombros.

—Vamos, Jen —dijo William colocándose a su lado—. Vas a estar de miedo.

Ella le respondió con una sonrisa nerviosa. Sintió la mano de Anna acariciándole la rodilla y escuchó a Caroline y a Gary deseándole suerte. Entonces la puerta de la limusina se abrió de par en par y ella salió con su mejor sonrisa.

Los flashes empezaron a saltar y, junto con los gritos de la gente, la

aturdieron por unos instantes. Pero en cuanto su vista se acostumbró a las luces enseguida se centró en lo que tenía que hacer. Caminó sonriente por la alfombra roja, sabiendo que William la seguía cerca sin quitarle ojo de encima. Eso la tranquilizaba.

Saludó a los presentes agitando la mano y sin dejar de sonreír, posando para los fotógrafos. Los periodistas le hacían mil preguntas pero no entendía ninguna, únicamente se centraba en sonreír. Entonces vio que la chica con la que Anna había hablado y con la que se había reunido en un par de ocasiones se acercaba a ella sonriente. Se dieron un par de besos en las mejillas y le indicó que tenía que contestar a un par de



preguntas de un solo periodista. Jenny asintió y la siguió hasta el lateral izquierdo de la alfombra. Un periodista le preguntó acerca de su próxima colaboración con la casa Armani y ella contestó diciendo lo ilusionada que estaba con ese nuevo proyecto. Añadió un par de cosas relacionadas con la moda que Anna le había recomendado decir y sonrió para despedirse del periodista. La chica la cogió del brazo y la metió en la tienda.

Estuvo hablando con el responsable de marketing, conversando acerca de la campaña publicitaria con uno de los fotógrafos que se encargarían de ella y con la chica que la había acompañado desde el principio. No recordaba el

nombre de ninguno.

Sonrió mucho y aguantó como pudo la tremenda sed que tenía. Entonces un camarero disfrazado de pingüino pasó a su lado con una bandeja llena de copas de champán. Estiró la mano y cogió una para dar un pequeño sorbo que le sentó de miedo. Vio a David al fondo de la tienda conversando animadamente con Gary y Caroline. En ese momento él levantó la vista y se quedó mirándola. Ella levantó su copa triunfante y le sonrió. Él negó con la cabeza y siguió la conversación con sus amigos.

Una hora después Jenny estaba harta de estar ahí. Ya se había bebido cuatro copas de champán y empezaba a notar sus efectos, sobre todo teniendo en

cuenta que no comía nada desde las verduras que Caroline le había preparado esa mañana. Sintió un pequeño vahído y fue a sentarse en una de las elegantes sillas cubiertas con fundas blancas, sin dejar de sonreír para que nadie notara nada.

—¿Cuánto has bebido?

Levantó la mirada para encontrarse con los ojos azules de su canguro.

—Poco —respondió secamente notando el sudor en su nuca.

—Voy a buscar a Anna —dijo antes de darse la vuelta y marcharse.

El mareo no mejoraba estando sentada y empezó a encontrarse mal de verdad. El sudor comenzaba a perlar su rostro. Mierda. Nadie podía verla así en

un evento como ese.

—Será mejor que nos vayamos — dijo William cogiéndola de la mano para ayudarla a levantarse.

Ella le miró sin entender. No podían marcharse tan pronto. Es más, no podían salir por la puerta delantera sin que los fotógrafos la vieran en ese estado. Y si la fotografiaban así seguro que sacarían todo de madre y los titulares serían algo así como: "*Sale borracha de la inauguración de la marca de la que será imagen.*" No podía permitir que pasara algo así. Negó con la cabeza.

—Vamos por la puerta de atrás, ya lo he hablado con la representante de Armani y no hay problema —dijo David

a William.

Jenny lo escuchó y se quedó mirándole mientras notaba como su imagen iba volviéndose borrosa. William la llevaba cogida de la cintura con disimulo, para que nadie dentro de la tienda se diera cuenta de nada. Carolina, Anna y Gary habían salido ya por la puerta delantera y la limusina iba a dar la vuelta para recogerla por el otro lado de la calle. Entraron en un cuarto al fondo de la tienda y William se apresuró para sentar a Jenny en una silla en cuanto cerraron la puerta y supieron que nadie les veía.

—Jen, ¿estás bien? —preguntó cogiendo su rostro con cariño.

Ella negó con la cabeza.

—Me... me mareo...

—¡Joder! —Gritó David—. ¿Ves por qué te había prohibido que bebieras? ¡Has estado a punto de joder tu presentación...!

—David —cortó William—. No es momento para gritarle, creo que ni siquiera te escucha.

Pero sí le había escuchado. Estaba intentando enfocar la vista para mirar a David y contestarle que no era por haber bebido, que casi no había comido ni dormido, que había hecho deporte por la tarde y estaba muy cansada. Pero no pudo decir nada porque justo en ese momento todo se volvió negro y dejó de sentir el respaldo de la silla en su espalda.

—¡Jennifer!

La voz de David gritando fue lo último que escuchó.

## *Seis*

Abrió los ojos lentamente. Pestañeó varias veces para acostumbrar sus ojos a la luz de la habitación. Se incorporó poco a poco y notó un ligero mareo. Se quedó sentada mientras miraba a su alrededor. Estaba en su habitación. Por suerte la cortina de color azul estaba corrida porque si no la luz hubiera inundado la habitación volviéndose bastante molesta. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Chicos —habló.

Su voz sonó muy baja, imposible



que nadie la escuchara. Miró hacia la puerta y vio que estaba entreabierta. Volvió a aclararse la garganta y se estiró en esa dirección para hablar de nuevo pero con más fuerza.

—¡Chicos!

Escuchó ruidos en la casa. Gracias a Dios, no la habían dejado sola. Unos pasos tranquilos se acercaron hasta su habitación. Se quedó mirando la puerta para ver quién aparecía por ella.

—Te dije que no debías beber.

Oh, no, esa voz no.

David cruzó la puerta vestido con unos simples vaqueros y una camisa de color negro. Su pelo estaba más revuelto que el día anterior. Su expresión era seria y de claro enfado. Jenny miró

hacia delante para evitar su mirada.

—¿Qué tal te encuentras? — preguntó quedándose de pie al lado de su cama.

—Bien —contestó secamente, como una niña pequeña enfurruñada.

—Tus amigos se han ido a hacer recados. William ha ido a entrenar con Caroline, Anna tenía que ir a devolver tu traje de ayer y a no sé qué sitios más, y el otro chico, el rubito... —se quedó pensativo.

—Gary —aclaró ella.

—Eso, Gary. Él se ha ido al despacho de Carlo para preparar el papeleo de la colaboración con Iggy Fly.

Ella asintió sin levantar la vista. No quería mirarle porque sabía qué

encontraría, además, no quería escuchar lo de "te dije que no debías beber" otra vez. Sobre todo porque no quería darle la razón, no a él. Eso sería como darle la razón a Carlo. Un momento...

—¿Dices que Gary ha ido a hablar con Carlo? —entonces sí se volvió a mirarle, puede que demasiado de prisa porque sintió otro mareo. Lo disimuló lo mejor que pudo.

—Así es —la seriedad de su mirada le dio ganas de apartar la vista pero aguantó como estaba.

—¿Sabe Carlo...?

—¿Quieres saber si Carlo está al tanto de lo que sucedió ayer? —preguntó con dureza.

Ella asintió con la cabeza

lentamente.

—¡Claro que lo sabe! Da gracias de que nadie más que nosotros lo sepamos, todo el mundo ahí podría haberte visto, Jennifer. ¿Te das cuenta de lo que eso podría haber supuesto? ¿Tienes la más remota idea de lo que hubiera supuesto eso para tu contrato con Armani? Porque parece que tú no eres realmente consciente de lo que podría haber pasado. Había un montón de periodistas, todos esperando que la gran estrella, Jennifer Scott, hiciera de las suyas como es habitual. ¿Qué crees que hubieran pensado si te hubieran visto desmayarte en medio de la tienda? —Se pasó la mano por el pelo sin dejar de moverse de un lado a otro mientras gritaba—.

¡Carlo está que echa chispas!

Jenny enterró la cara entre sus manos mientras le escuchaba. No quería eso en esos momentos, no era lo que necesitaba. Quería a sus amigos, quería que le dieran mimos y abrazos. Estaba mareada, no se encontraba bien. No quería gritos ni reproches, no quería que él le gritara de esa manera diciéndole cosas que ella ya sabía. La cabeza comenzó a darle vueltas conforme el agobio que le estaban provocando los gritos de David aumentaba. Empezó a tener calor y su respiración se volvió errática y ruidosa.

—Jennifer, ¿me estás escuchando?  
—dijo él al ver que algo no marchaba bien.

Ella negó con la cabeza sin levantarla de entre sus manos. Enseguida notó el peso de alguien sentándose en la cama y una mano fría que le tocaba el cuello. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Agradeció mucho ese contacto. Aspiró con fuerza mientras esa mano acariciaba su nuca con lentitud.

—¿Te encuentras mejor? — preguntó su canguro con preocupación.

Asintió levemente.

—Voy a traerte algo de beber.

Notó cómo el peso en el colchón desaparecía y escuchó sus pasos salir de la habitación. Entonces se atrevió a levantar la cabeza y a abrir los ojos. No fue una buena idea. Volvió a marearse y tuvo que tumbarse del todo para no

perder el conocimiento. Intentó gritar a David que volviera pero no le salía la voz. De nuevo una estampida de calor recorrió todo su cuerpo y empezó a sudar. Hasta respirar se le estaba haciendo difícil. Comenzó a resoplar. Entonces David volvía a entrar en la habitación y se asustó al escucharla respirar de esa manera.

—¿Qué coño...? ¡Jennifer! —Gritó corriendo hasta la cama—. ¿Me oyes? ¡Jennifer!

Ella notó como la levantaba de la cama con sus frías manos. Si hubiera podido hablar le habría pedido que la tocara con esas manos tan frías por todo el cuerpo, eso seguro que le sentaba bien. Notó aire en la cara conforme él la

llevaba en volandas.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —  
repetía David una y otra vez sin saber  
qué hacer.

—Frío... —susurró.

Entonces corrió hasta el baño de la  
habitación de Jenny y la metió en la  
bañera. El simple contacto de la fría  
porcelana en su piel la hizo sentirse  
mejor. Notó el agua empezando a mojar  
sus pies desnudos. Poco a poco fue  
subiendo hasta sus piernas y su trasero.  
Dejó caer las manos al agua  
consiguiendo encontrarse bastante  
mejor. Su respiración se tranquilizó  
lentamente mientras sentía cómo su  
corazón recuperaba el ritmo normal.  
Sintió cómo David le mojaba la cara y



después la nuca con una suavidad infinita. El efecto del agua fría sobre su piel le hizo mucho bien, los mareos habían desaparecido. Se aventuró a abrir los ojos. Al hacerlo encontró a su canguro de rodillas al lado de la bañera mirándola preocupado.

—Estoy mejor —susurró—. Gracias.

—Me has dado un susto de muerte. Ella sonrió al escucharle mientras volvía a cerrar los ojos.

—No tiene ni pizca de gracia. Parecía enfadado de nuevo pero aun así volvió a mojarle la nuca con cuidado. Jenny se concentró en ese toque, en el roce de su mano en su cuello. Aspiró lentamente todavía con

los ojos cerrados, disfrutando de esa sensación. Un rato después, David vio que parecía más calmada y tenía mejor color.

—Deberías comer algo.

—Eso me parece muy buena idea —contestó abriendo lentamente los ojos.

Vio a David incorporarse y coger una toalla. Se quedó mirándola y le tendió la mano. Ella estiró el brazo y él se apresuró a agarrarla con fuerza pero con cuidado. La levantó sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo, despacio, pasando la otra mano por su cintura y cubriéndola con la toalla. Jenny miró hacia abajo mientras se ponía de pie y descubrió que llevaba puesto un camisón de algodón de color blanco.

Abrió mucho los ojos y sintió como se ponía completamente colorada. ¡Se le transparentaba todo! David se dio cuenta de su reacción y sonrió.

—Vamos, Jennifer, no me vengas ahora con vergüenzas.

La sacó de la bañera de un solo movimiento, abrazándola para poder hacerlo. Jenny notó lo bien que olía, su nariz estaba prácticamente pegada a su cuello. La dejó lentamente sobre el suelo y se separó de ella con cuidado, sin dejar de sujetar sus manos. La miró todavía con algo de preocupación.

—¿Seguro que estás mejor? —preguntó.

—Sí, me mareo un poco pero estoy mejor —intentó secarse un poco

mientras hablaba.

—¿Crees que podrás secarte sola y salir andando sin mi ayuda?

La miró a los ojos sonriendo de esa manera que tanto la había impactado el día anterior. Se quedó embobada de nuevo mirándole, sin que el riego sanguíneo le llegara al cerebro para poder contestar a lo que le había preguntado. Esos ojos azules eran hipnóticos.

—¿Jennifer? —preguntó entre risas.

—Sí, sí —se apresuró a contestar apartando la mirada—. Me seco y me cambio sola.

—Así me gusta —sonrió él mientras le apartaba un mechón de cabello mojado y lo colocaba detrás de

su oreja—. Que me hagas caso por una vez.

Se separó de ella lentamente comprobando que no perdía el equilibrio al dejar de sujetarla, se dio la vuelta y salió del cuarto de baño, dejándola ahí con la boca abierta y los ojos desenfocados.

El corazón le latía a la misma velocidad que cuando estuvo a punto de perder el conocimiento, solo que esa vez no tenía nada que ver con desmayarse. Sus hormonas estaban ligeramente revolucionadas tras ese rato de caricias y proximidad con David. Sentía tensión en todo su cuerpo y un calor agradable en cierta parte en concreto que parecía haber despertado.

Poco después, tras haberse centrado y haber dejado de pensar con las hormonas, se secó y se cambió de ropa. Se puso un pantalón de chándal y una camiseta, se peinó un poco el pelo y salió de su habitación.

—Estaba a punto de volver a entrar para comprobar que no te habías desmayado de nuevo.

David estaba a escasos diez pasos de la puerta de su cuarto. Llevaba la camisa y los vaqueros ligeramente mojados. Sonrió al verla y se acercó hasta ella para cogerla de la cintura con cuidado.

—No necesito que me lleves como si no supiera andar —refunfuñó Jenny mientras la llevaba hasta el salón.

—Crees que no necesitas muchas cosas que en realidad sí necesitas.

Le miró sin entender nada de lo que decía. Él la dejó sentada en el sofá y se dio la vuelta para ir hasta la cocina. Volvió dos segundos después llevando una bandeja que dejó en la mesita frente a ella.

—¿Chocolate? —Exclamó al ver lo que pretendía que comiera—. ¿Bollos con crema? ¿Te has vuelto loco?

—Necesitas azúcar.

—¡Caroline me matará si se entera!

—Caroline no te dirá nada, tu cuerpo necesita azúcar para recuperarse.

—¿Sabes las calorías que...?

—¡Cómete todo y calla de una vez!

Jenny se calló al instante. De nuevo

esa autoridad en su voz. Se le quedó mirando y él le dirigió una mirada severa a la vez que inclinaba ligeramente la cabeza hacia la comida. Ella frunció los labios y cogió un bollo para darle un mordisco.

—Muy bien, así me gusta —sonrió David.

Toda esa comida le sentó realmente bien, era cierto que necesitaba azúcar en el organismo. Estuvieron hablando acerca de lo que había pasado la noche anterior. Ella se desmayó y tuvieron que sacarla en volandas de la tienda por la puerta de atrás. No despertó en todo el trayecto y cuando llegaron al apartamento dijo un par de frases sin sentido que hicieron que todos se



quedaran más tranquilos, Jenny hablaba en sueños. La acostaron en la cama y se turnaron para vigilarla de vez en cuando y asegurarse de que se encontraba bien. Él se había marchado a su apartamento a las dos de la madrugada. A la mañana siguiente volvió para relevar sus amigos.

—Siento haberte gritado de esa manera —admitió después de contarle todo—. Sé que eso también ha ayudado a que te diera este bajón.

—Un poco sí, la verdad. Pero lo entiendo.

Él la miró sorprendido.

—No me mires así —rio tímidamente—. Me doy cuenta de las cosas, aunque creas que soy una

inconsciente viva-la-vida. Pero lo que pasó fue por un cúmulo de circunstancias, no sólo por el champán. Había dormido poco la noche anterior, tuve resaca, comí poco, hice demasiado deporte y no cené. Las copas de champán fueron simplemente la gota que colmó el vaso.

—Puede que tengas razón —aceptó él—. Pero aun así fue mala idea que bebieras.

No pensaba darle la razón, eso ni de coña. Se quedó en silencio mirando por la ventana a los edificios de enfrente. Él se dio cuenta de ese detalle.

—¿No piensas darme la razón, verdad?

—Jamás —dijo firmemente

volviéndose a mirarle.

David sonrió ante su cabezonería. Negó con la cabeza y se recostó en el sofá.

—Gracias por cuidar de mí — susurró Jenny agachando la mirada.

—Es mi trabajo —dijo obsequiándola con su mejor sonrisa.

—No es cierto, eres mi canguro, no mi médico.

—Los canguros cuidan de los niños cuando se ponen enfermos, ¿no es cierto? —Otra vez esa sonrisa.

—Supongo... —dijo volviendo a notar su corazón acelerado.

Se quedaron en silencio un rato, sin saber qué más decir. Entonces se escuchó la puerta del apartamento y

Anna entró hablando por el móvil. Al ver a Jenny sentada en el sofá empezó a gesticular saludándola.

—Oye, Carmen, te cuelgo, tengo que solucionar un par de asuntos —dijo antes de apartar el aparato de su oído—. ¡Jen! ¿Qué tal estás, cielo?

Corrió hasta ella y se lanzó a sus brazos. La besó con cariño y Jenny correspondió a su abrazo con fuerza.

—Oh, Anna, te he echado de menos.  
—Me tenías tan preocupada... —se separó de ella y la miró con dulzura mientras acariciaba su mejilla. De repente apartó la mano y la miró seria—. ¡No vuelvas a hacernos esto! ¿Me oyes? ¡Jamás en tu vida vuelvas a hacerme pasar por algo así!

Jenny se quedó alucinada por el cambio de estado de ánimo de su amiga. David se echó a reír a su lado. Le lanzó una mirada enfadada y él se apresuró a levantar las manos en señal de defensa.

Y así pasaron el resto del día. Jenny fue abrazada por todos sus amigos justo antes de que le echaran la bronca por lo que había sucedido. No se movió del sofá en ningún momento, solo para ir al baño, y siempre vigilada de cerca por alguno de sus amigos o por David, que se estaba adaptando a todos ellos a una velocidad pasmosa.

Los siguientes días pasaron con

calma y tranquilidad. No dejaron que Jennifer fuera a entrenar hasta asegurarse de que la viera un médico y confirmara que todo estaba bien. El médico les dijo que el desmayo fue debido a un cúmulo de cosas: no comer, dormir poco, hacer demasiado ejercicio y, para rematar, el alcohol.

También le informó de que lo que le había sucedido al día siguiente fue un ataque de pánico o de ansiedad, probablemente causado por el estrés y el agobio. Le recomendó que se relajara lo máximo posible y que no se tomara las cosas demasiado a pecho para evitar que volviera a pasar. Le prohibió el consumo de alcohol durante una temporada.

Sus amigos se volcaron en ella por completo, hasta el punto de llegar a agobiarla en algunos momentos. Pero sobre todo le agobiaba tener a David dando vueltas por su casa todo el día. ¿Acaso no tenía más clientes que ella? El domingo no pudo más y llamó a Carlo para decirle que hiciera el favor de mandarle a su casa mientras ella estuviera recuperándose.

—No se va a mover de ahí, Jennifer —le contestó su representante serio al otro lado del teléfono—. Es tu asesor a tiempo completo, fines de semana incluidos. Le pago por eso, por vigilarte.

—Si llevo tres días recluida en casa. ¡Qué coño va a vigilarme estando

aquí! Quiero que se vaya, Carlo, no me gusta que esté por aquí como si formara parte de mi gente.

—Pues acostúmbrate, porque es uno más de tu gente.

—No tienes ni idea de lo que estás tocándome los cojones con este tema, Carlo. No tienes ni la menor idea...

Y colgó el teléfono sin darle tiempo a decir nada más.

Tener a David pululando a su alrededor, entablado amistad con sus amigos (¡incluso con Caroline!) y metiéndose poco a poco en su vida le ponía de los nervios. Odiaba tener que verle con esa suficiencia y con ese porte autoritario mientras le decía lo que tenía o no tenía que hacer. Odiaba verle reír



con William y cómo su amigo le sonreía con sinceridad. Odiaba que Gary le pidiera opinión para decidir qué fotos debían publicarse en la revista Rolling Stone para una entrevista que le hicieron la semana anterior. Odiaba que Caroline riera con él mientras le ayudaba a preparar la comida. Odiaba que Anna le dijera una y otra vez lo bueno que estaba y que debería replantearse lo de acostarse con él. Sobre todo odiaba eso último porque, por mucho que ella intentara mantenerlo a raya, cada vez que le sentía cerca o él le sonreía más de la cuenta, las ganas de retozar con él dominaban cualquiera de sus pensamientos.

¡Odiaba a David Hill!

El lunes se encontraba mejor así que decidió llamar a Rob Myers para averiguar por qué no fue él quien le ofreció la colaboración en el tema. Él contestó alegremente al otro lado, como siempre. Hablaron un rato de sus vidas, de cómo se encontraban, de la mujer de él, de los amigos de ella. Al final Jenny abordó la pregunta importante: ¿por qué no le había ofrecido la colaboración en su canción? Rob se quedó sorprendido y le dijo que no tenía ni idea de nada de eso. Él ofreció el tema a Iggy pero no sabía nada de una colaboración femenina. Tras prometerle volver a

llamarla después de hacer unas llamadas todo se solucionó. Iggy creyó que una chica haría bien a la canción y pensó en ella, ni siquiera había hablado con Rob para decírselo porque esperaba a la reunión del miércoles.

Jenny se quedó más tranquila y le confesó a su amigo que había pensado que estaba enfadado con ella, le escuchó reír al otro lado al decírselo. Quedaron en verse antes de grabar el tema y se despidieron enviándose un beso. Respiró hondo al colgar y sintió cómo se quitaba un peso de encima.

Como estaba más tranquila y se sentía alegre tras haber hablado con Rob, fue a su cuarto y cogió la guitarra. Salió a la terraza, era un día soleado y

la temperatura era muy agradable. Se llevó consigo el cuaderno que usaba para apuntar las canciones que componía a veces y empezó a escribir, simplemente dejando la mente en blanco y permitiendo que las palabras fluyeran solas. Pasó casi todo el día con esa canción, tachando, borrando, punteando en la guitarra, buscando el tono adecuado.

Aquella misma noche, todos juntos jugaron una partida de Monopoly. Se rio muchísimo con David y Caroline. Resultó que ambos eran los firmes aspirantes a adquirir las casillas de la Quinta Avenida y mantuvieron una lucha constante por ellas.

David salió vencedor y pasó toda la

partida cobrándoles cantidades de dinero desorbitadas cada vez que caían en sus casillas con tres hoteles en cada una. Su mirada de suficiencia llegó a límites insospechados. Caroline terminó levantándose enfadada antes de terminar la partida y se fue a su habitación farfullando incoherencias, William fue tras ella entre risas.

El martes por la mañana, Jenny fue al gimnasio pese a la firme oposición de David. Tuvieron una pelea de las serias en la que se gritaron, insultaron e incluso ella le dio un empujón. Finalmente salió por la puerta, cabreada de nuevo pero habiéndose salido con la suya. David se quedó en el apartamento soltando sapos y culebras acerca de lo

inconsciente que era Jenny y sobre cómo le sacaba de sus casillas. William, presente durante todo el episodio, disfrutó muchísimo y al final se acercó a él y palmeó su espalda.

—Jenny es así, tío. Orgullosa y cabezota.

—¡Me pone de los nervios su arrogancia! —exclamó levantando las manos en el aire.

—Sois tal para cual —rio William antes de darse la vuelta e ir hacia la cocina.

David se le quedó mirando con los ojos muy abiertos mientras se alejaba.

Tal para cual. Jennifer y él. En cierta manera no fue un pensamiento demasiado desagradable. Hacía una

semana que la conocía y había desarrollado tal grado de protección sobre ella que le había sorprendido incluso a él.

Jamás se había sentido así con nadie, ni siquiera con su propia familia. Y no porque no les quisiera, sus padres y su hermana lo eran todo para él. Pero con Jennifer era diferente. La veía frágil, tan indefensa ante el mundo en el que ella creía ser una leona cuando en realidad era una pequeña gatita.

Una gatita que sacaba las uñas a la mínima y no dudaba en clavárselas con crueldad.

Con todo el asunto del desmayo y el ataque de ansiedad se asustó mucho. Pasó uno de los peores ratos de su vida

mientras la llevaba en brazos sin saber qué hacer. Su pequeño cuerpo, delgado y debilitado, sin fuerzas, casi sin color. Verla de esa manera rompió parte de sus esquemas ya que, sin proponérselo, pasó a observarla más todavía, a vigilar que estuviera bien, a sujetarla si se tropezaba, a sonreír cuando la veía dormida en el sofá sabiendo que estaba a salvo.

Pero se sentía así solamente a veces, porque cuando ella le gritaba como lo hizo antes de irse al gimnasio olvidaba todo eso y solo tenía ganas de cogerla por el cuello y estrangularla. Jennifer era intransigente, cabezota, malcriada y consentida. Y lo peor de todo es que eso le ponía. Le ponía de



unas maneras increíbles.

Esa gatita con uñas afiladas le ponía tan cachondo que, a veces, las ganas de lanzarse a besar sus labios tomaban el control de su mente y tenía que obligarse a pensar en otra cosa.

Tras la cita en el estudio para grabar el tema con Iggy Fly y concretar la fecha de grabación, la vida de Jenny volvió a recuperar su orden habitual. Entrenaba, pasaba horas en el estudio, dio un par de entrevistas a revistas para adolescentes, volvió a sonreír a sus fans, fue de compras con Anna... Todo eso bajo la atenta supervisión de su canguro que la acompañaba a todas partes. No había vuelto a organizar ninguna de sus fiestas desde hacía varias

semanas y empezaba a sentir los efectos de la vida sana, y no le gustaba en absoluto. Quería irse de juerga pero había un gran impedimento. Un impedimento de ojos azules, tremendamente guapo y tremendamente gilipollas.

Un par de semanas después llegó la fecha de la grabación del videoclip de la canción con Rob Myers e Iggy Fly. Todos la acompañaron ese día a los estudios, no querían perderse la oportunidad de conocer a Iggy ni de volver a ver a Rob. Mientras los dejaba en una sala de espera, Jenny fue a maquillaje para que la prepararan para la grabación.

David y los demás estuvieron con

Iggy, que resultó ser más simpático de lo que parecía. Hizo un par de chistes y todos rieron con él. Se sorprendieron porque siempre daba la imagen de ser alguien serio y con poco sentido del humor.

Accedió a hacerse fotos con ellos sin ningún problema y después fue a que le vistieran para el videoclip. Charlaron con Rob Myers muchísimo rato. Todos excepto David le conocían de antes y parecían llevarse muy bien. Hablaron de las vacaciones de ese próximo verano y Rob les dijo que tenían que volver a Ibiza, ellos aceptaron enseguida, la isla blanca era siempre un gran destino vacacional, sobre todo para ellos.

Estuvieron recordando entre risas

una noche en Pacha en la que Jenny terminó bailando con una de las gogos de la sala vip de forma demasiado sugerente y alguien hizo unas fotos que terminaron filtradas a la prensa. David rodó los ojos escuchádoles. Rodeada de gente tan inconsciente como ella era normal que hubieran pasado ese tipo de cosas.

Una hora después, finalmente y antes de que empezaran a aburrirse en la sala de espera, empezó la grabación en la que todos podían estar presentes en absoluto silencio.

Anna y Caroline se sentaron en unas sillas tras las cámaras y la gente de producción, mientras que los chicos se quedaron de pie observando el

decorado. Había una piscina pequeña, una especie de pasillo con laterales de madera que emulaban el pasillo de un hotel, mesas de billar y sofás de cuero negro.

Iggy apareció vestido con una chaqueta blanca con solapas negras y pajarita. Realmente hortera. Anna incluso tuvo que taparse la boca con la mano para no gritar al verlo. Jenny salió de detrás del decorado con una bata de color negro. La habían maquillado muchísimo, como solían hacer en ese tipo de vídeos. Llevaba sombra negra y mucho kohl, sus labios estaban pintados de color rojo y llevaba el pelo suelto con mucho volumen, dándole aspecto felino e incluso feroz.

David tragó en seco al verla maquillada de esa manera pero cuando se quitó la bata justo antes de empezar a grabar tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa. Llevaba unos pantaloncitos cortos, muy cortos, de color negro, que dejaban ver sus largas y perfectas piernas sobre unos taconazos de color rojo. La parte de arriba estaba compuesta por un top negro que dejaba toda su espalda al aire, sujetado al cuello por dos simples tiras de tela que tapaban sus pechos. David creyó que tendría a tener que huir del set de grabación porque su pene cobró vida propia y pensó que era el momento perfecto para levantarse. Miró a Iggy para evitar la imagen de Jenny. Con esa

horrenda chaqueta consiguió calmarse.

Empezaron a grabar mientras la canción se escuchaba de fondo. Si ver a Jenny vestida así había sido una clara alegría para su masculinidad, verla actuar frente a la cámara mientras cantaba se iba a convertir en un suplicio.

Pusieron una máquina de aire frente a ella. Hacía que su pelo volara libre y la tela de la camiseta se moviera dejando ver las perfectas curvas de su pecho. Por Dios, ver eso no podía ser sano para nadie. Le empezaron a sudar las manos.

William lo tenía calado y sonrió dándole un codazo a Gary.

—Una nueva víctima de los videoclips de Jen.

—Se pasa mal, ¿verdad? —dijo Gary mirándole divertido.

—Uff, ¿siempre es así? —preguntó David pasándose una mano por el pelo.

—No, solo suele ser así en los videoclips de música más marchosa —dijo William—. Saca la artillería pesada en esos.

—Espera a verla moviéndose y cantando a la vez —susurró Gary.

Entonces una voz dio la orden de comenzar a grabar y lo que los chicos acababan de decirle se hizo realidad. Jenny cantaba la canción mientras se movía sugerente, contoneándose de la manera más sexy que David había visto moverse a nadie en su vida.

La letra de la canción no ayudaba



en absoluto. Jenny movía los labios lentamente, sensual y demasiado erótica mientras devoraba la cámara con la mirada.

—Can you touch me? Make me fly with your loving hands...

Joder, claro que la tocaría, ¿por dónde había que empezar? Con tan poca ropa encima podría hacerlo sin problemas. Esos pechos que parecían tan suaves, tan fáciles de acariciar, de besar, de morder...

Sintió cómo se le secaba la garganta y tragó en seco. Ella miraba a la cámara seduciéndola, sabiendo cómo hacerlo, moviéndose mientras levantaba los brazos y se tocaba a sí misma sutilmente. Se agachaba abriendo las

piernas para levantarse mientras con una mano acariciaba su rostro y seguía bajando hacia sus pechos.

David se obligó a sí mismo a tranquilizarse, a centrarse, a dejar de imaginarse tocando ese cuerpo y haciéndoselo de la manera más salvaje en medio de ese jodido decorado.

Pero no fue fácil porque el resto de la mañana la grabación fue bastante parecida. Llegó un momento en que resultó demasiado para él. Jenny cambió de vestuario y apareció con un diminuto bikini dorado, con menos maquillaje, siendo más ella misma. La metieron en la piscina. Toda su piel mojada, esos labios húmedos que le hacían perder el control de los sentidos, esos pechos

cubiertos por aquella minúscula porción de tela... David tuvo que salir del set de grabación porque sus pantalones estaban a punto de estallar. William y Gary rieron al verle salir casi corriendo con la cara cubierta de sudor.

—No ha podido soportar la presión —dijo Anna a Caroline al ver a David marcharse.

—Apuesto que sé a dónde va —rio la rubia.

Anna se echó a reír ganándose una mirada desaprobatoria por parte del director del videoclip. Levantó la mano en gesto de disculpa intentando mantenerse en silencio.

—Pobrecito canguro, escapando cachondo perdido —susurró Anna

volviendo a mirar al decorado—. De todas maneras ha aguantado más que Gary y William...

Todos recordaban el primer videoclip de Jenny vistiendo de esa forma. Los dos chicos se marcharon del rodaje nada más comenzar a grabar. William pasó unos días atormentado por haber tenido pensamientos impuros con ella. ¡la consideraba casi como su hermana! Y Gary se negó a ir a más rodajes hasta que hubo visto antes varios videoclips, según decía, acostumbrándose para evitar episodios incómodos.

Con el paso de los años ya se habían hecho a ello, no les causaba problemas verla casi sin ropa. Pero

David no estaba preparado. Fue una imagen que le acompañó todas las noches durante mucho, mucho tiempo.

## *Siete*

Después de grabar mil tomas diferentes y de que el director decidiera que era suficiente, todos fueron a cenar por ahí. Rob Myers se excusó porque tenía que coger un vuelo esa misma noche hacia Berlín, donde pinchaba al día siguiente. Iggy se apuntó a la cena al igual que varios chicos de su equipo. Fueron a un restaurante muy de moda en el centro, The Glass.

Cenaron de cine, rieron muchísimo con los chistes de Iggy y de William y, sobre todo, bebieron demasiado. David

no dejaba de observar a Jenny, lanzándole miradas desaprobatorias cada vez que la veía rellenar su copa de vino, cosa que a ella no le pasó inadvertida pero que ignoró completamente. Se había sentado al otro lado de la mesa sabiendo que él no podría machacarle con sus órdenes.

Cuando decidieron marcharse Jenny iba muy borracha. Se colgó del brazo de uno de los chicos de Iggy del que ni siquiera recordaba el nombre, pero sí sabía que estaba muy bueno. David negó con la cabeza al verla, se acercó a ella y la cogió de la muñeca. Jenny se giró a mirarle sin soltar al chico.

—¿Podemos hablar un momento?  
—preguntó muy serio.

Ella le observó con la mirada desenfocada, pensando en lo increíble que sería echar un polvo con él. Soltó el brazo de su acompañante y asintió con la cabeza. David la llevó hasta el pasillo de los servicios y la puso contra la pared. Se acercó mucho a ella, tanto que su corazón se aceleró por su proximidad.

—¿No pensarás marcharte con ellos ahora? —preguntó enfadado.

—Claro que sí.

—Ni de coña, Jennifer. Ya has bebido suficiente. Ahora te llevaré a casa y así nos evitaremos que hagas alguna de tus locuras.

—Voy a irme con ellos digas lo que digas, Jack —le desafió poniendo las



manos en sus caderas.

—No vas a irte con ellos —  
respondió él con furia.

—He dicho que sí voy a irme con  
ellos —repitió elevando el tono de voz.

—Jennifer... —respiró hondo  
mientras cerraba los ojos y fruncía los  
labios con fuerza—. No me hagas perder  
la paciencia.

—Y si no qué, ¿eh? —Le desafió  
de nuevo con chulería—. ¿Qué me  
harás? ¿Me castigarás sin salir de casa  
una semana? ¿O sin ver la tele? Porque  
eso es lo que hacen las canguros.

—Te la estás buscando...

—Uy... —fingió estar asustada—.  
No sabes el miedo que me das.

Entonces la cogió de los hombros y

la empujó contra la pared. Se acercó tanto a su rostro que sus narices se rozaban. Jenny abrió mucho los ojos por el repentino ataque de David, que la miraba lleno de ira.

—Eres una persona insufrible, Jennifer —siseó sin dejar de mirarla a los ojos.

El corazón de Jenny latía a una velocidad pasmosa. El de David no se quedaba atrás.

Dentro de la cabeza de ella una vocecita empezó a decir: bésale, tírate a su cuello y bésale, te mueres de ganas. Y no es que simplemente lo dijera, es que lo gritaba. Podía sentir su aliento en la cara, acariciándola, incitándola, llamándola. Las manos de David

permanecían en sus hombros, agarrándola y manteniéndola pegada a la pared, con firmeza pero sin fuerza. Imaginó esas manos acariciando su cuerpo. Esos ojos azules ya no reflejaban enfado, le pareció ver algo deseo en ellos. Su clítoris empezó a palpitar deseoso de pasar a la acción.

—Disculpen...

Rompieron el contacto visual y él se apartó de ella rápidamente. Se volvieron hacia la voz para descubrir a una camarera que llevaba una bandeja llena de copas. Se hicieron a un lado para que pudiera pasar. Momento que ambos aprovecharon para respirar y volver a centrarse.

Él se pasó una mano por el pelo,

nervioso. Jenny carraspeó un poco justo antes de volverse a mirarle. Por Dios, esos labios seguían llamándola a gritos.

—¿Jen?

Entonces fue la voz de Anna la que les hizo girarse.

—Nos vamos a Ozzy's, ¿vienes?

David se volvió a mirarla. El deseo que reflejaban sus ojos hacía unos segundos había desaparecido para volver a dar paso a la furia y el enfado. Negó con la cabeza.

—Jennifer no va a ninguna parte — sentenció con autoridad.

Si se hubiera callado, si hubiera mantenido esa preciosa boca cerrada, Jenny se hubiera ido a casa con él, puede que para tirárselo en la isla de la

cocina o en el sofá del salón, o quizás en el mismo suelo de la entrada. Pero escucharle hablar de esa manera hizo que la ira reapareciera con el doble de intensidad que antes. Sintió como le corría por las venas, casi nublándole la vista.

—Jennifer va donde le sale de los cojones —contestó reflejando claramente esa ira en cada una de sus palabras.

Le lanzó una última mirada llena de odio y se fue con Anna apretando con fuerza las mandíbulas y con los puños cerrados. David se quedó en el pasillo observándola mientras se iba, confundido, cabreado y con un calentón de dos pares de narices.

A las seis de la madrugada del día siguiente David estaba en el salón de casa de Jenny, dando vueltas de un lado para otro sin parar. Llevaba allí media noche. Después de salir del restaurante fue a su casa pero no podía dormir. En su mente no dejaba de dar vueltas la imagen de los labios de Jenny, sus ojos, sus pezones debajo de la tela dorada del biquini, sus palabras llenas de furia... Se levantó de la cama y se puso lo primero que pilló, cogió la copia que tenía de las llaves del piso de ella y salió de su apartamento.

Condujo como un loco hasta

Tribeca y aparcó al lado de su edificio. Joe no estaba en la puerta, algo completamente comprensible teniendo en cuenta que eran las tres de la madrugada. Subió en el ascensor sin parar de golpear el suelo con el pie mientras observaba los números de los pisos que ascendía. Necesitaba asegurarse de que Jenny estaba en casa, de que no la había liado como él temía, de que no le hubiera pasado nada.

Y sí, de que no estuviera en la cama con ningún hombre.

Pero, como era de esperar, en el piso no había nadie.

Las horas fueron pasando lentas, muy lentas. Cuando escuchó voces en el rellano se levantó como un resorte del

sofá y fue a la entrada. Tras varios intentos y entre risas y gritos, la puerta se abrió. Caroline y Anna corrieron a abrazarle y a decirle lo contentas que estaban de que estuviera en casa porque así podría prepararles huevos revueltos con beicon. William le abrazó con fuerza y le plantó un beso en los labios justo antes de decirle que le quería. Ni rastro de Gary ni de Jenny.

—Gary ha ligado con una Barbie siliconada hasta las cejas —le dijo Anna algo indignada mientras observaba dentro de la nevera qué podía comer.

—Jenny se ha quedado con Josh en Ozzy's —dijo William antes de que él tuviera que preguntar por ella—. Estará bien, no te preocupes.



No les dijo que estaban locos por haberla dejado sola. No les dijo que eran unos inconscientes por dejarla allí para que pudiera hacer cualquier cosa y salir al día siguiente en las revistas. No les dijo que se moría de preocupación. No lo hizo porque todos iban tan borrachos que sería una estupidez decirles algo que ni iban a entender ni iban a recordar.

Poco después todos se echaron a dormir pero él se quedó dando vueltas por el salón. Y ahí seguía cuando el sol comenzó a aparecer en el cielo. Ahí estaba cuando el reloj de la cocina marcó las nueve. Ahí estaba cuando el timbre de la puerta se escuchó sobresaltándole. Fue hasta la puerta casi

corriendo, la abrió y una sensación de alivio le recorrió cuando descubrió a Jennifer tras ella. Sensación que poco a poco fue tornándose en cabreo.

—¿Qué passa, cangurito? — preguntó tambaleándose de un lado a otro.

Llevaba el rímel corrido, los zapatos en la mano y olía como recién salida de una destilería de whisky.

—¿Te parece normal llegar a casa a estas horas tú sola? — preguntó casi gritando.

—Vale, mamá — rio ella mientras pasaba a su lado en dirección a la cocina—. Ya he llegado, puedes estar tranquila.

—¿Cómo has venido? — preguntó

yendo tras ella.

—En taxi.

—¿Sola?

—¿Ves a alguien más conmigo? —

se dio la vuelta sobre sí misma fingiendo buscar a alguien.

—¿Has venido sola desde la discoteca en tu estado? —En esa ocasión sí gritó.

—He venido con el señor taxista que se ha portado muy bien conmigo —  
rio mientras abría la nevera y sacaba una cerveza.

—¡Ah, no! —Gritó él acercándose para quitarle la cerveza de la mano—. Ni de coña sigues bebiendo a estas horas.

—¿A ti qué cojones te importa? —

gritó ella tirando los zapatos al suelo.

—Mi trabajo consiste en evitar que hagas estas cosas.

—Pues esta noche no has cumplido, cangurito... —una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Crees qué esto es para reírse?  
—Gritó dejando con fuerza la cerveza en la encimera—. ¿Te parece divertido que alguien te haya visto ahora con la borrachera que llevas?

—La verdad es que me importa un pito.

—¡Pues no debería! Es tu carrera lo que está en juego, tu trabajo...

—¡Mi carrera! —Estalló Jenny de repente—. ¡Mi trabajo! ¡Ja! Lo que está en juego es el dinero que ganan a mi

costa, el dinero que TÚ ganas a mi costa, el que gana Carlo y el que gana Jason. ¡Lo único que os importa es que mis discos se vendan para poder sacar tajada! No os intereso yo, os interesa lo que sacáis de mí.

David la miró con el ceño fruncido, sorprendido por sus palabras. Jenny parecía fuera de sí. El labio inferior le temblaba mientras seguía hablando.

—Jamás os habéis preocupado por mí —una lágrima escapó de sus ojos—. Nadie se preocupa por Jennifer Scott, ¡nadie! Todos se preocupan por su carrera, por las ventas de sus discos, por que no haga algo que pueda provocar que la gallina de los huevos de oro deje de poner huevos y todo ese

dinero que ganáis a mi costa deje de entrar en vuestros bolsillos.

Gritaba con furia, con los ojos llenos de lágrimas, dejando salir todo lo que la carcomía por dentro, todo lo que llevaba pensando desde hacía mucho tiempo.

—Para vosotros solo soy un objeto brillante, no me veis como una persona normal con sentimientos. ¡Y los tengo! Yo también sufro como los demás, también me duelen las cosas y también lo paso mal muchas veces, más de las que te imaginas.

—Yo... —intentó cortarle David.

—Tú, ¿qué? —Le gritó con rabia —. Tú eres uno más de los que se benefician a mi costa. No te has

preocupado nunca por mí, solo quieres que mi carrera siga adelante para cobrar a fin de mes religiosamente.

Empezó a andar en dirección a la puerta. David fue tras ella.

—¿Adónde vas? —Preguntó al verla abrir la puerta.

—A dar un paseo —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y cogió las llaves de uno de sus coches de la mesita de la entrada.

—No vas a coger el coche, Jennifer —ordenó cogiéndola de la mano.

—¿Acaso te importaría que me pasara algo? —Gritó encarándole con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Acaso te importaría que tuviera un accidente y me matara?

El corazón de David dio un vuelco en su pecho. La miró horrorizado por sus palabras mientras ella respiraba entrecortada por la rabia.

—Claro que me importaría —dijo suavemente—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—¡Porque no le importo a nadie! —gritó dando un tirón de su brazo para liberarse.

Abrió la puerta a tal velocidad que David, todavía impactado por sus palabras, no pudo reaccionar para seguirla. Entró en el ascensor y bajó hasta el parking, sin dejar de llorar. Salió y fue hasta uno de sus coches, un Mercedes SLK de color negro.

Se montó en él y lo puso en marcha.



Entonces se dio cuenta de que iba descalza. Bah, no importaba. Hacía mucho que no conducía pero es algo que no se olvida, igual que montar en bicicleta o echar un polvo. Salió del parking a una velocidad muy por encima de la permitida. Condujo por las calles de Manhattan sin dejar de llorar, las lágrimas caían a cántaros por sus mejillas. Por suerte no había demasiado tráfico, cosa que aprovechó para pisar todo lo que pudo el acelerador. De repente vio las luces de un coche patrulla que iba tras ella.

—Mierda —susurró.

Paró un poco más adelante justo después de plantearse emprender una huida por las calles de Nueva York. Por

suerte desechó ese pensamiento.

—Iba usted a demasiada velocidad, señorita —dijo el policía una vez estuvo al lado de su ventanilla.

—Tengo un poco de prisa, agente.

Su voz sonó horrible. Iba borracha y estaba llorando, una mezcla terrible al volante. Y el agente se había dado cuenta de ambas cosas.

—Voy a pedirle que sople aquí —dijo mientras le tendía un detector de alcoholemia.

Ella sopló y, tal y como era de esperar, su tasa de alcohol superaba con creces la permitida.

—Duplica la tasa de alcoholemia que estipula la ley, señorita. Además circulaba por encima de la velocidad

permitida. Bájese del coche, tendrá que acompañarme a comisaría.

Jenny abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo? No puedo ir a la cárcel, señor agente. ¿No sabe quién soy?

El agente asintió con la cabeza. ¡Por supuesto que sabía quién era!

—Puedo darle entradas para mis conciertos —le ofreció lo primero que le vino a la mente—. Puedo dar un concierto gratis para sus hijos. Puedo hacer lo que usted quiera pero, por favor, no me lleve a comisaría.

Le miró suplicante mientras nuevas lágrimas salían de sus ojos. El policía la miró serio, sin dejarse llevar por sus palabras ni porque fuera famosa.

—Lo siento, señorita Scott —dijo

mientras abría la puerta del conductor —. Bájese del coche y acompañeme.

Jenny asintió lentamente e hizo caso a lo que le decía. Se sentó en el asiento trasero del coche patrulla y lloró durante todo el camino mientras pensaba en la que se le venía encima.



—Señorita Scott.

Se levantó del banco del calabozo lo más rápido que pudo.

—Han pagado su fianza —dijo un agente mientras abría la puerta de la celda—. Ya puede marcharse.

Jenny salió del calabozo agachando la cabeza. No quería que la vieran, no

quería que la reconociera nadie. Eso era lo peor que había hecho en la vida. Había terminado en un calabozo asqueroso, oscuro y que olía a pis. Por suerte, al llegar, le dejaron unos zapatos negros que evitaron que sus pies se llenaran de suciedad. Eran horribles y le estaban grandes, pero era eso o estar descalza pisando cosas que no quería pensar qué eran.

Llevaba tan solo unas horas ahí metida pero le habían parecido días. Hacía cosa de poco más de treinta minutos le habían dejado hacer una llamada. Llamó a su casa y fue David quien contestó. Le gritó que era una inconsciente, que sabía que eso iba a pasar y, al final, le dijo que iba a

sacarla de ahí enseguida. Ella aguantó todo lo que le dijo porque tenía razón, pero escucharle solo consiguió que llorara todavía más.

Había vomitado nada más llegar allí, le dolía muchísimo la cabeza y el cuerpo entero, estaba cansada y olía fatal. Quería irse a casa, ducharse y meterse en la cama durante días.

Cuando salió a la sala central de la comisaría miró a su alrededor buscando una cara conocida que la sacara de esa maldita pesadilla. Entonces le vio. David había ido a buscarla tal y como había dicho. Parecía cansado y preocupado. Nada más verla se acercó a ella casi corriendo. Jenny respiró hondo y se preparó para los gritos y los

reproches. Cerró los ojos aguantando las lágrimas que pugnaban por salir. Pero para lo que no estaba preparada fue para lo que sucedió.

Los brazos de David la envolvieron con fuerza en cuanto llegó a su lado. Abrió los ojos sorprendida y un par de segundos después, cuando fue capaz de reaccionar ante ese arranque de cariño por parte de su canguro, pasó los brazos por su cintura y se dejó llevar por el alivio. Apoyó la cabeza en su pecho y rompió a llorar. Él acariciaba su espalda sin parar, agradecido de que estuviera sana y salva. Había pasado las peores horas de su vida hasta que el teléfono sonó y ella le dijo dónde estaba.

Estuvieron ahí abrazados, en medio de la comisaría, con gente yendo y viniendo a su alrededor, ajenos a todo, durante varios minutos. Jenny se desahogó y lloró como necesitaba, dejando la camisa de David completamente empapada por sus lágrimas. A él no le importó en absoluto. Cuando se separaron la miró con ternura.

—¿Vamos a casa?

Ella asintió con la cabeza. David pasó un brazo por sus hombros y la atrajo a su cuerpo para guiarla entre la gente. Salieron de la comisaría sin hablar. Entraron en el coche de David en silencio y así hicieron todo el trayecto hasta el piso de Jenny.



Él no quería decirle nada, no quería echarle la bronca en ese momento. Ya le había gritado suficiente por teléfono y no quería volver a hacerlo. Lo último que quería era verla llorar así de nuevo. La observó de vez en cuando, viendo como sus ojos se cerraban lentamente hasta que se quedó dormida. Llegaron a su edificio y entró en el garaje sabiendo que había una plaza libre para su coche, el Mercedes que Jenny se había llevado estaba en el depósito de vehículos y no podrían recuperarlo hasta el día siguiente.

Además, lo último que quería era que la vieran así, ni Joe ni nadie. Aparcó el Audi entre un Jeep enorme y un BMW negro y sacó a Jenny en brazos.

No quiso despertarla. La subió hasta el apartamento sin dejar de mirar su rostro dormido.

Entró en la casa en silencio, sin querer despertar a nadie para que la dejaran descansar, y la llevó a su cuarto. La tumbó en la cama y le quitó los zapatos. Ella se dio la vuelta y agarró la almohada antes de soltar un suspiro.

David sonrió, la tapó con el nórdico y salió de la habitación. Se dejó caer en el sofá, cansado tras pasar la noche en vela y en constante tensión, hecho polvo tras las horas de incertidumbre que había vivido sin saber dónde estaba o si habría tenido un accidente con el coche. Casi sin darse cuenta se quedó profundamente dormido.

## *Ocho*

—¡No me jodas! ¿Qué coño es esto?

David se despertó asustado, mirando a todos lados al escuchar los gritos de Anna. Poco a poco recordó donde estaba y que se había dormido después de llevar a Jenny a casa tras sacarla de la comisaría de Madison.

Se incorporó ligeramente mientras intentaba estirarse la camisa arrugada. Anna estaba sentada a su lado, mirando al frente con la boca totalmente abierta, con expresión de horror absoluto. David

se restregó un poco los ojos para ver qué había causado tal conmoción. Miró el reloj de su muñeca, solo eran las siete de la tarde, había dormido menos de cuatro horas. Cojonudo.

—¿Qué coño son esas imágenes?  
—exclamó William a su espalda.

Se dio la vuelta y le vio apoyado sobre el respaldo del sofá con una expresión muy parecida a la de Anna. Entonces se volvió a mirar la televisión. Lo que vio y escuchó le hizo quedarse con la misma cara que ellos.

Las fotos policiales de Jenny, las que le habrían hecho en la comisaría esa misma mañana, estaban saliendo en la pantalla una tras otra. De vez en cuando aparecían imágenes suyas de otros

grandes momentos ante la prensa: borracha saliendo de la discoteca, gritando a los paparazzi, cayendo al suelo delante de ellos tras tropezarse debido a su estado de embriaguez...

—La mega-estrella Jennifer fue arrestada esta mañana por conducir bajo los efectos del alcohol y superar el límite de velocidad al volante de uno de sus deportivos por las calles de Manhattan —decía el reportero—. Según fuentes de esta cadena, ha permanecido en la comisaría de Madison hasta las dos de la tarde, hora en que se ha pagado su fianza y la han dejado en libertad.

—¡Qué cojones...! —gritó David incorporándose de un salto del sofá.

—Como es bien sabido por todo el mundo, Jennifer siempre ha sido una celebrity a la que le ha gustado la fiesta en demasía. Aquí podemos ver unas imágenes de hace un par de meses en las que la vemos salir de una conocida discoteca de la ciudad en claro estado de embriaguez. Por lo visto, las cosas siguen igual de descontroladas para Jennifer. Lo que no sabemos es cómo afectará todo esto a la futura gira de conciertos que tiene previsto comenzar en tan solo un mes y...

—¡Apaga eso, Anna! —Gritó David.

Ella le hizo caso y cogió el mando para dejar de oír toda esa mierda que estaban diciendo sobre Jenny.

—¿Tú sabes de qué va esto, David?

—preguntó William claramente preocupado.

No podía dejar de caminar de un lado a otro del salón, pasándose las manos por el pelo, dándole vueltas a la situación, preguntándose cómo era posible que eso hubiera llegado a la prensa en tan pocas horas. ¡Maldita policía! Por unos míseros dólares serían capaces de vender a su madre.

—Hijos de perra... —masculló mientras apretaba con fuerza la mandíbula.

—¿Quieres decirnos de una vez qué pasa? —gritó Anna.

David se volvió a mirarles con los ojos muy abiertos, cabreadísimo por lo

que estaba sucediendo. Pero les vio tan preocupados que se obligó a calmarse. Esa situación no podía ser tan mala como aparentaba. Seguro que podría solucionarlo de una manera u otra.

—Está bien —les dijo remangándose las mangas de la camisa y sentándose sobre la mesita de centro—. Esta mañana Jennifer ha vuelto a casa en un estado bastante lamentable. Hemos tenido una bronca y se ha ido con las llaves de uno de sus coches.

—¿Cómo? —gritó William.

—¿Qué? —Lo imitó Anna poniéndose de pie—. ¿Has dejado que se fuera con el coche en su estado?

—¿Qué? —la voz de Caroline sonó desde el pasillo.



Les miró horrorizada y fue corriendo hasta William.

—No he podido detenerla. He salido corriendo tras ella por las escaleras pero cuando he llegado al parking ya no estaba —David se pasó la mano por el pelo de nuevo—. No sabía qué hacer, no sabía dónde podía haber ido...

—¡Es tu trabajo vigilarla! —gritó Caroline señalándole con rabia.

—¡Y vosotros no deberíais haberla dejado sola en la puta discoteca! —gritó perdiendo la paciencia.

—¡Tú cobras por impedir que sucedan estas cosas! —exclamó Anna acercándose a él con furia.

—¡Basta ya! —gritó William

levantando los brazos consiguiendo que todos callaran inmediatamente.

David respiraba entrecortado, cabreado, enfadado y algo más, ¿qué era? Una especie de presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad, como si algo pesara dentro de él. Al cerrar los ojos y volver a sentarse lo vio claro. Se sentía culpable. Él había gritado a Jenny todas esas cosas cuando llegó a casa, la hizo llorar, la hizo sentirse como un objeto que todos querían ver brillar.

Mierda, Hill, la has cagado pero bien.

—Vamos a calmarnos todos un poco —medió William acariciando la espalda de Caroline que parecía a punto

de llorar—. Jenny nos va a escuchar y...

—¿Qué voy a escuchar? —La voz de la susodicha se escuchó ronca mientras entraba en el salón—. ¿Qué pasa?

Los miró uno a uno. ¿Qué tipo de caras eran esas? ¿Por qué estaba llorando Caroline? ¿Por qué Anna tenía esa expresión de cabreo tan profunda? ¿Por qué David le miraba con ojos tristes? Un momento, ¿su canguro con ojos tristes? Esa era buena. Algo realmente gordo tenía que haber sucedido.

Justo en ese momento el teléfono móvil de David comenzó a sonar. Él se sobresaltó al notarlo vibrar en su bolsillo, lo sacó y miró el nombre de

quien llamaba.

—¡Mierda! —Gritó poniéndose de pie—. ¡Joder!

Jenny le miró frunciendo el ceño.

—¿Alguien va a explicarme qué coño está pasando?

—¿Quién es, David? —preguntó William viéndole andar hacia el pasillo.

—Es Carlo —carraspeó un par de veces y contestó al teléfono—. Dime, Carlo.

Pausa.

—Claro que lo sé —contestó resoplando.

Pausa. Jenny le miraba sin entender nada.

—¡Quién crees que la sacó de ahí! —gritó David volviendo a perder la

paciencia.

—Oh, no... —susurró Jenny al comprender qué sucedía.

Anna se acercó a su lado corriendo al verla perder el equilibrio. La cogió por la cintura y la llevó hasta el sofá. William se sentó a su lado y cogió una de sus manos con cariño. Jennifer empezó a hiperventilar. Caroline fue corriendo a la cocina para prepararle una tila. David seguía hablando por teléfono sin parar de dar vueltas de un lado a otro. Gritaba, gesticulaba, volvía a gritar, resoplaba.

Jennifer recordaba una y otra vez todo lo que había sucedido horas atrás. El policía, el horrible calabozo, el olor, la angustia, el tiempo pasando tan

despacio que parecía ir hacia atrás, el abrazo de David en medio de la comisaría, sus lágrimas, el consuelo que sintió entre sus brazos...

—¿Q-Qué ha pasado? —Preguntó con la mirada perdida—. ¿Cómo se ha enterado?

—Ha salido en la televisión —susurró Anna.

—Mierda...

Se dejó caer hacia atrás en el sofá y cerró los ojos con fuerza.

—Jennifer.

La voz de David le hizo abrir los ojos de nuevo. La miraba enfadado, ni rastro de esa tristeza que vio hacía unos minutos.

—Carlo quiere hablar contigo

ahora mismo. Será mejor que te duches, te llevaré a su despacho.

—¿Tiene que ser ahora? — Preguntó sintiéndose más cansada que jamás en la vida.

—Sí, Jennifer, tiene que ser ahora mismo.

De nuevo aquella autoridad en su VOZ.

Le miró muy fijamente y vio la rabia fluir en sus ojos azules. Fue como si aquel abrazo en la comisaría hubiera cambiado de significado. Entonces lo vio claro. No la abrazó para consolarla, no fue porque estuviera preocupado. David Hill no se preocupaba por ella, ¿cómo había podido siquiera pensar en ello? Él se preocupaba por salvar su

culo, porque había metido la pata y temía perder su empleo. Sintió ganas de llorar pero se mordió la lengua y se las tragó todas.

Apretó con fuerza las mandíbulas y se levantó del sofá cerrando los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. Miró a su canguro con toda la rabia que pudo mientras notaba las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—Ahora mismo voy, Jack —  
escupió cada palabra dejando que lo que sentía se reflejara en ellas.



El viaje al despacho de Carlo fue tenso, muy tenso. Ninguno habló en todo



el trayecto. Jenny se golpeaba mentalmente una y otra vez, sintiéndose una estúpida por haber creído que David se había preocupado por ella aunque fuera por un mínimo instante. Él pensaba en lo mucho que la había cagado. Si no hubiera perdido los papeles al verla llegar a casa nada de eso hubiera sucedido. Su trabajo peligraba, sí, pero el de Jennifer también. Carlo estaba muy cabreado. Le había gritado como un loco diciéndole que estaba a punto de empezar la gira y que eso podía ser terrible para la venta de entradas. Sintió ganas de gritarle que ella tenía sentimientos y también tenía derecho a equivocarse de vez en cuando. El simple hecho de que algo así pasara por su

mente le asustó.

¿Desde cuándo le importaba que las creídas estrellas del mundo de la fama se sintieran tristes o mal? Estaba perdiendo facultades y eso no le gustaba ni lo más mínimo. ¿A qué se debía ese cambio?

Llegaron al cruce de la Cuarenta con la Quinta Avenida. David aparcó mal sobre la acera, sin preocuparle absolutamente nada que pudieran multarle o llamar a la grúa. Los dos salieron del coche sin intercambiar ni media palabra y fueron hasta el edificio más alto de la calle donde se encontraba el despacho de Carlo.

Jenny se puso las gafas de sol y subió el cuello de su chaqueta. Hacía

calor pero lo último que quería era que nadie le reconociera. Subieron en el ascensor hasta el despacho de su representante. Una vez llegaron respiró hondo.

Sabía lo que se le venía encima. Carlo iba a volver a hablar sobre activos y ventas y números. No iba a preguntarle qué tal estaba, si se encontraba bien, si podía hacer algo por ayudarla. Porque a él no le importaba en absoluto cómo se sentía. No iba a interesarse por qué había pasado para que cogiera el coche en ese estado. Hasta entonces nadie se lo había preguntado.

Sabía que Anna, Caroline y William estaban preocupados por ella,

no hacía falta que le preguntaran nada, lo veía en sus ojos con total claridad. Pero esperaba que David se acercara a ella y le preguntara si estaba bien, que le dijera que sentía haberle gritado al llegar a casa. Pero no, eso no iba a pasar. Estúpida Jenny. ¿Por qué esperaba que eso sucediera? Se giró a mirar a su derecha mientras esperaba que la tonta secretaria de Carlo le comunicara que habían llegado y se encontró con los ojos del imbécil de su canguro. Le miraba muy serio.

—¿Qué pasa?

—Nada. Simplemente me preguntaba...

Le vio dudar y abrió más los ojos impaciente.

—Quería saber si...

—¿Vas a soltarlo de una jodida vez? —gritó haciendo que él se sobresaltara.

David la miró confundido primero pero luego se enfadó consigo mismo por intentar preguntarle qué tal estaba y si se encontraba bien para afrontar la reunión con Carlo. Bufó al darse cuenta de lo tonto que era preocuparse por ella y que encima reaccionara de esa manera tan borde con él.

—Nada —soltó enfadado.

—Eres completamente insoportable —masculló ella cruzándose de brazos.

—Puedo decir exactamente lo mismo de ti —respondió entre dientes.

—¿Sabes qué? —Le encaró—.

Todo esto es culpa tuya.

—No fui yo el que se emborrachó y luego cogió el coche en un alarde de estupidez claro como el agua, algo que no sabes qué es, por cierto.

—¡Tú y tus sarcasmos! —gritó ella acercándose más a él.

—¡Tú y tus gilipollecas! —respondió él lanzando rayos por los ojos.

La puerta del despacho de Carlo se abrió y él apareció tras ella.

—¡No voy a permitir estas tonterías en mi propia empresa! ¡Ya basta!

David apretó los dientes con fuerza y se separó de ella, notando como el corazón le latía muy deprisa. Que Jennifer le hablara de esa manera le

ponía cachondo, no podía evitarlo. Si Carlo no hubiera aparecido probablemente la hubiera besado. Tenerla tan cerca, tan enfadada y a la vez tan vulnerable le hacía perder los papeles por completo.

Jenny lanzó una última mirada envenenada a David y fue hacia su representante.

—Esta vez sí que la has jodido...  
—dijo él mientras la dejaba pasar en su despacho.

Los tres se sentaron en los sillones de la gran habitación desde la que se podía ver el parque Bryant y la Biblioteca Pública, ya alumbrados por las luces de las farolas. La noche había caído sobre la ciudad de Nueva York.

Carlo se llevó las manos a las sienes y las masajeó intentando relajarse. Era viernes, joder, ¿es que no iba a poder comenzar el fin de semana con tranquilidad?

—Jennifer... —empezó con los ojos cerrados—. ¿Hasta cuándo vamos a estar así?

Ella no dijo nada. Miraba al frente muy seria.

—Dentro de veinticinco días empieza tu gira. Dentro de veinticinco días tus fans estarán haciendo cola para verte en el puto Madison Square Garden. ¿Sabes que todavía no se han vendido ni la mitad de las entradas? ¿Sabes que gracias a esto puede que esa otra mitad no se venda? ¿Sabes que



habrá mil madres que prohíban a sus hijos ir a ver a la borracha, alcohólica y descerebrada de Jennifer Scott? ¡¿Lo sabes?!

Jenny se sobresaltó con la última pregunta. Cerró los ojos con fuerza. De nuevo hablando de entradas y dinero, lo único importante. Sintió un enorme nudo en la garganta pero no iba a llorar, no delante de Carlo y del gilipollas de David. Respiró hondo y contestó lo más digna que pudo.

—Lo sé, Carlo.

—Entonces... —tomó aire y la miró muy fijamente—. ¿Por qué cojones haces estas cosas? No puedo creerme que hayas sido capaz de hacer algo así, ¡coger el coche borracha! El otro día

casi te desmayas en medio de la inauguración de la tienda de Armani y ahora esto. ¿Qué pensabas, que teniendo esa cara bonita y siendo conocida no iban a detenerte? ¿Que podrías chantajear al policía ofreciéndole entradas o conciertos gratis?

El policía no había aceptado entradas para no detenerla pero sí dinero a cambio de contar a los medios lo que había pasado. Negó con la cabeza al pensar en él y sintió más rabia fluir en su interior.

—¡Y tú! —Gritó a David esa vez—. ¿Dónde coño estabas? Te recuerdo que tu trabajo es vigilarla, estar con ella a sol y a sombra para impedir que haga cosas de este tipo. ¡¿Dónde coño

estabas?!

Jenny tuvo que reprimir una sonrisa. Parecía que no iba a ser la única en recibir gritos aquella tarde.

—No pude detenerla a tiempo — admitió él sin dejarse amedrentar por los gritos de Carlo—. Pero...

—¡Ni pero ni mierdas! —gritó el representante poniéndose de pie.

David y Jenny dieron un respingo en sus asientos.

—Decidme, ¿qué hacemos ahora? —Fue caminando hacia el ventanal—. ¿Dejamos que salgas a la calle para que te avasallen con preguntas? ¿Dejamos que esto siga así para qué lo siguiente que suceda sea que tengas que ingresar en una clínica de rehabilitación?

¿Cómo? ¿Clínica de rehabilitación? Ella no necesitaba ir a ninguna clínica, no tenía ningún problema con el alcohol. Abrió la boca para decirlo pero Carlo siguió hablando de espaldas a ella.

—Tienes que desaparecer del mapa una temporada.

—¿Qué? —exclamó sorprendida.

—Lo mejor será que te marches de Nueva York un par de semanas para que todo esto se calme —se volvió hacia ella—. Dejaremos que pasen unos días para que lo olviden sin que tú aparezcas en ningún medio. Así cuando vuelvas todo estará más calmado y podrás comenzar con la gira más tranquila.

—Carlo, tengo que ensayar. No puedo marcharme dos semanas justo

antes de empezar los conciertos. No puedo...

—Jenny —la cortó—. He dicho que te vas a ir de la ciudad y es lo que vas a hacer. Me importa una mierda que pases dos semanas sin ensayar con los músicos o sin entrenar con Caroline. Tendrás una semana para ensayar cuando vuelvas.

Se lo dijo muy calmado, andando lentamente hacia ella.

—No quiero que esto te traumatice —dijo sentándose frente a ella—. No quiero que pases estas dos semanas huyendo de paparazzi y de preguntas estúpidas, ni quiero que les montes un numerito cabreada porque te persigan a todas horas. Y sabes que eso es

exactamente lo que pasará.

Ella asintió con la cabeza. Tenía razón.

—Así que mañana mismo cogerás un avión y te irás a...

—¿A Barbados? —preguntó esperanzada.

Irse a su casa en la playa sería lo mejor. Relax, sol, tranquilidad, arena y playa. Eso le vendría muy bien, le vendría genial.

—No, Jennifer —cortó él.

Se volvió a mirar a David con una sonrisa. Entonces él entendió sus intenciones.

—Ah, no —se levantó mientras negaba con el dedo índice—. No, Carlo, eso sí que no.

Jenny miró con el ceño fruncido a los dos hombres. Carlo sonreía triunfante y asentía con la cabeza sin parar.

—Sí, David —dijo sin borrar esa sonrisa enigmática del rostro—. Jennifer irá contigo a tu casa en Inglaterra.

—¿Cómo?

# *Nueve*

Era imposible discutir con Carlo. Por mucho que gritó, se quejó y se negó, a las nueve de la mañana del día siguiente estaba en un avión con destino a Londres.

Maldito Carlo.

David estaba sentado en uno de los amplios asientos del avión privado de los estudios Rony Music. La verdad es que era muy cómodo, pero eso no le servía de demasiado ante lo que se le planteaba por delante en las dos próximas semanas. Volver a Inglaterra



después de tantos años, después de haber ido solamente en navidades durante los últimos seis. Y encima con Jennifer. Acojonantemente perfecto.

Tenían ante ellos un vuelo de siete horas. Iban solos en el avión a excepción de los pilotos y dos azafatas que no paraban de hacerle ojitos a David. Jenny rodó los ojos nada más ver cómo le sonrieron al llegar. Estaban sentados cada uno a un lado del pasillo, mirando por sus respectivas ventanillas. Llevaban sin hablarse desde el día anterior. El avión despegó puntual del aeropuerto JFK de Nueva York. Cuando pudieron quitarse los cinturones ella cerró los ojos dispuesta a dormirse. Justo entonces escuchó un ruido que la

sobresaltó. Se volvió a su izquierda y vio a David recogiendo su mochila del suelo.

—Perdón —dijo mientras la recogía—. Quería coger el iPod y se me ha caído.

—Gilipollas... —susurró ella volviendo a cerrar los ojos.

Él la miró cabreado. Era increíble. Incluso haciendo algo sin querer se lo tomaba de esas maneras. Tomó aire y respiró hondo, intentando calmarse. Volvió a sentarse en su asiento con el iPod en la mano y se puso los auriculares. Reclinó su asiento y cerró los ojos para relajarse. Empezó a escuchar la primera canción que tenía metida en la memoria.

—¡Mierda! —susurró abriendo los ojos de par en par.

Era una canción de Jennifer. La pasó enseguida. The Offspring, perfecto, guitarras eléctricas. Asintió mientras escuchaba la batería de Self Steem. Sintió la mirada de Jennifer sobre él pero ni se volvió a mirarla. Ella bufó al verle y negó con la cabeza mientras fruncía los labios.

—¿Vas a dejar que me duerma? —gruñó enfadada.

Él no la escuchaba porque tenía la música muy alta, evitando pensar demasiado en los quince días que se avecinaban. Ella le miró y volvió a preguntarle.

—Jack, ¡te estoy hablando! —gritó

más alto.

David permanecía tumbado y con los ojos cerrados, escuchando su música sin inmutarse. Jenny empezó a impacientarse, odiaba que le ignorara de esa manera. Cuando no pudo más estiró una mano y le golpeó en la pierna haciendo que él se asustara y se incorporara de un salto abriendo mucho los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Qué...?

Jenny se echó a reír al ver su reacción. Él la miró sorprendido mientras se quitaba uno de los auriculares.

—¡Menuda cara! —Exclamó entre risas—. Parecías un bebé asustado.

La miró levantando una ceja y

elevando ligeramente las comisuras de los labios. Escucharla reír así no era algo demasiado común. Le encantaba la risa de Jennifer pero la había escuchado en tan pocas ocasiones que en ese momento no le importó que fuera a causa de sí mismo. Siguió mirándola mientras reía a carcajadas y al final terminó sonriendo abiertamente.

—¿Qué pasa? —preguntó cuándo estaba más calmada.

—Nada, nada —murmuró limpiándose una lágrima—. Me ha encantado tu careto asustado, cangurito.

—Me alegro de divertirte.

Jennifer suspiró para tranquilizarse tras las risas. Él seguía mirándola sonriente. En cuanto ella se dio cuenta

de que la observaba más de lo normal se quedó mirándole fijamente, más sería esta vez.

Al verle ahí, sonriéndole, con esos ojos azules tan bonitos, con esas facciones tan definidas y perfectas, tan guapo... notó su sexo aplaudiendo ante tal despliegue de belleza. Estaba tan bueno que se lo hubiera tirado ahí mismo en ese exacto momento. Pero llegaron las azafatas con sus minifaldas horteras y esas sonrisas que daban ganas de borrarles de una patada en la boca para romper el momento entre ellos.

—Señorita Scott, ¿le gustaría beber algo? —preguntó la rubia con coleta alta y ojos marrones.

—Pues...

—Jennifer tomará una Coca-Cola.

Se volvió a mirar a David y abrió la boca para soltarle un improperio. Pero entonces vio en sus ojos la autoridad que solía derrochar cuando estaba con ella y, en esa ocasión (y sin que sirviera de precedente), le pareció que tenía algo de razón. Tras el incidente del día anterior lo mejor sería pasar unos días sobria.

—Light, por favor.

David asintió complacido. Le había hecho caso sin rechistar. Increíble.

—Y usted, ¿tomará algo? — preguntó la morena de pelo liso hasta los hombros.

Las dos estaban mirándole con esas sonrisas llenas de insinuaciones

sexuales. Era como si le dijeran: te la chupamos en el servicio. Gratis.

Zorras.

—Tomaré lo mismo, gracias.

Contestó sonriente, encantadísimo de que ellas le devoraran con la mirada. Estaba muy claro que conocía el efecto que ejercía sobre las mujeres. Le había visto coquetear con muchas chicas, sobre todo camareras, pero también con Anna alguna vez.

No parecía hacerlo queriendo, era como si le saliera solo. Algo innato. Sabía que estaba bueno, que podía ligar con cualquier mujer y que todas le dirían que sí. Incluso ella misma sentía ese efecto en ocasiones. En demasiadas ocasiones. Más de las que jamás



admitiría.

Las azafatas fueron a por los refrescos y los dejaron sobre las mesas que cada uno tenía junto a su asiento. Volvieron a dirigirle una mirada sugerente a David, se dieron la vuelta y se marcharon meneando el culo exageradamente hasta desaparecer tras la puerta. Jennifer rodó los ojos y suspiró.

—¿Qué pasa? ¿Celosa?

Se volvió a mirar a David levantando ambas cejas y sonriendo exageradamente.

—¿Celosa yo? Esas guarras no tendrían nada que hacer a mi lado.

Y que lo digas, pensó David recordando el videoclip.

—Me ha dado la sensación de que las mirabas mal —añadió despreocupado pero sin dejar de observar su reacción.

—Llevan el cartel de zorra en la frente. ¡Como para no mirarlas!

—Ah, ¿sí? —rio.

—¿No has visto como meneaban el culo al irse? Les ha faltado decirte que te la chupaban en el baño una detrás de la otra.

Él estalló en sonoras carcajadas al escucharla.

—Eres increíblemente mal hablada, Jennifer.

—¿Y eso te pone?

Lo dijo sin pensar. En cuanto las palabras salieron de su boca se

arrepintió de haberlas dicho. David la miró sorprendido unos instantes y ella estuvo a punto de pedirle disculpas, pero enseguida una enorme sonrisa apareció en el rostro de él.

¿Sí le ponía? Joder, ¡claro que le ponía! Le ponía muchísimo.

—Jodidamente mal hablada — susurró sonriendo encantado.

Se quedaron mirando unos segundos a los ojos, escrutando la mirada del otro. Si David veía la más mínima señal en esos ojos color avellana, la besaría. Sentía el pulso acelerado y empezaba a alegrarse de estar solo con Jennifer en ese avión. Observó sus labios carnosos. Ella se dio cuenta de que los miraba y tuvo que reprimir una sonrisa. Decidió

jugar un poquito. Sacó la lengua lentamente y la pasó por ellos, despacio, humedeciéndolos a su paso. David abrió la boca al verla hacer eso. Jennifer volvió a mirarle a los ojos y ardían con una llama de perversión divertida. Entonces él sonrió de esa manera, con aquella sonrisa torcida que ella veía tan rematadamente sexy. ¿Qué hacía ese gilipollas para ponerla tan cachonda?

El ambiente se cargó de tensión sexual. Ambos supieron desde ese momento el efecto que ejercían en el otro. Antes podían sospecharlo, tenían una ligera intuición, pero ahora lo sabían con total claridad.

—Les pedimos que se abrochen los cinturones —la voz del capitán se

escuchó por los altavoces. Ambos rompieron el contacto visual, sobresaltados—. Vamos a atravesar una zona de turbulencias.

—Mierda —soltó Jennifer mirando por la ventanilla.

Todavía con el corazón acelerado empezó a ponerse nerviosa, solo que esa vez no tenía nada que ver con el sexo. Podía volar en avión mil veces, pero siempre que escuchaba la palabra "turbulencia" se ponía cardíaca. Odiaba las turbulencias.

—¿Estás bien? —preguntó David al verla mirar nerviosa por la ventanilla.

—No mucho —admitió ella.

—¿Quieres sentarte conmigo?

Se volvió a mirarle. No le hizo falta

pensarlo demasiado. Se levantó de su asiento y fue hasta el contiguo al de David, justo al lado de la ventana. Se puso el cinturón de prisa y agarró con fuerza los reposabrazos. Las turbulencias no se hicieron esperar demasiado. El avión comenzó a moverse un poco y cerró los párpados con fuerza. Entonces se movió bruscamente y soltó un grito. La mano de David estuvo sobre la suya en un abrir y cerrar de ojos.

—Tranquila —susurró con dulzura—. No va a pasar nada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sin despegar los párpados.

—Porque estoy aquí contigo.

Y apretó más fuertemente su mano. Incomprensiblemente y sin saber por

qué, se sintió mejor. El avión siguió moviéndose, no con tanta fuerza como antes pero sí ininterrumpidamente. Jennifer no abrió los ojos en ningún momento mientras apretaba la mano de David con fuerza. Él sonreía mientras la veía tan asustada. Ver a la gatita de uñas afiladas así era toda una novedad.

Poco después el capitán les informó de que las turbulencias habían terminado y podían desabrocharse los cinturones.

—No me lo quito ni loca — exclamó ella haciéndole reír.

—Pero puedes devolverme mi mano, ¿no?

Jenny observó cómo agarraba con demasiado ímpetu la mano de su canguro y la soltó al darse cuenta.

—Perdona                    —sonrió                    algo  
avergonzada.

—No pasa nada —rió él.

Volvió a coger los auriculares y se puso uno de ellos, miró a Jennifer que observaba por la ventanilla sin haber terminado de calmarse del todo y le tendió el otro.

—¿Quieres escuchar algo de música?

—Dudo mucho que tú y yo tengamos los mismos gustos, cangurito.

—Si no pruebas no lo sabrás.

Y ¡zas!, sonrisa torcida de nuevo. Captó el doble sentido en sus palabras. El canguro empezaba a tirarle la caña descaradamente. Y podría pescarla, ¡por supuesto que sí! Pero en ese momento no



se sintió con ánimos de seguirle el juego, no estaba muy segura de que las turbulencias hubieran terminado del todo. Intentó ignorar la constante palpitación de su clítoris y sonrió mientras cogía el auricular que le tendía. David le dio al play y se recostó en su asiento. Las primeras notas de *With or without you* de U2 comenzaron a sonar.

—De momento vamos bien.

David simplemente sonrió. Jennifer empezó a cantar mientras miraba por la ventanilla.

—See the stone set in your eyes, see the thorn twist in your side, I wait for you...

Escuchar la voz de Jennifer le relajaba. Sintió como su cuerpo dejaba

salir la tensión acumulada desde el día anterior. Cantaba de manera dulce, transmitía paz, era maravillosa. Elevó las comisuras de los labios mientras la escuchaba. Su voz le envolvió por completo y se olvidó de que estaban en un avión rumbo a casa de sus padres, a los que no veía desde hacía meses. Se olvidó del agobio que sintió al no saber dónde estaba ella cuando cogió el coche y desapareció. Se olvidó de la sensación que le persiguió durante horas y que le decía que algo malo le había sucedido. Se olvidó de la pelea que tuvieron en el despacho de Carlo. Se olvidó de las horas sin hablarse. Se olvidó de todo y se concentró en ese exacto momento con ella a su lado.

La canción terminó y Jennifer sonrió al escuchar la siguiente.

—Me encanta...

—¿La conoces?

—River flows in you.

David se volvió a observarla. Ella sonreía con la cabeza recostada en el asiento.

—Es de Yiruma. Mi madre la tocaba en el piano cuando yo era pequeña —susurró.

Él esperó que dijera algo más pero Jenny no volvió a abrir la boca. Cerró los ojos y se dejó transportar al pasado, a los recuerdos de su infancia, a su madre, a las tardes observándola tocar el piano. David la contempló un rato y llegó a una conclusión: no es que fuera

guapa, era preciosa. La luz del sol soltaba reflejos rojizos en su pelo y acariciaba su rostro dándole un aspecto suave y perfecto. La cabeza de Jennifer poco a poco se fue deslizando hacia la derecha, quedándose dormida. Terminó apoyada por completo en el hombro de David que la miró sonriente y se acomodó mientras cerraba los ojos y dejaba que la tranquilidad le invadiera de nuevo.



Aterrizaron en el aeropuerto de Heathrow y el país inglés les recibió con lluvia, algo que era de esperar. No se quedaban en Londres, un coche les

esperaba en la salida de pasajeros. Jennifer se puso las gafas de sol y agachó la cabeza, dispuesta a pasar lo más desapercibida posible. David caminaba pegado a ella, observando a un lado y a otro la posible presencia de fotógrafos que pudieran complicarles el secretismo del viaje. Por suerte nadie pareció reparar en ellos, bueno, en Jennifer. Ella cruzaba los dedos para no encontrarse con ninguna hiena, había bajado muy tranquila del avión y no quería que nadie le fastidiara esa paz.

Se montaron en el Mercedes negro que la sede de Rony Music en Inglaterra había enviado para ellos. El conductor no les preguntó el destino, ya sabía a dónde tenía que llevarlos. Jenny respiró

más tranquila cuando se encontró en el interior del vehículo. Nadie la había visto. Estiró los brazos hacia delante y movió el cuello a ambos lados. Estaba cansada. Viajar tantas horas en avión era horrible, jamás se acostumbraría a ello. Además se había dormido tan profundamente que el cuello se le había quedado hecho polvo.

—¿Se puede saber a dónde vamos?  
—preguntó al darse cuenta de que salían de Londres y cogían la autopista.

—Esto... yo... —balbuceó David algo nervioso—. Hay algunas cosas que no te he contado...

—¿Y tienen que ver con por qué no vamos a Londres?

—En ningún momento íbamos a ir a

Londres. Carlo decidió que fuéramos a casa de mis padres y es lo que vamos a hacer.

—¿Y no viven en Londres? — preguntó con el ceño fruncido.

—No.

Jennifer le miró esperando que dijera algo más. Él miró por la ventanilla mientras las gotas de lluvia mojaban el cristal. Le vio tomar aire y tuvo la sensación de que estaba nervioso. ¿El canguro nervioso? Algo gordo debía pasar con sus padres para que se sintiera de esa manera. Le observó unos segundos y cuando vio que no decía nada perdió la paciencia.

—Espero que me cuentes de una puñetera vez a dónde cojones vamos

porque estoy empezando a ponerme nerviosa de verte mirando por la puñetera ventana con ese jodido aire melancólico. Me da escalofríos verte así.

Él se volvió a mirarla elevando ligeramente la comisura de los labios.

—Una de cada cinco palabras que dices es un taco, Jennifer, ¿te has dado cuenta?

—Y todavía puedo meter más putos tacos en una jodida conversación de mierda, ¡gilipollas! —chilló—. ¿Has visto?

David se echó a reír mientras ella le miraba con los labios fruncidos. Vio cómo empezaba a impacientarse y a golpear el suelo del coche con el pie a



la vez que se cruzaba de brazos.

—Está bien, no te pongas nerviosa —estiró las manos hacia ella para que se tranquilizara sin borrar la sonrisa de su rostro. Jennifer le miró seria sin dejar de mover el pie—. Mis padres son algo así como unos condes.

—¿Qué? —exclamó abriendo mucho los ojos y dejando radicalmente de golpear el suelo.

—Mis padres son los condes de Norfolk. Ahora todo el tema nobiliario ya no se lleva tanto como antes, pero aun así es el título que tienen.

Jennifer le miró muy seria a los ojos esperando ver la broma escrita en ellos. Pero no la vio. Le estaba diciendo la verdad...

¿En serio?

—¿Que tus padres son condes? —  
repitió incrédula.

—Así es. Mi padre es el conde del condado de Norfolk, al este del país. Sé que suena a coña, que es como si te estuviera hablando de broma, pero es completamente en serio.

—¿T-tú eres... conde?

—Yo no soy nada, mi padre es el que tiene el título.

—Explícame algo más porque no sé si empezar a reír o creérmelo —dijo pestañeando rápidamente.

David soltó una carcajada.

—Mi padre es Gerard Hill, vigésimo tercer conde de Norfolk. Mi madre, Ygritte Hill, es la condesa. Se

casaron cuando tenían dieciocho años.  
Fruto de ese amor...

—No me hables como si estuviera viendo una telenovela —cortó ella.

—Te hablo igual que lo he contado las pocas veces que he tenido que hacerlo. No sé hacerlo mejor.

—Venga, cuéntamelo como quieras —exclamó intrigada.

—Como te decía, fruto de ese amor nació yo. Un dieciocho de junio de hace ya treinta años. No sé si debería admitir mi edad delante de ti, podrías utilizarlo en mi contra.

Jennifer soltó una carcajada.

—Ya sabía qué edad tenías. Te he investigado.

—¿En serio?

Asintió sonriente.

—Aunque, al parecer, mis investigaciones se quedaron muy lejos de descubrir todo esto. Pero, sigue, ¿tienes un palacio? ¿Sabes montar a caballo? ¿Tu padre conoce a la Reina? Oh, Dios mío —se llevó una mano al pecho—. No lo había pensado. ¿Tus padres conocen a la Reina? ¿Han estado en Buckingham Palace? ¡Espera!

Gritó haciendo que David se sobresaltara. Le agarró el brazo con fuerza y le miró con los ojos muy abiertos y llenos de algo que jamás había visto en ella: inocencia.

—Qué fuerte —siguió emocionada—. Dime que sí. ¿Fueron a la boda de William con Kate Middleton?

David estalló en carcajadas y ella se unió a él. Realmente estaba sorprendida por el descubrimiento, los padres de su canguro eran condes, ¡condes! Nada más y nada menos.

—Jennifer —empezó él cuando se tranquilizó tras sus carcajadas—. No sabía que eras de las que seguían las vidas de la realeza europea.

—Vivo con Anna, ¿recuerdas?

—Es verdad. Anna sí es el tipo de persona que encaja en ese perfil.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Fueron o no a la boda?

David rodó los ojos y soltó una risita.

—Fueron a la boda.

—¡Oh, Dios mío! —le sobresaltó

riendo—. Tengo que hablar con Anna, le va a dar algo cuando se entere de esto. Voy a conocer a unos condes que estuvieron en la boda del siglo, que conocen a la Reina de Inglaterra...

—¿De verdad eso es tan increíble?  
—la cortó él entre risas.

—¡Claro que sí!  
—¿Te has parado a pensar en qué les voy a tener que decir cuando llegue contigo a casa? Eso sí me resulta realmente increíble —la miró levantando una ceja sin dejar de sonreír—.  
—. Hola, papá y mamá. Os presento a Jennifer. Sí, claro que os suena de algo. La habréis visto en la televisión y en las revistas; sí, es la chica de los pósters de la habitación de Katherine. ¿Que qué

hago con ella en casa? Nada, soy su asesor y hemos tenido que escapar de Nueva York por una pequeña polémica que ha surgido a raíz de una detención por ir borracha al volante. Por cierto, ¿qué tal fue la boda de William y Kate?

Ella le miró sonriente.

—Sería una gran presentación. Creo que jamás me han presentado de esa manera.

—Esto es serio —dijo él dejando de sonreír—. Hace meses que no veo a mis padres.

—No voy a cagarla con ellos, si es eso lo que te preocupa —se puso a la defensiva.

—No me preocupas tú —exclamó volviéndose a mirarla—. Hay muchas

más cosas que no sabes de mí.

—Parece que tenemos unas horas de camino por delante y no tengo nada mejor que hacer.

David la miró dubitativo. No sabía si debía contarle su historia. No porque no quisiera que ella lo supiera, probablemente incluso le haría bien saber qué le había sucedido en el pasado. Pero jamás se lo había contado a nadie. Solo su familia lo sabía. No tenía amigos a los que contárselo ya que a raíz de aquello los perdió a todos.

Pero ella le miraba intrigada y le pareció que no solo era a causa de la curiosidad, que era porque realmente quería saber más de él. Se dejó convencer por ese pensamiento y por



esos ojos achocolatados que le miraban con tanta calidez. Tomó aire. Lanzó una mirada rápida por la ventanilla y vio los verdes prados de su país natal, el país que abandonó para no tener que ver día tras día las caras de las personas a las que más daño había hecho en la vida.

Iba a abrir las compuertas de los recuerdos y una vez abiertas ya no habría vuelta atrás.

## *Diez*

Sin dejar de mirar por la ventanilla y sintiendo encima la atenta mirada de Jennifer empezó a relatarle la historia de su pasado más oscuro.

—Estuve en un centro de desintoxicación.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida, David incluso creyó apreciar cierto matiz de preocupación en su voz.

—Hace unos ocho años ingresé en un centro de desintoxicación por mi adicción al alcohol y las drogas.

Se giró a mirarla, atreviéndose a

afrontar la mirada de la primera persona a la que le contaba eso en su vida. La cara de Jennifer era de sorpresa absoluta. Tenía los ojos muy abiertos y se había llevado instintivamente la mano al pecho.

—No me conformaba solo con emborracharme —siguió David riendo tristemente—. Decidí quedarme con el pack completo. Las drogas sentaban mucho mejor si las acompañaba de alcohol.

Ella asintió con la cabeza. Sabía lo que quería decir, ella misma opinaba de manera similar. No solía consumir drogas pero las había probado, y siempre acompañadas de alcohol, si no la cosa perdía la gracia.

—Empecé a beber con dieciséis años, primero los fines de semana solamente —continuó él—. No era nada preocupante, todos mis amigos lo hacían, todos los jóvenes lo hacían. Salíamos por ahí y conseguíamos comprar bebida pese a ser menores. Lo normal a esa edad.

Jennifer asintió de nuevo.

—Pero cuando tenía diecisiete años, antes de terminar el instituto, conocí a unos chicos en la discoteca a la que solíamos ir. Me cayeron bien. Parecían tan desinhibidos y alocados que me gustaron. Yo siempre tenía que dar explicaciones a mis padres por todo lo que hacía y estar con gente así me hacía sentir diferente. Me hacía sentir

bien. No les dije que mis padres eran quienes eran, decidí mantenerlo al margen. Si les hubiera dicho que eran condes probablemente hubieran pasado de mí en ese mismo instante. La primera noche que estuve con ellos me invitaron a una raya. Acepté enseguida porque quería caerles bien, no sé, necesitaba caerles bien. Así que la esnifé sin dudar. Y me gustó.

Volvió a mirar por la ventana con esa melancolía de nuevo. Jennifer estaba asimilando lo que acababa de escuchar. No podía creer que una persona como él hubiera terminado en un centro de desintoxicación, no parecía de ese tipo de personas. Aunque... ¿existe algún tipo determinado de personas propenso

a que le pase eso? No. A cualquiera podría sucederle. No sabía si debía decir algo o no, tampoco sabía qué decir exactamente. ¿Qué se dice cuando alguien te está contando algo así? Decidió dejarle seguir hablando sin interrumpirle.

—Me gustó tanto que a la semana siguiente cogí mi primer gramo. De cocaína, empezando fuerte —sonrió triste con la mirada perdida en los campos que iban dejando a su paso—. Y así fueron pasando los fines de semana, entre rayas, cubatas, risas y diversión. Aquel verano me drogué todos y cada uno de los días. No tenía ningún problema en conseguir dinero porque mis padres confiaban en mí y tenía mi

propia cuenta de la que podía sacar cuanto quisiera. Cuando se dieron cuenta del dinero que faltaba ya era demasiado tarde... Llegaba a casa de madrugada totalmente colocado, con suerte dormía tres o cuatro horas y por la mañana volvía a salir para encontrarme con mis nuevos amigos. Dejé de lado a mis amigos de la infancia, no compartían mi manera de divertirme y por lo tanto no eran buenos para mí —río amargamente—. Es increíble cómo llega a pensar la mente de alguien tan perdido como yo lo estaba por aquel entonces.

Jennifer estiró la mano y la apoyó en su rodilla. Él se volvió a mirarla y elevó ligeramente la comisura de los labios agradeciéndole ese gesto. Ella

sonrió pero esa sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Y qué pasó entonces? — preguntó con un hilo de voz.

—Di un paso más en mi locura y probé la heroína.

Jenny intentó aparentar normalidad ante ese dato. Suponía lo difícil que era para él contar esa historia y lo último que quería era que David pensara que sentía repulsa hacia él por lo sucedido hacía tantos años. La verdad es que era algo que podría sucederle a cualquiera, incluso a ella misma... Sintió algo activándose en su interior, algo raro, algo parecido a su conciencia que le dijo que sí, que aquello podría pasarle a ella si seguía comportándose como hasta



entonces.

—Con dieciocho años me pinchaba, consumía estupefacientes, bebía alcohol a todas horas y pasaba de todo. Un par de amigos de toda la vida intentaron convencerme de que dejara ese mundo pero yo les mandé a la mierda, ¿por qué tenían que decirme cómo debía vivir mi vida? Yo me lo pasaba de puta madre con la vida que llevaba. Dejaron de hablarme y no les culpo. Es más, lo entiendo perfectamente. Así que solo tenía a los que creía mis amigos, los que me conseguían toda la droga que quería. También estaban mis padres y mi hermana, pero con ellos todo cambió rápidamente. Me negué a ir a la universidad. Ni siquiera sé cómo fui

capaz de terminar el instituto. Supongo que tener una familia influyente tuvo mucho que ver en eso. No recuerdo haber estudiado y aun así aprobé todo. Pero no me presenté a la prueba de acceso a la universidad, no quería seguir estudiando, me gustaba mi nueva vida. Salía todos los días y trataba fatal a mis padres cuando intentaban hablar conmigo. Así que llegó un día en que mi padre se cansó de verme actuar así y me cortó el grifo del dinero. Él pensó que eso haría que cambiara, pero no fue así. Ahí comenzó el verdadero infierno.

Tomó aire y miró a Jennifer fijamente.

—No le he contado esto jamás a nadie.

—Puedes confiar en mí —susurró acariciándole la mano.

David rio entre dientes.

—Jamás pensé que escucharía salir eso de tus labios.

—¿Por qué?

—Me odias, ¿recuerdas?

—Yo no te odio.

Se quedaron mirando unos segundos en silencio. David dirigió su mirada a los labios de Jennifer, no podía evitarlo teniéndola tan cerca, viéndola preocupada por él, escuchando pacientemente su historia y más tranquila de lo que la había visto nunca. Besarla en ese momento no era buena idea, no era el momento. Se obligó a apartar la mirada y a continuar

hablando.

—Bueno... ¿por dónde iba?

—Comenzó el infierno.

—Así es, comenzó el infierno para mis padres y mi hermana. Como no tenía dinero para financiar mis vicios me dediqué a vender todo lo que tenía: la vídeo consola, los juegos, mi bicicleta, el ordenador portátil, el móvil, mucha de la ropa de marca que tenía, todo lo que pudiera darme el dinero justo para conseguir una dosis. No me importaba lo que me daban por mis cosas, solo quería más droga. Mis padres no se enteraron de que vendí casi todas mis cosas hasta que empecé a robar en casa. Es algo que jamás me perdonaré, por mucho que sepa que ellos sí lo hicieron.

Cerró los ojos y recostó la cabeza en el asiento. Jennifer apretó más fuerte su mano, transmitiéndole su apoyo.

—No eras realmente tú —susurró.

Él abrió los ojos para mirarla.

—Claro que era yo. Era un cabrón que solo pensaba en sí mismo y que jamás se preocupó por su familia.

—Todos cometemos errores.

—Lo sé, pero los míos... Son demasiados, Jennifer —la miró a los ojos antes de continuar—. Robé dinero a mi hermana. ¡A mi hermana pequeña, por Dios! Le quité la hucha donde guardaba el dinero que mis padres le daban de vez en cuando. ¿Se puede caer más bajo? Y también robé algunas de las joyas de mi madre para conseguir

cocaína y anfet. Joyas que habían pasado de generación en generación en mi familia. Joyas que valían miles de euros pasaron a manos de un gordo asqueroso que me las cambió por unos putos gramos de cocaína y cinco pastillas de mierda...

Negó con la cabeza sintiéndose horrible de nuevo. Todos los días recordaba cómo se había comportado y las cosas que había hecho, pero al contarlo se sintió como el ser más repugnante del mundo.

—Pero eso no fue lo peor —rio amargamente haciendo que Jennifer se sobresaltara—. Un día, después de haberme pasado toda la semana desaparecido durmiendo en la calle

entre unos cartones y drogándome sin control, volví a casa. Necesitaba dinero para conseguir más. Hice lo peor que he hecho nunca y de lo que más me arrepentiré todos los días de mi maldita vida.

Ella le miraba con los ojos rasgados, con las lágrimas a punto de desbordarse.

—Llegué a casa y mi madre corrió a abrazarme. No le importó que oliera como un jodido cubo de basura regado con pis ni que fuera un yonki asqueroso. Mi madre me quería y había pasado una semana sin saber de mí, pensando que estaría muerto en cualquier esquina. Y créeme, hubiera sido mejor.

—No digas eso...

—Pegué a mi madre, Jennifer —se volvió a mirarla mientras una lágrima silenciosa recorría su mejilla—. Ella intentó retenerme en casa, me agarró del brazo gritando que no me fuera, que iban a hacer cualquier cosa por ayudarme, que me quería. Lloraba y gritaba. Mis recuerdos de ese momento son borrosos aunque lo que sí recuerdo con total nitidez es el sonido de la bofetada que le di para que se callara y me soltara. Cayó al suelo y me fui de allí sin volver la vista atrás, sin preocuparme de que ella estuviera bien. Soy un monstruo.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se tapó la cara con las manos soltando la mano de Jennifer. Ella se acercó más a él y le abrazó. Le salió de dentro, quiso



abrazarle y lo hizo, sin más. Apoyó la cabeza en su hombro y dejó que las lágrimas salieran de sus ojos mientras sentía el dolor de David como si fuera el suyo propio. Él la abrazó por la cintura y se dejó consolar.

Un rato después Jennifer se separó de él para limpiarse las lágrimas que surcaban su rostro y David aprovechó para respirar hondo.

Se miraron a los ojos unos segundos. Ella pudo ver la tortura en sus iris azules. Todavía estaba asimilando toda esa información, impactada por la historia, por su crudeza y su dureza. Esa historia que había permanecido dentro de él durante tantos años, encallándose, haciéndose pesada, difícil de llevar,

torturándole...

—No volví a casa después de eso —volvió a hablar apartando la mirada—. Me hundí más en mi propia mierda. Viví en la calle durante un par de meses. Comía lo que podía, aunque tampoco me importaba demasiado mientras tuviera droga que meterme. Dormía poco y en cualquier lugar. Robaba en tiendas y en cualquier sitio que hubiera dinero. Hasta que un día me metí en un negocio que salió mal. Principalmente porque me metí casi toda la droga que se supone que tenía que vender. Me dieron una paliza y casi me matan.

Jennifer soltó un grito ahogado.

—¿Qué te hicieron?

—Me rompieron una pierna, cuatro

dedos de la mano derecha, cinco costillas, una incluso me perforó el pulmón izquierdo, varias contusiones y me dejaron la cara hecha un cuadro —sonrió—. Por suerte recuperé mi belleza natural con el tiempo.

Jennifer no sonrió ante su gracia.

—Tengo varias cicatrices, pero no son algo de lo que me guste presumir —siguió contando—. Me dejaron tirado en medio de un callejón, sobre un charco de mi propia sangre, inconsciente. No sé quién me encontró, no sé por qué me salvó ni por qué llamó a una ambulancia. Lo único que sé es que desperté en una habitación de hospital y mi madre estaba dormida en el sillón al lado de mi cama. Lloré como un niño al

verla. Pese a todo seguía ahí conmigo. Me abrazó cuando despertó al escucharme llorar, como si nada hubiera pasado. Jamás me echó en cara lo que le hice, jamás lo nombró. No lo hemos hablado nunca, pero sé que ella me lo perdonó.

—Es tu madre y te quiere —susurró acariciando su mano.

—Pues no debería después de todo que le hice. Porque pese a todo me ayudaron, estuvieron siempre conmigo después de todos mis terribles actos. Me internaron en un centro donde, por fin, admití que tenía un problema. Superé mi adicción con mucho esfuerzo y determinación. Mis padres jamás me echaron nada en cara ni me dieron la

espalda. Pero yo no supe reaccionar ante esa muestra de amor por su parte y cuando estuve recuperado me fui a los Estados Unidos a estudiar. No podía verles las caras después de lo que hice. Vuelvo en Navidad todos los años, pero solo un par de días. Me siento el ser más despreciable del mundo cada vez que les veo.

—Pero ahora no eres el mismo que eras —dijo intentando sonreír—. Eres un hombre hecho y derecho que trabaja intentando ayudar a otras personas a no cometer los mismos errores.

David se volvió a mirarla fijamente.

—¿Qué acabas de decir?

Ella le miró intentando aguantar una

sonrisa.

—Ya lo has oído, no pienso repetirlo —se cruzó de brazos y frunció los labios, intentando no sonreír.

—¡No me lo puedo creer! Me has hecho un cumplido y nadie lo ha escuchado. Esto no se lo van a creer nunca. Creo que el conductor podría haber oído algo...

Se acercó a la ventanilla que les separaba del conductor con intención de golpear el cristal para que lo bajara y hablar con él cuando ella le cogió del brazo y tiró de él de vuelta al asiento entre risas. David se echó a reír mientras se dejaba hacer y, como no opuso ninguna resistencia, terminó cayendo sobre Jennifer. Apoyó una

mano en el respaldo del asiento y se quedó frente a ella, que todavía tenía cogido su brazo entre las manos. Observó esos ojos castaños sin dejar de sonreír y ella le correspondió sonriendo también.

—Gracias por no juzgarme —dijo él.

—Gracias por contarme tu historia —susurró ella sintiendo como su corazón empezaba a perder el control de los latidos.

—Quería decirte algo más... —empezó llevándose la mano que tenía apoyada en el asiento al pelo y desviando la mirada de sus ojos—. Quería pedirte disculpas por gritarte el otro día. Todo lo que ha pasado ha sido

culpa mía y... bueno... no me siento demasiado bien al respecto...

Jennifer le miró con los ojos muy abiertos. ¿Sentía de verdad haberle gritado? ¿En serio le estaba pidiendo disculpas? Puede que el abrazo de la comisaría no hubiera sido tan falso después de todo, igual incluso se preocupaba por ella.

Su corazón se saltó dos latidos, latió irregular un par de segundos y se saltó otros tres. Estiró la mano y cogió su rostro para volverlo hacia ella. Sus ojos azules la miraron llenos de diferentes sentimientos, el primero de todos fue la sorpresa. Jennifer le miró con determinación y sonrió. Miró esos labios que había imaginado besar en



tantísimas ocasiones. Él ya no aguantó más la situación y asaltó su boca.

Se besaron con pasión, ambos tenían demasiadas ganas de hacerlo desde hacía demasiado tiempo.

No era el mejor momento si lo sopesaban entre todos los demás que habían dejado pasar, pero fue el que eligieron. Abrir su corazón ante Jennifer había supuesto para él un gran paso adelante. No es que hubiera pensado con anterioridad que podía contárselo, pero en ese momento supo que podía confiarle ese secreto y que le entendería.

Jennifer estaba demasiado impactada por la historia, por la dificultad que había supuesto para él cargar con ese peso durante tantos años

y por lo vulnerable que le había visto en contraste con su habitual manera de ser. Y que le pidiera disculpas fue la guinda perfecta al pastel, a ese pastel que David Hill era para ella.

Los labios de Jennifer eran tal y como él había imaginado. Dulces, suaves y carnosos. Los recorrió con la lengua mientras ella enterraba las manos en su pelo, atrayéndole más a su cuerpo. Mordió su labio inferior y dejó que una de sus manos pasara a su cintura. Encontró piel desnuda y no dudó en acariciarla. Sus lenguas bailaban dentro de sus bocas mientras sus manos investigaban por su cuenta. Jennifer las apartó de su pelo para acariciar los músculos de su espalda. David ya tenía

una mano dentro de su camiseta, acariciando la suave piel de su espalda mientras la pegaba más a su cuerpo, sintiendo el roce de sus pechos.

Llevaban demasiado tiempo esperando ese momento. Perdieron el control por completo. Se besaron con desesperación mientras recorrían sus cuerpos con ansia. Se olvidaron de que estaban en un coche que conducía un extraño.

David estaba a punto de quitarle la camiseta cuando el coche se detuvo. Muy a su pesar, se separó de ella sintiendo como el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Miró por la ventanilla mientras las manos de ella seguían metidas dentro de su camiseta,

casi arañándole la piel.

—Creo que hemos llegado... —  
susurró en su oído.

Ella cerró los ojos ante el roce de su aliento en el cuello mientras sentía una nueva sacudida de placer en el clítoris. Agarró más fuerte su espalda y le acercó para besarle el cuello.

—No importa —susurró mientras deslizaba la lengua por su piel—. Saldremos dentro de un rato.

David rio entre dientes. Sintió la boca de Jennifer acercándose a su oreja y sus dientes atraparon su lóbulo haciéndole gemir. Cerró los ojos dejándose llevar por el placer que sentía pero recordó dónde estaban. Sacando fuerza de voluntad de donde no sabía

que la tenía colocó las manos a ambos lados de sus hombros, en el asiento, y se separó de ella. Jennifer seguía agarrada a su espalda y le miró a los ojos con una mezcla de indignación y enfado.

—Tenemos que salir de aquí antes de que el conductor empiece a hacerse preguntas —dijo mirándola fijamente.

Si no hubieran estado allí, en la misma puerta de casa de sus padres, le hubiera importado una mierda que el conductor estuviera esperando. Es más, si hubiera querido mirar que mirara. En su mente solo existía espacio para la necesidad de tirarse a Jennifer, de follarse a esa mujer que había debajo de su cuerpo y que le ponía tan sumamente cachondo. A esa mujer que le sacaba de

quicio y que tenía los labios más maravillosos que había besado jamás.

Que ella le mirara de esa manera no le ayudaba a calmarse en absoluto. Esa mezcla de enfado en su mirada junto con las mejillas sonrojadas por el acaloramiento, los labios húmedos y ligeramente hinchados...

—¡A la mierda! —profirió antes de volver a acercarse a ella para besarla de nuevo.

Jenny aprovechó para agarrarle con más fuerza e impedir que se alejara. Sus lenguas se movían a una velocidad frenética mientras sus manos volvían a esos lugares que habían abandonado antes.

Unos segundos después escucharon

unos golpes en el cristal de la ventanilla. Por suerte las lunas estaban tintadas y les protegían de miradas indiscretas. Se separaron respirando entrecortadamente pero sin apartar las manos del cuerpo del otro.

—Nos reclaman —susurró David con voz ronca.

Jennifer le miró y tomó aire para calmarse. Dejó que se separara de ella definitivamente para peinarse un poco antes de salir. Joder. Su corazón latía a un ritmo que no podía ser normal. Estaba realmente cachonda y se había visto obligada a dejar la sesión de sobeteo con David a medias. Le observó a por el rabillo del ojo. Su pelo alborotado estaba completamente

desordenado. ¡Por favor, estaba tan sexy! ¿Cómo podía existir un hombre tan sexy en el mundo? Miró sus labios y estuvo a punto de mandar a la mierda al conductor y volver a besarle. Justo entonces él se giró para mirarla. Sus ojos azules brillaban con deseo. Le sonrió como solo él sabía hacer y sintió su clítoris volver a aplaudir.

—No me sonrías así, Hill.

—¿Así, cómo? —sonrió él levantando la ceja y resultando todavía más sexy, si eso era posible.

—Así —repitió ella señalándole con una mano—. Resultas jodidamente sexy.

—¿En serio? —Preguntó acercándose a ella sonriente—. ¿Crees



que soy sexy?

Bufó al escucharle.

—Sabes perfectamente que lo eres.

—Una cosa es que lo sepa y otra muy diferente es que tú lo creas.

Se rio encantado con la situación y ella negó con la cabeza por lo creído que era. Entonces le sintió acercándose y notó su nariz acariciándole el cuello. Cerró los ojos ante ese contacto mientras su corazón volvía a acelerarse.

—Tú también eres jodidamente sexy —susurró haciendo que se le erizara la piel de todo el cuerpo—. No tienes ni idea del tiempo que llevaba esperando algo así.

Sonrió al escucharle. Le observó con intención de lanzarse de nuevo a por

sus labios cuando los golpes se repitieron en la ventanilla.

—¿Señorita Scott? ¿Señor Hill?

—Será mejor que salgamos —dijo él mientras acariciaba su mejilla.

Ella asintió tomando aire para calmarse. Se estiró un poco la ropa y movió el cuello a ambos lados para relajarse. Alargó el brazo para abrir la puerta pero notó la mano de David agarrando su otra mano. Se volvió a mirarle. Ahí estaba con esa sonrisa torcida que hacía que su clítoris hiciera la ola.

—¿Luego habrá un segundo round?

Jennifer sonrió.

—Probablemente...

David soltó una carcajada y ella

abrió definitivamente la puerta. Lo que vio en el exterior la dejó casi sin palabras.

## *Once*

Un palacio. Un palacio tremendo. Con su enorme jardín, su fuente gigantesca en el centro de la entrada, rosales, árboles, flores de todos los colores y un camino de piedrecillas blancas que llevaba hasta una escalinata de piedra adornada con columnas y estatuas de dioses romanos o griegos o de donde sea que fueran. Hay que joderse. Un palacio enorme. ¿Cuántas habitaciones habría ahí?

—Me cago en la puta —murmuró paralizada delante del coche.

—Esa boquita... —le susurró David.

¿Por qué siempre olvidaba el buen oído que tenía?

Si alguien la hubiera pinchado con una aguja en ese instante no hubiera derramado ni una gota de sangre. Estaba completamente anonadada. Joder con los condes. Joder con el cangurito.

Se dio la vuelta para mirarle mientras hablaba con el conductor y recogía sus maletas. Era hijo de unos condes. Era el hijo problemático de los condes de No-se-qué que había estado en un centro de desintoxicación. El que parecía no haber roto un plato en su vida en realidad tenía mucho más que contar de lo que podía parecer a simple vista.

Puede que por eso fuera tan severo con ella. Igual veía en ella sus mismos errores y se cabreaba tanto al ver cómo ignoraba sus palabras. No se le ocurría ninguna persona que pudiera desempeñar mejor su trabajo que alguien que había estado metido en la mierda más absoluta y conocía perfectamente las consecuencias que según qué actos podían conllevar.

Mirándole ahí, frente a la casa de sus padres a los que hizo tanto daño, a los que casi no podía mirar a la cara, se dio cuenta de lo que habría sufrido a lo largo de su vida y cayó en la cuenta de algo: tenía que volver a hacerles frente por ella, por su culpa. Si no hubiera cogido el coche borracha nada de eso

estaría pasando. En ese instante tomó la decisión de comportarse lo mejor posible ante su familia para no dejarle en mal lugar.

—¿Estás lista? —preguntó David mientras el conductor arrancaba el coche para marcharse.

—¿Lo estás tú? —respondió con una media sonrisa.

—Qué remedio...

Le sonrió aunque pudo apreciar el nerviosismo en su rostro. Después de todo llevaban viéndose día tras día durante dos meses, conocía sus expresiones y esa era casi nueva. Estiró una mano y le quitó una de las maletas que llevaba para poder entrelazar sus manos y así transmitirle su apoyo. David

respiró hondo. Los dos comenzaron a andar cargados con todas sus maletas por el camino de piedras blancas.

Se detuvieron frente a la gigantesca puerta de madera tras subir la escalinata. Se soltaron las manos y David tocó el timbre. Sonó como en las películas cuyos protagonistas viven en mansiones enormes. Din don din. Jennifer soltó una risita y él reprimió la sonrisa. Estar pasando por eso con ella era diferente, como si lo estuviera viviendo con una niña que descubriría algo que la hacía emocionarse y vibrar. La observó un instante y se obligó a centrarse en la puerta para no acercarse a besarla de nuevo.

Unos segundos después ésta se



abrió lentamente y una mujer de mediana edad apareció tras ella. Tenía los ojos de color azul, más claros que los de David. Su melena larga y de color caramelo le caía sobre los hombros, y su cara con forma de corazón era la cara más adorable que Jennifer había visto en la vida. Le recordó a su madre. La mujer la miró extrañada y frunció el ceño.

—Hola, mamá.

Nada más escuchar esas palabras la mirada de la mujer se trasladó hacia David y su expresión pasó a la más absoluta de las alegrías. Abrió la boca mientras sonreía y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estiró los brazos y corrió a abrazar a su hijo. Él la correspondió con mucha más tranquilidad que otras veces.

Era como si al habérselo contado a Jennifer le resultara más sencillo abrazar a su madre sin repetir en su mente lo que pasó hacía tanto tiempo. No se sentía tan tenso, incluso disfrutó de ese abrazo, algo que hacía mucho tiempo que no sucedía.

Jennifer dio un par de pasos atrás para dejarles espacio. Sintió que sobraba en ese momento íntimo entre David y su madre.

—Oh, David, hijo mío —decía la mujer una y otra vez mientras lloraba y le abrazaba con fuerza.

—Mamá, siento haber aparecido sin avisar —dijo abrazándola con fuerza también.

—No digas tonterías —se separó

de él mientras se secaba las lágrimas elegantemente con un pañuelo que había sacado de un bolsillo—. Sabes que siempre eres bienvenido a casa.

Querrá decir a este casoplón, pensó Jenny.

—Ha sido una cuestión de última hora. Hemos tenido que salir pitando de Nueva York —explicó echando una rápida mirada a Jennifer.

Entonces los ojos de la condesa volvieron a reparar en ella, que le sonrió inocentemente. Quería causarle buena impresión. Extendió una mano hacia ella y se presentó educadamente.

—Hola, soy Jennifer Scott. Pero puede llamarme simplemente Jenny.

David enarcó una ceja y la miró

sorprendido. A él jamás le había dicho que la llamara Jenny.

—Hola, encantada. Yo soy Ygritte Hill —respondió su madre estrechándole la mano cordialmente justo antes de volverse hacia su hijo—. David, ¿es tu... novia?

—No, mamá. Es Jennifer, mi clienta.

Los dos se echaron a reír y él negó efusivamente con la cabeza. Jennifer se sorprendió por esa rápida reacción y la rotundidad de su negativa. ¿Qué pasa? ¿Tan malo sería?

La señora Hill miró a su hijo frunciendo el ceño de nuevo.

—La cantante Jennifer —le aclaró con una sonrisa.

—Ooohh, ¡ya sé quién eres! Katherine está loca con tu nuevo disco, dice que eres la mejor cantante del mundo mundial.

Jenny sonrió ante esa afirmación.

—No es para tanto, pero gracias de todas maneras.

—Me alegro mucho de conocerte, cariño, pero sigo sin entender qué hacéis aquí los dos —dijo volviéndose para mirar a su hijo.

—Esto... —empezó él con cierto nerviosismo—, resulta que han saltado una serie de noticias a la prensa que no favorecen demasiado a su imagen y hemos decidido escapar de Nueva York por una temporada. Espero que no os importe que hayamos venido aquí.

—¡Para nada, hijo mío! —Exclamó abrazándole de nuevo—. Siempre es bueno tenerte en casa.

Jennifer apreció la tristeza en las palabras de Ygritte y sintió un nudo en la garganta. Imaginó lo duro que tuvo que ser todo aquello para ella y le dieron ganas de darle un abrazo. Esa mujer le transmitía tal sensación de dulzura y amor que casi se acerca a ellos y les envuelve a ambos en sus brazos.

—Venga —dijo Ygritte separándose—. Pasad dentro. Tu padre está en Londres atendiendo un par de negocios y Katherine está en su habitación. Seguro que se pone histérica en cuanto te vea.

Jenny sonrió mientras entraba delante de David en la casa, bueno, en el palacio, el castillo o lo que fuera. Se quedó con la boca abierta al descubrir el interior. Joder. El techo era altísimo. Había enormes lámparas de cristal de araña que colgaban de él, sabe Dios los años que tendrían, ¡y el dinero que costarían!

Alfombras espectaculares, muebles claramente antiguos, cuadros de pintores famosos (eso lo suponía porque no tenía demasiada idea de arte) y una enorme escalera de mármol que llevaba a la planta superior. Acojonante. Era como estar en una película de la realeza de esas que echaban los sábados por la tarde en la televisión pública. Tenía que

llamar a Anna y contarle todo aquello cuanto antes.

Ygritte les llevó hasta una sala tras atravesar un largo pasillo lleno de obras de arte, esculturas, alfombras y más lámparas. Por suerte esa sala era más normal, es decir, no tenía muebles tan antiguos ni feos, porque había que admitir que serían antiguos y valdrían una millonada, pero eran bastante feos. En esa sala los sofás eran modernos, con pinta de cómodos y de colores pastel. Había una alfombra enorme de color crema y los muebles eran mucho más adecuados a la época actual. Parecía ser el salón que utilizaban habitualmente. Tenía una televisión enorme, aunque la de su piso de Nueva York era más



grande.

Se sentaron en los sofás e Ygritte les dijo que iba a avisar a Katherine de que su hermano había llegado con compañía. Jennifer no podía dejar de mirar a su alrededor. Un momento, ¿eso era un Picasso? Sabía poco de arte, pero ese cuadro lo conocía. Qué fuerte...

—¿En qué piensas?

La voz de David la sacó de sus pensamientos.

—Estoy flipando con tu casa — soltó sin dejar de observarlo todo—. O tu palacio, o tu castillo, lo que sea.

Escuchó su risa sofocada.

—Esto es como estar dentro del canal Historia, Jack —siguió con una sonrisa volviéndose para mirarle.

Se dio cuenta de que la observaba demasiado serio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Nada, pensaba que iba a dejar de ser Jack y me llamarías por mi nombre de una vez.

—Me gusta mucho más llamarte Jack —le dijo acercándose a él de manera sugerente—. Sigues siendo mi canguro...

—¿Y mi madre puede llamarte Jenny y yo no? —soltó indignado.

—¿En serio estás enfadado por eso?

—No estoy enfadado, simplemente me ha sorprendido, es todo —respondió a la defensiva.

Ella abrió la boca para decirle que era un capullo por pensar así y que sabía perfectamente que sí estaba molesto cuando se escuchó un grito y unos pasos corriendo. David sonrió y negó con la cabeza.

—Prepárate, Jennifer...

Se volvió hacia la puerta de dónde provenía el escándalo. Los pasos se acercaban con rapidez pero de repente se escuchó un ruido sordo y un "mierda". David soltó una carcajada. Los pasos reanudaron su camino con algo más de lentitud. Por la puerta apareció una chica joven, de unos dieciocho años, con el pelo rubio cortado a media melena. Tenía los ojos azules y su sonrisa era genuina. Se masajeaba la

rodilla derecha, probablemente intentando alejar el dolor por la caída que acababa de sufrir en su carrera hasta allí. Cuando vio a Jenny soltó un grito y se llevó las manos al pecho.

—Oh, Dios mío, Dios mío... No me lo puedo creer. Jennifer en mi casa. ¡Jennifer!

Ella se levantó del sofá sonriendo. Estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones por parte de sus fans y la verdad es que después de lo que había pasado últimamente le gustaba saber que todavía existían los que la querían pese a todo.

La hermana de David corrió hasta ella y la abrazó con fuerza, sin ningún tipo de vergüenza ni tapujo. Ella le

correspondió entre risas.

—¿Qué pasa? —Se quejó David poniéndose de pie—. ¿Para mí no hay nada?

—Oh, Jennifer —exclamó su hermana pasando completamente de él—. Me encanta como cantas, tu último disco es una pasada. Tienes que firmármelo y hacerte una foto conmigo porque mis amigos no se van a creer que estés aquí y...

—Kate, no la agobies —dijo David intentando apartarla de Jennifer que empezaba a necesitar aire para respirar debido a la efusividad de su abrazo.

—Lo siento —rio tímidamente.  
Entonces pareció reparar realmente en la presencia de David. Los dos

hermanos se miraron a los ojos. Jennifer pudo ver la tristeza reflejada en los ojos de él, pidiendo disculpas silenciosas por todo lo que hizo hace tiempo. Kate le miró con ojos risueños, como quien mira a su hermano mayor del que se siente orgulloso. Claramente no le guardaba ningún rencor.

Kate sonrió abiertamente y dio un paso hacia su hermano. David sonrió y abrió los brazos. La pequeña Hill saltó dentro de ellos para abrazarle con fuerza. Jenny les observaba con una sonrisa emocionada en los labios, contenta porque entre ellos las cosas fuesen bien pese a todo. Ella no tenía hermanos, siempre había soñado con tenerlos. Por eso le dolía en el alma que

unos hermanos no se llevaran bien entre ellos. Se alegró de que, pese a haber cometido errores en el pasado, Kate hubiera sido capaz de perdonarle.

—Dave, te he echado de menos, hermanito —le dijo Kate al oído sin dejar de sonreír.

—Y yo a ti, Kate, y yo a ti...

Entonces ella se apartó de sus brazos y le golpeó en el hombro consiguiendo que él la mirara sorprendido.

—¿Qué es eso de ser el asesor de mi cantante favorita y no habérmelo dicho? —le increpó casi enfadada.

—No sabía que fueras tan fan... —se defendió él sonriendo.

—Porque eres mi hermano, si no

me enfadaría contigo de por vida.

—Pero si te la he traído a casa — rebatió pasando el brazo por el hombro de Jennifer y atrayéndola hacia él—. Es mucho mejor que hablarte de ella, ¿no crees?

Kate le miró un instante con la expresión de enfado todavía latente en su rostro pero enseguida se echó a reír a la vez que aplaudía. Jenny sonrió al darse cuenta de lo mucho que ese gesto la había hecho parecerse a Anna.

—Kate —la voz de Ygritte sonó tras ellos—. Vamos a dejarles que se acuesten un rato para descansar, seguro que están cansados después de un viaje tan largo.

Jennifer asintió lentamente con la



cabeza. Ygritte se acercó hasta su hija y la cogió de la mano con cariño. Miró a David y acarició su mejilla con más de esa ternura que parecía irradiar por todos los poros de su piel. Él elevó las comisuras de los labios y miró a su madre con calidez.

—Sí, mamá, será lo mejor.

Cogió a Jennifer de la cintura para sacarla de la habitación.

—Yo me voy a quedar hablando con mi madre un rato —explicó mirándola a los ojos—. Tus maletas están ya en la habitación de invitados. Él te llevará hasta allí para que descanses un rato.

Señaló a un señor trajeado que esperaba al lado de las escaleras,

supuso que formaría parte del servicio de la casa.

—Duerme hasta cuando quieras.

—¿Y qué hago cuando me despierte? —preguntó preocupada—. No me conozco esta casa, no sé dónde voy a dormir, ¿y si me encuentro con tu padre? No quiero asustarle...

David se echó a reír al verla así, de nuevo tan inocente.

—Puedes llamarme al móvil cuando te despiertes y yo iré a buscarte a tu habitación.

—Vale —sonrió—. Me parece una buena idea.

Se miraron fijamente a los ojos. El corazón de Jennifer volvió a acelerarse y su clítoris comenzó a latir dejando

claro que podría olvidarse de dormir para hacer otras cosas dentro de su habitación con él.

David estiró la mano y colocó un mechón de pelo tras su oreja mientras sonreía. Ella tuvo que obligarse a controlar sus impulsos. Sus dedos habían acariciado casi imperceptiblemente la piel de su rostro y ese simple roce había hecho estragos en su interior. Para rematar el momento le regaló su mejor sonrisa torcida. Jennifer puso los ojos en blanco y sonrió.

—Lo haces queriendo.

—¿El qué? Si yo no he hecho nada... —dijo él fingiendo inocencia pero sin dejar de sonreír de esa manera.

—Eres realmente cargante, Hill —  
siseó cruzándose de brazos.

Se acercó a ella lentamente y respiró deliberadamente en su oído haciendo que el vello de todo su cuerpo se erizara. Jenny cerró los ojos, una sacudida de placer la recorrió de arriba abajo. ¿Cómo hacía eso con solo el roce de su aliento?

—Me gusta que me llames por mi apellido —susurró David en su oído—. Mucho mejor que lo de Jack...

Quiso decirle algo, contestarle con algo ingenioso y cargado de ironía, pero no pudo. Su mente se quedó en blanco porque David acercó los labios al lóbulo de su oreja y lo recorrió lentamente con la lengua. Su cuerpo se

tenso. Descruzó los brazos y los llevó hasta su camisa con intención de atraerle a ella y besarle tal y como le pedía el cuerpo. Pero él se separó justo después de mordisquearle juguetonamente el lóbulo. Jennifer le miró con las pupilas dilatadas y respirando entrecortada. Él volvió a sonreír y la deslumbró por completo, dejándola todavía más alelada.

—Descansa, Jennifer —dijo tras hacerle un gesto al señor trajeado para que la acompañara.

Ella parpadeó un par de veces para recuperarse de su estado de shock y le cogió del brazo. Se volvió hacia ella con la mirada divertida. Realmente disfrutaba haciéndole eso, calentándola

de esa manera para luego dejarla con las ganas. Maldito canguro gilipollas, sexy y tan jodidamente deseable...

—Esto no me parece serio —dijo como pudo mientras intentaba recuperar la respiración normal.

—Ah, ¿no? —Rio él—. A mí me parece de lo más divertido.

—Los dos podemos jugar a este juego...

David levantó una ceja entre interrogante y seductor.

—¿Me estás amenazando? —preguntó acercándose más a ella.

—No sabes dónde te estás metiendo, Hill —envolvió su apellido entre susurros para que sonara lo más erótico posible. Debió hacerlo bien

porque una sonrisa apareció en el rostro de David.

—Te recuerdo que yo sé dónde vas a dormir hoy, Jennifer —estiró una mano para acariciar su rostro a lo largo de toda su mandíbula, con deliberada lentitud. Ella abrió mucho los ojos y vio deseo en sus ojos azules—. Vigila las visitas nocturnas...

Y dicho eso dio media vuelta y volvió a entrar en el salón donde su madre y hermana le esperaban. Se quedó ahí parada, hiperventilando, con el clítoris aplaudiendo, haciendo la ola y gritando "¡que venga esta noche! ¡Que venga!". Por favor... ¿qué le estaba haciendo ese hombre? Jamás se había sentido tan excitada por un simple roce,

por unas palabras dichas de manera tan sugerente, por una mirada tan explícita...

Escuchó el carraspeo del mayordomo y se apresuró a espabilar de su estado de Alelamiento Made in Hill. Pestañeó varias veces y fue tras el hombre. Subieron las escaleras y llegaron a un enorme pasillo lleno de puertas, más cuadros, más jarrones y más alfombras espectaculares.

No les hizo el más mínimo caso porque en su mente no dejaba de ver los ojos azules de David llenos de perversión, diversión y deseo. Fue como una autómatas hasta la puerta donde el señor trajeado se detuvo. Le abrió la puerta e hizo una leve inclinación de



cabeza que ella respondió como pudo. Entró en la habitación y la puerta se cerró tras ella con un suave golpe. Se volvió asustada. Ni siquiera le había dicho adiós ni le había dado las gracias. En fin, para otra vez sería.

Observó la que sería su habitación durante las dos próximas semanas. Techo alto como el resto de la casa, sin duda debido a la antigüedad del edificio. Una enorme lámpara de araña presidía el centro del techo. La cama era gigantesca. No tenía dosel y fue algo que la decepcionó ligeramente. ¿No se supone que es eso lo que suele haber en las casas de este estilo? Parecía cómoda y bastante nueva. Los muebles no eran anticuados sino todo lo contrario. Las

mesillas eran de color blanco, al igual que la estructura de la cama. El armario era enorme, de un color ceniza muy bonito. Sus maletas descansaban frente a él. Una enorme ventana que daba al jardín estaba flanqueada por cortinas con rayas de color blanco y marrón oscuro. También había un pequeño sofá de color ceniza y almohadas blancas y una mesita baja de cristal. Se acercó hasta una puerta en el lateral de la habitación y tras abrirla encontró un cuarto de baño. Ver la ducha le hizo recordar las ganas que tenía de darse una bien larga y placentera.

Sin pensárselo mucho se desnudó y se puso bajo el chorro de agua. La mampara era de cristal completamente

transparente, con unas finas rayas de color blanco que tapaban desde los hombros hasta encima de la rodilla. El agua caliente la ayudó a relajarse, aunque en ningún momento consiguió alejar de su mente el recuerdo de los besos de David, sus manos en su cuerpo, sus susurros, su mirada...

Estuvo tentada en coger la alcachofa de la ducha y terminar con esa sensación de palpitación incesante en su sexo. Un orgasmo. Necesitaba un orgasmo ya. Miró hacia fuera, en el baño, como si pudiera haber alguien observándola. Él le había dicho que vigilara las visitas. ¿Y si entraba en su cuarto y se la encontraba masturbándose? Se acaloró solamente

con pensarlo y su clítoris reaccionó con una sacudida. Joder. Estaba tan cachonda que la idea de que él la descubriera así le resultó de lo más erótica.

—Joder, Jen...

Se reprendió a sí misma y cerró el grifo de la ducha.

—¿Qué te está pasando con este tío? —Se secó mientras hablaba consigo misma—. Te está pervirtiendo, tu mente calenturienta está ganando terreno frente a tu cordura...

Sonrió ante su imagen en el espejo mientras negaba con la cabeza. De verdad que el canguro la estaba volviendo loca.

Se peinó y salió a la habitación

para buscar un pijama en su maleta. Bueno, pijama... ella nunca usaba pijama. Lo máximo que se ponía para dormir era un camisón, normalmente dormía solamente con braguitas.

La idea de que David pudiera aparecer por su puerta en cualquier momento le supuso un gran debate interno. ¿Camisón o bragas? ¿O quizás nada? Decidió ponerse un camisón negro con encaje que Caroline le regaló en su cumpleaños y se metió de un salto en la cama. Apagó la luz y cerró los ojos. De vez en cuando echaba miradas furtivas hacia la puerta y cada ruido que escuchaba en la casa le hacía sobresaltarse pensando que era su puerta abriéndose. Puede que pasara así media

hora o más, pero al final el sueño y el cansancio la vencieron y se quedó completamente dormida en esa enorme cama.

## *Doce*

Despertó sobresaltada al escuchar su móvil. Estiró la mano y lo cogió de la mesilla sin incorporarse de la cama. Miró la pantalla y sonrió al descubrir que era Gary el que llamaba.

—Hola, guapo —contestó con voz ronca todavía medio dormida.

—Hola, Jen. ¿Qué tal habéis llegado?

—Bien, algo cansados después de tantas horas de viaje. ¿Qué tal estás tú?

—Bueno, aquí estamos —detectó cierto nerviosismo en su voz—. Quería

pedirte disculpas por no haber estado contigo el otro día.

—¿Qué dices, Gaz?

—Sí, la otra noche. Si yo me hubiera ido contigo a casa y hubiera pasado de esa chica seguramente nada de esto habría pasado.

—No, cariño —se incorporó en la cama—. Lo hecho, hecho está, ya no podemos hacer nada. Y no fue culpa tuya, yo solita sé cagarla perfectamente.

—Pero no estuvo bien que te fueras sola a casa. Si hubiera ido contigo David no se habría enfadado y tampoco habrías cogido el coche. Lo siento mucho, Jen.

—No pasa nada, cielo, de verdad. Tengo que empezar a asumir mis



propios errores.

—No son solo tuyos, todos tenemos que empezar a cambiar un poco el chip.

Notó tristeza en sus palabras. Gary no solía ser tan negativo y además parecía estar ocultando algo, sonaba nervioso.

—Gaz, ¿pasa algo?

—Bueno... en realidad también te llamaba por otra cosa.

—Suéltalo ya —estaba empezando a ponerse nerviosa.

—Esto...

Silencio.

—Gaz... —le apremió.

—Lo siento mucho, Jen —tomó aire al otro lado—. Armani ha anulado el contrato.

—¿Qué?!

—Exclamó

incorporándose hacia delante—. ¿Por qué? ¿Cuándo?

—Acaban de llamarme desde la oficina de Milán. No les ha gustado nada verte en las noticias con todo este tema de la detención. Dicen que no pueden permitir que su imagen quede por los suelos contratando a... —carraspeó—, a una alcohólica.

Jenny no podía articular palabra.

—Dicen que han pasado por alto varias de tus actuaciones porque eres una estrella mundial, pero el tema del alcohol al volante no pueden tolerarlo y menos aún que termines arrestada por ello. No quieren que la persona que represente a Armani sea tan mal

ejemplo. He intentado convencerles diciendo que habías pasado por un bache, que eso jamás se volvería a repetir, pero no han atendido a razones. Dicen que son una compañía demasiado importante como para permitir algo así y no pueden dejar que su nombre sea llevado por alguien... como tú...

Jennifer seguía sentada con la mirada perdida en el vacío, con un enorme nudo en la boca del estómago y sin reaccionar.

—Jen, por favor, dime algo.

—No... —consiguió decir tras pestañear varias veces—. No sé qué decir...

—Lo siento mucho, cariño, de verdad. Pero no se te ocurra venirte

abajo, ¿de acuerdo? ¿Qué importa lo que diga Armani? Eres Jennifer, la gran Jennifer Scott. Si no es Armani será otra cosa, en otro momento. No necesitabas esto realmente.

—No lo sé...

—Yo te digo que no. ¡Que le den a Armani! —Exclamó enfadado—. Que les den a todos. Tú vales mucho y el que no sepa apreciarlo ni perdonar un error no merece nada de ti.

Sonrió ante el intento de su amigo para animarla. Ojalá pudiera estar ahí para que la abrazara. Los ojos se le llenaron de lágrimas solo de pensarlo.

—Os echo de menos... —susurró.

—Y nosotros a ti. Ya verás cómo estas dos semanas pasan volando.

—Eso espero.

—¿Qué tal con David? —le preguntó intentando cambiar un poco el rumbo de la conversación.

David. Cierto. No había ido a verla esa noche. ¿Qué hora era?

—Bien, con David las cosas están bien —contestó secamente. No quería contarle lo que había pasado con él durante el viaje, ni lo de los condes, ni lo de su rehabilitación, ni lo de su encuentro en el coche...

—¿En serio? —Exclamó al otro lado—. Casi no me lo puedo creer.

Agradeció no tenerlo delante porque seguramente descubriría la verdad nada más mirarla. La conocía tan bien que en ocasiones le daba miedo.

—La verdad es que yo tampoco...

—¿Jen?

—Dime.

—¿No te lo habrás tirado? —soltó así sin más.

—¡Gary! —Gritó escandalizada—. No me lo he tirado, ¿por qué coño me preguntas eso?

—No sé —rio al otro lado—. Hay tal tensión siempre entre vosotros que parece que solamente un polvo arreglará la situación. Habéis pasado un montón de horas los dos solos y eso solo podía terminar con un asesinato o un polvo.

Jenny rio al escucharle.

—No hemos echado un polvo pero...

Gary soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! —Exclamó divertido  
—. Ha habido tema.

—Algo ha habido —admitió  
sonrojándose ligeramente.

—Anna va a alucinar cuando se  
entere.

—¡No le cuentes nada! —Se  
apresuró a decirle—. Se lo contaré yo  
cuando hable con ella. No quiero que me  
llame gritando como una loca histérica  
porque se ha enterado por ti.

—Tienes razón. Será mejor que se  
lo cuentes tú misma.

—¿Está contigo? —preguntó  
esperanzada.

—No, ha salido con Will a comprar  
unas telas para preparar algunos de tus  
trajes para los conciertos.

—Vale, dile que la echo de menos.

Díselo a todos.

De nuevo el nudo en el estómago.

—Se lo diré, Jen. Nosotros también te echamos de menos.

Se escuchó el sonido de un teléfono al otro lado.

—Lo siento, tengo que colgar, me llaman del estudio.

Jenny asintió en silencio.

—Hablamos en otro momento, preciosa. Cuídate mucho y descansa. No le des vueltas a lo de Armani, ¿vale? Un beso, te quiero.

—Un beso, Gaz. Yo también te quiero.

La llamada se cortó. Se quedó sentada sobre la cama con el teléfono en



la mano y asimilando todo lo que Gary le acababa de contar. Armani no la quería. Habían anulado el contrato. Necesitaba un abrazo, lo necesitaba urgentemente. Necesitaba a sus amigos con ella. Odiaba estar al otro lado del océano completamente alejada de su mundo.

Observó su móvil un instante.

Podría llamarle. ¿Sería una buena idea? Después de todo él le dijo que le llamara cuando se despertara. ¿Qué hora era? Miró el reloj. Las nueve y media. Entraba algo de luz por las rendijas de las cortinas. Sin pensárselo ni un segundo más escribió un mensaje de texto y se lo mandó a David. Se tumbó de nuevo pero volvió a levantarse

enseguida al caer en algo. Salió de la cama y corrió al cuarto de baño para lavarse los dientes y peinarse. Lo que menos quería era que el aliento matutino le jugara una mala pasada en caso de que sucediera algo con él. Se miró en el espejo y dio por buena su imagen. Corrió hasta la cama y se quedó plantada delante. ¿Qué debía hacer? ¿Esperarle dentro cubierta por las sábanas? ¿Quedarse de pie? Quizá debería vestirse. Empezó a caminar de un lado a otro. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Se sentía como una estúpida.

En medio de sus cavilaciones alguien llamó a la puerta. Su corazón empezó a latir más deprisa. Fue andando descalza hasta ella y la abrió despacio.

Allí estaba.

—Buenos días, dormilona —la saludó sonriente.

Iba vestido con unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga corta de los Yankees de Nueva York. Podía vislumbrar sus músculos bajo la suave tela de color azul.

—Buenos días —contestó dejándole pasar.

—¿Has dormido bien? —preguntó dirigiéndose hacia el sofá color ceniza.

—La verdad es que sí —admitió caminando tras él.

—Pensaba que ya estarías vestida. ¿Qué te gustaría hacer hoy? —Se sentó despreocupado—. Había pensado que podíamos ir a la pasear un rato si te

apetece...

Ella seguía de pie frente al sofá. La observó unos instantes y reparó en que algo raro pasaba.

—¿Estás bien? —preguntó frunciendo el ceño.

Jenny se encogió de hombros. De repente el nudo de su garganta volvió a aparecer, solo que esa vez no lo pudo controlar. David se levantó del sofá nada más ver como una lágrima se escapaba de sus ojos y sus labios formaban un dulce puchero. Se acercó a ella y la cogió por los hombros con suavidad.

—Jennifer, ¿qué te pasa?

—¿Puedes abrazarme? —Preguntó mientras otra lágrima caía por su

mejilla.

Asintió sorprendido y la atrajo hacia él. Jenny pasó los brazos por su cintura y se apretó contra su pecho para comenzar a llorar. Él no sabía qué pasaba pero aun así acarició su espalda tal y como hizo unos días atrás en la comisaría, consolándola, reconfortándola. Ella apoyó la cabeza en su pecho, cerca de su cuello, y aspiró fuertemente. Olía de maravilla. Una mezcla entre aroma floral y madera. Acarició la piel de su cuello con la nariz mientras cerraba los ojos.

David notó el cambio en su estado de ánimo y la separó un poco de su cuerpo.

—Jennifer...

—Sshhh —y se acercó a su rostro para besarle en los labios.

David quiso decirle que no era el momento, que sus padres les esperaban abajo, que igual no era buena idea que entre ellos pasara algo así, pero no pudo decir ni una sola palabra. La lengua de Jennifer dentro de su boca le hizo olvidarse de todo.

Jenny llevó las manos hasta su nuca, acariciando su pelo mientras se apretaba contra su cuerpo. Las manos de él pasaron a su cintura, sintiendo la suavidad del camisón que llevaba. Su ritmo cardiaco se multiplicó por tres en cuestión de segundos.

Recorrió su espalda hasta llegar a uno de los tirantes del camisón. Lo

apartó lentamente dejando que cayera por su brazo. Besó su hombro desnudo mientras ella metía las manos dentro de su camiseta. Jenny recorrió su abdomen musculoso y tiró de la prenda hacia arriba consiguiendo que se separara de ella para que pudiera quitársela sin problema.

Le observó unos segundos. Jodeeerrrr, ¡qué bueno está! Su clítoris apoyó esa opinión mediante una sacudida de placer.

David sonrió al ver la expresión de su rostro.

—¿Qué pasa?

Ella le miró con los ojos llenos de deseo.

—Exactamente como lo esperaba...

—susurró acercándose hacia él de nuevo.

—Y eso que todavía no lo has visto todo —dijo con su mejor sonrisa torcida.

Bella bufó en respuesta y sonrió.

—Estúpido creído —le besó con pasión mientras hundía las manos en su pelo.

David llevó las manos hasta su trasero y la atrajo completamente a su cuerpo consiguiendo que ella soltara un gemido por la impresión del movimiento. Metió una mano bajo la tela del camisón, acariciando su muslo y provocando una corriente de placer en la zona de piel que tocaba. Subió la mano lentamente, sin dejar de besarla,



hasta la tela de sus braguitas.

Jenny gimió. David respondió mordiéndole levemente el labio inferior. Ella se apretó instintivamente más a él y sintió su erección. Una nueva sacudida de placer en el centro de su sexo hizo que las piernas le flaquearan. Quería sentirlo dentro de ella con urgencia.

Se frotó contra él y David fue el que gimió en ese momento. La cogió súbitamente por las caderas y la levantó en el aire. Ella pasó las piernas por su cintura y se apretó a él todo lo que pudo mientras la llevaba hasta la cama. La lanzó sobre el colchón, así, tal cual, sin ningún miramiento. Jenny sintió como el aire abandonaba sus pulmones. Joder, qué brusquedad, cómo le ponía que

fuera así de brusco.

David fue hasta ella gateando sobre la cama y le quitó el camisón dejando al descubierto sus pechos. Los acarició sin apartar la vista de ellos, deleitándose en sus curvas, en su tacto, en la leve piel de gallina que provocaban sus dedos a su paso. Ella permanecía tumbada observándole, con la respiración agitada mientras él miraba sus pechos como si fuera la primera vez que veía unos en la vida. Tocó uno de sus pezones y ella gimió mientras cerraba los ojos. Él sonrió y siguió acariciándolos. Se acercó lentamente a ellos y los besó. Jenny suspiró y se agarró a las sábanas.

Su lengua recorrió primero uno y después el otro, besando la piel que

había entre ellos. Jenny mantenía los ojos cerrados, disfrutando de cada roce cuando de repente él mordisqueó uno de ellos. Gimió más fuerte y arqueó la espalda de placer.

David se acercó hasta su boca y la besó con urgencia, demasiado necesitado de sus besos tras escucharla gemir de esa manera. Ella llevó las manos hasta el botón de su pantalón, que desabrochó casi con prisas. David la ayudó a quitarle los pantalones, incorporándose ligeramente para que pudiera bajarlos con mayor facilidad. Aproximó su cuerpo al de él, acariciando con sus pechos su torso desnudo. Él notaba sus pezones duros rozando su piel mientras la besaba,

sintiendo cómo su descontrol aumentaba.

Llevó una mano hasta sus braguitas y empezó a deslizarlas suavemente. Ella se movió dejándole saber que quería que se las quitara ya. Así que eso fue exactamente lo que hizo. Jenny acarició su abdomen para seguir bajando hasta el elástico de su ropa interior. Le quitó los calzoncillos sin entretenerse más. Quería sentirle dentro de ella.

—Jennifer... —le susurró separándose un poco de ella.

—Jenny —dijo mientras pasaba las manos por su cuello y se acercaba más a él.

—No tengo preservativo.

—No importa, tomo la píldora.

—Pero...

—Cállate ya, Hill.

Él rio entre dientes al escucharla y la besó con urgencia. Se puso sobre ella sin dejar de besarla en ningún momento. Jenny abrió las piernas para dejarle claro que quería que lo hiciera ya, que no podía esperar más. Él la miró a los ojos un instante y acarició su rostro con la mano, apartando un mechón de pelo de su frente cubierta de sudor y lo hizo.

Sentirse dentro de ella era maravilloso. Jenny pasó las piernas por su cintura, consiguiendo mayor conexión con él en cada movimiento. Empujaban a la vez, suspirando, gimiendo, besándose sin parar.

—David... —susurró en su oído justo antes de atrapar su lóbulo con los

dientes.

Los movimientos se aceleraron. Entre jadeos y gemidos Jenny sintió una sacudida de placer expandirse desde el clítoris hasta el resto de su cuerpo, llenándola por completo. Se agarró con fuerza su espalda y cerró los ojos para notar como él también alcanzaba el clímax. David fue dejándose caer poco a poco sobre su pecho, tratando de respirar con normalidad. Permanecieron así unos segundos hasta que él se apartó y se tumbó a su lado. Jenny notaba su corazón latir a un ritmo que no debía ser sano. Volvió la vista para encontrarse con los ojos azules de su canguro.

—Bueno... —murmuró él con la respiración agitada—. Esto ha sido toda

una novedad.

Ella sonrió mientras trataba de recuperar el aliento. Estiró una mano e intentó peinar un poco su enmarañado pelo.

—Un segundo round en toda regla —dijo haciendo que ella se echara a reír.

—Totalmente de acuerdo.

—No sé si mi madre se va a creer que entre nosotros no hay nada. Si te ha escuchado gemir de esa manera voy a tener que inventarme una buena excusa.

Jenny le golpeó en el hombro sonriendo.

—Tendré que decirle que me has seducido llamándome a tu cuarto para que te consolara... —la miró elevando

una ceja.

—¡Oye! —Exclamó—. Eso era en serio.

—Pues parece que se te ha olvidado demasiado pronto —se echó a reír.

—Tú tampoco has puesto demasiadas objeciones.

—¡Por favor! —Exclamó incorporándose sobre un brazo—. ¿Sabes lo que me has hecho pasar todo este tiempo?

Le miró interrogante.

—El día de la bañera, la grabación del videoclip... ¡Soy un hombre, por el amor de Dios!

Jenny se echó a reír y él la acompañó.



—No va a quedar serio ni profesional que yo diga esto —estiró una mano para acariciar uno de sus pechos desnudos—. Pero eres tan preciosa que soy incapaz de dejar de pensar en ti.

Jenny dio un respingo al notar como pellizcaba uno de sus pezones. Sintió de nuevo una sacudida de placer en el clítoris. Joder, podría volver a empezar en ese mismo momento. Se acercó a él y le besó. David pasó la mano por su cintura y la atrajo de nuevo a su cuerpo. Justo cuando empezó a notar como él comenzaba a reaccionar ante su cercanía se separó de ella.

—Tenemos que salir de esta habitación —dijo mirándola a los ojos

— Estaba desayunando con mi familia cuando me has mandado el mensaje. Se estarán preguntando qué pasa.

Ella hizo un puchero y se acercó más a él pasando los brazos por su cuello. Recorrió con la lengua sus labios y él sonrió.

—Jenny...

Entonces ella se detuvo para mirarle.

—Me gusta que me llames así.

—Todavía no me habías dicho que podía hacerlo —contestó sonriente.

—Puedes hacerlo cuando quieras.

—¿Eso va con segundas? — preguntó con su mejor sonrisa torcida.

—Por supuesto... —ronroneó acercándose a él.

Se besaron durante unos segundos, dejando que sus manos acariciaran de nuevo sus cuerpos desnudos. Pero David hizo uso de su cordura casi olvidada y se separó de ella.

—Será mejor que salgamos de aquí ya si no quieres que te deje sin poder andar un par de días.

Joder. Quería quedarse sin andar dos días, o tres, o los que fueran necesarios para echar otro polvo con él. Se golpeó mentalmente, estaba perdiendo los papeles con ese hombre.

—Me estás mirando de una manera que dice demasiado de ti —dijo él mientras se incorporaba de la cama.

—¿Y qué te dice mi mirada? —preguntó risueña apoyándose sobre un

brazo sin poder dejar de mirarle.

—Que eres una pequeña golfa.

Lo dijo como le hablaba cuando se enfadaba, con ese tono serio y autoritario que utilizaba para ordenarle cosas. Una parte de ella se enfadó al escucharle decir eso pero otra parte sonrió perversamente. ¿Que qué parte ganó? La perversa, por supuesto.

—Vamos, levanta de ahí —ordenó mientras recogía su ropa del suelo—. Tienes que conocer a mi padre.

Le hizo caso inmediatamente, sin cuestionárselo ni un instante. Un momento. ¿Qué coño...?

—No creas que después de esto voy a hacerte caso en todo lo que me digas —dijo señalándole con un dedo

mientras recogía su ropa interior del suelo.

—No lo he creído ni por un segundo.

—Me alegro, porque no será así.

Le escuchó reírse mientras se ponía los pantalones. Observó su perfecto torso desnudo y tuvo que reprimir las ganas de abalanzarse de nuevo sobre él.

—Si me miras de esa manera no voy a poder terminar de vestirme, Jennifer —dijo mientras recogía la camiseta.

Ella sonrió y se volvió hacia el otro lado para ir a buscar algo de ropa que ponerse.

—¿Me vas a contar porqué has llorado antes? —preguntó sentándose

despreocupado en el sofá.

Le contó lo de Armani mientras se vestía. Él la escuchó en silencio, sopesando sus palabras, asintiendo y frunciendo el ceño de vez en cuando.

—Necesitaba un abrazo —confesó mientras se ponía una camiseta de tirantes.

—Has tenido más que eso —sonrió de esa manera que la derretía completamente.

Solo pudo sonreír.

David se levantó del sofá a la vez que ella iba hacia la puerta. La cogió por el brazo antes de que la abriera y Jenny se detuvo interrogante.

—Siempre que necesites un abrazo no dudes que estaré ahí para dártelo.

—Gracias —respondió como pudo.

No esperaba aquello por parte de David. Era como si no fuera con su personalidad. Pero le encantó escucharlo. Él le sonrió cálidamente. Jenny dio un par de pasos hacia él y le abrazó pillándole desprevenido, pero aun así le correspondió enseguida. Se separaron y Jenny le miró a los ojos con una sonrisa.

—Los abrazos dicen mucho de una persona.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen de mí?

Le miró unos segundos sin dejar de sonreír. Su mirada pasó de seria a divertida con un toque sexy que no pasó desapercibido para él.

—Me dicen que eres un pequeño

golfo.

David se echó a reír y negó con la cabeza. Jenny rio con él y abrió la puerta. Cuando salía de la habitación él le dio un cachete en el culo, se volvió sorprendida hacia atrás para encontrarse con la expresión falsamente inocente de su canguro.

—Si soy un golfo tendré que comportarme como tal, ¿no crees?

Ella rodó los ojos y empezó a caminar escuchando las carcajadas de David tras ella. Sonrió. Qué diferente parecía él entonces. Le gustaba esa faceta desenfadada, canalla y divertida. Le gustaba tanto como el polvo que acababan de echar los dos.



# *Trece*

Jenny conoció a Gerard Hill, vigésimo tercer conde de Norfolk. Se quedó muy sorprendida por lo cordial y familiar que se mostró, como si no fuera una persona famosa sino una simple amiga de su hijo.

Gerard era guapísimo, como sacado de una agencia de modelos. Ya entendía de dónde había sacado David toda su belleza, con esos padres era lo más normal. El conde era moreno y de ojos marrones claros. Tenía porte de conde, sí, no sabría explicarlo, pero tenía toda

la pinta de conde. Correcto, erguido y con buenos modales. Pero a la vez tenía un toque divertido que le hacía parecer una persona normal y corriente.

—Son personas normales y corrientes —le dijo David cuando se lo comentó mientras salían al jardín después de haber desayunado con su familia—. ¿Por ser condes tienen que ser serios y desagradables?

—No lo sé, no había conocido a ningún conde nunca. No sé cómo tienen que ser.

David rio a carcajadas mientras negaba con la cabeza, claramente divertido por algún pensamiento que acababa de tener. Ella le miró esperando que dijera qué le había hecho

tanta gracia.

—¿Qué pasa? —preguntó al darse cuenta de que no iba a decírselo.

—Nada, nada —respondió sin dejar de reírse.

—Jack... —se cruzó de brazos empezando a impacientarse.

Él la miró todavía sonriente y tomó aire.

—Te vas a enfadar.

—No me enfadaré.

—De acuerdo. Me reía porque tú sí eres exactamente como se supone que tiene que ser una persona famosa.

Jenny frunció el ceño sin entenderle.

—Eres egocéntrica, alocada, las cosas tienen que ser como tú las quieres

y cuando tú las quieres, eres consentida y tienes demasiada mala leche.

—¡Y tú eres gilipollas! —exclamó empezando a andar.

—¡Espera! —Rio corriendo tras ella—. ¿Ves cómo tienes mucho mal genio? No sabes aceptar una crítica.

—Acepto lo que me da la gana aceptar —siguió caminando con gesto enfadado.

Escuchó las risas de David tras ella. Maldito gilipollas.

—Eres como una niña pequeña, Jennifer.

Se mordió la lengua para no contestarle que no le había parecido una niña tan pequeña hacía unas horas en su habitación.

—No me has dejado terminar con la explicación —dijo cogiéndola de la mano y consiguiendo que parara de andar.

Se puso delante de ella y cogió su barbilla para levantarle la cara y que le mirara. Los ojos azules de David brillaban divertidos mientras que los de ella estaban totalmente llenos de enfado.

—¿Qué más vas a decirme?! —gritó—. ¿Que soy una niñata consentida? ¿Que soy una inconsciente que no hace más que arruinar su vida?

En ese momento David cambió la expresión de su rostro y la miró muy serio.

—No, Jennifer —dijo suavemente todavía sujetando su barbilla—. Te iba

a decir que pese a ser una niñata consentida e inconsciente, eres una persona que sabe que la jode en ocasiones, que sufre, que tiene sentimientos igual que el resto de los mortales. Que eres una persona divertida pese a poder ser cargante en mil ocasiones. Que eres como una niña pequeña dentro del cuerpo maravilloso de una mujer. Que irradian inocencia cuando te dejas ser como eres y que eso me gusta. Que eres encantadora con tus fans y sabes corresponder a lo que ellos te dan. Que has encandilado a mi padre con una sola de tus sonrisas y que, aunque las razones que nos han traído hasta aquí no son demasiado buenas, me alegro de estar pasando estos días aquí

contigo.

Jenny parpadeó un par de veces mientras asimilaba lo que acababa de decirle. David sonrió al verla confusa y se acercó para besarla en los labios. Fue un simple roce pero la hizo sentir como si sus pies se despegaran del suelo y flotara. Volvió a mirarla con esos ojos tan preciosos y tuvo que volver a parpadear.

—Venga —le espetó él—.  
Suéltame alguna de tus puñaladas.

Jenny sonrió.

—Ahora mismo no se me ocurre ninguna.

Se echó a reír y a ella le pareció el sonido más maravilloso del mundo. David apartó la mano de su barbilla y

empezó a andar. Le siguió sin dejar de sonreír, sintiendo como una sensación de hormigueo se instalaba en su estómago. Una sensación que la hizo sentir ligera, capaz de volar. Sin dejar de sonreír fue hasta su lado, cogió una de sus manos y entrelazó sus dedos. Siguieron paseando mientras él le explicaba qué estatuas eran las que había a lo largo del jardín y las historias que había tras ellas.



Los días fueron pasando en el castillo de los condes de Norfolk (David ya le había aclarado que se trataba de un castillo y que había mil



historias antiguas que hablaban de él). Jenny había tomado por costumbre correr por el jardín todas las mañanas, Kate la acompañaba en alguna ocasión. Se llevaba muy bien con la hermana de David, era como tener a Anna con ella y eso la hacía sentirse mucho menos lejos de casa. Se habían hecho grandes amigas pese al poco tiempo que hacía que se conocían.

Gracias a que la madre de David tocó la guitarra cuando era joven y todavía conservaba una en el trastero, pudo ensayar sus canciones para su vuelta a los escenarios. También ensayaba delante de la televisión viendo vídeos que Kate tenía grabados con sus coreografías. Cantaba por las mañanas y

por las tardes, consiguiendo que Ygritte y todos los habitantes de la casa tararearan sus canciones de tanto escucharlas. Kate estaba encantada porque lo de tener a su cantante favorita en casa, cantando sus canciones, bailando con ella, riendo con sus gracias, era lo mejor que le había sucedido en la vida.

David observaba a Jennifer siempre de cerca, asegurándose de que no se quedaba demasiado tiempo pensativa y dándole vueltas al tema de Armani, a la detención o a cualquier cosa que pudiera desestabilizarla emocionalmente.

Su sentimiento protector con ella se había multiplicado en los últimos días. Ya no la consideraba solamente una

cliente, Jenny era mucho más que eso. Por las noches se escapaba de su habitación para ir al cuarto de ella, de puntillas por los pasillos silenciosos del castillo. Jenny sonreía encantada cada vez que le escuchaba abrir la puerta y le recibía con los brazos abiertos en su cama. Perderse entre sus besos, caricias, gemidos y ese maravilloso cuerpo creado para el deseo era algo que jamás había esperado que sucediera entre ellos. Conectaban. De una manera extraña pero conectaban.

Estaba asomado a la puerta de uno de los salones del castillo, observando a Jenny cubierta de sudor bailando con su hermana mientras dejaba que su mente divagara y se imaginaba acercándose a

ella para cogerla en brazos y llevársela hasta la cama para una sesión de sexo salvaje, cuando escuchó a su madre carraspear tras él. Se volvió sobresaltado y le sonrió.

—Hola, mamá.

—Hijo, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro que sí.

Echó un último vistazo a Jennifer y fue con su madre. Entraron en el salón que más utilizaban de la casa y se sentaron en el sofá. Ygritte le miró con una pequeña sonrisa en los labios.

—Puedes trasladarte a su cuarto si quieres.

David le miró con los ojos muy abiertos.

—No soy tonta, hijo —dijo sonriendo más abiertamente—. Desde que habéis llegado parece que tenemos mucho movimiento nocturno por la casa.

—Esto... —empezó él pasándose una mano por el pelo nervioso—. Mamá, yo...

—Tienes treinta años, hijo mío, hay muchas cosas que doy por supuestas y que no necesitas explicarme.

David rio algo más relajado.

—Lo siento. Pensaba que nadie estaría al tanto.

—No hace falta más que ver cómo la miras para saber que entre vosotros hay mucho más que una simple relación de trabajo.

David la miró frunciendo el ceño,

sorprendido de que fuera tan sencillo ver eso desde fuera.

—Soy tu madre y te conozco. Creo que jamás te había visto mirar a nadie de esa manera y me hace muy feliz. Parece que por fin has encontrado tu sitio en este mundo.

Él asintió lentamente mientras los recuerdos del pasado comenzaban a bombardear su mente.

—Mamá, siento mucho todo lo que hice —la cogió de la mano—. Todos los días pienso en ello y me arrepiento tantísimo que me odio por cómo os traté, por cómo te traté a ti.

—Eso ya está olvidado, cariño —acarició el dorso de su mano mientras le miraba con dulzura.

—¿Cómo puedes decir eso? Fui un auténtico cabrón.

—Te quiero, David —se encogió de hombros—. Todo el mundo comete errores y está en el interior de las personas el saber perdonar y seguir adelante. Debe ser que te quiero demasiado.

Sonrió y se acercó a ella para abrazarla. Su corazón latía feliz dentro de su pecho, sintiendo como una enorme capa pesada se desprendía de él y se convertía en un corazón ligero, algo que jamás había sido.

—Yo también te quiero, mamá.

Permanecieron abrazados un rato para luego seguir conversando acerca de sus vidas. David le habló de Jennifer y

de todo lo que habían pasado en esos dos meses. Ygritte le habló de sus actividades diarias, de las causas benéficas para las que trabajaba y de la vida en esa isla lluviosa. Rieron y compartieron anécdotas. Agradeció pasar ese rato con su madre, poder volver a sentirse cercano a ella. Desde ese momento supo que jamás se le haría tan difícil volver a Inglaterra a pasar una temporada con sus padres.

Aquella noche, después de cenar, mientras subía las escaleras para ir hacia su habitación, escuchó el sonido de una guitarra que provenía del cuarto de Jenny. Se acercó hasta allí. La puerta estaba entreabierta. Asomó la cabeza por la rendija y la vio sentada sobre la



cama con las piernas cruzadas, con la guitarra entre sus manos. El pelo le caía por un hombro, alborotado y dándole un toque de dulzura que acompañaba a las notas de la canción. Miraba a la guitarra fijamente. Entonces empezó a cantar.

David apoyó una mano en el marco de la puerta y sonrió mientras la escuchaba cantar. Esa voz tan dulce que le hacía olvidarse de lo malo y sentir que todo iba bien le envolvió por completo, haciendo que su corazón latiera mientras la paz se instalaba en su interior.

En ese momento Jenny miró hacia la puerta y le vio allí parado, observándola con una sonrisa. Aguantó su mirada un instante mientras solo punteaba en la

guitarra, sonrió y siguió cantando justo antes de guiñarle un ojo. David soltó una carcajada y empezó a caminar hacia el interior de la habitación. Se sentó a su lado en la cama sin dejar de mirarla. Jenny sonrió tímidamente y siguió cantando con suavidad aquella canción que había surgido tras aquellos últimos días.

Dejó de tocar para encontrarse frente a frente con esos ojos azules que la miraban llenos de extraños sentimientos que no supo descifrar. David se acercó lentamente hasta ella para depositar un pequeño beso en la punta de su nariz y ella sonrió como una idiota.

—No pienses que esta canción es

por ti —dijo dándole un pequeño empujón con el hombro.

Él rio y negó con la cabeza.

—Jamás se me ocurriría pensar algo así —estiró una mano y apartó un poco el pelo de su rostro—. Sé que todo eso era por mi padre.

Jenny rio echando la cabeza hacia atrás.

—Te quedaste demasiado impresionada por su belleza de la campiña inglesa y su porte imperial —sonrió sin dejar de mirarla mientras ella reía.

No aguanto más tenerla cerca con esa sonrisa deslumbrante y la besó. Con impaciencia, con ganas, con pasión. La tumbó sobre la cama y la desnudó con

celeridad. Necesitaba hacerle saber mediante su cuerpo que tenía urgencia de ella, de sentirla, de tocarla y besarla como cada célula de su ser le pedía.

Sus jadeos inundaron la habitación. Todo era saliva, suavidad, caricias, placer... Hacerlo con Jenny era algo increíble. En pocas ocasiones había sentido tal conexión con una mujer. Por no decir en ninguna... Todo era sencillo con ella, fluía. Sus manos sabían perfectamente cómo y hacia dónde moverse, sus labios encontraban cada rincón que conseguía hacerla vibrar, su lengua reconocía su sabor y le hacía sentir cosas que nunca había experimentado al lado de una mujer.

Jenny tenía algo, algo especial.

Quedaron exhaustos uno al lado del otro, con los ojos cerrados y las bocas abiertas en búsqueda de oxígeno. Jenny no podía moverse, le temblaba todo el cuerpo. Había sido espectacular, increíble.

—Guau...

Fue lo único que alcanzó a decir.

Él rio al escucharla pero tampoco pudo articular palabra. Se acercó hasta ella y apoyó la cabeza en su pecho, escuchando los latidos desacompañados de su corazón. Permanecieron así un rato hasta que sus respiraciones se calmaron. David levantó la vista entonces para verla con una sonrisa en los labios.

—¿Aún no puedes hablar? — preguntó incorporándose un poco más.

Ella negó con la cabeza sin borrar la sonrisa. David soltó una carcajada. Se acomodó un poco en la cama y cogió la sábana para cubrirles a ambos. Jenny le observó frunciendo el ceño. ¿Qué estaba haciendo?

—Voy a quedarme a dormir contigo —contestó a su pregunta silenciosa—. Si te parece bien, por supuesto.

—¿Y tus padres? —preguntó curiosa.

Normalmente se marchaba después de pasar un rato en su cama para volver a su habitación y que nadie se enterara de lo que había pasado entre ellos.

—Mis padres no son estúpidos —sonrió recostándose sobre la almohada—. Están al tanto de lo que pasa por las

noches en esta casa.

Jenny se sintió totalmente avergonzada al escucharle. Seguro que esa noche la habían oído gritar el nombre de su hijo. ¡Qué vergüenza... joder, joder, joder!

—¿Te estás poniendo colorada? — preguntó divertido acariciando su mejilla.

—Me voy a morir de vergüenza cuando les vea mañana —dijo tapándose la cara con la sábana.

—No te preocupes —la animó apartando la tela para poder mirarla—. Mañana será otro día, quedémonos con lo bueno de hoy. Además, solo yo sé lo golfa que eres en realidad, a ellos no les voy a contar nada.

—¡Gilipollas!

—exclamó

golpeándole en el pecho.

Rio despreocupado y ella sonrió mirándole. Qué guapo estaba ahí tumbado en su cama con el pelo revuelto y esa calma en el rostro. Se acercó a él y apoyó la cabeza en su pecho, acercando su cuerpo al suyo. Él pasó un brazo por debajo de su espalda y la abrazó por la cintura. Jenny sonrió mientras se relajaba notando la calidez de su cuerpo. Pasó una mano por su cintura y suspiró. No le había dicho que podía quedarse a dormir, pero esa reacción fue suficiente para que supiera su respuesta. David sonrió y cerró los ojos.



## *Catorce*

Durmieron juntos el resto de días que permanecieron en Inglaterra.

Jenny se preguntaba qué sucedería cuando volvieran a casa. ¿Qué se suponía que era lo que estaba pasando entre ellos? Seguía poniéndole de los nervios, siempre observándola y vigilando todo lo que hacía. Pero una parte de ella le decía que lo hacía solo porque se preocupaba, porque quería que estuviera bien.

Discutían de vez en cuando, no tanto como antes de llegar allí pero

discutían. Era como si el sexo aliviara parte de las tensiones que se provocaban el uno al otro.

Jenny le sacaba de sus casillas con comentarios fuera de lugar, con gestos ante su hermana que dejaban claro que seguía siendo tan egoísta como siempre. Pero puede que simplemente fuera así. Jenny era egoísta porque era como la habían hecho ser en la vida.

Pasando esos días juntos se dieron cuenta de muchas cosas acerca del otro. Se descubrieron muy bien. No solo por fuera sino también por dentro.

Jenny consiguió hablar con Anna dos días antes de volver. Había llamado un par de veces a Nueva York pero no había habido manera de pillarla. Ese

día, por fin, le contó que David era conde, bueno, que sus padres lo eran, que estaban pasando esos días en un castillo acojonantemente gigante, acojonantemente ostentoso y que tenían servicio.

—Claro que tiene servicio, Jen, ¿dónde ibas a hacer pis si no?

—¿Eres tonta? —Rio al escucharla —. Servicio de mayordomo, Anna.

—¡No fastidies! —Gritó antes de echarse a reír—. ¿Pero mayordomo de pajarita y de esos que se quedan plantados de pie a tu lado esperando que les pidas lo que quieres para desayunar?

—Más o menos. Si estuvieras aquí fliparías.

—Ya lo creo que sí. Y por lo

demás, ¿qué tal todo? ¿Le has dado muchas vueltas a las cosas?

—La verdad es que no. Lo de Armani ni siquiera había empezado realmente. No me querían con ellos y lo de la detención fue la gota que colmó el vaso, nada más. Si no me quieren otros habrá que me quieran.

—Así se habla.

—Y lo de la detención... Bueno, he estado pensando que tengo que cambiar la manera de hacer las cosas, no es bueno para mí que siga por ese camino. El alcohol y las drogas no son la solución ni el remedio para las cosas.

—Jen, te escucho y no me creo que esté hablando contigo. ¿Qué te han hecho en Inglaterra? ¿Los condes te han lavado

el cerebro?

Las dos se echaron a reír.

—No, Annie, he recapacitado, he hablado mucho con David... Pero todo eso no quiere decir que no esté necesitada de una buena juerga.

—Un momento —la cortó—. ¡Me olvidaba del canguro por completo! ¿Qué tal con él? ¿Ha llegado la sangre al río?

Jenny rio entre dientes. Casi se puso nerviosa por hablar de eso con su amiga.

—La verdad es que ahora nos llevamos mejor.

Se hizo el silencio al otro lado.

—¿Anna? ¿Me oyes?

La escuchó tomando aire.

—Quiero que me digas ahora mismo qué ha pasado con el canguro.

—Annie...

—No, Jenny —le reprendió—. Dime ahora mismo qué ha pasado.

—Te contaré todo cuando llegue a casa.

—¡Y una mierda! —Casi se la podía imaginar con cara de histérica—. Llevamos sin hablar casi dos semanas, Jenny. Has pasado dos semanas viviendo bajo el mismo techo que David. Vosotros dos. Vosotros que os odiáis casi a muerte, que las chispas saltan cada vez que estáis juntos, que habéis discutido mil veces en el poco tiempo que os conocéis, que se te hace el chichi gaseosa cuando te grita o te

mira con esos ojos azules. ¿Me estás diciendo que no me vas a contar nada hasta que vuelvas? No me vengas con tonterías, Jennifer Scott. Quiero saberlo ya mismo. No me hagas coger un avión hasta allí para patearte el culo como te mereces.

Jenny se quedó callada aguantando la risa.

—Suéltalo ya.

Lo ordenó. Usó el mismo tono que David cuando se enfadaba con ella y cuando hacían otras cosas, pero no podía pensar en eso hablando con Anna.

—Joder. Estoy en el salón de casa de sus padres —susurró—. No quiero que nadie me escuche hablando de esto.

—No hables, solo responde.

Rodó los ojos.

—De acuerdo...

—Vale —rio feliz—. Yo te hago una pregunta y tú me dices sí o no. Primera pregunta: ¿os habéis acostado?

—Sí.

—¡Aaaaaaahhh!

Tuvo que apartarse el teléfono del oído porque casi le deja sorda.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que eso iba a pasar! Vaya, vaya, Jenny. ¿Y qué tal? ¿Es igual que como parece? Porque tiene pinta de ser una auténtica máquina sexual...

—Anna, para —respondió entre risas—. No te voy a decir nada.

—Ah, es verdad, preguntas y respuestas. Je, je. ¿Cuántas veces?



—¡Anna!

—Simplemente responde.

—Varias.

—Joder, Jen... Me estás dejando alucinada —se quedó pensativa un instante—. ¿Discutís?

—Menos que antes.

—Interesante... —pensativa de nuevo—. ¿Habéis dormido juntos? Y por dormir me refiero a dormir, dormir, a despertarte por la mañana con él a tu lado.

Tomó aire antes de contestar.

—Sí.

—Esto pinta mucho mejor de lo que me esperaba.

—Me siento tonta hablando así contigo.

—¡Pues te aguantas! Esto es lo más interesante que me ha pasado en estas dos semanas que no has estado aquí. ¿Sabes el coñazo que es vivir con esta cuadrilla sin ti? Will y Carol son el colmo del amor, Gary ha empezado a darme la brasa sin parar, persiguiéndome por las esquinas...

—¿Cómo? —La interrumpió—. Cuéntame eso.

—¡Ah, no! Estamos hablando de ti.

—Anna...

—Uy, Jenny. Me llaman por la otra línea, voy a tener que colgar.

—¡Anna! No me mientas, sé perfectamente que ese teléfono no tiene llamada en espera.

—Lo acaban de instalar —mintió.

—¡Y una mierda! —Rio incorporándose del sofá en el que estaba sentada—. No se te ocurra colgarme.

—Tengo que contestar, Jen. Nos vemos en un par de días. Sigue follando como una loca con el canguro y me cuentas cuando vuelvas.

—¡Anna!

—Adiós, cariño. ¡Te quiero!

—Eres una zorra cabrona.

La llamada se cortó.

Se quedó mirando el teléfono maldiciendo internamente a su amiga. Todo lo que fuera sonsacar información apetecible le parecía genial, pero cuando le tocaba a ella contar algo... ahí la cosa cambiaba. Qué perra era.

—¿Alguna novedad en Nueva

York?

La voz de David la asustó y se volvió a mirarle con los ojos muy abiertos.

—Eeerr... Bueno, nada en especial. Todos están bien.

—No te lo creerás —dijo acercándose al sofá—, pero echo de menos a los locos de tus amigos.

Jenny sonrió al escucharle.

—William me cae bien.

—Tú también le caes bien a él, muy a mi pesar —dijo bajito, para sí misma, pero por supuesto, él le escuchó.

—Desagradable como siempre —dijo negando con la cabeza.

—Así soy yo —sonrió mirándole.

—Sí, desagradable, golfa,

insoportable...

—¿Te acuerdas de que trabajas para mí? —soltó cortándole antes de que siguiera con esa retahíla de adjetivos descalificativos.

—Oh, eso es imposible de olvidar —sonrió con un brillo perverso en su mirada azul—. ¿Cómo olvidar los trabajitos que te hago?

Jenny reprimió una sonrisa intentando aparentar enfado. Él se sentó a su lado sin dejar de sonreír.

—Tú sigues siendo tan gilipollas como antes —soltó intentando aparentar estar enfadada.

—Lo sé. Pero soy un gilipollas que te pone a cien y eso, permíteme que te diga, dice muy poco a tu favor.

—Ah, ¿sí? —se cruzó de brazos esperando su explicación.

David asintió con la cabeza.

—Sí, porque decir que soy un gilipollas y que me detestas pero luego... perder las bragas a la mínima... No te hace ser nada consecuente con tus palabras, Jennita.

—No se te ocurra llamarme así nunca más, Hill —le amenazó levantando un dedo.

Intentó pasar por alto su arrogancia. Que perdía las bragas a la primera, ¡ja! Bueno... aquello igual era cierto. Solamente él conseguía eso.

—Te llamaré como me salga de las pelotas, Jennita —sonrió con superioridad y acarició su mejilla

consiguiendo ponerle la piel de gallina —. ¿Acaso no recuerdas el apodo que he tenido que soportar durante más de dos meses?

—Claro, Jack, ¿cómo iba a olvidarlo?

—Pues creo que tengo el mismo derecho que tú a llamarte de alguna manera que consiga sacarte de tus casillas.

—No tienes que esforzarte mucho para eso —masculló entre dientes—. Me sacas de mis casillas solo con verte.

—No lo parecía anoche...

Jenny frunció los labios y se volvió a mirarle.

—Eres realmente...

—¿Gilipollas? —cortó David

sonriendo de esa manera torcida tan propia en él.

Jenny rio y echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no había nadie cerca que les pudiera ver. Se levantó del sofá y se sentó a horcajadas sobre él. Pasó los brazos por su cuello y le besó en los labios.

—Y también jodidamente sexy.

David rio entre dientes y pasó las manos por su cintura para atraerla a él de nuevo y besarla más fuerte.



Llegó el momento de volver a Nueva York y de despedirse de los Hill.

Las dos semanas pasaron más



deprisa de lo que esperaban. A Jenny le habían servido para relajarse y, por qué no, también para desintoxicarse. No había probado ni gota de alcohol en todo el tiempo que estuvo en el castillo. Algo en su interior empezaba a crearse, necesitado de alcohol, juerga y cachondeo. El Alien juerguista, tal y como ella lo había bautizado.

David se despidió de sus padres y su hermana con fuertes abrazos. Ygritte lloró mientras le besaba una y otra vez, su hijito volvía a dejarles. Gerard le abrazó sonriente, dándole fuertes palmadas en la espalda. Kate lloró triste, pero David podía apostar a que le dolía más que su cantante favorita se marchara.

—Escríbeme, ¿vale? —decía mientras le abrazaba con fuerza.

—Lo haré, Kate.

Jenny les abrazó a todos y, para sorpresa de David, empezó a llorar cuando su madre la abrazó.

—Muchas gracias por todo, Ygritte —dijo limpiándose una lágrima de la mejilla.

—Gracias a ti, Jennifer. Nos has hecho pasar unos días maravillosos con tus canciones.

Se sonrieron la una a la otra, David las observaba incrédulo.

—Te voy a echar de menos, Jenny —dijo Kate acercándose a abrazarla.

—Yo también a ti, Kate.

Se abrazaron y lloraron como si

fuera el fin del mundo. David las miraba alucinando. No podía creer que ella estuviera llorando de esa manera por despedirse de su familia. Lo de su hermana lo entendía, se había convertido en la sombra de Jennifer durante esos días, pero lo de Jenny...

Consiguió arrancarla de los brazos de su madre, a la que había vuelto a abrazar tras dar un beso a Gerard en la mejilla. Salieron de la casa sin dejar de agitar las manos despidiéndose. El coche les esperaba en la entrada. El conductor no era el mismo que los había llevado hasta allí. Cogió sus maletas y las metió en el maletero mientras David abría la puerta para que ella se metiera en el coche. Entró después y la observó.

Seguía llorando e hipaba de vez en cuando. Estiró la mano y limpió una de sus lágrimas.

—¿Por qué lloras?

Jenny le miró a través de las lágrimas y se sorbió la nariz.

—No sé, me ha dado pena despedirme de ellos.

David sonrió y acarició su cabeza con cariño. Le pareció adorable verla así.

—Me he encariñado mucho de tu hermana...

Volvió la mirada hacia la ventanilla y empezó a agitar la mano de nuevo mientras el coche salía de los jardines del castillo. Sentía mucha pena por marcharse de allí.

La habían acogido sin problemas, sin juzgarla por nada de lo que había hecho antes de llegar, riendo con ella, aguantándola cantar a cada momento y en todas partes. Kate la abrazaba sin parar, bailaba con ella, se sabía todas sus canciones, incluso un día hablaron del noviete que se había echado en el instituto.

Haber estado dentro de esas paredes durante tantos días, sin salir del recinto, con las mismas personas, había sido una especie de Gran Hermano para ella. Y ya se sabe lo que dicen todos los participantes, allí dentro todo se magnifica.

Y la madre de David... Le recordó demasiado a la suya.

Intentaba no pensar en su madre. Eran recuerdos que mantenía alejados, cubiertos por una enorme losa de hierro que impedía que salieran a flote. Pero haber estado con Ygritte, viendo cómo trataba a sus hijos, cómo la trataba a ella, con tanto cariño y con tanta dulzura... Despedirse de ella hizo que la losa se deslizara ligeramente y parte de esos recuerdos se colaron en su mente, haciéndola sentir triste como no lo estaba desde hacía mucho, mucho tiempo.

Al ver cómo dejaban atrás el castillo sintió un enorme nudo en la garganta. Recostó la cabeza en el asiento y cerró los ojos, intentando alejar los recuerdos. David la miró ligeramente

preocupado. Seguía llorando y parecía realmente afectada. Se giró hacia ella y cogió una de sus manos. Ella no abrió los ojos. Vio cómo su labio inferior comenzaba a temblar.

—Jenny, en serio, ¿estás bien?

Ella asintió. No quería contarle nada de eso a David. Era algo demasiado íntimo y que todavía le dolía muchísimo. En ese momento lo sintió como si fuera reciente, como si acabara de suceder, como si volviera de nuevo a ese día lluvioso.

—¡Joder! —gritó golpeando el asiento del coche y asustando a David.

Apretó con fuerza las mandíbulas, aguantando las ganas que tenía de romper a llorar como una niña pequeña.

Pero sentir a David acercándose a ella y acariciando su mano con tanto cariño la descolocó por completo, echando al suelo su entereza y su disposición a no derrumbarse. Se volvió hacia él y abrió los ojos, las lágrimas que retenía en ellos se desbordaron.

—Jenny... —susurró él empezando a preocuparse.

—¿Me abrazas? —Pidió con un puchero.

Él asintió abriendo los brazos. Se refugió en ellos mientras dejaba salir todo. David acarició su espalda, reconfortándola sin entender qué pasaba realmente. Eso se estaba empezando a convertir en algo demasiado frecuente entre ellos, pero otras veces había



intuido qué pasaba, por qué lloraba o por qué se sentía mal. En esa ocasión no tenía ni la más mínima idea, estaba totalmente confundido.

Esperó a que se calmara, sin preguntarle, sin decirle nada, solamente acariciando su espalda y su pelo, acunándola entre sus brazos. La verdad es que se estaba pegando un sofocón impresionante y estaba llenándole el jersey de lágrimas, pero eso en realidad no le importó demasiado. Le importaba mucho más no saber por qué estaba llorando de esa manera.

Cuando por fin pareció respirar tranquila la cogió con suavidad de ambos lados de la cara y la miró a los ojos. Estaban rojos y tristes como jamás

los había visto antes. Sintió una pequeña punzada de dolor al verlos de esa manera. Jenny hipó e trató de sonreír.

—Estás horrible —dijo intentando quitarle peso a lo que fuera que pasara.

Jenny bufó y le dio un pequeño puñetazo en el estómago.

—Venga, vamos bien —siguió mientras limpiaba las lágrimas de su rostro con extrema delicadeza—. Ahora insúltame.

—Idiota —susurró Jenny sonriendo un poco.

—Bah, ese ha sido flojo, ¿no tienes nada mejor?

—Imbécil.

—Sé que puedes hacerlo mejor, Jennita.

Ella le lanzó una mirada de furia genuina, justo lo que él quería conseguir.

—Gilipollas.

—¡Eso era lo que yo quería escuchar! —Sonrió antes de acercarse a besarle en la punta de la nariz—. Odio verte llorar así, si me insultas parece que puedo llevar mejor la situación.

—Lo siento —susurró ella cogiendo las muñecas de David con suavidad—. He recordado cosas que me han hecho ponerme triste.

—¿Algo de lo que quieras hablar?

Jenny miró sus ojos. Sabía que podía confiar en él, que podría contarle todo y las cosas se quedarían ahí, sin más, simplemente contárselo y dejarlo salir. Pero no quería echarse a llorar de

nuevo. Era algo que no le gustaba comentar nunca, no lo hablaba con nadie jamás, ni siquiera con sus amigos, y todos ellos sabían perfectamente lo que había sucedido. Aun así jamás lo nombraban. Sabían cómo la hacía sentir y qué pasaba cada vez que alguien intentaba sacar el tema así que lo evitaban. Puede que no fuera la mejor solución pero era la que ella prefería, y el resto lo respetaba. Así que decidió no contarle nada a David, no porque no confiara en él, sino porque no estaba preparada para hacerlo.

—Ahora no, si no te importa.

Él asintió con la cabeza, sonriendo pese a sentirse ligeramente decepcionado.

—Cuando quieras.

Se acercó a ella y la besó suavemente en los labios. Jenny se deleitó en el roce de su aliento, en cómo respiraba cuando entreabría la boca, en el sabor de su lengua... Se separaron y se quedaron mirando un rato a los ojos en silencio. Jenny se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos a Nueva York?

Él la miró frunciendo el ceño. La maldita pregunta que no había querido hacerse en todo ese tiempo. Se pasó la mano por el pelo.

—No lo sé, Carlo me llamó esta mañana y me dijo que habrá un coche esperándonos fuera para llevarnos a

tu...

—Sabes que no me refiero a eso —  
le cortó.

Por supuesto que no. Tomó aire.

—Sé a qué te refieres. ¿Qué quieres  
que pase en Nueva York?

—No lo sé. Esto que ha pasado ha  
sido... guau, no sé si me entiendes. Algo  
que... joder, ni siquiera sé cómo  
explicarlo.

David rio al escucharla. Por lo  
menos no era el único nervioso por  
mantener esa conversación.

—¿Algo cojonudo? —preguntó  
intentando aportar una manera de  
definirlo.

Ella le miró sonriente y asintió con  
la cabeza.

—Sí, algo cojonudo.

Maravillosamente cojonudo. Pero...

—No me gustan los peros.

—A mí tampoco pero los hay. ¿Qué se supone que quiere decir esto? Tú me pones, yo te pongo, el sexo es... ¡increíble! Pero vamos a tener que vernos todos los días y no va a ser de vacaciones como hasta ahora. Allí volverás a ser el cabrón autoritario que me controle por todo lo que haga.

—Y tú volverás a ser la niñata consentida que cree que puede hacer lo que le venga en gana.

—Y discutiremos.

—Y nos gritaremos.

—Y me cabrearé un montón.

—Y te insultaré por ser tan

estúpida en ocasiones.

—Y...

Se quedaron mirando fijamente a los ojos.

—Y entonces tendré que besarte — susurró David acariciando lentamente sus labios.

Jenny sonrió y empezó a sentirse acalorada.

—Podemos echar un polvo cuando nos sintamos frustrados el uno con el otro —sugirió acercándose un poco más a él—. Una especie de terapia para soportarnos, para sobrellevarnos de la mejor manera posible.

—No me parece mala idea — sonrió llevando una mano a la nuca de Jenny y atrayéndola hacia su boca—. El



sexo es un buen eliminador de tensiones.

Jenny sintió su respiración en la cara. Maldito aliento embriagador. Cerró los ojos y entreabrió los labios. Enseguida notó su lengua en la boca, moviéndose con gracia, haciéndole perder el control de los pensamientos. Llevó las manos a su pelo y después a su espalda, acercándose a él hasta que sus pechos se juntaron. David metió las manos por debajo de la falda que ella llevaba y enseguida llegó hasta la tela de sus braguitas. Jenny gimió. Instintivamente se acercó más y pasó una pierna sobre las suyas para quedar sentada sobre su regazo, cara a cara, besándole sin parar, con las manos enredadas en su pelo. Las llevó hasta el

botón de los vaqueros de David y los desabrochó. Él besaba su cuello sin parar. Sentía sus manos dentro de su camiseta, acariciando la parte baja de su espalda. Jenny se incorporó y le miró a los ojos antes de ordenarle con el mismo tono de voz que él usaba con ella:

—Quítate los pantalones.

David enarcó una ceja y la miró divertido.

—¿Perdona?

—No me toques los cojones, Hill, desnúdate ya.

David rio y le hizo caso. Ella carraspeó para llamar su atención cuando vio que solamente se bajaba los pantalones, así que hizo lo mismo con los bóxers mientras reía entre dientes.

Antes de que ella volviera a sentarse sobre él tiró de su falda hacia arriba, dejando a la vista las braguitas de color rojo que llevaba.

—Me gusta ese color —susurró David pasando la mano lentamente sobre ellas.

Jenny se mordió el labio disfrutando del roce de sus dedos. Él la observaba con la boca entreabierta, allí sentada sobre sus rodillas, con las piernas abiertas para él... De repente, de un tirón, le arrancó las bragas haciendo que jadeara y abriera los ojos como platos.

—¿Qué coño...?

La calló cogiéndola de la nuca y atrayéndola a él para besarla con

rudeza. Jenny respondió con ganas, completamente impactada con su agresividad.

—Móntame... —gruñó en su oído.

Ella sonrió y pasó los brazos por su cuello. Hizo lo que le pedía y trató con todas sus fuerzas de no gritar su nombre mientras lo hacían porque, después de todo y aunque pareciera que lo habían olvidado, estaban en un coche que conducía un desconocido. Y ella era Jennifer Scott, y una cosa era follar en casa y otra hacerlo en lugares públicos y rodeados de gente que podría ir a una revista a contar: Jennifer follando en el asiento trasero de mi coche mientras la llevaba al aeropuerto.

Al terminar David trataba de

recuperarse tras todo el ajetreo cuando la escuchó reírse. Ahí estaba con los labios rojos, hinchados, con las mejillas arreboladas y el pelo revuelto, riéndose como una estúpida por Dios sabe qué. La miró levantando las cejas.

—¿De qué te ríes?

—Estamos en un coche. ¿Crees que el conductor...?

Se separaron y se sentaron en el asiento, David se pasó una mano por el pelo intentando recuperar el ritmo normal de su corazón.

—Si ha visto algo de seguro está con ganas de que repitamos.

Jenny soltó una carcajada mientras se incorporaba para vestirse. Se colocó bien la falda mientras él se subía los

calzoncillos y los pantalones, que no habían pasado de sus tobillos. De repente Jenny le golpeó en el pecho.

—Ouch, ¿qué pasa?

—Me has destrozado las puñeteras bragas, gilipollas. ¿Qué coño hago ahora? ¿Ir sin bragas a Nueva York?

David la observó un instante. Parecía enfadada de verdad, llevaba los restos de la tela roja de sus braguitas en la mano y le miraba frunciendo el ceño. No pudo evitarlo y se echó a reír. Ella le dirigió una mirada llena de furia pero, dos segundos después, estaba partiéndose de risa con él.

Puto canguro destroza-bragas encantador...

# *Quince*

El vuelo fue largo. Largo, cargante y divertido.

Las azafatas eran exactamente las mismas que en el vuelo de ida. Las miradas hacia David comenzaron nada más subir por las escaleras. Jenny gruñó en cuanto vio a la rubia hacerle una caidita de ojos. Él rio por lo bajo mientras se sentaba en su asiento. Ella dejó su bolso encima de uno de los asientos mientras la azafata morena se acercaba a ellos para, supuestamente, ayudarlos. En lugar de eso puso la mano

en el hombro de David.

—¿Algo de beber? —preguntó con tono meloso.

David vio a Jenny volver la cabeza y podría haber jurado que se había transformado en la niña de El Exorcista. Esa mirada le hubiera dado un miedo de muerte de no ser porque estaba tan celosa que le resultó excesivamente gracioso. Además, la mirada asesina no era para él y eso era toda una novedad.

—Un par de Coca-Colas estarían bien, gracias —se apresuró a responder antes de que Jenny soltara cualquier lindeza por esa boca que tenía.

La azafata asintió y se marchó caminando hacia el fondo del avión meneando el trasero. Jenny bufó y David



sonrió al escucharla.

—Siguen siendo un par de zorras busconas —siseó pasando delante de David para sentarse en el asiento de su lado.

—Puede que hoy les diga que acepto esa propuesta silenciosa del viaje de ida —murmuró pensativo mientras se rascaba la barbilla.

Ella se volvió a mirarle con ojos interrogantes.

—Sí, ya sabes. Eso de chupármela una detrás de la otra en el baño.

—Eres un estúpido gilipollas, David —soltó Jenny cruzándose de brazos y recostándose en el asiento.

—Un poco de sentido del humor, Jennita —dijo dándole un codazo

amistoso—. No me dirás que estás celosa de verdad.

—Déjame en paz —contestó enfurruñada.

David soltó un largo suspiro y cerró los ojos recostándose en su asiento.

El avión despegó y ellos permanecieron en silencio. Jenny estaba cabreada, se sentía estúpida pero lo estaba. Odiaba a esas azafatas. Con sus ojitos bonitos, con sus meneos sugerentes de caderas, con sus bocas de zorras... Las odiaba. No podía evitarlo, era celosa por naturaleza. Era celosa con su gente, con los suyos. Y David era... de su gente.

Llevaban casi una hora de viaje y seguían sin hablarse. Hacía mucho

tiempo que no pasaban tanto sin dirigirse la palabra, desde que salieron de Nueva York. Era como si el simple hecho de abandonar suelo inglés ya supusiera una diferencia en su relación. Se sintió ligeramente culpable y eso no era nada habitual.

Lanzó una mirada furtiva hacia David. Tenía los ojos cerrados y parecía dormido. Vio su pecho moviéndose rítmico arriba y abajo. Lo observó durante unos minutos. Era tan guapo... Sintió ganas de estirar la mano para peinar ese mechón rebelde que se había apartado de su lugar y caía por su frente. Pero se aguantó. En lugar de eso pensó en los días que habían pasado. Se habían reído juntos; habían compartido

paseos por el jardín, charlando sin parar de tonterías, de cosas medianamente importantes, de cosas sin sentido; había aprendido a entender las expresiones de su rostro y a entender su jodido humor desagradable en ocasiones. Se sintió muy afín a él. Era un gilipollas prepotente muchas veces, pero era su gilipollas prepotente.

Una hora sin hablar con él le resultó demasiado larga. Decidió tragarse su orgullo y se acercó a él para comprobar si estaba dormido realmente.

—¿David?

—¿Mmmmm?

—Lo siento...

Él abrió un ojo y la miró sorprendido. Giró la cara hacia ella y

abrió el otro ojo mientras se frotaba ambos para desperezarse. No estaba completamente dormido pero se había quedado atontado. Escuchar eso le había impactado y dudó si estaría realmente despierto.

—¿Qué? —preguntó con voz ronca.

—Perdona por ponerme de esa manera antes —dijo bajando la mirada. Una cosa era disculparse y otra poder hacerlo sin sentir una vergüenza horrorosa—. No debí ponerme así, solo estabas bromeando y yo... yo me lo he tomado mal. No me gusta que bromees con esas cosas. No puedo evitarlo porque...

—Te pones celosa de verdad —añadió él sonriendo.

Jenny le lanzó una mirada furiosa sin levantar la cabeza. Jodida sonrisa maravillosamente perfecta.

—No me toques las narices, Hill...

—No jodas el momento, Jennifer — cogió su mano—. Me gusta que estés celosa, me gusta que saques las uñas y defiendas tu territorio.

—No soy un puto perro, idiota.

—Sshh —le puso un dedo sobre los labios para que dejara de hablar—. ¿Es que no puedes estarte callada? Maldita sea, Jenny, simplemente cállate.

Asintió ante el tono autoritario de su voz. Se puso cachonda instantáneamente. Joder, y no llevaba bragas. Cojonudo.

—Acabas de pedirme disculpas —

empezó él—. Has admitido, a tu manera, que estabas celosa de las azafatas y eso, déjame que te diga, me parece adorable, encantador y... me gusta.

Jenny sonrió y él acarició su mejilla.

—¿Has echado alguna vez un polvo en un avión? —preguntó ella de repente.

—¿Qué? —exclamó justo antes de estallar en carcajadas.

—No sé —empezó con una sonrisita—. Yo he querido hacerlo muchas veces y nunca he tenido con quién. Anna y Gary lo hicieron una vez cuando fuimos a Los Ángeles y he tenido que aguantar a Anna con su tontería de yo-he-echado-un-polvo-en-el-aire-y-tú-no durante mucho tiempo. Me gustaría

poder contestarle que yo también lo he hecho la próxima vez que lo utilice en mi contra.

Sonrió y miró los azules ojos de David que brillaban con diversión.

—Eres una maldita ninfómana, Jennifer.

Ella se encogió de hombros y sonrió inocentemente.

—Es tu culpa, Hill. Me pones demasiado. Y creo que eso no debería ser legal. Me haces perder la cordura en muchas ocasiones.

Él sonrió de esa manera torcida tan rematadamente sexy y, para añadir más leña al fuego, levantó la ceja. Perfecto, a esas alturas su asiento ya estaría completamente mojado.



—Si me lo pides de esa manera no voy a poder negarme... —susurró poniendo una mano sobre su muslo.

—¿En el baño?

—¿En serio? —Exclamó él riendo—. Eso es un cliché demasiado utilizado.

—Lo que tú quieras, pero es un cliché que quiero hacer realidad —decidió mirarle con su mirada más sexy para convencerle—. ¿No quieres hacerlo realidad conmigo?

Rio a causa del tono seductor que había utilizado. ¿Qué tipo de pregunta era esa? Por supuesto que quería. Echar un polvo en el baño de un avión, ¿quién no ha querido hacer eso en su vida?

—Venga, mueve el culo de ese

asiento —dijo apretando su muslo.

Ella se levantó sin rechistar, con una enorme sonrisa en el rostro. Los dos fueron hacia el servicio entre risitas, sintiéndose dos adolescentes hormonados. David fue dándole cachetes en el culo sin parar metiéndole prisa para que entrara cuanto antes. El simple hecho de que se lo hubiera sugerido ya le había puesto cachondo. Entraron en el baño y él bufó.

—Un avión privado con esta mierda de baño. ¿No podrían haber pensado en este tipo de cosas cuando lo fabricaron?

—Sí, claro, el diseñador dijo: voy a hacer un cuarto de baño gigante para que la gente rica e importante pueda

follar ahí cuando vuela.

La cogió por la cintura y la atrajo a él. Jenny pasó los brazos por sus hombros y le besó en los labios.

—Los ricos e importantes también follan —murmuró él sobre sus labios.

Ella rio y se apretó más a su cuerpo.

—Ahora mismo lo vamos a demostrar.

David sonrió sobre la piel de su cuello y la cogió del culo con fuerza para levantarla y que ella se agarrara a su cintura. Jenny hizo algo de malabares sujetándose con una mano a un saliente que encontró en la puerta para empezar a desabrocharle los pantalones con la otra. Él ayudó cogiéndola con una sola

mano y empujando de ellos hacia abajo mientras agitaba las piernas para facilitar que se deslizaran.

—Toda una suerte que no lleves bragas... —susurró mordiendo su hombro.

—Gilipollas...

David rio entre dientes. Puso una mano sobre el lavabo y se movió un poco para poder penetrarla. Jenny gimió cuando entró dentro de ella y le besó con pasión. Empezaron a moverse como podían, desacompañados por completo. Se escuchó el sonido de un golpe y David abrió los ojos para encontrarse a Jenny rascándose la cabeza donde se había chocado contra el techo. Rio sin dejar de moverse, agarrado al lavabo

todavía. Ella sonrió mientras le besaba, ni se quejó ni pensaba hacerlo. Un par de golpes contra el techo merecían la pena por esa experiencia.

—¡Mierda! —exclamó él cuando empezó a salir agua por el grifo del lavabo y le mojó todo el brazo.

Jenny rio más alto y se sujetó más fuertemente a sus hombros. Él empezó a embestirla más fuerte, mojado, sudado, empezando a perder fuerza en las piernas.

—Esta... jodida... idea... que... has... tenido...

—Cállate... Hill... y... empuja... más... fuerte...

—No... es... tan... sencillo...

Unos minutos después salían del

baño sonrientes, arreglándose la ropa y bastante despeinados. Se sentaron en sus asientos y Jenny dio un rápido beso en los labios a David. Entonces apareció la azafata rubia y les miró con gesto de sorpresa. Enseguida se recompuso, al fin y al cabo, era una simple empleada. Había salido a comprobar si necesitaban algo hacía un rato y no encontró a ninguno de los dos en sus asientos. Pensó que estarían echando un polvo en el baño, pero seguidamente lo desechó de su mente porque él había flirteado con ella en su viaje de ida, esa mirada que le echó no era una mirada normal.

Creyó que en ese vuelo le pediría el teléfono o algo así, que estuviera con esa cantante no quería decir que hubiera

nada entre ellos. Ese pensamiento se fue a la mierda en cuanto los vio. Sus pelos, sus mejillas sonrojadas y sus miradas de complicidad le dijeron que sí, que efectivamente, Jennifer Scott se tiraba a ese pedazo de hombre sacado del reino de los tíos buenos.



Aterrizaron en Nueva York a mediodía, el resto del viaje lo pasaron dormitando. Jenny se puso muy nerviosa en cuanto sintió el avión tomando tierra. Vuelta a casa... ¿Cómo estarían las cosas entonces? ¿Seguirían con el tema de la detención? Joder, parecía haber pasado una eternidad desde que se fue.

Había estado tan bien en Inglaterra, aislada de la realidad con David, que volver ahora a Nueva York y que una jauría de paparazzi pudiera asaltarla con preguntas en cualquier momento la ponía muy tensa.

David se dio cuenta de su nerviosismo y la cogió de la mano cuando se pusieron de pie para salir del avión.

—Todo va a estar bien —susurró—. Hay un coche esperándonos para salir por la parte de atrás, nos llevará hasta tu apartamento directamente, sin que nadie pueda vernos.

Jenny asintió con gesto serio y él tiró de su mano hacia fuera. Se despidieron de las azafatas con un leve



movimiento de cabeza, ella les gruñó ligeramente cuando pasó a su lado y David sonrió mientras negaba con la cabeza.

Caminaron por la pista de aterrizaje hasta un coche que les esperaba con las puertas abiertas. Neal estaba apoyado en el capó con las gafas de sol puestas. Jennifer casi echa a correr para abrazarle de la alegría que le dio ver una cara conocida y no amenazante.

—¡Hola, Neal! —Exclamó cuando llegaron al coche—. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, señorita Scott —le hizo un gesto para que entrara dentro—. Espero que lo hayan pasado bien en su viaje.

—La verdad es que sí.

David le dio un par de golpecitos amistosos en el hombro antes de entrar tras ella y el chófer le sonrió sincero. Le caía bien ese tipo. Aunque en esos momentos le compadecía, pasar dos semanas con Jennifer, buff... demasiado tiempo con esa loca.

Durante todo el trayecto conversaron de cosas sin importancia, mirando por las ventanillas la locura habitual que era esa ciudad y que tan pronto habían olvidado en la tranquilidad del castillo de Norfolk. Para no perder la costumbre, un gigantesco atasco en Madison Avenue les hizo retrasarse media hora. David observaba a Jennifer de vez en cuando esperando que estallara en cualquier

momento presa de la mala leche que solía tener cuando se quedaba atrapada en un atasco. Para su sorpresa no dejó de sonreír en todo el trayecto. Llegaron al apartamento y Joe les saludó muy educadamente, Jenny le contestó con una sonrisa. David la miró sorprendido y vio que el portero se quedaba con la boca abierta. Entraron en el ascensor y ya no pudo aguantar más.

—¿Me vas a decir qué coño te hace estar tan sonriente? Me da no sé qué verte así...

Se volvió a mirarle y se encogió de hombros.

—Me alegro de estar de vuelta en Nueva York, he echado de menos sus calles y el estrés que reina aquí

normalmente. Y me alegro de ver caras conocidas.

—A Joe casi se le ha desencajado la mandíbula cuando le has sonreído.

—¿En serio? No me he dado cuenta —sonrió de nuevo—. Tengo ganas de ver a todos estos locos...

Se mordió el labio presa de los nervios. David sonrió pero todavía con algo de miedo a que explotara pese a parecer tan tranquila. No se fiaba en absoluto de su estabilidad emocional.

Salieron del ascensor y ella corrió hasta la puerta, timbró y apoyó una mano en el marco. David caminó hasta allí tranquilo, con las maletas de ambos en las manos. La puerta se abrió y entonces comenzó la locura.



mejillas. Will aprovechó el momento para acercarse a ella.

—Jen... —abrió los brazos y ella se metió dentro—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Se abrazaron con muchísimo cariño y ella tuvo que volver a limpiarse algunas lágrimas más.

—Gaz... —murmuró cogiendo el brazo del rubio y abrazándolo con fuerza.

Él sonrió y la besó en la mejilla mientras acariciaba su pelo.

David los observaba desde una distancia prudente, dejando que el reencuentro con sus amigos fuera medianamente íntimo. Entonces William

le miró y le sonrió haciendo que se marcaran los hoyuelos en su rostro.

—Joder, David, te he echado de menos para jugar al Assassin's Creed...

Rio y dejó las maletas en el suelo. El grandullón se acercó a él y le abrazó con fuerza. Los dos rieron mientras se abrazaban. Seguidamente Gary también le abrazó y Caroline le acarició la mejilla para luego abrazarle con cariño, algo que no esperaba de la rubia. La correspondió como mejor pudo, pese a sentirse ligeramente incómodo. Nada más separarse de Carol sintió unos brazos agarrándole por la cintura con fuerza, bajó la mirada y se encontró con el pelo negro de Anna.

—Eres un conde y no nos habías

dicho nada —dijo mientras le abrazaba—. Jodido canguro lleno de sorpresas...

Se echó a reír y pasó los brazos por su espalda para abrazarla también.

Fue un reencuentro inesperado para David. Los había echado de menos pero no esperaba que ellos le hubieran echado de menos a él. Se sintió ligeramente abrumado por la situación. Él no tenía amigos en esa ciudad, quitando algún conocido y el idiota de Jason Prescott. Por eso ver que ellos le demostraban tanto cariño le dejó algo tocado emocionalmente.

Entraron todos en el apartamento. Jenny ya estaba ahí caminando de un lado a otro sin dejar de decir lo maravilloso que era ese lugar, esas



vistas y esa ciudad. David la miró con las cejas levantadas, completamente impactado por su comportamiento. Era como si una niña acabara de entrar en Disney World por primera vez. Sonrió mientras iba a su habitación a dejar las maletas. Jamás dejaba de sorprenderle.

Anna le vio marcharse y aprovechó el momento para ir hacia su amiga. Había una serie de preguntas que necesitaban respuesta urgente.

—Venga, cuéntame, ¿qué tal con David?

—Después, Anna —dijo pasando un brazo por su hombro—. Te he echado de menos, pequeña bruja.

—Y yo a ti, puta-con-suerte-que-se-ha-tirado-al-dios-del-sexo-en-persona.

Ambas se echaron a reír y volvieron a abrazarse.

Un rato después todos estaban sentados en el salón poniendo al día a Jenny con las cosas que habían sucedido en su ausencia.

—Tuvimos paparazzi en la puerta durante una semana —explicó William—. Tuve que ponerme fuerte un par de veces porque incluso intentaron sobornar a Joe para que les dejara entrar hasta el rellano del apartamento.

—No tenían ni idea de dónde estabas —siguió Gary—. Mi teléfono no dejaba de sonar. Todas las revistas, periódicos, programas de cotilleo de la televisión, ¡todos!, querían saber qué había pasado contigo después de salir

de comisaría y por qué no se te había visto por ninguna parte desde entonces. Se filtró que habías salido del país con un avión de Rony Music, pero nadie sabía a dónde habías ido.

—Un día contactaron con un enviado especial a Barbados —dijo Anna sonriendo—. Los gilipollas de la Fox habían mandado un corresponsal a la puerta de tu casa por si veían una persiana subida o algo así.

—Idiotas... —siseó Jenny.

—Pero nadie se enteró de que estabas en Inglaterra con David —continuó la morena—. Porque si se llegan a enterar de que estabas allí, con el futuro conde, en el palacio ese de Nosequé y viviendo como una reina...

Eso sí hubiera sido noticia.

David rodó los ojos y todos rieron.

—¿Qué quieres saber sobre mis padres, Anna? —preguntó rindiéndose ante ella y sus indirectas.

Ella chilló de emoción y corrió a sentarse su lado.

—Cuéntame cosas de Isabel.

—¿Isabel? ¿Qué Isabel? —le preguntó extrañado.

—¡Qué Isabel va a ser! —Exclamó ofendida—. ¡La Reina!

David rodó los ojos de nuevo y sonrió. Escuchó las risas del resto a su alrededor y tomó aire para contestar a todas las locas preguntas de la loca por la monarquía europea.

Jenny sonrió al verlos y giró la

cabeza para mirar a Gary. Hora de tocar temas importantes.

—Bueno, ¿y cómo ha afectado todo esto a las ventas?

El rubio carraspeó y se sentó en el borde del sofá para acercarse más a ella.

—La verdad es que no ha afectado demasiado —eso la hizo respirar tranquila—. Las entradas para el concierto del Madison Square Garden están agotadas desde hace tres días. Enhorabuena.

Le sonrió abiertamente y ella se relajó por completo. Sintió la mano de Caroline sobre su hombro y se volvió a mirarla con una sonrisa.

—La gran Jennifer no iba a perder a

su público por una tontería —dijo su amiga besándola suavemente en la mejilla con cariño.

—Buf... Tenía mucho miedo — admitió sintiendo como se quitaba un peso enorme de encima.

—Carlo es demasiado catastrofista en ocasiones —dijo William.

—Sí, pero a veces tiene razón — apuntilló Gary—. Todo esto podía habernos llenado de mierda por completo.

—Por suerte no ha sido así —les cortó Jenny—. Ahora a pensar en el concierto y a ensayar como una loca.

— ¿No quieres hablar de Armani? —preguntó Gary con cautela.

—Nop. Me da igual Armani. El

pasado, pasado está. Ahora me quiero centrar en lo que viene y no necesito nada que me taladre la cabeza.

Todos asintieron cuando la escucharon. Incluso David y Anna que se habían incorporado a la conversación hacía unos segundos.

—¿Qué planes tenemos para mañana? —preguntó Jenny a Caroline.

—Pues... ¿no quieres descansar?

—No, mañana toca ensayar. Necesito sentir que vuelvo a la normalidad de una vez.

—De acuerdo —sonrió Carol—. Entonces mañana iremos al gimnasio, luego pasaremos por el Madison para ensayar con los bailarines y después, si quieres, podemos salir a cenar todos

juntos. Habíamos pensado en prepararte una fiesta de bienvenida con Josh y los demás en Ozzy's.

Jenny lanzó involuntariamente una mirada hacia David. Él la miraba sin ninguna expresión en el rostro. No supo si eso era bueno o malo. Negó con la cabeza y el Alien juerguista gimió desilusionado en su interior.

—No, chicos. Gracias, pero prefiero que cenemos aquí en casa todos juntos. Ya habrá tiempo para celebraciones después del concierto.

—Muy bien —asintió Caroline.

—¿Os apetecerá cenar Thai? — exclamó feliz.

—¿Thai? —Se quejó William—. Sabes que me sienta fatal la comida



picante.

—Will... Porfa... Hace muchos días que no como tallarines de esos que me gustan tanto...

—Bueno, vale —aceptó derrotado ante la mirada suplicante de su amiga—. Pero como mañana tenga el culo como un puto cactus te acordarás de mí.

Todos se echaron a reír ante el comentario de William y Jenny se acercó a darle un beso en la frente.

Después de pasar unas horas contándose cosas que les habían pasado a unos y a otros durante esos días, Jenny empezó a bostezar. Solo eran las ocho de la tarde pero su cuerpo estaba todavía con la hora europea. David la observó y le dio un codazo suave en el

brazo.

—Vete a dormir —susurró con ese tono autoritario tan propio en él.

Ella asintió y se levantó del sofá.

—Me voy a acostar, chicos.

Se acercó a cada uno de sus amigos, les abrazó y les deseó buenas noches pese a ser todavía de día. Se dio la vuelta y comenzó a andar hacia su habitación mientras se restregaba los ojos con la mano.

Entró en su habitación y entonces se dio cuenta de que David no había ido con ella. Claro. ¿Qué pensaba que iba a pasar, que iba a dormir con él siempre a partir de entonces? Se sentó sobre la cama y se dio cuenta de que no le había deseado buenas noches porque pensaba

que iba a ir con ella a la cama. La costumbre de los últimos días. Sopesó la posibilidad de salir al salón de nuevo y decirle que fuera con ella a dormir, pero cayó en la vergüenza que le harían pasar sus amigos. Bueno, ¡qué importaba! Si Anna sabía lo que había pasado entre ellos, todos estarían al tanto de todo. Pero... ¿y si él no quería quedarse a dormir?

Se tumbó en la cama y empezó a pensar en que no quería que él se marchara a su casa, quería que se quedara allí con ella. Se había acostumbrado a su compañía, a su voz, a su respiración mientras dormía, a su olor.

Estaba dándole vueltas a todo eso

cuando escuchó su puerta abriéndose. Se incorporó de la cama y sonrió nada más verle.

—No me has dado las buenas noches —susurró David mirándola fijamente con sus ojazos azules.

—Pensaba que venías detrás de mí...

—¿Te has mal acostumbrado? —se sentó a su lado y sonrió.

—Creo que sí...

—Me he ganado una ovación cuando les he dicho que venía a decirte hasta mañana.

Rio entre dientes justo antes de darse cuenta de lo que le había dicho.

—¿Te vas a ir? —preguntó sentándose sobre las piernas cruzadas

justo a su lado.

—Jennifer, ¿qué quieres que haga?  
—Acarició su mejilla con gesto serio—.  
No sé qué pasa entre nosotros, no sé qué  
puede pasar si seguimos actuando como  
si pasara algo.

—No he entendido ni una sola  
palabra.

Él rio y se pasó una mano por el  
pelo, despeinándolo un poco más.

—Me refiero a que no podemos  
actuar como si fuéramos... no sé, algo.  
Porque no somos nada, no somos una  
pareja ni nada por el estilo para poder  
decidir quedarme a dormir aquí todos  
los días. Eso significaría que tenemos  
algo serio y no sé si eso es lo que más  
nos conviene. No sé qué podría salir si

tú y yo llegáramos a algo más.

—Podríamos matarnos el uno al otro —admitió con cierta pena.

—Seguramente solo serviría para discutir y discutir. Y sigo siendo tu asesor. Soy la persona que controla las cosas que haces y tengo que estar contigo a todas horas. Vamos a seguir estando juntos como estos días, pero ahora será diferente. Como decías en el avión, ya no estaremos de vacaciones. No puedo quedarme a dormir contigo.

Jenny asintió lentamente con la cabeza. Entendía lo que quería decirle, ella pensaba igual.

—Supongo que tienes razón.

Se quedaron callados, mirando al suelo y a la pared respectivamente.

Ella no quería que se marchara, pese a todo quería que se quedara. Pero no era buena idea dar alas a algo que ni siquiera existía.

Porque no existía, ¿verdad?

A veces él la miraba de una manera que le hacía sonreír, aunque se sintiera mal, era mirarle y sentir que todo estaba bien. Puede que todo fuera fruto del idiotismo sexual que flotaba a su alrededor, que la hacía descontrolar todos sus pensamientos y no sabía cuándo estaba siendo cuerda y cuando no.

—Será mejor que me vaya —dijo él finalmente empezando a levantarse de la cama.

—Vale —respondió triste.

—Mañana estaré aquí temprano, ¿querrás que vaya contigo al gimnasio?

—Vale.

—Podemos acercarnos por el despacho de Carlo antes de pasar por el Madison.

—Vale.

—¿Vas a contestarme así a todo lo que te diga?

Levantó la vista y le observó con una media sonrisa que a David le resultó completamente encantadora.

—Me siento como una auténtica imbécil —soltó frustrada.

—Pues no te sientas así —apartó un mechón de su cabello para colocarlo detrás de su oreja. Jenny reprimió un escalofrío—. Si mañana te portas bien



igual tienes un premio.

Rio sin ganas. De verdad se sentía estúpida con toda esa situación.

—Hasta mañana, Jennifer —se agachó y la besó en la frente.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la puerta.

—Me has dado un beso de mierda, Hill.

David rio al escucharla y volvió la cara para verla tumbada en la cama y de brazos cruzados. Sintió ganas de ir hasta ella y abrazarla y besarla y desnudarla y lamer todas las partes de su cuerpo. Pero se aguantó y se obligó a sí mismo a salir de ahí cuanto antes.

—Descansa, Jenny —susurró justo antes de abrir la puerta y salir de la

habitación.

Ella se quedó mirando la puerta cerrada y frunció los labios fuertemente.

—Gilipollas... —murmuró.

Se sentía estúpida, gilipollas y estúpida otra vez. Quería besarle y que se quedara a dormir a su lado esa noche, y la siguiente y todas las que vinieran. Sentía algo dentro que le pedía a gritos que estuviera con ella a todas horas. Y eso la hacía sentirse estúpida porque no tenía ningún sentido. Intentó recordar las cosas de David que le sacaban de sus casillas y eran muchas, demasiadas. Pero era pensar en sus ojos, en su sonrisa, en el sonido de su voz y su risa... Joder, ahí las cosas cambiaban.

Recordó las cosas bonitas que le

había dicho en esas dos semanas: cuando le decía que le encantaba su inocencia, cuando le decía que era una golfilla (era bonito para ella, lo decía en tono cariñoso), cuando le decía que las cosas iban a salir bien porque él estaba con ella...

Recordó lo mucho que se habían reído juntos y también cómo le abrió su corazón contándole la historia de su oscuro pasado. David Hill podía ser un capullo integral pero cuando le conocías bien eso pasaba a un segundo plano. Y ella estaba empezando a conocerle.

Y, la verdad, no era tan malo como le pareció al principio. Ese idiota de ojos azules, tremendamente atractivo y cargante como nadie se había convertido

en alguien importante para ella. Incluso accedía a hacer realidad sus locuras y aguantaba sus cambios de humor casi constantes. Jodido Hill. Se estaba colando dentro de su cabeza.

## *Dieciséis*

Despertó sin saber muy bien dónde estaba. Al incorporarse recordó que habían vuelto de Inglaterra y que volvía a estar en su cama. Y sola. Joder. Gimió mientras se dejaba caer sobre el colchón de nuevo.

Estuvo tumbada un rato sin dormirse, pensando un poco en David, en el concierto, en lo que pasaría con los periodistas cuando descubrieran que había vuelto, en David otra vez... Sabía que tenía que levantarse porque Caroline la iba a llevar al gimnasio,

pero estaba tan bien en la cama y todavía se sentía tan cansada del viaje que decidió remolonear un poco más y seguir pensando en sus cosas.

Un rato indefinido después, que pudieron ser tanto cinco como treinta minutos, alguien llamó a su puerta. Se incorporó en la cama para ver quién era.

—Jennita...

Una sonrisa enorme se extendió por su rostro.

—Jack...

David entró sonriendo y vestido de traje. Guau, hacía días que no le veía con traje, casi se había olvidado de lo guapísimo que estaba trajeado. Su clítoris aplaudió entusiasmado ante esa imagen.

— Qué haces en la cama todavía?

—preguntó caminando hacia ella.

—Mmmmmmm —estiró los brazos y las piernas desperezándose—. Se está muy bien en la cama, Jack.

—Venga, levanta. Caroline te está esperando para ir al gimnasio.

—¿No ibas a venir a acompañarme?

—Tengo que ir a los estudios, Jason me ha llamado.

—¿Jason "Pulpo" Prescott? —preguntó poniendo cara de asco.

—El mismo —sonrió él—. Vamos, dormilona, arriba.

Jenny gimió y se tapó hasta la cabeza. David bufó al verla y cogió la esquina del nórdico para tirar de él y

destaparla. Estaba hecha un ovillo mientras sonreía divertida con la situación.

—No me hagas sacarte de ahí a la fuerza, Jennifer.

Tono autoritario.

Mmmmm. Buenos días, Jenny.

—Jennifer...

Ella apretó los labios para no echarse a reír. David estaba empezando a perder la paciencia porque sabía perfectamente que lo estaba haciendo queriendo. Ya empezábamos con las gilipolleces de niñata. Aun así no pudo evitar pensar en lo que le gustaría cogerla por las caderas y besarla hasta quedarse sin aliento. Maldita cabrona que le ponía cachondo en cualquier



situación...

—Jenny, no me toques los cojones tan temprano. Levanta tu bonito culo de ahí ahora mismo.

—Levántamelo tú.

Eso le hizo reír. La cabrona tenía pelotas.

Se arrodilló encima de la cama y pasó un brazo por debajo de sus piernas y con el otro la cogió por la cintura. La levantó de la cama sin esfuerzo y ella se agarró a su cuello entre risitas.

—Eres peor que una niña —le dijo mientras se incorporaba del colchón.

—¿Me has echado de menos esta noche?

—Jenny, por favor...

—Sigue gustándome mucho que me

llames Jenny —susurró melosa mientras le besaba el cuello.

—No empieces...

—¿O qué? —Volvió a besarle en el cuello pero lentamente, acariciándolo con la lengua.

David rio entre dientes.

—Esta noche me quedaré, pero ahora vístete y ve al gimnasio.

—¿En serio? —Levantó la cabeza y le miró fijamente a los ojos con esa mirada inocente que tanto le gustaba a él.

Asintió con la cabeza y se acercó para besarla suavemente en la nariz. Ella sonrió y cogió su cara con las dos manos para besarle en los labios. David la bajó al suelo y le dio un cachete en el

culo cuando empezó a andar hacia el armario. Un rápido y fugaz pensamiento pasó por su mente. ¿No es así cómo actúan las parejas normales? Ese pensamiento se fue tan rápido como llegó.

Jenny fue al gimnasio y sudó como nunca. Se había desacostumbrado al ritmo de Caroline. Al día siguiente tendría agujetas. Tras dos horas de suplicio, sauna y preguntas incesantes acerca del canguro y sus noches saltarinas (tal y como Carol las llamaba), volvieron a casa.

—Te gusta David —decía la rubia mientras subían en el ascensor.

—No, Carol, odio a David —mintió mirando la intersección de las

puertas fijamente, como si fuera a aparecer algo entre ellas.

—Y una mierda. Te gusta y no me engañas. Ayer le miraste en cuanto nombré la fiesta con Josh.

—¿Y?

—Pues que le miraste para saber si le sentaba mal escuchar su nombre y lo de la fiesta. Algo así como pidiéndole permiso.

—Carol, por favor. No necesito permiso de nadie para irme de fiesta. Es solo que no tengo ganas de salir ahora mismo.

—Ya, ya —rio por lo bajo—. Me dirás que ayer no te quedaste con las ganas de que durmiera contigo y que esta mañana no has salido con una sonrisa de

estúpida de tu habitación cuando te ha ido a despertar.

Jenny reprimió una sonrisa. Jodidas amigas que tenía que le conocían tan bien...

—Vale, Carol —admitió volviéndose hacia ella—. Me gusta un poquito. Pero no digas ni media palabra o tendré que matarte.

—Ok, Jen —rió pasando el brazo por sus hombros—. Me alegro de que os hayáis dado una tregua y de que por fin hayas admitido que te gusta. Estaba tan claro desde el primer día...

Llegaron a su piso y salieron del ascensor entre risas. Caroline abrió la puerta con sus llaves y escucharon gritos en el apartamento. Jenny reconoció la

voz de David.

—Yo no he hecho nada —se apresuró a decir ante la mirada acusadora de su amiga.

Entraron en el apartamento y dejaron las bolsas de deporte al lado de la puerta. Los gritos eran atronadores. Joder, el canguro se estaba desahogando pero bien.

—¡...porque no va a volver a coger el coche borracha nunca más!

Jenny dio un respingo al escucharle hablar sobre eso. ¿Qué estaba pasando?

—Jason, no seas gilipollas. Escucha las barbaridades que estás diciendo. ¿De verdad crees que ella sería tan estúpida de volver a hacer una cosa así? —Silencio—. Claro que ha

recapacitado. No ha bebido nada en ningún momento. Joder, Jason... Me estás empezando a cabrear de verdad, gilipollas. ¡No! ¡Escúchame tú a mí! Me elegiste para este trabajo, estoy haciendo lo que tú querías. Jennifer no ha bebido, no va a beber durante toda la gira de la Costa Este y no va a volver a hacer gilipollecies del estilo voy-a-coger-el-coche-para-cagarla-de-nuevo.

Jenny sonrió escuchándole detrás de la pared junto a Caroline. El corazón comenzó a latirle deprisa en el pecho. Confiaba en ella y estaba dando la cara por ella ante Jason. Suspiró y Caroline se volvió a mirarla sonriente mientras asentía con la cabeza. Ese gesto entre mujeres viene a querer decir, más o

menos: sí, yo también lo estoy oyendo, te está defendiendo delante de otro, claramente le gustas.

—Tócame los cojones, Prescott — soltó David de repente justo antes de que la habitación se quedara en silencio absoluto.

Jenny miró a Caroline interrogante. ¿Debían salir de su escondite y afrontar a David como si no hubieran escuchado nada? Su amiga asintió con la cabeza y apretó su mano. Claramente diciendo: sígueme la corriente. Empezó a andar en el sitio, simplemente para que se escucharan sonidos de pasos.

—Menuda paliza en el gimnasio — dijo más alto de lo normal.

Jenny le miró interrogante



frunciendo el ceño, su amiga le dio un codazo en las costillas.

—Ah, sí —murmuró para decir más alto—: Ya lo creo que sí, Carol, casi me matas.

Siguieron andando un poco más en el sitio y salieron de detrás de la pared para entrar en la habitación donde vieron a David sin chaqueta y con el pelo más revuelto de lo normal.

—Ah, hola, David —dijo la rubia con una sonrisa—. No sabíamos que estabas en casa.

Jenny reprimió las ganas de rodar los ojos. Menuda actriz de mierda.

—Hola, chicas —les contestó dejándose caer en un sillón del salón—. ¿Cansadas del gimnasio?

—Sí, Jenny no ha hecho más que quejarse como si fuera una niña pequeña.

David rio y se ganó una mala mirada de Jenny.

—¿No tenías que ir a los estudios?  
—preguntó sentándose a su lado.

—Sí, pero el estúpido de Jason me ha llamado para anular la cita porque tenía que atender a no sé qué nueva estrella del hip-hop.

—Voy a mi cuarto a recoger un par de cosas, chicos. ¿William todavía no ha vuelto? —dijo Caroline caminando hacia su habitación.

—No, ha ido con Anna a por toda la ropa de la gira para que Jennifer se la pruebe por si hay que cambiar algún

botón, alguna costura o alguna de esas cosas que no entiendo.

Caroline rio y entró en su habitación. Jenny se volvió hacia David y se le quedó mirando fijamente, sonriendo solo de recordar las cosas que le había escuchado decir a Jason.

—¿Qué pasa? —soltó él con brusquedad al notar que le miraba de esa manera.

—Nada, pedazo de borde cabrón.

Se levantó enfadada del sofá y dispuesta a irse a su cuarto para dar un portazo y que él notara lo mucho que le molestaba que fuera un gilipollas en tantas ocasiones. Pero su intento de ser melodramática quedó totalmente frustrado porque David la agarró del

brazo y tiró de ella consiguiendo que perdiera el equilibrio y cayera sobre él.

—¿Tú eres tonto? —exclamó intentando levantarse.

David la besó justo en ese momento para que callara y dejara de patalear. Bueno, y también porque quería hacerlo. Ella se relajó sobre sus piernas.

—Perdona por contestarte así —dijo cuándo se separaron—. El imbécil de Jason me ha sacado de mis casillas.

—¿Ya no soy la única que tiene ese título?

—El título es tuyo para siempre, Jenny, es imposible que exista nadie en este mundo que me saque tanto de mis casillas como tú —acarició su rostro con suavidad—. Pero contigo puedo

follar, eso hace que ganes puntos.

—Eres gilipollas, Hill —le golpeó en el hombro.

—¿Es preocupante que me ponga que me insultes?

Ella se echó a reír y estiró la mano para acariciar su mandíbula. Mirándolo desde donde estaba podía ver lo recta que parecía y lo bien que quedaba enmarcando su rostro.

—¡Por los clavos de Cristo!

Jenny se incorporó como un muelle al escuchar la voz de William.

—¿Estabais poniéndoos tiernos? —exclamó el moreno llevándose las manos a la cabeza.

—No seas tonto, Will —soltó Anna pasando a su lado y empujándole—. Ya

sabes que están liados.

Jenny sintió sus mejillas enrojecer y se volvió a dejar caer sobre las piernas de David. Escuchó las risas de todos a su alrededor, incluso las de él. Se tapó la cara con las manos.

—No te pongas colorada, Jen —le dijo William sentándose al lado de David en el sofá—. Ni que fuera el primer chico que traes a casa.

Cierto. Pero se sentía como si lo fuera.

—¿Qué tal, colega? —preguntó William a David levantando la mano en el aire para que le chocara.

—Aquí estamos, Will —chocó su mano. Jenny rodó los ojos, eran como dos adolescentes llenos de acné—.

Esperando a que Jennita se cambie de ropa para ir a ver a Carlo antes de pasar por el ensayo.

—Sigue llamándome así, Hill, y te juro por Dios... —le amenazó señalándole con un dedo.

—Oooohhhh, el amor... —gritó William—. ¡Qué maravillosa sensación!

Jenny se incorporó del sofá y fue a su habitación apretando con fuerza las mandíbulas mientras escuchaba tras ella las risas de William y Anna. Iba a ser de lo más complicado llevar esa situación con los capullos de sus amigos diciendo tonterías de ese estilo a todas horas. ¿Amor? ¡Por favor! ¿Quién estaba hablando de amor ahí?

Otro pensamiento fugaz acudió a su

mente.

Porque nadie estaba hablando de amor, ¿verdad?



Los días fueron pasando y el concierto estaba a la vuelta de la esquina. Jenny ensayó todos los días con los bailarines, aprendiéndose por completo los bailes que tenía que hacer que no eran pocos. En sus conciertos siempre bailaba mucho y se movía de un lado al otro del escenario sin parar. Eran bailes movidos que la dejaban hecha polvo, pero que conseguían dejar a todos sus fans con la boca abierta. Esa era su intención principal, que todo el



que fuera a verla saliera encantado con su concierto, que quisiera ir a verla otra vez y que se hablara de ella durante días.

Para eso ayudaba mucho el vestuario que Anna le diseñaba. Prendas escasas, cortas y que dejaban muy poco a la imaginación. Ropa que le permitía moverse sin complicaciones, que se adhería a su cuerpo como una segunda piel y, sobre todo, ropa muy cómoda. Utilizaba muchas transparencias y encajes pero de buen gusto, no pareciendo una pilingui cualquiera. Aunque David dejó muy clara su opinión el día del ensayo general en el que incluyeron el vestuario que luciría el día del concierto.

—Anna —la llamó mientras estaban viendo a Jennifer bailar en el escenario desde abajo—. No pretenderás decirme que esa ropa es algo que se pueda llevar para salir a la calle, ¿verdad?

—Esa ropa es maravillosa, preciosa y es para lo que es. Jenny no va a salir a la calle así vestida, es para un concierto.

—Es ropa de pilingui —sentenció mirándola.

—No es ropa de pilingui —se cruzó de brazos y le miró muy seria—. ¿Tú has ido a algún concierto de Madonna, de Beyoncé o de cualquier cantante actual? Todas ellas visten así porque es lo que vende, lo que se lleva y

lo que mejor va para su estilo musical y sus bailes. ¿O crees que Jenny podría cantar sus canciones con un traje de chaqueta y pantalón?

David bufó y negó con la cabeza. Odiaba darle la razón a Anna.

—Efectivamente. Además —se acercó a él con una sonrisita y le dio un codazo amistoso en las costillas—, esa ropa le queda genial, ¿no me dirás que no?

—Eso lo tengo que admitir, Anna —sonrió mirando a Jenny de nuevo—. Le queda mejor que genial...

La observó mientras un par de bailarines la cogían por las piernas para levantarla en el aire. Llevaba una falda corta, bueno, era una especie de tutú, de

colores llamativos, y una camiseta transparente negra que dejaba ver un sujetador rosa chicle debajo. Cada vez que se agachaba un poco mientras bailaba dejaba a la vista un culote de color negro. Llevaba botas altas negras con plataforma. Un look muy punki, con el pelo cardado y maquillaje de colores vistosos. Estaba sexy, muy sexy.

Bueno, para él siempre lo estaba, daba igual lo que llevara puesto. En ese momento ella se acercó hacia donde estaban y le miró fijamente mientras sonreía, se agachó deliberadamente haciendo que se viera el culote más de la cuenta, le guiñó un ojo y se dio la vuelta para volver con los bailarines.

—Límpiate la barbilla —susurró

Anna.

—¿Qué? —preguntó pestañeando para despertar del embobamiento made in Jenny.

—Que se te está cayendo la baba, límpiate ahí —le señaló la barbilla mientras reía.

David negó con la cabeza y se echó a reír.

Jenny sobrevivió a la rueda de prensa previa al concierto. Supo lidiar con los periodistas y no les contestó mal ni una sola vez. Habían ensayado en casa con las posibles preguntas que podrían hacerle, para estar preparada. Probaron todas las posibilidades, desde *"¿es cierto que en esas dos semanas estuvo en un centro de rehabilitación?"*

Hasta "*¿no pensó en las posibles consecuencias de conducir borracha?*" Pasando por "*¿se ha casado en secreto con el señor White finalmente?*" Había que estar preparados para todo. William incluso le coló una pregunta personal: "*se le ha visto mucho últimamente con un caballero desconocido alto, delgado y de ojos azules, ¿es su nuevo ligue?*" La respuesta de Jenny: no hablo de mi vida privada. Aunque William se ganó una colleja por preguntarlo.

El hecho de que durante la rueda de prensa Gary estuviera sentado a su lado le dio mucha confianza. Que fuera su jefe de prensa y el que decidía qué preguntas no pensaba contestar hacía mucho. También sabía que David estaba

detrás de ella, con Anna, Caroline y William, viendo cómo iba todo. Sufrieron ligeramente con alguna pregunta incómoda referente al episodio "conducción borracha" y aguantaron la respiración cuando alguien preguntó acerca de su adicción al alcohol, pero ella no saltó en ningún momento y Gary controló perfectamente la situación.

La noche anterior al concierto cenaron todos juntos hamburguesas con queso. Era un ritual que seguían siempre. Cenaban juntos y después se quedaban en la cocina y hablaban un rato de tonterías evitando comentar nada del concierto. Jenny siempre se ponía nerviosa antes del primer concierto de una gira, no podía evitarlo. Y lo que

mejor le sentaba era fingir que no iba a suceder, cenar hamburguesas y hablar de nada en especial con sus amigos. Esa vez tenían un nuevo componente que colaboró no mencionando absolutamente nada del concierto.

—¿Te quedarás esta noche conmigo? —le preguntó a David cuando todos empezaron a irse a dormir o a ver la tele.

Desde que volvieron solamente se había quedado una noche, y ese día le necesitaba.

—¿Quieres que me quede? —preguntó sonriendo y deslumbrándola por completo.

Asintió con la cabeza. Se sentía completamente estúpida bajo el influjo



de esa sonrisa, se le olvidaba incluso cómo se hablaba.

—Me quedaré —dijo cogiéndola de la cintura.

Jenny le abrazó apoyando la cabeza en su hombro y aspirando su aroma. Qué bien olía ese hombre siempre. A limpio, a ropa recién lavada, a cítricos, a madera. Automáticamente su clítoris reaccionó ante ese olor familiar. Acarició su cuello con la nariz. David la apretó un poco más a su cuerpo.

—Pero no podemos pasar toda la noche en vela atendiendo a tus necesidades de ninfómana —susurró en su oído—. Mañana tienes que estar con fuerzas para mover ese culito por el escenario.

Rio sobre su cuello y un escalofrío recorrió la espalda de David.

—He robado una cosa del camerino que seguro que te va a encantar —dijo separándose de él y mirándole con un toque juguetón en la mirada.

Él levantó las cejas y sonrió.

—¿Delinquiendo, Jennifer?

—Ven, te lo voy a enseñar.

Le cogió de la mano y tiró de él hacia su habitación.

—Hasta mañana, chicos —se despidió de William y Gary que estaban sentados en el sofá con los mandos de la Xbox en la mano.

—Déjala con algo de fuerzas para mañana —exclamó Gary mirando a David.

—Y no hagáis mucho ruido, los vecinos podrían molestarse —rio William.

—Hasta mañana, capullos —David les enseñó el dedo del medio mientras seguía a Jenny ganándose unas carcajadas de los aludidos.

Entraron en la habitación y ella fue hasta la cama.

—Me gusta ver que has aprendido buenos modales de mí —sonrió mientras él cerraba la puerta.

—Ya sabes lo que dicen, todo se pega...

—Cualquiera lo diría, con la educación que te dieron tus padres, los condes, para que luego termines enseñándoles el dedo a tus amigos —

negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua—. No, no, no, David... Eso está muy mal.

Él rio entre dientes.

—¿Y qué vas a hacer?  
¿Castigarme?

Jenny sonrió con suficiencia. Entró al baño sin decir nada y cerró la puerta. David se quedó ahí parado sin entender nada. Se acercó hasta la cama y se sentó en el borde del colchón. Cogió una foto enmarcada de la mesilla y la observó. Eran Jenny, Anna y Caroline unos años atrás, adolescentes. Estaban rodeadas de árboles verdes. Las tres estaban haciendo muecas graciosas. Jenny sacaba la lengua con los ojos muy abiertos. Anna tenía cogidas las orejas

con las manos y tiraba de ellas mientras cruzaba los ojos y hacía una O con la boca. Y Caroline fruncía mucho los labios y tiraba de los párpados hacia arriba con los dedos, dando algo de miedo. Sonrió mientras la observaba. Justo entonces la puerta del baño se abrió y Jenny salió. La boca de David se abrió tanto que incluso escuchó el crack que hizo su mandíbula al desencajarse.

Iba vestida de colegiala. ¡De colegiala! Joder, una de mis fantasías de toda la vida. Sonrió. Llevaba una minifalda de cuadros roja, calcetines blancos hasta las rodillas, camisa blanca ajustada y muy escotada. Se había recogido el pelo en dos coletas e incluso se había pintado unas pecas en las

mejillas.

—Puede que quieras castigarme tú a mí por haberte enseñado esas cosas...  
—susurró de manera sexy.

El pene de David cobró vida propia nada más escucharla.

—Joder, Jenny —balbuceó incorporándose de la cama—, estás...

—¿Increíble? —susurró ella de nuevo con ese tono de voz.

Asintió sin dejar de mirarla. Ella sonrió con falsa inocencia al ver el deseo escrito en su rostro. Entonces sacó el brazo que tenía escondido tras su espalda y le enseñó una piruleta de colores. David abrió mucho los ojos y sonrió de esa manera torcida tan eróticamente perfecta. Ella abrió la boca

con lentitud e introdujo la piruleta despacio sin dejar de mirarle. Él tragó en seco y se pasó la mano por el pelo. Verla ahí, chupando la piruleta con la lengua, con esos labios húmedos y tiñéndose de rojo... Dio tres zancadas hasta ella y la cogió con rapidez por la cintura, la acercó a su cuerpo y la besó con ansia, casi desesperado por sentir sus labios. Sabía dulce, a naranja. Llevaba varios días sin disfrutar de su compañía, viéndola bailar con esa ropa, lanzándole miradas todo el tiempo, sonriéndole, acariciándole el cuello al pasar a su lado...

Metió la mano debajo de su falda y acarició sus muslos, Jenny gimió de nuevo y llevó las manos a su pelo.

David le levantó una pierna y ella la pasó por su cintura. Entonces él la cogió por la camisa y la abrió de golpe arrancando todos los botones. Jenny miró hacia sus pechos y luego le miró a él con la boca abierta.

—¿Me acabas de romper la camisa?

—Eso parece... —llevó una mano a su pecho y empezó a acariciarlo.

—Esta camisa... —tragó en seco mientras él empezaba a besarle el cuello —. Es del vestuario del concierto... Anna se va a...

Pero no pudo decir ni media palabra más.



Un rato después los dos estaban tumbados sobre la cama, sudorosos y sonrientes.

—Creo que las colegialas no utilizan su uniforme para estas cosas...  
—murmuró David mirando al techo.

Jenny rio sobre su cuerpo y se incorporó para tumbarse a su lado.

—Me has roto la camisa —recordó acariciando su pecho.

Él se incorporó un poco para quedar medio sentado sobre las almohadas de la cama. La miró enarcando una ceja.

—Jenny, has aparecido vestida de colegiala, lo más erótico que he visto en mi vida. Has sacado una piruleta, ¿una

jodida piruleta! Y la has chupado como si te fuera la vida en ello.

Jenny soltó unas risotadas encantada de que le hubiera gustado. Después de todo, esa era su intención.

—¿Te ha gustado lo de la piruleta?

—¿Estás de coña? —La miró abriendo mucho los ojos—. Ha sido lo más maravilloso que nadie ha hecho por mí jamás.

—Todavía me queda un poco...

Cogió la piruleta de encima de la mesilla y se la enseñó mientras movía las cejas. David soltó una carcajada y la abrazó con fuerza a la vez que besaba su pelo. Esa mujer era lo mejor que le había pasado nunca.

Un par de horas después se

durmieron cansados de tanto ajetreo nocturno y a la mañana siguiente Jenny despertó sola en la cama. Frotó sus ojos mientras se incorporaba lentamente. ¿Dónde estaba David? Se sentó cubierta por la sábana mientras sonreía pensando en la noche anterior. Se pasó una mano por el pelo mientras se quedaba con la mirada perdida y sonriendo como una idiota.

—Tienes cara de haber tenido sexo del bueno esta noche.

La voz de David la sobresaltó y se volvió a mirarle sin dejar de sonreír. Acababa de entrar en la habitación vestido con un pantalón de pijama y nada más, llevaba una bandeja en las manos. Se quedó embobada mirándole

en su magnífico esplendor matutino. Llevaba el pelo revuelto, sus ojos tenían un brillo especial, su sonrisa era tan perfecta como siempre y el no llevar camiseta le permitió maravillarse en sus músculos bien definidos.

—La sonrisa de bobita que tienes lo corrobora —dijo quedándose parado delante de ella.

—Gilipollas... —le insultó con tono cariñoso.

David rio y dejó la bandeja sobre la cama.

—¿Me has preparado el desayuno? —preguntó sonriente.

—Hoy es un día especial y tenías que empezar con buen pie —se sentó a su lado y le señaló en la bandeja—. Te

he traído zumo de naranja, recién exprimido con estas manitas. También un poco de café, unas tostadas, mermelada de fresa porque sé que es tu preferida y una naranja porque he querido.

—¿Naranja?

—Es que desde anoche es MI fruta favorita —susurró mientras se acercaba a besarle en el cuello.

Jenny rio entre dientes y le dio un empujón con el hombro al entender que lo decía por la piruleta.

—Feliz día de primer concierto de la gira —le dijo ofreciéndole el zumo.

—Muchas gracias —asintió con la cabeza cogiendo el vaso.

Dio un sorbo y se le quedó mirando

sonriente. Estiró la mano y acarició su mejilla. David sonrió en respuesta y su corazón se aceleró instantáneamente, por no nombrar su clítoris que ya había hecho una estatua de David y la alababa como si fuera su dios.

—Eres un cielo... —susurró sin dejar de acariciar su mejilla.

—Lo sé —rió acercándose a ella para besarla con suavidad.

Jenny notó como una calidez inusual se instalaba en su pecho y una sensación de hormigueo le recorría el estómago. Se acercó más a David y pasó los brazos por sus hombros. Él la abrazó apretándola sobre su pecho, sintiendo su completa desnudez sobre él, disfrutando de la suavidad de su piel, acariciando su

espalda desnuda y aspirando su aroma.

## *Diecisiete*

El Madison Square Garden estaba lleno a reventar. No cabía ni un alma más. David estaba asomando la cabeza por el backstage y recorriendo con la mirada a la multitud ahí agrupada. Los fans de la primera fila llevaban pósters de Jennifer, fotos, carteles en los que habían escrito lo mucho que la querían, lo mucho que molaba y lo guay que era. Sonrió mientras los leía. Adolescentes y su increíble manera de expresarse.

—Hay muchísima gente —susurró Caroline apoyada sobre su espalda.



—Creo que Brad y Angelina están también por ahí—dijo Gary sin dejar de mirar hacia fuera.

—¿En serio? —David se volvió a mirarle con los ojos muy abiertos.

—Ajá, me llamaron la semana pasada para que les consiguiera entradas.

—¿Hablas con Brad Pitt y no me lo habías dicho? —exclamó Caroline mirándole con enfado.

—No hablo con él, Carol —corrigió con una sonrisa—. Hablo con su representante. Querían ver a Jenny en concierto y les conseguí las entradas, sin más. Hay muchos famosos más ahí fuera esperando verla cantar.

—¿Quiénes? —preguntó Caroline

con muchísimo interés.

David se acercó un poco más a Gary para escucharle. Él también sentía curiosidad por saber qué famosos habían ido al concierto. Por suerte Caroline fue la que preguntó, no hubiera quedado serio del todo que él preguntara algo así.

—Jennifer Anniston tenía entradas, Courtney Cox también... Creo que los protagonistas de Friends al completo venían —Carol sonrió emocionada—. También Jennifer Lopez, Blake Lively, y sé que Ashton Kutcher tenía especial interés en ver a Jenny.

Lanzó una mirada divertida a David que le dejó claro que quería verla por algo más que el simple interés musical.

Algo dentro de él rugió ante esa idea.

—¡Esta camiseta no se lleva así!

Los gritos de Anna a sus espaldas les hicieron volverse inmediatamente. Estaba al borde de la histeria, corriendo de lado a lado, empujando a su ayudante Carmen de un bailarín a otro, comprobando que el vestuario estaba bien, que no había ni un solo hilo colgando por ningún lado. David le había comentado antes que los hilos sueltos no se verían desde donde estaba el público y se había ganado una colleja impresionante. En ese momento se calló y reprimió la risa. Era mejor no jugar con una Anna estresada.

Quedaban cinco minutos para que empezara el concierto. David fue por el

pasillo hasta el camerino de Jenny, llamó a la puerta y entró. Estaba sentada en la silla enfrente del tocador, mirando muy seria a su reflejo en el espejo. Llevaba unos leggins de color negro, botas de tacón de aguja y un corsé también negro. Su pelo estaba recogido a un lado, caía sobre su hombro con ligeras ondas. Se volvió a mirar hacia la puerta y él sintió cómo se aceleraba su corazón al ver lo tremendamente guapa que estaba. Llevaba los ojos maquillados con mucha sombra negra y eso le quedaba demasiado bien. No podía ser legal que una mujer estuviera tan sexy y tan preciosa en ningún estado de todo el país.

—¿Nerviosa?

—preguntó

acercándose a ella.

Jenny asintió con la cabeza elevando ligeramente las comisuras de sus labios. Él se sentó sobre el tocador y ella colocó una mano sobre su rodilla.

—¿Hay mucha gente? —quiso saber mirándole a los ojos. David pudo ver nerviosismo en ellos a la par que algo de miedo.

—Mucha —asintió poniendo la mano sobre la suya—. Todos están como locos por verte. Creo que a un par de chicas de la primera fila van a tener que llevárselas los paramédicos en cuanto salgas porque hace dos minutos ya estaban al borde del colapso, cuando te vean seguro que les da algo.

Jenny rio entre dientes. Le gustaba

cómo intentaba hacerla reír para que olvidara los nervios. Tomó aire y cerró los ojos. Justo entonces la puerta se abrió de nuevo y Carlo apareció con una cerveza en la mano.

—Empezamos —anunció.

Jenny se levantó de la silla notando cómo su corazón estaba a punto de salirse del pecho. David bajó del tocador y puso ambas manos sobre sus hombros. La miró a los ojos y sonrió para transmitirle su apoyo.

—Vas a estar genial, Jenny, no estés nerviosa.

—Sé que voy a estar genial —David rodó los ojos—. Pero no puedo evitar estar nerviosa.

—Estaré viéndote y sufriendo.

—¿Sufriendo?

La miró de arriba abajo con los ojos muy abiertos.

—¿Bromeas? —Exclamó—. El vestuario de Anna me está dando mil imágenes con las que soñar todas las noches. Estás de miedo con estos conjuntos. Demasiado sexy para mi pobre mente enferma totalmente enganchada a ti. Ahora mismo se me ocurren un par de cosas que podríamos hacer en ese sofá de ahí...

Ella rio coqueta y se ruborizó ligeramente. David se acercó a ella y la besó en los labios.

— Apártate de ella! ¡No se te ocurra quitarle ni una pizca de maquillaje, David!

Anna entró gritando como una loca haciendo que se separaran y la miraran con una media sonrisa. Jenny se fue por el pasillo agitando la mano despidiéndose de él, que le sonrió de vuelta y salió casi corriendo para ir a ver el concierto.

Fue hasta un lateral del escenario y se sentó en una silla al lado de William que ya estaba ahí junto a Caroline y Gary. Se sonrieron los unos a los otros. Estaban nerviosos también aunque no solían comentarlo para no poner más nerviosa a Jenny.

Todos ellos sentían sus corazones latir deprisa y un nudo en el estómago. David se pasó una mano por el pelo y soltó todo el aire que tenía en los



pulmones. Justo en ese momento las luces del estadio se apagaron y un montón de gritos inundaron el ambiente.

Luces de colores comenzaron a iluminar el escenario. Primero rojas, luego azules, verdes, naranjas, amarillas... La música empezó a sonar, los acordes de una guitarra que hicieron que los gritos aumentaran. La voz de Jenny se escuchó sobre los gritos.

—I'm feeling sexy and free, like glitter is raining on me...

Bailaba por el escenario, de un lado a otro, agitando la mano para saludar a todos los que habían ido a verla. Se movía con gracia, sin dejar de sonreír.

La gente cantaba con ella, incluso

David cantó. Jenny se movía como si hubiera nacido en aquel escenario, cantando sin que le faltara el aliento pese a no dejar de moverse en ningún momento. Los bailarines aparecieron y empezaron con los pasos que llevaban ensayando hora tras hora durante toda la semana.

Caroline y William se levantaron de la silla y bailaron mientras cantaban la canción. David sonrió y siguió tarareando. Justo entonces Anna apareció para supervisar que ni un solo hilo estuviera fuera de lugar y empezó a cantar también. Gary la cogió de la mano y tiró de ella para que se sentara sobre sus rodillas. Eso no pasó desapercibido para David, que les

observó de reojo.

Ella sonreía sin parar mirando a su amiga en el centro del escenario. Su mirada tenía un brillo especial, fruto de la alegría y la felicidad que le causaba ver a Jenny haciendo lo que más le gustaba en el mundo. Observó al resto y todos tenían ese brillo en los ojos. Cuando su amiga tenía un éxito ese éxito lo era también para todos ellos.



David fue hacia el camerino cuando el concierto terminó para felicitarla por lo bien que había salido todo. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. En ningún momento pensó en

encontrarse con quien había dentro.

—Hombre, si es el cangurito.

El morenito. El capullo que le pegó un puñetazo el día que conoció a Jennifer. El que creyó que era su novio. Estaba sentado con toda naturalidad sobre el pequeño sofá del camerino con una sonrisa en la cara demasiado cargada de ironía. No se veía a Jenny por ningún lado. David le correspondió con una sonrisa completamente falsa.

—¿Qué tal...? —Se quedó pensativo unos instantes—. Perdona, no recuerdo tu nombre.

—Josh —contestó llevándose las manos detrás del cuello para acomodarse un poco más en el sofá.

—Josh, cierto —miró a su

alrededor intentando pasar por alto el hecho de que ese idiota fuera un maleducado—. ¿Dónde está Jennifer?

—En la ducha.

David asintió mirando hacia la puerta del baño que tenía el camerino. Los dos se quedaron en silencio. Podía sentir la mirada del tal Josh constantemente sobre él. Sopesó sus posibilidades. Podía salir de esa habitación y así conseguir apartar de su mente la idea más que interesante de darle una patada en el culo al morenito; o podía sentarse a su lado y esperar que Jenny saliera del baño fingiendo que ese capullo no le ponía de los nervios.

—Veo que no te quedó marca de nuestro primer encuentro.

Su voz llena de sarcasmo le hizo sopesar una nueva opción inmediatamente: partirle la cara. Se volvió a mirarle detenidamente, sonriendo con sorna, con altanería, como él sabía hacer tan bien.

—Y yo veo que has decidido aparecer vestido delante de la gente.

Se sostuvieron la mirada el uno al otro. Sus rostros eran un perfecto reflejo de lo que sentían. Justo entonces, y gracias al cielo, la puerta se abrió y William entró dando voces.

—¡Jenny! ¡Lo de esta noche ha sido épico!

Se calló al ver a David y Josh en el camerino. Su cara reflejó sorpresa pero enseguida cambió a una mueca divertida

al más puro estilo William-toca-pelotas.

—Si vais a repetir lo de la última vez esperad a que llame a Carol, me mataría si volviera a perderselo.

Sonrió socarronamente sin dejar de mirar a David. Éste le lanzó una mirada llena de advertencia, se la estaba ganando y lo sabía perfectamente. Lo peor de todo es que el grandullón disfrutaba de lo lindo con ese tipo de situaciones.

—Si el cangurito quiere un segundo asalto no tiene más que pedirlo —sonrió Josh con chulería.

David se volvió a mirarle levantando una ceja. ¿Quién coño se creía que era ese gilipollas?

—No juegues conmigo... —siseó

empezando a notar la rabia dentro de él —. Disfrutaría demasiado partiéndote la cara.

Josh levantó las manos delante de él enseñándole las palmas y sonrió con una mezcla entre falso terror y falsa inocencia. Eso hizo que a David le hirviera la sangre un poco más.

—Tranquilo, cangurito. No vamos a montar aquí el espectáculo.

—Por supuesto —asintió—. Y menos si no quieres que te deje en ridículo de nuevo.

William soltó una carcajada. Dio dos pasos y cogió a David por los hombros, haciendo que apartara la mirada de la de Josh, rompiendo ese lanzamiento de rayos fulminantes del



uno al otro.

—Vamos, chicos, hoy es un día de fiesta —dijo—. Vamos a llevarnos todos bien.

David asintió y respiró hondo. Ese gilipollas le había puesto muy nervioso, demasiado. Él no solía perder la paciencia pero con ese tío... El hecho de que aquella vez le golpeará sin que se lo esperara y le tirara al suelo le cabreó muchísimo. Pero el hecho de que fuera el último novio de Jenny conocido por todo el mundo le cabreaba todavía más. Muchísimo más. La sangre le hervía a tal temperatura que empezó a sentir calor.

Justo entonces la puerta del cuarto de baño se abrió y Jenny apareció

vestida con unos vaqueros ajustados y un top sin mangas de color negro con lentejuelas. Llevaba el pelo mojado y estaba preciosa. David sonrió al verla. La mirada de ella recorrió la habitación y a las personas reunidas en ella. Cuando le vio a él sonrió y su corazón empezó a latir más deprisa. Pero luego vio a Josh totalmente espatarrado en el sofá y su corazón se detuvo unos instantes. ¿Qué coño hacía allí sentado como si estuviera en su casa?

—¡Jen! —Los brazos de William la rodearon—. Ha sido un conciertoazo. Me atrevería a decir que el mejor de la historia de Jennifer.

Ella rio apoyada en su pecho, agradeciendo infinitamente el hecho de

que estuviera allí en ese momento tan embarazoso.

—Gracias, Will. ¿No se ha notado cuando casi me caigo mientras bailaba Hot?

—¡Claro que se ha notado! — Exclamó cogiéndola de los hombros y apartándola de él—. Casi te caes de bruces encima de esa bailarina rubia tan pequeña.

—¿En serio? —le miró realmente preocupada.

William estalló en carcajadas y volvió a abrazarla.

—Eres tan inocente a veces...

Ella rio y le golpeó en el estómago, que por supuesto él ni notaría porque era una mole de músculos.

—Bueno, tendremos que irnos, ¡el Four Seasons nos espera! —exclamó levantando el puño en alto.

—Claro, ahora mismo.

Se separó de él y fue hacia David. Él la miró sonriente, con esos maravillosos ojos que le transmitieron tranquilidad. Casi se lanza a sus labios para besarle olvidando por completo que Josh seguía sentado en el sofá. Por desgracia el susodicho carraspeó llamando su atención.

—Has estado espectacular, Jen — se levantó y caminó hasta ella—. Solo quería pasarme por aquí a decírtelo, eres la puta jefa del pop.

Ella sonrió y escuchó un ligero bufido proveniente de David que estaba

a su lado completamente tenso.

—Gracias, Josh. Me alegro de verte.

—La verdad es que también he venido porque hace demasiado que no nos vemos —la cogió de la mano y acarició su dorso con un dedo consiguiendo que sintiera ganas de apartar la mano inmediatamente. Se contuvo—. Aunque ya sabes que eso tiene fácil solución...

David se tensó todavía más al escucharle coquetear con ella delante de él. Apretó los puños con fuerza. Justo entonces una vocecita gritó en su cabeza: ¿qué esperabas? No sois novios, nadie sabe que estáis juntos.

—Claro, Josh —contestó ella. Se

quedó callada un instante, pensando en qué podía decirle para que se marchara y dejara de intentar ligar con ella delante de David—. ¿Nos vemos en la fiesta?

—Por supuesto, no me perdería la vuelta a los ruedos de Jennifer por nada del mundo.

Ella rio y David consiguió dominar la tentación de poner los ojos en blanco.

—Nos vemos allí entonces —dijo para dar por terminada la conversación.

En el rostro de Josh se reflejó claramente la sorpresa. ¿Le estaba echando del camerino? Él había ido allí con la clara intención de echar un polvo con ella en el sofá, igual que solían hacer antes después de sus conciertos.

¿Qué coño pasaba con Jenny? Entonces reparó en la postura fingida del canguro, en la tensión que reflejaba su rostro y en sus mandíbulas apretadas. Jenny se estaba tirando al canguro. La muy zorra...

—De acuerdo —lanzó una última mirada altanera a David acompañada de una sonrisita—. Nos vemos allí.

Se acercó a Jenny con deliberada lentitud y la besó en la comisura de los labios. Ella se tensó al notar sus labios tan cerca de los suyos. Josh le dedicó una sonrisa enorme y salió del camerino dejándolos a los dos sumidos en el silencio más incómodo.

—Ese tío es gilipollas —soltó David caminando hasta el sofá para

sentarse.

—No le hagas caso —se acercó hasta él y se sentó sobre sus rodillas—. Solo quiere provocar.

David la miró muy serio y ella se sorprendió por la rabia que vio en sus ojos. Le recordó a los viejos tiempos, cuando se conocieron.

—¿Y lo ha conseguido?

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada.

—Si ha conseguido provocarte.

Le observó unos segundos, preguntándose internamente si podía ser cierto que estuviera celoso. Reprimió una sonrisa lo mejor que pudo, pero finalmente la exhibió radiante ante la cara estupefacta de su canguro.



—No me hace ni puta gracia.

—Pues a mí sí —dijo ella pasando los brazos alrededor de su cuello—. Empezaba a pensar que la única que sentía celos aquí era yo.

David bufó e intentó que Jenny quitara los brazos de su cuello pero ella se lo complicó incorporándose para pasar una pierna por encima de sus rodillas y así terminar sentada sobre ellas, mirándole a la cara. Pasó los brazos por su cuello de nuevo y entrelazó las manos en su nuca, jugueteando con los pulgares en su pelo.

—No pasa nada —susurró acercándose a besarle en los labios fugazmente—. Me gusta verte así.

—Pues a mí no —contestó de

manera que a ella le recordó a un niño pequeño, o puede que a otra persona...

Soltó una carcajada y se ganó una mala mirada.

—Te estás comportando igual que yo, David —pasó una mano por su pelo y la llevó hasta su mejilla—. Me encantas.

—Yo no me comporto como tú —se defendió—. Tengo bastante más...

—Sshhh. Cállate y bésame.

La miró a los ojos y vio la diversión que le provocaba esa situación. Pero no podía decir que no a esa petición. Negó casi imperceptiblemente con la cabeza justo antes de cogerla por la nuca y atraerla hasta su boca. Se besaron con pasión

unos segundos, o puede que minutos, Jenny no entendía muy bien qué pasaba cuando besaba a David, perdía la noción del tiempo.

—Has estado genial —susurró él cuando se separaron a coger aire.

—Empezaba a pensar que no me dirías nada sobre el concierto —sonrió y le apartó un mechón que caía rebelde por su frente—. ¿De verdad te ha gustado?

—Me ha encantado. Has estado espectacular...

La besó en la punta de la nariz.

—...sexy...

La besó en la mejilla.

—...preciosa...

La besó en la otra mejilla. Jenny

soltó una risita.

—...increíble...

La besó en la barbilla. Se separó de ella y la miró a los ojos con una sonrisa. El corazón de Jenny triplicó la velocidad de sus latidos como siempre que veía esos ojos azules mirándola con tal intensidad.

—Teniendo en cuenta que el vestuario era demasiado escaso — apuntó él llevando las manos hasta su cintura y levantando un poco su camiseta para acariciar la piel de su baja espalda —. Y que habrás provocado más erecciones que la mismísima Playboy...

Jenny soltó una risita.

—...y eso no es algo que me haga excesiva gracia —continuó subiendo las

manos por su espalda—. Pero aun así, aunque toda la población masculina de Nueva York esté ahora mismo meneándose mientras piensa en ti vestida de colegiala, sé que el único que ha podido disfrutar de eso en realidad he sido yo. ¡Y vaya si lo disfruté!

Eché la cabeza hacia atrás recordando la piruleta, las coletas, los calcetines altos... Alto, David, piensa en otra cosa. Pero ya era tarde. Jenny notó cómo el hilo de sus pensamientos le había llevado a un momento feliz. Después de todo estaba sentada a horcajadas sobre él. Enarcó una ceja y él la miró con esa sonrisa ladeada que hacía estragos en su autocontrol. La lujuria tomó el control de su mente y en

cuestión de minutos estaban enredados en el sofá.

¿Qué le pasaba con ese hombre que perdía todo raciocinio?

Quince minutos después salían del camerino con sendas sonrisas en el rostro y riendo entre dientes. Anna estaba en la sala de vestuario dejando todo en orden para el próximo concierto que sería dentro de tres días cuando les vio pasar.

—¿Qué hacéis aquí todavía?

Ellos se asomaron por la puerta y no fue necesario que le dijeran nada. Anna se echó a reír.

—Joder, parecéis animales en celo.

Jenny se puso completamente roja y su amiga la miró con los ojos muy

abiertos. ¿Desde cuándo Jennifer se avergonzaba por acostarse con un chico? Eso era demasiado increíble. Debían tener una charla de chicas cuanto antes.

Los tres salieron del recinto por una puerta trasera y se montaron en un coche que les esperaba para llevarles al Four Seasons para asistir a la fiesta de apertura de la gira. Una vez dentro Anna descorchó una botella de champán y vertió parte de su contenido en tres copas. Cada uno cogió una.

—Por Jennifer —dijo levantando la suya en el aire—. Porque eres la puta ama del mundo musical.

—Jodidas mal habladas... —murmuró David con una sonrisa.

—¡Serás capullo! —exclamó Anna

dándole un golpe en la rodilla.

Él soltó una carcajada y levantó su copa para chocarla levemente contra la de ella. Jenny levantó la suya también.

—Sois unos putos mal hablados los dos.

—Sí, lo que sea —dijo Anna moviendo la mano libre en el aire—. ¡Vamos a brindar porque necesito alcohol en el cuerpo ya!

—Cuidado —susurró David acercándose al oído de Jenny—. Esta loca psicótica de los hilos puede cosernos la boca con sus agujas...

Jenny soltó una risita y los dos se ganaron una mirada asesina de Anna. David carraspeó y corrió a chocar su copa con las de ellas antes de que la



enana saltara sobre él con toda su rabia. Ella les miró muy seria mientras llevaba la copa a los labios y bebía todo su contenido. Cerró los ojos y sonrió.

—Ahora ya me encuentro mucho mejor. Tienes suerte, Dave, porque tengo un kit de emergencias en el bolso para coserte esa bocaza que tienes y te juro que la usaré cuando menos te lo esperes.

Los tres rieron. Anna ya estaba más calmada tras el estrés post-concierto y volvió a rellenar su copa. Se dio cuenta de que Jenny no había bebido más que un pequeño sorbito de la suya y David parecía no haberla probado siquiera. Encogió imperceptiblemente los hombros y dio otro sorbo de champán,

no tenía el más mínimo problema en beberse la botella entera ella solita.

Llegaron al Four Seasons y William estaba esperándoles en la entrada, rodeado de paparazzi y con pose extremadamente profesional. En cuanto pararon frente a la marabunta de gente les abrió la puerta. Jenny salió cogiéndole la mano y sonriendo. Se sentía feliz y no podía dejar de sonreír.

Por alguna estúpida razón esa noche estaba siendo perfecta. El concierto había salido bien, los fans habían gritado enloquecidos al verla, habían coreado sus canciones y habían disfrutado hasta la saciedad. Y que David llevara con ella desde el día anterior hacía que se sintiera todavía

más feliz.

El desayuno en la cama, su apoyo antes del concierto, sus celos de Josh, las caricias en el camerino, las risas cómplices frente a Anna... Se sentía tan completa en esos momentos que ni siquiera tenía ganas de beber alcohol. Algo realmente increíble tratándose de ella. Pero así era. Había bebido un pequeño sorbo de la copa de champán pero no sintió ganas de bebérsela de un trago como le habría pasado antes.

Conocía la historia de David y, aunque nunca se había percatado de eso antes de saberla, él jamás bebía nada de alcohol. Algo muy lógico teniendo en cuenta la adicción por la que pasó. Con que así, sin más, Jennifer decidió no

beber alcohol en esa fiesta.

Los paparazzi hicieron fotos, preguntas estúpidas y que en cualquier otro momento hubieran hecho saltar a Jenny, pero en aquel momento no le afectaron lo más mínimo. Sonrió y saludó, incluso parándose a posar para ellos durante un rato. William la observó enarcando una ceja. No solía hacer eso para las hienas. Volvió a cogerla de la mano y la llevó hasta el interior del hotel. Anna y David entraron tras ellos ignorando las preguntas que les hacían sobre Jenny. Los cuatro juntos fueron hasta el ascensor bajo las atentas miradas de las personas reunidas en el hall.

—¿Por qué coño habéis tardado

tanto en venir? —les preguntó William cuando las puertas se cerraron.

—Aventuras en el camerino —susurró Anna sonriendo pero sin dejar de mirar al frente.

William soltó una carcajada y palmeó la espalda de David que negaba con la cabeza aunque sonriendo levemente.

—¿Con vosotros es imposible tener vida privada? —preguntó Jenny cruzándose de brazos ligeramente molesta.

—Ya sabes que sí —dijo Anna—. Somos como un matrimonio, Jen, unidos hasta que la muerte nos separe, para lo bueno y para lo malo.

—Y ya sabes que somos cotillas

hasta la médula —añadió William acercándose a ella y cogiéndola por la cintura—. Imposible no hablar sobre Dave y tú, sois lo mejor que hemos tenido en el grupo desde que la brujilla se lió con el Jonas Brother.

Jenny empezó a reír escandalosamente. Anna se volvió hacia los dos lanzando llamas del mismísimo infierno por los ojos.

—¿Un Jonas Brother? —exclamó David intentando aguantar la risa.

—¡Todo el mundo comete errores! —Gritó ella—. ¿Qué pasa?

William carraspeó para llamar su atención y Anna se volvió a mirarle con el rostro rojo de enfado.

—Permíteme que te haga una

pregunta sin importancia —la miró elevando unas de sus cejas—. ¿Cuántas veces dices que cometiste ese error?

Jenny rio todavía más alto, agarrándose el estómago mientras se agachaba, tratando de coger aire entre carcajada y carcajada. David se quedó mirando con curiosidad a Anna, esperando su respuesta. Ella miraba a su hermano fijamente, intentando desintegrarle con el poder del lado oscuro, pero él parecía totalmente ajeno a esa mirada furibunda. Will disfrutaba con los deportes de riesgo.

—Te lo diré yo entonces —añadió al ver que ella no hablaba—. Te liaste con el Jonas cuatro veces, Annie, cuatro jodidas veces de encontrarnos al rey de

la melancolía adolescente en el sofá de casa cuando menos nos lo esperábamos. Cuatro jodidas veces que tuve que aguantar su cháchara acerca de lo complicado que era mantener esos rizos fuertes y vigorosos...

Las risas de Jenny se habían convertido en toses acompañadas de lágrimas entremezcladas con carcajadas casi histéricas. David también reía al borde de las lágrimas. Anna seguía mirándole mal, pero la expresión de su rostro se había suavizado ligeramente.

—Vete a la mierda, Will. Cualquiera diría que eres mi hermano.

—Joder, Annie —la cogió por los hombros atrayéndola a él—. Te quiero, eres mi hermana pequeña y te adoro.



Pero te tiraste a un Jonas Brother cuatro veces y eso es algo que jamás, JAMÁS, podré dejar de recordarte.

Soltó una carcajada al más puro "estilo William" y la abrazó fuertemente. Anna se rindió entre los brazos de su hermano y le correspondió mientras le decía que era un capullo estúpido.

Las puertas del ascensor se abrieron y los hermanos salieron todavía abrazados y entre risas. Jenny salió limpiándose las lágrimas justo al lado de David, que todavía reía entre dientes al imaginarse a Anna con un Jonas Brother. Demasiado increíble.

—¡Jennifer!

Jason Prescott iba hacia ella con los brazos abiertos. Pensó en darse la

vuelta y volver dentro del ascensor pero ya era tarde. La abrazó entre fuertes risotadas que le pusieron la piel de gallina.

—Has estado sensacional —dijo separándose de ella pero manteniendo las manos en sus hombros—. Sencillamente espectacular, Jennifer.

—Gracias, Jason —sonrió incómoda.

David sabía perfectamente las sensaciones que provocaba Jason en Jenny. Notaba lo tensa que estaba frente a él y notaba como él la miraba y le daban ganas de partírla la cara en ese mismo momento. Jason era un asqueroso cerdo cabrón. Sus gustos con las mujeres dejaban mucho que desear. Lo

sabía porque durante la época universitaria tuvo que escuchar demasiadas historias asquerosas relacionadas con prostitutas, mujeres tratadas como tales y sobre las artimañas que usaba para que ellas hicieran siempre lo que él quería, aunque no fuera nada agradable para ellas. Un auténtico hijo de puta.

Decidió romper el momento tenso y echar un cable a Jenny.

—Hey, Jason —palmeó su espalda—. ¿Qué tal fue con la nueva revelación del hip-hop? Sigo esperando tu llamada.

El presidente de la compañía discográfica quitó las manos de los hombros de Jenny y apartó su sucia mirada de ella. Eso la hizo respirar más

tranquila.

—Bien, David, gracias por interesarte —le miró fijamente con un ápice de enfado en la mirada—. Te recuerdo que fuiste tú el que colgó el teléfono de muy malas maneras.

—Así es. No estabas escuchando lo que te decía, no me dejaste otra opción.

Miró disimuladamente a Jenny y vio como ella tragaba en seco. Jason aprovechó el escaso momento de silencio para volver a ella.

—Parece que desde que volvisteis las cosas están tranquilas, ¿eh, Jennifer?

—Tenía que estar en plenas condiciones para empezar la gira —dijo evitando mirarle a los ojos—. No quiero fastidiar nada referente a los conciertos.

Jason asintió complacido con la cabeza y estiró la mano para coger la de Jenny. Ella sintió ganas de soltarla, coger a David del brazo y decirle que estaban juntos, que era su novio y que le dejara en paz de una jodida vez.

Pero no eran nada, no eran novios y no podía hacer eso. Es más, ¿por qué coño pensaba siquiera en la posibilidad de serlo? Él le había dejado claro que no quería fingir que había algo entre los dos cuando en realidad no lo había, que no quería quedarse a dormir con ella, aunque la noche anterior lo había hecho... Y se comportaba tan dulce con ella...

Joder. Mierda de sentimientos y pensamientos y aroma a David que la

envolvía en esos momentos.

Observó a su canguro por el rabillo del ojo. Parecía tenso al ver a Jason cogiéndola de la mano. Había escuchado aquella conversación que tuvieron los dos por teléfono en la que él la defendió, sabía que no estaban atravesando el mejor momento en su relación de amistad, aunque dudaba que hubieran pasado por algún momento bueno desde que se conocían.

—Jennifer, ¿me estás escuchando?

La voz de Jason la devolvió a la realidad. Pestañeó un par de veces y sonrió incómoda.

—No... perdona, Jason —dijo tras aclararse la garganta—. Necesito ir al servicio, estoy un poco mareada. Ya

sabes, demasiados bailes, calor, falta de líquidos...

Él asintió con la cabeza. David la miró preocupado.

—Si me disculpáis...

Soltó la mano de Jason para empezar a caminar hacia el baño de la suite del Four Seasons que tan bien conocía. Las paredes de color arena, el enorme salón con sofás y sillones de diseño en los que se podrían sentar hasta cuarenta personas, las mesas llenas de canapés, la barra de las bebidas, la barra de los cócteles.

Pasó entre la gente ahí reunida. Conocía a casi todas aquellas personas que intentaban hablar con ella pero no quería pararse a hablar con nadie.

Sonrió lo más educadamente que pudo hasta llegar a la puerta del servicio. Entró y cerró con el seguro. Se sentó en la taza y enterró la cara entre sus manos.

¿Qué coño le estaba pasando con David? ¿Por qué no podía verle como a un simple polvo? Joder, así era como había empezado. Solo le atraía su cuerpo, su fuerte, maravilloso, musculoso y perfecto cuerpo.

Mentira. Ni siquiera había empezado así. Le odiaba, antes le odiaba con todas sus fuerzas. Pero poco a poco esos malditos ojos azules se habían metido dentro de su piel, dentro de su cabeza, dentro de... ¿su corazón?

—No, no, no —se dijo a sí misma—. Nada de corazón.



Se levantó y empezó a andar de un lado a otro del baño. Se llevó una mano a la boca y empezó a morderse las uñas. Justo entonces unos golpes en la puerta la asustaron.

—Jen, abre, somos nosotras.

Era la voz de Caroline. Quitó el seguro y abrió la puerta para después volver a sentarse en la taza.

Carol y Anna entraron con unas copas de champán en la mano. La rubia fue hasta ella, se agachó y la abrazó con fuerza.

—Has estado espectacular, Jen.

—Gracias —correspondió vagamente su abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó Anna. Jamás se le escapaba ni una.

Caroline se separó de ella y observó el suelo. Parecía limpio, era el Four Seasons, ¿no? Se arrodilló delante de Jenny sin pensar demasiado en los pantalones de Gucci que llevaba. Anna se quedó de pie, no pensaba arriesgar su vestido de Dolce & Gabbana de ninguna manera.

—¿Qué pasa, cariño? —Le preguntó cogiéndola cariñosamente de la mano—. ¿Por qué estás encerrada en el baño en medio de tu fiesta?

—No tengo ganas de salir ahí fuera —murmuró.

—¿Tiene algo que ver con David?  
Las dos levantaron la cabeza para mirar a Anna fijamente. Caroline reprochándole sus maneras demasiado

directas de tratar siempre las cosas y Jennifer con una mezcla entre tristeza y enfado.

—Tiene TODO que ver con David —susurró.

—Se os ve perfectamente —dijo Caroline—. ¿Qué hay mal entre vosotros?

—¡Exactamente eso! Que todo va perfectamente. Que va tan jodidamente perfecto que...

—Te da miedo —susurró Anna agachándose frente a ella y poniendo una mano sobre su rodilla.

Jenny asintió mientras se tragaba las enormes ganas de llorar que le estaban entrando.

—Me da miedo sentir todo lo que

siento porque él no lo siente por mí.

Sus amigas rodaron los ojos a la vez.

—Jen, ¿te has dado cuenta de cómo te mira? —preguntó Carol.

—Sí, te mira como si fuera a levantar un pedestal y colocarte ahí encima para venerarte y adorarte todos y cada uno de los días del año.

Jenny sonrió tímidamente pero enseguida negó con la cabeza.

—Pero no quiere nada serio conmigo. Joder, ni yo misma sé si lo quiero. Porque tener algo serio con alguien... No sé, no entraba dentro de mis planes. Y menos con él. Es el gilipollas del canguro, se supone que yo lo odiaba, ¿os acordáis? —Ambas

asintieron—. Y se suponía que lo nuestro era sexo, nada más. Solo sexo apasionado sin mezclarlo con sentimientos ni ninguna mierda de esas. Pero le miro y...

Las observó un instante sin saber cómo seguir hablando. Ellas le miraban con ternura, como si supieran qué pensaba exactamente. Por supuesto que lo sabían, la conocían de toda la vida. Si ellas no sabían qué pensaba nadie en el mundo lo sabría. Podía soltar todo lo que llevaba dentro, con ellas podía.

—Le miro y... se revoluciona todo en mi interior. El corazón, el estómago, el cerebro deja de funcionar como debería, incluso olvido cómo coño se habla. No sé qué hacer. Porque me

muerdo de ganas por decirle que quiero estar con él siempre, a todas horas, en todo momento... pero él no quiere.

—¿Se lo has preguntado? —Apuntó Anna sonriéndole.

Negó con la cabeza. Ya lo habían hablado cuando volvieron de Inglaterra y él había sido claro diciendo que no podían fingir tener algo que en realidad no tenían. Pero en esos nueve días que habían pasado sin estar juntos le había echado de menos demasiado. Y él... A veces le parecía que también se moría de ganas por quedarse con ella pero igual era su maldita imaginación pro-David.

—Deberías hablar con él —dijo Caroline interrumpiendo sus

pensamientos—. Decirle lo que sientes y que os debéis una oportunidad.

—¿Y si dice que no?

—¿Y si dice que sí? —Contestó

Anna.

—Pero... no sé qué decirle.

—Joder, Jenny —rio la morena—.

Eres la mismísima Jennifer Scott. Has sido el terror de los penes de esta ciudad y de medio país. ¿Me estás diciendo que no sabes cómo hablar con un tío?

—No es lo mismo, Anna —exclamó mirándola mal—. Esto no es tan sencillo como ir a un tío cualquiera que no conozco e intentar ligármelo para echar un polvo con él...

—Aquí estamos hablando de estar

enamorada.

Se volvió a mirar a Caroline con los ojos muy abiertos y dispuesta a decirle que ella no estaba enamorada pero se quedó con las palabras atascadas en la garganta y abriendo la boca para luego cerrarla.

—Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba enamorada —le murmuró la rubia a Anna.

—Ay, Jen... te has pillado por el canguro... Esto es genial. Ya era hora de que sentaras la cabeza con algún tío, aunque sea con el capullo de David.

Jenny seguía impactada por la revelación que acababa de tener. Enamorada de él. Enamorada de David Hill. ¿Lo estaba en realidad? Sí, claro



que lo estaba. Pestañeó acostumbrándose a la sensación de acabar de descubrir que quería a David. Lentamente empezó a sonreír y miró a sus amigas que estaban observándola con cautela, como con miedo de que fuera a empezar a despotricar en cualquier momento.

—Estoy enamorada —susurró—. Me cago en la puta. Lo estoy.

—Eres la leche expresándote, Jen —rio Carol.

—Tienes que decírselo —soltó Anna—. Sal ahí fuera y díselo.

Jenny empezó a ponerse nerviosa.  
—Pero... ¿cómo se lo digo? ¿Así sin más? Voy y le digo: David, te quiero, quiero que estemos juntos.

Parecería que estoy declarándome a un niño en la escuela.

Las tres se echaron a reír.

—No te preocupes, Jen —dijo Carol cogiendo su mano—. Cuando empieces a hablar te saldrá solo.

Asintió.

—Bueno —empezó Anna poniéndose de pie—. Será mejor que salgamos ahí fuera antes de que empiecen a preguntarse dónde está la estrella de la noche.

Las otras dos se levantaron también y Jenny aprovechó para abrazar a sus amigas.

—Gracias, chicas, no sé qué haría sin vosotras.

—Probablemente seguir enredada

en una vida de sexo desenfrenado y sin tapujos —dijo Anna apoyada en su hombro—. Yo quiero eso...

—Mentira —apuntó Caroline—. Tú quieres a Gary.

La pequeña le lanzó una mirada asesina.

—Es verdad —rio Jenny—. Parece que está habiendo acercamiento, ¿eh?

—No hay ningún acercamiento —se cruzó de brazos—. No hay nada con Gary.

—Annie, cariño... ¿cuándo dejaréis de ser tan estúpidos y hablaréis claramente de vuestros sentimientos?

—No me toques la moral, Carol. Que tú y Will seáis el colmo de la felicidad y del mundo de las piruletas no

tiene nada que ver con el resto de las personas del mundo. Gary es un estúpido y seguirá siéndolo siempre.

Caroline la miró con cariño.

—¿Sigues enfadada por lo de la pelirroja?

Jenny miró a su amiga y después a Anna. ¿Qué pelirroja? Se había perdido algo.

—No saques ese tema —dijo la morena entre dientes—. No quiero hablar de eso.

Abrió la puerta del baño y salió dando grandes zancadas, dejando a Caroline y Jenny dentro con tres palmos de narices.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso? —le preguntó Jenny.

—Mientras estuviste en Inglaterra montándotelo a lo loco con David...

Jennifer rio y le dio un golpe cariñoso en el brazo, su amiga sonrió en respuesta.

—Resulta que aquí la vida siguió a su ritmo habitual, solo que Gary empezó a rondar más a Anna. No sé, empezó a ir con ella a todas partes. Le abría la puerta del coche, le sonreía más, le reía las gracias aun cuando eran una mierda de chistes... ¡Incluso aguantó su histeria todas las noches cuando empezaba a gritar que no le iba a dar tiempo a terminar tus trajes! Will y yo nos íbamos de casa, al cine, a donde fuera con tal de escapar de su locura. Pero Gaz se quedaba con ella, paciente,

acariciándole la mano, aguantando sus chillidos de demente. Hasta que llegó un día en que salimos los cuatro por ahí y él se emborrachó muchísimo, demasiado.

—Y la cagó liándose con otra — adivinó.

Caroline asintió con la cabeza.

—Justo cuando ella parecía estar dando su brazo a torcer, cuando parecía que iba a dejar caer esa coraza que se pone con él... Coge el muy idiota y se enrolla con una pelirroja que estaba en Ozzy's —negó con la cabeza recordándolo—. Anna los vio irse de la discoteca más que acaramelados y se echó a llorar. No lo admitirá si se lo preguntas porque al día siguiente hizo

como si nada hubiera pasado pero le dolió mucho, muchísimo.

—Pero parece que siguen estando como siempre.

—Claro, porque ella está loca por él. Los primeros días actuaba como si no existiera, incluso le ignoraba si le hablaba. Hasta que un día se sentaron a hablar y supongo que él le pidió perdón. Después de eso han seguido como siempre. Bueno, no exactamente igual porque Anna ha vuelto a activar el campo de fuerza a su alrededor impidiendo que él pueda traspasarlo.

—Vaya... Con la buena pareja que hacen.

—Sí, pero ya verás cómo lo arreglan. Los dos se quieren y eso es

algo que, antes o después, termina siendo lo único y lo más importante.

Jenny asintió pensando en ella misma al escucharla decir eso.

—Vamos fuera, Carol, será mejor que haga acto de presencia en esta maldita fiesta.

—Sí, sal a buscar a David y declárale tu amor —rio agitando los brazos en el aire.

Jenny rio y pasó un brazo por los hombros de su amiga. Abrieron la puerta y salieron al centro de la planta del Four Seasons donde todo el mundo bebía y reía. Caroline fue con William que inspeccionaba la zona de los canapés y Jenny fue a buscar a David. A lo lejos vio a Jason Prescott y decidió



escabullirse yendo hacia el otro lado, pasando agachada por detrás de todo el mundo con el que se encontró. Sonrió disimuladamente a un par de personas que la miraron sin saber por qué andaba de esa manera tan extraña. Probablemente pensarían que estaba borracha y no les resultó raro.

Siguió caminando por la gran sala y llegó a la terraza. Las maravillosas vistas de Nueva York al fondo hacían de ese sitio un lugar mágico. El cielo estaba totalmente despejado, se veían las estrellas y una luna preciosa en cuarto menguante. Los rascacielos y las pequeñas luces en sus ventanas hacían que te quedaras sin aliento. Buscó entre la gente y le vio. Su inconfundible pelo

moreno soltaba reflejos bajo las tenues luces que alumbraban la terraza. Sonrió y salió fuera, dispuesta a ir hasta él y decirle lo que sentía. Su corazón comenzó a latir más fuerte. Conforme iba acercándose a él vio que hablaba con alguien. Estaba de espaldas a ella y no podía ver de quién se trataba. Giró un poco a la derecha para poder ver quién era.

No era posible.

Ese pelo rubio, largo y rizado. Esos ojos marrones demoníacos. Esa sonrisa de zorra.

No podía ser...

La chica que hablaba con David giró ligeramente la cara y se le quedó mirando. Su sonrisa se amplió hasta

parecer una mueca propia del mismísimo Joker.

Lydia "Zorra" Jamison.

¿Qué coño hacía ella allí?

Se quedó paralizada a dos pasos de ellos mientras la muy asquerosa abría la boca para hablar.

—Hola, Jenny, ¿no te alegras de verme?

## *Dieciocho*

Su alma había abandonado su cuerpo. Estaba ahí plantada pero era como si estuviera viendo todo desde fuera.

La zorra de Lydia estaba hablando con David, con su David. Y no solo hablaba con él, había tenido la desvergüenza de poner una mano sobre su brazo con toda la familiaridad del mundo. Les miraba sin reaccionar, aguantando las ganas de lanzarse a por la rubia y partirle la cara. Se lo debía desde hacía mucho tiempo.

—Jenny, ¿estás bien?

La voz de David devolvió su alma dentro de su cuerpo y pudo reaccionar antes de parecer todavía más estúpida. Sonrió todo lo falsa que pudo y miró a Lydia. Ella seguía sonriendo como el Joker y no había apartado la mano del bíceps de David. Tampoco pudo pasar desapercibido el hecho de que él no pareciera nada incómodo ante ese contacto.

—Hola, Lydia. Claro que me alegro de verte —dijo dejando claro por el tono de su voz que eso era totalmente falso—. ¿Qué haces tú aquí?

—Jason me invitó.

Por supuesto. Que fuera una de las pocas cantantes de su sello discográfico

que se la chupaba en su despacho la convertía en una de sus acompañantes a muchos eventos. Zorra.

—Lydia me estaba contando que trabajasteis juntas una temporada.

Jenny se volvió a mirar a David con una sonrisa totalmente tensa.

—Ah, ¿y también te ha contado que fue al programa de Oprah a ponerme verde hablando de mi adicción a las drogas y diciendo que durante mis giras follaba con los empleados de los hoteles?

Se cruzó de brazos y lanzó una mirada gélida a Lydia. David se volvió a mirarla con gesto de sorpresa.

—Vamos, Jen... —dijo la rubia apartando la mano de él para agitarla en

el aire—. Ya te pedí disculpas por eso, ¿recuerdas?

—No me llames así, Lydia —siseó mirándole con rabia—. Y tus disculpas quedaron ligeramente cubiertas de mierda gracias a tu actuación con Nick.

—Pero si vosotros no erais novios —rebatió la rubia con falsa inocencia—. No teníais nada serio. Dijiste muchas veces que no pensabas casarte con él...

David se tensó al escucharla decir eso. Sabía que Jenny había tenido novios y ligues, pero jamás había oído hablar acerca de boda con ninguno de ellos. Y además, ¿quién era Nick? Esas dos parecían conocerse demasiado bien, aparte de llevarse como el perro y el

gato.

—Mira, Lydia —interrumpió Jennifer mirándola muy fijamente—. No sé qué coño haces aquí ni me importa, pero quiero que te vayas de mi fiesta. No quiero verte ni en pintura.

—Vamos, Jenny, todo eso pasó hace siglos. ¿No podemos comportarnos como personas adultas y civilizadas?

Respiró fuertemente dilatando por completo las aletas de su nariz, cabreándose más y más a cada segundo que pasaba. David se apresuró a cogerla de la mano y la miró fijamente. Ella levantó la vista para encontrarse con sus ojos. Inmediatamente la paz invadió su cuerpo y sintió cómo la rabia se alejaba, aunque no por completo. Suspiró con



fuerza y volvió a mirar a Lydia que seguía ahí plantada con esa sonrisa de falsa inocencia.

—Está bien —aceptó no muy convencida—. Pero no se te ocurra abrir la boca para decir ninguna estupidez de las tuyas.

La rubia asintió y al moverse sus falsas tetas siliconadas saltaron en su pecho. Vio a David mirarlas y sintió la ira de nuevo corriendo por sus venas.

—Le decía a David —empezó poniendo una mano sobre su hombro— que no nos veíamos desde la gira de dos mil nueve de Brittany.

Jenny miró a su canguro enarcando las cejas.

—¿La conoces? —preguntó

sorprendida.

—Sí, cuando trabajé con Brittany colaboraron en un tema, así que me tocó coincidir con Lydia varias veces.

—David es una persona maravillosa.

No pudo obviar la manera en que envolvió la palabra maravillosa con un halo de deseo y clara connotación amorosa. Se tensó completamente. Si David se había tirado a Lydia "Zorra" Jamison le iba a dar un infarto. O aún peor, ¿y si habían tenido una historia de amor duradera? Necesitaba una copa.

—Fue una pena que perdiéramos el contacto —casi cantó la rubia dando un paso más hacia él y acariciando su brazo. David creyó escuchar un rugido

procedente de Jenny—. Te voy a dar mi tarjeta para que me llames cuando quieras, estoy disponible siempre para ti, sin ningún problema.

Empezó a buscar en su minúsculo bolso y le tendió la mano en la que sujetaba una tarjeta. Jenny rodó los ojos al ver que seguía teniendo la costumbre de llevar esa manicura horrible. David cogió la tarjeta ligeramente incómodo y sonriendo simplemente por caballerosidad.

—D-de acuerdo, Lydia. Gracias.

Justo en ese momento la rubia vio a alguien que conocía y a la que tenía que torturar al igual que a ellos: Anna.

—¿Está Gary por aquí? —le preguntó a Jenny.

—Ni se te ocurra acercarte a él — le amenazó acercándose más a ella—. No te acerques a Gary, ni a Anna, ni a ninguno de mis amigos.

—Sabes que él se morirá de ganas de verme —rio malévolamente.

—No lo creo, sigue acordándose de la ETS que le pasaste cuando estuvisteis juntos.

Sonrió encantada al ver la cara que se le quedó a la rubia tras sus palabras. Lydia la miró con sus ojos castaños llenos de rabia y frunció los labios con fuerza. Se apartó el pelo del hombro con teatralidad e hizo un mohín indignado. Jenny se cruzó de brazos triunfante.

—No tengo por qué aguantar estas mentiras —soltó Lydia empezando a

caminar hacia el interior de la suite.

—Me alegro —dijo Jenny volviéndose a mirarla mientras se iba—. Porque yo no tengo ganas de aguantarte a ti.

La vio pasar al lado de Anna sin mirarla siquiera, pero su amiga sí la vio y volvió la cabeza observándola mientras andaba, con sus ojos grises llenos de odio reprimido. En cuanto Lydia desapareció dentro de la suite Anna miró a su amiga y respiró hondo justo antes de enseñarle los dientes haciendo una mueca y fingir que arañaba al aire. Jenny rio con su gesto de odio.

—¿Me puedes explicar qué coño pasó entre vosotras para que te comportes así con ella?

Se volvió a mirar a David que parecía realmente impactado y curioso por la situación. Jamás pensó tener que contarle algo así a él, principalmente porque era algo que había pasado hacía cinco años y permanecía enterrado entre los pocos recuerdos de sus primeras giras de conciertos. Tomó aire y optó por cambiar el rumbo de las preguntas.

—¿Y tú me puedes explicar por qué esa zorra te comía con la mirada y decía lo maravilloso que eres? ¿Qué coño sabe ella sobre ti?

David enarcó una ceja y sonrió burlón.

—¿Celosa de nuevo, Jennita?

—La verdad es que sí —admitió mirándole enfadada—. Una explicación

por tu parte no estaría mal.

—No creo que este sea el sitio más adecuado para hablar —miró a su alrededor—. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí a un lugar más tranquilo?

—Esta fiesta es por mí, si no estoy me echaran en falta...

—Como quieras —soltó con claro tono de decepción.

Jenny le miró detenidamente. Sus labios dibujaban una línea recta y sus ojos estaban entretenidos mirando el último piso del Empire State Building con sus luces rojas y amarillas. Si quería hablar con él y decirle lo que sentía tenían que irse de esa fiesta. Quería saber qué había pasado con Lydia, saber qué tenía él que ver con esa

zorra transmisora de enfermedades sexuales. Y quería besarle, tocarle, abrazarle, sentirle cerca de ella...

Cogió lentamente una de sus manos y él se volvió a mirarla con la decepción todavía latente en sus ojos azules.

—De acuerdo, vámonos —susurró sonriéndole cálidamente.

Él asintió con la cabeza sin cambiar el gesto de su cara, aunque Jenny percibió un ligero cambio en su mirada.

Salieron de la suite como quién no quiere la cosa. Nadie reparó en que se iban excepto Gary.

—¿Os marcháis? —preguntó arrastrando ligeramente las palabras. Llevaba una copa con alguna bebida de



tono verdoso, a saber qué sería eso.

—Sí, Gaz, no quiero estar en el mismo lugar que Lydia.

Gary abrió mucho los ojos y miró de un lado a otro frenéticamente.

—¿Lydia está aquí? ¿La asquerosa clamidiense?

Jenny rio ante su apodo.

—La misma. Antes ha preguntado por ti —se acercó a él y puso una mano en su hombro—. No la fastidies, Gaz, no hagas nada de lo que luego te arrepientas.

Él asintió solemnemente con la cabeza.

—No hagas nada que pueda hacer daño a Anna.

Gary la miró a los ojos con un

brillo de sorpresa que se tornó en comprensión. Asintió lentamente.

—Jamás haría nada que hiciera daño a Anna —susurró.

—Pues no la cagues esta noche.

—Te lo prometo, Jen —sonrió y se acercó a darle un beso en la mejilla.

Ella sonrió y le despeinó un poco el pelo.

—Pasadlo bien, chicos —les dijo antes de dar un sorbo a su bebida—. Os cubriré si alguien pregunta por vosotros. Se me da bien lo de inventar excusas.

Les regaló su mejor sonrisa, palmeó la espalda de David y se dio la vuelta para volver a la fiesta. Ellos dos entraron al ascensor y bajaron en completo silencio. De repente Jenny se

volvió a mirarle.

—¿Cómo vamos a salir de aquí sin que las hienas nos vean?

—Tengo contactos en todas partes, Jennita —sonrió de esa manera ladeada tan perfecta.

Sus contactos, sus jodidos contactos, eran los pinches de la cocina. Tuvieron que salir por la puerta de la basura vestidos con los trajes blancos de los cocineros manchados de salsas y algo rojo que Jenny rezó para que no fuera sangre. Siguieron calle abajo pasando desapercibidos entre la gente hasta que cogieron un taxi. El taxista ni siquiera reparó en quién era ella. Con ese horrible gorrito blanco y llena de manchas nadie hubiera dicho que era

Jennifer Scott.

—A la cuarenta y siete con la octava, por favor.

Jenny giró la cara para mirar sorprendida a David.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

Se le quedó mirando unos instantes. ¿Su casa? Jamás había estado en su apartamento, jamás le había hablado de dónde vivía. La cuarenta y siete estaba en el centro, cerca de Times Square, en Broadway. Empezó a divagar acerca de cómo sería su apartamento. Sería diminuto teniendo en cuenta el tamaño de los pisos en Nueva York y, sobre todo, en el centro. Fue sumida en sus cavilaciones acerca de cómo sería el

apartamento de David mientras miraba por la ventanilla. Él no abrió la boca en todo el trayecto, en parte nervioso porque iba a llevarla a su casa y no solía llevar a nadie allí, y en parte también porque no sabía qué tipo de conversación iban a mantener una vez llegaran.

El taxista se detuvo justo frente al portal de su edificio, David le pagó y ambos salieron con los trajes de pinches todavía, no habían pasado desapercibidos hasta allí para que reconocieran a Jennifer justo en la puerta de su casa.

—¿Qué piso es? —quiso saber ella mirando hacia arriba para ver la altura del edificio.

—El segundo.

—¿Ascensor?

—¿Para dos tristes pisos? Venga,

Jennita, mueve ese culo escaleras arriba.

Ella bufó y empezó a subir las escaleras que llevaban al portal, él abrió la puerta y la dejó pasar delante con un educado movimiento de brazo. La entrada era normal, con unos buzones negros con pinta de antiguos y con paredes pintadas en un horrible color verduzco. El suelo estaba cubierto de moqueta. Intentó no pensar en la cantidad de gérmenes que habría. Subieron las escaleras apoyados en el pasamanos y llegaron al segundo piso.

David adelantó a Jenny y sacó las llaves, se acercó a la puerta que tenía la

letra A encima y la abrió. Dejó que Jenny pasara delante y ella entró despacio, concienciándose para no poner mala cara viera lo que viera. Se había acostumbrado al lujo y a vivir como ella vivía. Era feo decirlo, pero los cuchitriles neoyorkinos eran lo peor en el mundo. Ojalá el apartamento de David no lo fuera.

Él encendió las luces y se quedó atónita.

No era un cuchitril, para nada. Era una especie de loft, seguro que lo había reformado porque en esa zona de la ciudad no había lofts, o por lo menos era lo que ella tenía entendido. Entraron por un estrecho pasillo que les llevó hasta un espacio diáfano donde se encontraban

la sala de estar y la cocina. Había un sofá enorme de color rojo, una mesa baja de color caoba, otra mesa con cuatro sillas negras que ejercía de zona de comedor y la cocina era negra y roja, combinando con el resto de la sala. Había dos ventanas enormes que daban a otro edificio pero por las que entraba bastante luz proveniente de las farolas de la calle. Cuando giró la cabeza a la derecha se sorprendió de encontrar un enorme piano negro. Se volvió hacia David pero no estaba tras ella.

—¿David?

—Estoy aquí.

Se giró hacia su voz y le vio en la cocina sacando una botella de agua de la nevera.



—¿Quieres algo? —preguntó manteniendo la puerta abierta.

Una cerveza, pensó. Pero no lo dijo, no quería que él se sintiera incómodo si ella bebía algo con alcohol.

—No me importa que bebas algo con alcohol —dijo al ver la expresión de su rostro.

Jenny sonrió tímidamente.

—Vale, entonces una cerveza estaría genial.

Él asintió sonriente y sacó una cerveza de la nevera.

—¿Por qué tienes cerveza si tú no bebes? —preguntó presa de la curiosidad.

—Esperaba que vinieras por aquí antes o después —sonrió al ver su

expresión sorprendida—, y quería que hubiera cosas que te gustaran.

—Muy considerado —murmuró—. Gracias.

Se acercó a ella y le dio la cerveza. Seguidamente se quitó el ridículo gorro blanco y empezó a quitarse el resto del sucio uniforme. Jenny dio un trago y le imitó rápidamente.

—No quiero saber qué son estas manchas horribles —dijo mientras lo iba dejando sobre la encimera.

—Probablemente sea...

— ¡No! No lo digas. No quiero saberlo.

David rio al ver su cara.

Dejaron los "disfraces" en la cocina y se sentaron en el sofá. Jenny no podía

dejar de mirar de un lado a otro. Ese apartamento era precioso. Las paredes de color hielo, las cortinas con dibujos orientales en gris y negros, la pantalla plana, los cuadros que adornaban las paredes... Todo combinaba creando armonía. Jamás creyó que él pudiera vivir en un lugar como ese.

—¿Sorprendida? —preguntó al verla mirar todo de esa manera.

—Bastante. No me esperaba que tu casa fuera a ser así.

—Me alegro de sorprenderte.

—Hablando de sorpresas... —se volvió a mirarle.

—Sí. Lydia. Quieres saber de qué la conozco y si ha pasado algo entre nosotros.

Lo dijo con tono cansado, como si supiera perfectamente lo que ella pensaba decirle. Le miró frunciendo el ceño.

—Efectivamente.

—Conocí a Lydia cuando colaboró con Brittany hace unos tres años. Por aquel entonces yo era el canguro de Britt.

Rodó los ojos al escucharle llamarla así.

—¿Qué pasa? —le preguntó al verla.

—¿Britt? —enarcó una ceja.

—Así es como todos de su círculo la llamaban —se encogió de hombros. Se quedó observándola detenidamente un instante—. Venga, Jenny,

pregúntamelo.

—¿Yo? ¿El qué?

—Si me tiré a Brittany Mason.

Frunció los labios con fuerza y cerró los ojos. Jodido gilipollas que podía leer su mente.

—Vale —soltó mirándole rudamente—. ¿Te la tiraste?

—No, no me la tiré. ¿Contenta?

—Estaré mucho más contenta si me dices que no te tiraste a Lydia "Zorra" Jamison, eso es algo que no sé si podría soportar.

—Pues te informo de que no llegué a tirármela.

Dejó salir todo el aire de sus pulmones.

—Gracias a Dios... —pensó un

nanosegundo en lo que él acababa de decirle—. Un momento, ¿no llegaste a tirártela? ¿Eso quiere decir que pasó algo entre vosotros?

—Tuvimos algo pero no fue más allá de un par de achuchones en un momento de calentón —Jenny frunció con fuerza los labios, él la miró serio—. ¿Y qué pasaría si lo hubiera hecho? ¿Acaso tú no te has acostado con más hombres aparte de mí?

Eso la hizo bajar la mirada ligeramente incómoda. Se había acostado con demasiados hombres aparte de él, muchísimos, una cantidad que jamás le confesaría a nadie.

—Entonces no entiendo por qué te pones así porque exista la posibilidad

de que me hubiera acostado con ella.

—Me pongo así porque es ella. Porque es la zorra de Lydia.

David la miró y vio cuantísimo le enfadaba hablar de eso. Ahí detrás había más cosas de las que él pensaba, seguro.

—¿Qué pasó con Lydia? —le preguntó con suavidad, sabiendo que esa era la manera en que debía tratar ese tema con ella si no quería que se pusiera como una loca histérica.

—Pasó que es una hija de puta.

David bufó al escucharla.

—Vale, te lo contaré. Pero que conste que ocurrió en un periodo de mi vida en el cual vivía en una especie de borrachera constante y de la que no recuerdo demasiado. —Hizo una pausa

para tomar aire—. Carlo trajo a Lydia para que formara parte de mi coro durante mi primera gira. Nos llevábamos muy bien porque ella era como yo: fiestera, jueguista y sin complejos. Nos divertíamos mucho juntas.

Hizo una pausa recordando. Negó con la cabeza.

—Entonces yo estaba liada con Nick, un miembro del equipo de montaje del escenario que iba con nosotros a todas partes donde actuaba. Después del concierto de Denver me propuso matrimonio.

David la miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, lo sé, una locura. Era muy



impulsivo y luego descubrí que también estaba mal de la cabeza.

—Si salía contigo estaba claro que tenía que estarlo.

Jenny le lanzó una mirada envenenada y él rio despreocupado.

—Perdona —dijo cogiéndola de la mano—, continúa.

—No más comentarios de ese tipo, Hill —le amenazó, él asintió con una sonrisita en su perfecto rostro—. Bueno, me pidió matrimonio y yo le dije que estaba loco, que no estaba preparada para casarme con él. Así que eso provocó un ligero parón en nuestra relación. Justo en esas fechas Lydia fue invitada al programa de Oprah junto con un par de coristas de otros cantantes

para contar qué tal era eso de hacer los coros para estrellas del pop. La muy zorra contó que yo estaba enganchada a la cocaína y que me tiraba a los trabajadores de los hoteles en los que nos alojábamos. Casi me da algo cuando la vi en la televisión diciendo esas cosas como si nada, como si fuera lo más normal del mundo. ¡Menuda zorra!

Respiró hondo intentando tranquilizarse.

—Admito que algunas de las cosas que dijo eran ciertas, pero eso no le daba derecho a contarlo y menos en el mismísimo programa de Oprah que es líder de audiencia día sí y día también. A mi padre casi le da un infarto cuando lo vio —negó con la cabeza recordando

la llamada histérica de George—. Me metió en un pozo de mierda con todo eso. Cuando volví a verla, un par de días después en un ensayo, Will tuvo que agarrarme para evitar que le partiera su asquerosa cara de zorra.

David rio entre dientes. No era una imagen demasiado complicada de imaginar.

—Me dijo que le habían obligado a decir esas cosas para dar más morbo al programa, que le dieron una especie de guion con lo que tenía que decir. Yo no me lo creí del todo aunque tampoco le di demasiadas vueltas, siempre me ha importado muy poco lo que la gente opine de mí y lo que se pudiera decir en los medios. Carlo fue el que sufrió

realmente los efectos de las palabras de Lydia. Le convencí para que no la despidiera. Volví a mi mundo de alcohol y borracheras, con ella. Fui una estúpida por creer lo que me dijo, por confiar en cierta manera en ella.

Negó con la cabeza a la vez que reía sin emoción. Dio un trago a su cerveza. Se quedó mirando la televisión apagada.

—Cosa de un mes después, Nick y yo volvíamos a estar bien, o al menos eso creía yo. Una noche salimos todos juntos y terminamos dispersos por ahí, como solía suceder muchas veces que salíamos de juerga. Yo volvía al hotel con Will, Carol y Gary. Abrí la puerta de la habitación que compartía con Nick

y me los encontré ahí, follando como dos depravados. La muy hija de puta se estaba tirando a mi novio.

Apretó los puños recordándolo. Soltó todo el aire de sus pulmones intentando calmarse. El pasado era pasado.

—Entonces sí le pegué —rio algo más alegre—. La cogí del pelo y la tiré de la cama. Pero, como siempre, Will me fastidió la diversión al escuchar los ruidos y venir corriendo a mi habitación. Si no me llega a apartar de ella juro por Dios que le hubiera partido esa nariz aguileña que tiene.

—¿Y en qué parte de toda esta historia entra Gary? —preguntó él algo perdido.

—Gary es un hombre, David —  
sonrió amargamente volviéndose a  
mirarle—. Lydia solo tuvo que  
coquetear con él una noche que se  
encontraron de casualidad cuando  
volvimos a Nueva York después de la  
gira. Esas tetas de diez mil dólares  
tenían que dar sus frutos de alguna  
manera, y ella siempre se asegura de que  
queden bien visibles para el resto del  
mundo.

David asintió con la cabeza, sabía a  
qué se refería.

—Eso estropeó las cosas entre  
Anna y él, aunque en realidad jamás han  
estado demasiado claras entre ellos. Sé  
que Lydia lo hizo solamente para  
hacerme más daño. Es una envidiosa y

sé que se acostó con Gary para intentar romper los lazos que tenemos entre los cinco. Por suerte no lo consiguió, aunque Anna se negó a saber nada de Gaz durante mucho tiempo.

Se quedaron en silencio un rato que Jenny aprovechó para terminar su cerveza. Sintió los dedos de David acariciando la palma de su mano. Levantó la vista y se encontró con sus ojos azules.

—No estoy interesado en Lydia — dijo mirándola con intensidad.

Jenny asintió sintiéndose muy nerviosa de repente.

—Hay alguien que me interesa mucho más —siguió sin dejar de acariciar su mano.

Ella bajó la mirada notando como su corazón se aceleraba sin que pudiera hacer nada por impedirlo. También sintió un rubor horroroso acudiendo a sus mejillas. Él colocó uno de sus dedos bajo su barbilla y la levantó ligeramente para que le mirara de nuevo. Jenny enfocó su mirada en él y tragó en seco. Que hiciera uso de su mejor sonrisa no ayudó para nada a que se serenara.

—Jenny... —susurró con los dedos bajo su barbilla todavía—. No sé qué es esto que tenemos, no sé qué coño me está pasando contigo, pero jamás me había sentido así por nadie.

Ella sonrió tímidamente.

—Me siento feliz contigo —siguió él apartando la mano de su rostro



finalmente—. Todo es mucho mejor desde que te conocí. Aunque no me gusta nada el sentimiento sobreprotector que has causado en mí. Me pongo demasiado celoso cuando otros hombres te miran, sobre todo el estúpido de Josh.

—A mí me pasa lo mismo con otras mujeres —murmuró ella.

—Ya había oído algo sobre eso —rio divertido.

—¿Disfrutas viéndome celosa?

—Bastante, la verdad.

—Imbécil...

David soltó una carcajada. El ambiente perdió parte de la tensión que se había creado cuando él comenzó a hablar.

—¿Qué se supone que tenemos que

hacer ahora?

Ella se le quedó mirando sin entenderle.

—Vamos, Jenny, tú y yo. Juntos. El ying y el yang. Blanco y negro. Agua y aceite. Perro y gato...

—Deja de poner ejemplos tópicos —le cortó y tomó aire—. Está bien. Lo voy a decir y quiero que mantengas esa boca cerrada. No digas nada mientras yo hable, ¿de acuerdo?

Él asintió mirándola con cautela.

—No sé qué me has hecho en la cabeza, Hill. No sé qué has hecho para colarte dentro de mis pensamientos, dentro de mi piel y dentro de... mi corazón.

Eso era lo más difícil que había

dicho nunca. Sentía el pulso en sus oídos, atronador. Las manos le sudaban. Se incorporó en el asiento.

—Sé que somos difíciles, que tenemos una manera de tratarnos que no es normal. Pero es nuestra manera de tratarnos. Empezamos fatal, fuimos conociéndonos despacio, descubriendo cosas el uno del otro que, de una manera u otra, nos fueron uniendo más y más. El tiempo que pasamos en Inglaterra fue... —cerró los ojos y sonrió—. Vivir ajena al mundo real contigo, sin tener que aguantar periodistas, ni charlas de Carlo, ni nada que me conectara con lo que es habitualmente la vida para mí... eso fue genial y no puedo imaginar haberlo vivido con otra persona que no

fueras tú —se levantó del sofá y caminó hacia la ventana—. Volvimos aquí y yo solo quería que te quedaras conmigo todas las noches, que me abrazaras antes de dormir como hacías en Inglaterra, pero tú dijiste que las cosas no funcionarían y me lo creí. Lo creí porque tenía miedo de que se jodiera de verdad, pero jamás fue lo que quise realmente.

Se quedó mirando por la ventana las luces de la casa de enfrente. De repente una señora mayor apareció caminando lentamente ayudada de un bastón. La observó hablando con un gato que la seguía con la cola levantada.

—Jamás creí realmente las cosas que te dije.

La voz de David muy cerca de su oído la sobresaltó. Se giró y se lo encontró de pie a dos pasos de ella.

—Todas las noches me venía a casa hecho un asco por no poder quedarme contigo. No había nada que quisiera más que pasar todas las horas del día contigo, Jenny. No hay nada que quiera más en este mundo que estar contigo, siempre, hasta que tú me quieras a tu lado. Pero te advierto que no haré nada para que me apartes de ti porque yo... —tomó aire profundamente—. Estoy enamorado de ti.

Ella sonrió y él la imitó. De repente Jenny sintió que le picaban los ojos y el calor inundó su pecho. Abrió la boca para decir lo que quería decir pero no

supo cómo hacerlo. Jamás le había dicho a nadie que estaba enamorada porque en realidad jamás lo había estado. Volvió a cerrar la boca y vio la confusión cruzar el rostro de David. Frunció el ceño y dio un paso más hacia ella.

—Jenny, yo...

—Calla —llevó una mano hasta su pecho y le paró en su avance—. Si no lo digo creo que me pondré histérica.

Él rio y le resultó el sonido más maravilloso del mundo entero.

—Yo también estoy enamorada de ti, David.

Sintió que se deshacía de un peso enorme y las mariposas ya volaban a sus anchas dentro de su pecho. Él sonrió y

esa sonrisa quedó archivada en su memoria.

—Te quiero, niñata consentida, creída y malhablada —susurró él dando el último paso que les separaba. Puso las manos en su cintura.

—Yo también te quiero, chulo prepotente y cargante —murmuró sonriendo justo antes de que los labios de David entraran en contacto con los suyos.

## *Diecinueve*

A la mañana siguiente el mundo era de color de rosa, estaba lleno de algodones de azúcar y de conejitos con lazos en las orejas que saltaban de un lado a otro acompañados de una melodía romántica capaz de provocar urticaria.

Despertó sola en la cama y, de no ser porque esa habitación no era suya y porque estaba desnuda, hubiera creído que lo de la noche anterior había sido un sueño. Sonrió como nunca acurrucándose entre las sábanas de



David, aspirando el aroma de su almohada como una estúpida quinceañera. Incluso pataleó un poco presa de la felicidad que la embargaba.

—Buenos días, Jen...

Se incorporó rápidamente y le vio parado delante de la puerta del cuarto de baño llevando solamente una toalla. Acababa de salir de la ducha y su pelo mojado tenía un tono más oscuro, su piel todavía estaba cubierta por diminutas gotas que se deslizaban entre sus abdominales y su rostro parecía mucho más bello que de normal. Escuchó la música de un arpa y vio un conejito saltando a sus pies. Pestañeó justo antes de agitar la cabeza. El amor la había vuelto gilipollas.

—¿Qué pasa? —Le preguntó al ver su reacción.

—Me trastornas, Hill —se apoyó sobre un brazo recostándose de nuevo—. Tu jodida perfección me hace enloquecer.

Él rio avanzando hasta la cama. Se sentó y agitó la cabeza haciendo que algunas gotas de agua cayeran sobre ella, que gritó y se tapó con la sábana para evitarlas.

—¿Qué tal has dormido?

—De maravilla —contestó apartando la sábana de su cara—. ¿Y tú?

—Ha sido una noche entretenida.

—Ah, ¿sí?

—Teniendo en cuenta que hablas en sueños...

La miró levantando una ceja y una sonrisa burlona apareció en su rostro. Jenny se incorporó lentamente. Por supuesto que sabía que hablaba en sueños, como si eso no le hubiera traído suficientes problemas en la vida. Una vez durmió con Anna y dijo algo acerca de lo mucho que odiaba ir de compras con ella. Su amiga estuvo de morros durante una semana. William también la escuchó decir una vez algo acerca de un consolador y eso fue lo que recibió de regalo por su cumpleaños, acompañado de una nota que decía: el regalo de tus sueños. Odiaba hablar mientras dormía pero no podía hacer nada por evitarlo.

—¿He dicho algo raro? —casi cruzó los dedos.

—Dijiste cosas peores cuando estábamos en Inglaterra.

—¿Qué? —chilló.

—No te lo había dicho porque pensaba que era fruto del estrés o algo así, pensé que no lo hacías normalmente —se encogió de hombros.

—¿Qué te dije?

—Decías cosas sin sentido. Nombrabas a tus amigos, insultabas a Carlo, decías no sé qué de un canguro que te hacía perder los papeles... Una vez dijiste que si hubieras sido mi novia hubiéramos ido juntos a la boda del Príncipe William y Kate.

Jenny se dejó caer hacia atrás en la cama tapándose la cara con la mano. Él se echó a reír.

—Eso te tenía realmente traumatizada.

—Maldita sea Anna y sus chismes sobre la realeza... —murmuró entre risas.

—Pero esta noche ha sido mucho más interesante.

Se tumbó a su lado en la cama, apoyándose sobre un codo, y apartó el pelo de su cara con cariño. Ella le miró expectante.

—Has pronunciado mi nombre una cantidad de veces que debería preocuparte.

Soltó un gemido y él rio armoniosamente.

—No pasa nada, me ha gustado —acarició su mejilla—. También has

nombrado a Lydia un par de veces, creo que incluso has dicho algo de Brittany.

—Espero que todo referente a ellas fuera malo.

—Seguro, el tono de tu voz indicaba que en tus sueños debías estar pateándoles el culo.

—Me alegro —sonrió encantada.

—Has dicho que me querías.

Sintió el rubor en sus mejillas de nuevo.

—Pero eso ya lo sabías...

—Ya, pero me gusta escucharlo.

David sonrió y se agachó a besarla. Primero despacio, suave, cuidadoso, plasmando sus sentimientos en cada movimiento de sus labios. Pero lentamente, y de manera inevitable por

parte de Jenny, se tornó en un beso apasionado y lujurioso. No podía evitarlo. David Hill la hacía perder el control, la enloquecía por completo, sus instintos primarios controlaban sus movimientos y solo podía pensar en sexo, sexo y más sexo.

Volvían a estar los dos desnudos dentro de la cama, con las piernas enredadas en el cuerpo del otro, con sus lenguas recorriendo su piel entre jadeos y suspiros entrecortados cuando el móvil de David empezó a sonar en la mesilla.

—No contestes —susurró ella sobre la piel de su cuello.

Él negó con la cabeza mientras mordisqueaba uno de sus pezones

haciendo que gimiera. El móvil dejó de sonar poco después y ellos siguieron inmersos en sus caricias. Jenny pasó los dedos por todo su torso, maravillándose. Le besó con necesidad, sintiendo que jamás se cansaría de esos labios.

El móvil comenzó a sonar de nuevo. Eso le hizo rodar los ojos y se apartó de David.

—¿Podrías por lo menos ponerte otro tono de llamada? —Soltó haciendo que él riera—. Odio el ring ring de tu móvil.

—No lo escuches —murmuró llevando una mano al interior de sus muslos y haciendo que se olvidara por completo del teléfono.

Pero el maldito cacharro no tenía



intención de dejarles tranquilos porque volvió a sonar una tercera vez.

—¡Joder! —gruñó David incorporándose—. ¿Quién coño es tan pesado?

Cogió el teléfono y contestó sin mirar el nombre en la pantalla.

—¿Quién es? —inquirió apoyándose en las almohadas de la cama.

Jenny le observaba con picardía, acariciando su brazo y acercándose a él sin preocuparle con quién hablara. Intentó empujarla a un lado aguantando la risa, pero ella se metió debajo de las mantas y siguió jugueteando.

—Necesitaré diez minutos —contestó a quien fuera con quien

hablaba.

Un tocamiento inesperado bajo las sábanas le hizo dar un respingo.

—Que sean veinte mejor —  
rectificó intentando poner tono profesional a su voz—. De acuerdo, hasta luego entonces.

Escuchó la risa traviesa de Jenny.

—¿Tú crees que esto es serio? —  
Preguntó severo levantando la sábana y mirándola con esa mirada autoritaria que le ponía tanto, solo que esta vez tenía un matiz oscuro debido al deseo que hizo que su clítoris enloqueciera.

—¿Quién ha hablado de seriedad?  
—susurró consiguiendo una carcajada por parte de David.

Media hora después el Audi negro

paraba frente al edificio de Jennifer. David llegaba tarde al despacho de Carlo pero le importaba una mierda. Se despidieron con un beso fugaz en los labios y ella bajó del coche y fue hacia la puerta. Justo después de saludar a Joe con una sonrisa se volvió para mirarle por última vez. David le guiñó un ojo y ella sonrió coqueta justo antes de sacarle el dedo y entrar riendo en su portal. Él negó con la cabeza mientras reía, esa chica estaba mal de la cabeza. Pero la quería. Loca, inestable, como fuera. La quería.

Condujo hasta el despacho de Carlo y aparcó en un parking cercano. Salió caminando sin poder dejar de repetir en su mente las imágenes de la noche

anterior. Se había pasado la mitad observando a Jenny dormir, escuchando sus susurros somnolientos, riendo con cada ronquidito que soltaba, acariciando su ceño cada vez que lo fruncía fruto de algún sueño con "las zorras" (como ella llamaba a Lydia y Brittany), sonriendo como un idiota cada vez que ella había pronunciado su nombre. No podía evitar ir caminando con una sonrisa radiante en el rostro. La secretaria de Carlo le miró con sorpresa al verle tan feliz. No la culpaba, ni siquiera él recordaba de la última vez que se sintió tan bien.

—El señor Santori dice que ya puede pasar —dijo invitándole a pasar al despacho de Carlo.

—Gracias.

Asintió con la cabeza justo antes de abrir la puerta y encontrárselo con gesto serio plantado en medio de la entrada.

—Buenos días, Carlo, cuánta prisa por esta reunión inesperada —sonrió pero él permaneció serio—. ¿Pasa algo?

—No lo sé, dímelo tú.

No le gusto cómo le miraba. Ni tampoco cómo pronunció esas palabras. Había bastante reproche en ellas.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Siéntate, por favor.

Se dio la vuelta y rodeó el enorme escritorio para sentarse en su sillón de cuero negro. David hizo lo mismo frente a él en uno de los sillones blancos para las visitas. Se le quedó mirando

expectante. La verdad es que no tenía ni idea del porqué de esa reunión. Cuando le llamó por teléfono parecía enfadado, pero esa era la forma habitual de ser de Carlo así que tampoco le dio mayor importancia. Entonces, viéndole ahí sentado, con esa expresión imperturbable, supo que pasaba algo.

—Ayer desaparecisteis de la fiesta —dijo finalmente apoyando los codos en la mesa, entrelazando las manos y apoyando la nariz en ellas, mirándole fijamente con sus ojos negros.

—Sí... —¿qué excusa debía poner? —. Jenny no se encontraba demasiado bien.

Mentira cochina.

—¿Ahora la llamas Jenny?

Mierda. Se golpeó mentalmente. Nada de demostrar familiaridad con Jenny frente a Carlo porque se suponía que él no podía saber lo que había entre ellos. ¿O sí? ¿Qué más daba lo que pensara Carlo?

—Me he acostumbrado al escucharlo entre sus amigos tantas veces —mintió—. ¿Hay algún problema por ello?

—Ninguno. Mientras sepas mantener el pajarito dentro de tus pantalones no habrá ningún problema.

David enarcó una ceja involuntariamente. Se obligó a bajarla para no parecer tan sorprendido.

—No soy tonto, David. Os he visto juntos. He visto cómo la miras tú y cómo

te mira ella —bajó las manos que todavía permanecían frente a su rostro—. No hace falta ser demasiado listo para saber que entre vosotros ha pasado algo.

David le miraba serio, intentando que su rostro no demostrara nada de lo que estaba pensando.

—Supongo que no fue demasiada buena idea mandaros a los dos solos a Inglaterra —suspiró.

David quiso saber qué pasaba realmente y preguntó:

—¿Qué problema habría si hubiera algo entre nosotros? Eso no influye en su carrera ni en nada que la rodea.

—Influye más de lo que te imaginas, David —volvió a suspirar



pero más sonoramente—. No puedes mantener una relación con Jennifer. Está en tu contrato.

¿En serio? De nuevo enarcó la ceja, sorprendido.

—No puedes mantener una relación con tu cliente, eso puede ser motivo de despido —se levantó de la silla y fue hacia el ventanal—. Y todavía menos puedes influir en ella haciendo que se marche de una fiesta que es exclusivamente por ella. ¿No lo pensaste antes de marcharos?

Ni se le pasó por la cabeza.

—Lo suponía —interpretó su silencio—. Jason Prescott quería hablar con ella y no la encontró por ninguna parte. Se agarró un cabreo de mil pares.

Y supongo que no le costaría demasiado atar cabos cuando no te encontró a ti tampoco. No soy yo el que dicta las normas aquí, David. Es la compañía discográfica, es con ella con quien tienes el contrato. Jason manda.

David llenó de aire sus pulmones y lo dejó salir lentamente. Maldito Jason Prescott...

Carlo se volvió a mirarle entrelazando las manos en su espalda.

—No hagas tonterías, David. No te metas en historias que no podrías solucionar.

Esa frase la dijo con un dramatismo demasiado exagerado, mirándole con mucha seriedad, consiguiendo dejarle bastante impactado.

—No te preocupes, Carlo —  
respondió al ver que no decía nada más  
—. No haré ninguna tontería.

Y era cierto. Lo que sentía por Jenny no era ninguna tontería, era real y no pensaba dejarlo pasar por algo como una estúpida frase impresa en un contrato.

Se levantó y fue hacia Carlo para estrecharle la mano. Él le miró sabiendo perfectamente que ahí había mucho más de lo que creía saber pero no dijo nada. Se despidieron y David salió del edificio pensando en cómo se parecía lo que acababa de suceder en el despacho de Carlo a una película de mafiosos. Rio mientras entraba en su coche. Solo le había faltado hablar con voz ronca y

aquella última frase hubiera sido propia del mismísimo Padrino.

Llegó al edificio de Jenny después de media hora dando vueltas para aparcar el maldito coche. Perdía los papeles buscando aparcamiento. Cada día le cabreaba más. Fue caminando todavía enfadado hasta el portal y saludó a Joe con una sonrisa. El portero hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo y le abrió la puerta. Mientras iba hacia el ascensor escuchó unos pasos tras él.

—Disculpe.

Se volvió y vio a Joe acercándose a él con prudencia.

—¿Va a casa de la señorita Scott?  
¿Dónde iba a ir sino?

—Así es.

Le hizo un gesto con una mano para que esperara y fue tras la enorme mesa de madera que presidía el hall del edificio. Rebuscó durante unos segundos y fue hacia él llevando algo entre sus manos. Una caja de cartón.

—Hace unos veinte minutos han traído esto para ella. No era de ninguna mensajería conocida. Estaba esperando para dárselo al señor Walters o al señor Sheppard pero al verle a usted he pensado que sería mejor dárselo ahora.

—Gracias, Joe.

Cogió la caja y la observó. Era del tamaño de una caja de zapatos. No estaba envuelta, simplemente había una cuerda de color crema anudada a su

alrededor. No tenía remite ni había ninguna marca impresa en ella. Se podían leer claramente los datos de Jenny.

Jennifer Scott

101 Warren St. APT 4280

New York, NY 10007

Frunció los labios y vio cómo Joe volvía a su puesto en la puerta. Llamó al ascensor y subió observando la caja con una sensación extraña. Probablemente sería de algún fan pero no podía dejar de pensar que los fans enviaban sus cartas y regalos a la discográfica y luego ellos se los hacían llegar a Jenny.

Agitó la caja y escuchó el sonido de algo moverse, algo pequeño, como hojas

o folios. La verdad es que no pesaba nada. No le daba buena espina. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no abrirla él mismo antes de llegar al apartamento.

Salió del ascensor y usó sus propias llaves para abrir la puerta. El sonido de la música llegó a sus oídos. Jenny estaba cantando mientras tocaba la guitarra. Sonrió nada más escucharla. Entró despacio con la caja en las manos. Caroline estaba en la cocina troceando un pollo y le miró. Él le sonrió y ella respondió agitando la mano en la que llevaba el cuchillo.

—¿Qué tal la noche?

David rio entre dientes ante su pregunta.

—Supongo que estarás al tanto de todo.

Caroline soltó una risita y volvió a su pollo. Suficiente para saber que estaba enterada.

Sonrió y siguió caminando hasta el salón, de donde procedía la música. Jenny estaba sentada al estilo indio en el sofá, con la guitarra entre las manos mientras cantaba. Llevaba un chándal de color gris, Adidas para variar, con las rayas en color azul cielo. Su camiseta también era Adidas y del mismo tono azul. ¿Qué pasaba con Adidas? ¿Acaso tenía acciones de la compañía y le regalaban ropa?

Se quedó escuchándola desde detrás del sofá, sonriendo y disfrutando



del maravilloso sonido de su voz. Ella debió notar que alguien la observaba porque giró la cabeza y sonrió nada más verle. Dejó de tocar y David dio la vuelta al sofá para sentarse a su lado. Ella ladeó la cabeza y le miró risueña con la guitarra apoyada en las rodillas.

—Hola, señor Hill. ¿Qué tal ha ido su reunión?

—Muy bien, señorita Scott —decidió dejar al margen lo que Carlo le había dicho, de momento—. Me gusta esa canción que estaba cantando, ¿es nueva?

—Será una de las canciones del nuevo disco —sonrió y recorrió las cuerdas de la guitarra con todos los dedos de la mano derecha.

—Puede que compre ese nuevo disco...

—¿Piensas darme un beso o vas a estar ahí diciendo tonterías todo el día?

David rio y se acercó a besarla, ella rio sobre sus labios. Se separaron y Jenny miró la caja que él había dejado apoyada en su regazo.

—Me lo ha dado Joe en la entrada —le explicó al verla mirándola—. Dice que la ha traído un mensajero pero no era de ninguna empresa de mensajería. No sé si me gusta demasiado...

—¿Qué dices? —exclamó ella dejando la guitarra sobre el sofá y acercándose más a él—. Será un regalo de algún fan.

—Los fans te mandan las cosas a la

discográfica, no a casa.

—Bueno, sabrá mi dirección. No es la primera vez que me traen algo aquí.

Sonrió y estiró los brazos para coger la caja. David dejó que la abriera pero se quedó muy cerca.

—¿Qué piensas —rio Jenny—, que es una bomba?

Él rodó los ojos.

—No pienso que sea una bomba, no seas tonta.

—Entonces veamos qué es...

Retiró la cuerda después de deshacer el nudo y la abrió. Los dos observaron lo que había dentro y se quedaron bastante sorprendidos. Eran un montón de rosas secas de color rojo. Algunas de ellas estaban enteras, con su

tallo verde lleno de espinas y el capullo con todos los pétalos. Pero otras estaban completamente destrozadas, había pétalos secos sueltos por toda la caja.

—¿Qué tipo de regalo es este? — preguntó ella metiendo la mano y sacando unos cuantos pétalos.

—Espera, ahí dentro hay algo más.

David metió la mano y apartó algunos pétalos más para sacar un sobre blanco en el que ponía JENNIFER con letras recortadas de revistas, cada una de una manera diferente. El corazón de David empezó a latir más rápido. No le gustaba nada la pinta que tenía ese sobre. Jenny lo miraba con el ceño fruncido, expectante por saber qué había en su interior. Lo rasgó por un lateral y

sacó la hoja que contenía. Era un folio blanco doblado. Al desdoblarlo vieron que todo eran letras recortadas de revistas.

—Mierda —murmuró David.

— ¿Qué coño...?

Leyeron lo que las letras de colores formaban.

JENNIFER, AMOR DE MI VIDA.  
ESTAMOS DESTINADOS A ESTAR  
JUNTOS. SÉ QUE TÚ TAMBIÉN ME  
AMAS. PRONTO ESTAREMOS  
JUNTOS.

TE LO PROMETO.

David volvió a leerlo otra vez. Ella se echó hacia atrás en el sofá y cerró los ojos mientras se pellizcaba el puente de

la nariz con dos dedos.

—No me gusta nada esta mierda —  
soltó David después de leerlo tres veces  
más.

—Hacía mucho tiempo que no me  
mandaban anónimos.

Se volvió a mirarla con los ojos  
muy abiertos.

—¿Ya te habían mandado antes  
algo así?

—No es una cosa muy común pero  
he recibido alguno que otro. Hay mucha  
gente mal de la cabeza ahí fuera.

—¿Y?

—¿Y, qué? —Se encogió de  
hombros—. Nada de nada. Lo tiro y nos  
olvidamos del asunto.

—¿Lo tiras y nos olvidamos del

asunto? —Exclamó sentándose en el borde del sofá y mirándola como si la loca fuera ella—. ¿Estás hablando en serio?

—No te preocupes, no es más que un fan frustrado. No hay nada de qué preocuparse, se lo diremos a Will y...

—¿Cómo sabes que no hay nada de qué preocuparse? Sabe dónde vives, iba en una caja de zapatos llena de flores secas, dice que pronto estaréis juntos... —se llevó la mano al pelo, nervioso—. ¿Qué más quieres? Es un puto psicópata, Jenny. Deberíamos llamar a la policía.

—¿A la policía? —Se echó a reír y él la miró enfadado—. Nadie va a llamar a nadie. No te preocupes, es un anónimo sin más, no le des importancia.

—¿Cómo no le voy a dar importancia? —Se levantó y dejó la caja sobre la mesita con fuerza—. ¡Caroline!

Jenny bufó al verle comportarse así. La rubia llegó sonriente hasta el salón y frunció el ceño al ver a David con esa cara tan tensa.

—¿Qué pasa? —les preguntó extrañada.

—Han traído esto para Jenny y dice que no hay nada de qué preocuparse.

Le llevó la carta y Caroline la leyó atentamente. Cuando terminó miró a David que parecía demasiado nervioso y luego a Jenny, que estaba tan tranquila en el sofá mirándola con cara de "a David se le va la pinza". Puso una mano en el hombro de él y sonrió.



—No es el primero que recibe —  
David soltó un suspiro exasperado—. Se lo comentaremos a William en cuanto venga y podemos hablarlo con Carlo si quieres. Pero dudo mucho que pase de ahí. Una vez un chico le mandó a Jenny un hámster en una caja, iba sin remitente y sin agujeros para que el pobre animal respirara. Cuando llegó aquí estaba muerto y pensamos que era una especie de amenaza para ella, en plan "te voy a matar, zorra asquerosa" o algo así. Llamamos a la policía asustados y a la semana siguiente recibimos una carta de un chico de Oklahoma diciendo que había olvidado poner remitente al hámster y quería saber qué le había parecido su regalo a Jenny. Desde

entonces nos tomamos estas cosas de otra manera.

Él la miró incrédulo, pasó su mirada de una a otra.

—¿En serio me estáis comparando el error de un pobre chico con un anónimo en el que pone —quitó el papel de las manos de Caroline y leyó— "pronto estaremos juntos, te lo prometo"? ¿En serio?

—David, de verdad —le dijo Jenny desde el sofá—. Tranquilízate. No es nada. Ven aquí a sentarte conmigo.

Caroline le dirigió una mirada tranquilizadora justo antes de volver a la cocina para seguir preparando la comida. David negó con la cabeza y fue a sentarse al sofá farfullando cosas que

Jenny no entendió. Se acercó a él y pasó los brazos por su cuello. Apoyó las piernas en su regazo y le dio un beso en la mejilla.

—Me encanta que te preocupes por mí pero, de verdad, no te vuelvas loco con esto. No hay nada de qué preocuparse.

—No me quedo nada tranquilo — soltó sin dejar de mirar por la ventana con gesto serio.

—¿Sabes que estás muy mono cuando te pones paranoico?

Le vio elevar levemente las comisuras de los labios. Aprovechó para besarle en el hueco bajo su oído.

—¿Estás más tranquilo? —susurró en su piel. Notó cómo se erizaba

ligeramente.

Él negó con la cabeza y Jenny mordisqueó el lóbulo de su oreja. Sintió su cuerpo agitarse por la risa.

—¿Intentas ponerme cachondo para que se me olvide que acabas de recibir un anónimo? —preguntó volviéndose a mirarla.

Sus ojos castaños brillaban con picardía, sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Está funcionando?

—Tu adicción al sexo es algo preocupante, golfilla —rió estirando una mano para apartar el pelo de su rostro.

—Soy adicta a ti, no al sexo.

David enarcó una ceja y la miró incrédulo.

—Vale —soltó una risita—. Soy

adicta al sexo. Pero solo si es contigo.

Rio justo antes de besarle en los labios. Él pasó un brazo por debajo de sus rodillas y puso la otra mano en su cintura para levantarla en el aire y así sentarla sobre su regazo. Jenny se apretó más a él mientras llevaba las manos a su pelo. Su cuerpo ya estaba deseoso de dar rienda suelta a esa adicción cuando escucharon a William reír. David se separó de ella y volvió la cabeza hacia la puerta.

—¿No me digas que me vas a dejar aquí colgada por ir a hablar con William?

—Es el jefe de tu equipo de seguridad, cielo. Necesito hablar con él para quedarme tranquilo.

Ella quitó las manos de su pelo y cruzó los brazos en el pecho haciendo un puchero enfadado.

—No seas tonta —cogió su rostro con ambas manos—. Hoy me quedo a dormir contigo. Podemos hacer todas las cosas sucias que pasen por tu mente más tarde, guarrilla mía.

Jenny rio ante ese apelativo cariñoso. Porque eso había sido cariñoso, ¿no?

La besó con intensidad haciendo que su pulso se descontrolara. ¿Cómo podía ser que siempre supiera tan bien? Jamás se cansaría del sabor de los besos de David. Recorrió su labio inferior con la lengua justo antes de separarse de ella. La miró a los ojos intensamente y

besó fugazmente su nariz.

—Sigue escribiendo canciones que hablen de mí y de lo mucho que me adoras, ahora vuelvo.

—Eres gilipollas, Hill —rió mientras él se levantaba.

Volvió a mirarla y le regaló su mejor sonrisa. Ella solo pudo reír de nuevo mientras su corazón latía desbocado en su pecho. Ese imbécil era... eso, imbécil. Pero le quería, ya no había vuelta atrás. Volvió a coger la guitarra y a su mente solo acudían frases para canciones que hablaran de amor. Agitó la cabeza. Estúpido Hill... ¡la había vuelto ñoña!

## *Veinte*

Después de pasar una hora hablando con William acerca de las posibilidades de que la caja hubiera sido enviada por un psicópata asesino que quería descuartizar a Jennifer y tirar sus restos al Hudson, David se convenció en parte de que eso no iba a suceder. En su mente seguía habiendo algo que le decía que eso no era buena señal y las palabras de William diciendo que estuviera tranquilo y que si volvía a suceder tomarían cartas en el asunto no iban a hacer que dejara de



preocuparse.

Comieron todos juntos. Durante la comida se respiró un extraño ambiente tenso que no pasó desapercibido para Jennifer. Anna estuvo seria todo el tiempo y Gary parecía triste, no levantó la vista de su plato de pollo a la naranja más que un par de veces. Cuando terminaron decidió coger a Anna y llevarla a su habitación para averiguar qué estaba pasando.

—Pasó algo en la fiesta, ¿verdad?  
—le preguntó una vez estuvieron sentadas en su cama.

Anna asintió con la cabeza.

—¿Y piensas contármelo?

La pequeña soltó todo el aire de sus pulmones y la miró a los ojos.

—Gary me pidió tener algo serio.

—¡Pero eso es genial! —exclamó

Jenny sonriente cogiéndole las manos. Al ver la expresión de su amiga se quedó seria—. ¿O no?

—No lo sé, Jen. ¿Qué pasa ahora?

Le digo que sí, que quiero estar con él, que hace muchísimo tiempo que soñaba con eso... Y luego pasará lo de siempre. Conocerá a otra chica que le calentará la bragueta y él se la tirará dejándome a mí sumida en la más profunda miseria.

Jenny la miró con cariño.

—Si te ha dicho algo así es porque de verdad lo quiere.

—También quería estar conmigo antes de liarse con Lydia —dijo mientras se le llenaban los ojos de

lágrimas—. Y antes de liarse con la bailarina de la gira de hace dos años, y antes de liarse con la gemela Olsen...

Jenny soltó una carcajada al acordarse de eso. Su amiga la fulminó con la mirada.

—Perdona, lo siento.

—No pasa nada, yo también me río de ese saco de huesos —sonrió con tristeza.

—Pero las cosas han cambiado. Gary ha cambiado.

—¿Tú crees? —Soltó alzando las cejas—. No, Jen, no ha cambiado. Hace dos semanas se tiró a la primera que encontró en la discoteca. Y fue como si me partieran el corazón. Te lo juro. Jamás me había sentido tan mal.

Una lágrima escapó de sus ojos y Jenny acarició su rodilla con cariño.

—Todo el tiempo que estuviste en Inglaterra fue como si se volcara en mí, no sé, puede que queriendo hacerme pensar en otra cosa, para que no pensara en tus locuras de borracha —las dos sonrieron levemente—. Y fue maravilloso, Jen. Pasábamos casi todas las horas del día juntos, riendo, hablando, contándonos tonterías. Me ayudó con tus trajes, me soportó con mis histerias. Y ya sabes que cuando me pongo histérica soy difícil de soportar.

—Nooo, no me había dado cuenta de eso —ironizó con una sonrisa.

Anna soltó una risita.

—Y él me soportó —la miró con

los ojos enrojecidos en los que se reflejaba la incredulidad y la felicidad que eso le causaba. De repente se puso seria de nuevo—. Le creí y me jodió. Creí que había posibilidades de que lo nuestro llegase a algo. Deseaba que eso sucediera con todas mis fuerzas, por eso me dejé llevar más de la cuenta. Y la cagué.

—No la cagaste, es normal que te dejaras llevar.

—¡No debí hacerlo! —Gritó sobresaltándola—. Porque cuando mejor estaba con él, cuando casi me dejo llevar por completo, el muy imbécil se lía con esa pelirroja.

Apretó los puños con rabia y empezó a respirar con más fuerza.

—Y me jodió de nuevo.

Jenny acarició su rodilla al ver como poco a poco su amiga se iba rompiendo. Vio que su barbilla empezaba a temblar y pasó un brazo por sus hombros para atraerla hacia ella.

—Annie...

Y entonces empezó a llorar. Se abrazaron mientras la morena dejaba salir todo lo que la llevaba atormentando durante días. Jenny acarició su pelo con cariño mientras la mecía entre sus brazos. Sentía cómo sus lágrimas iban mojando su hombro y cómo su cuerpo se convulsionaba por el llanto. Un rato después se separó de ella más tranquila. La miró a los ojos con tristeza pero aun así sonrió tímidamente.

—Gracias —susurró.

—¿Qué dices, tonta? No tienes que darme las gracias por esto. Soy tu amiga. Para siempre. Lo sabes, ¿verdad?

Anna asintió justo antes de apoyar la cabeza en su hombro. Jenny besó su frente con cariño.

—Entonces... ¿qué vas a hacer? —preguntó finalmente.

Anna se encogió de hombros y suspiró.

—No lo sé.

Se quedaron un rato en silencio.

—¿Qué hay de tu declaración de amor? —le preguntó de repente.

—Fue bien —susurró sonriendo.

Su amiga apartó la cabeza de su hombro y la miró con una enorme

sonrisa en el rostro.

—Cuéntamelo todo y dame un poco de alegría en este momento de mierda que estoy pasando.

Jenny rio y las débiles carcajadas de su amiga se unieron a las suyas.



El segundo concierto de Nueva York salió de maravilla. El Madison volvía a estar hasta la bandera. David incluso creyó ver a las mismas adolescentes del primer concierto en las primeras filas. O puede que fueran otras. La verdad es que todas le parecían iguales.

No hubo fiesta esa vez. Volvieron a



casa directamente tras el concierto porque a la mañana siguiente todos cogían un avión para comenzar la gira por la Costa Este.

Nada más subir al avión de Ronny Music Jenny soltó unas risitas mientras observaba la puerta del lavabo. David la miró rodando los ojos. Jodida ninfómana salida...

Desde su declaración de amor habían pasado juntos todas las noches. Bueno, en realidad solo habían sido tres, pero habían supuesto un antes y un después en su relación.

En su relación secreta, más bien. David le contó lo que Carlo le había dicho en su despacho y ella empezó a despotricar sobre él, Jason, la madre

que los parió, sus ancestros y sus micro penes que les hacían ser unos envidiosos cabrones.

No pudo dejar de reír mientras la veía decir todas esas barbaridades dando vueltas por su habitación. Decidieron que lo llevarían en secreto. Es decir, sus amigos sabían lo que había pero en la calle debían comportarse como asesor y cantante, nada más. De momento lo estaban llevando bien.

La primera parada de la gira fue Boston. El concierto, de nuevo, espectacular. Se trató de una visita relámpago, dos días después debía actuar en Philadelphia. Y así fueron las dos semanas siguientes, una locura de ir y venir, conciertos, ruedas de prensa,

entrevistas a televisiones, paparazzi por todas partes siguiéndoles y sacando fotos, fans gritando como locos en las puertas de los hoteles, vuelos de una ciudad a otra aprovechados para descansar, Anna histérica a todas horas porque los trajes se arrugaban con tanto movimiento... Todos estaban acostumbrados a eso, pero aun así les provocaba algo de mala leche debido al cansancio. Especialmente a Jennifer.

Después del concierto de Orlando tuvieron que ir a hacer una visita promocional a Disney World. Jenny fue diciendo que no quería hacerse ninguna foto con Mickey Mouse porque odiaba a ese maldito ratón. David no podía creerla, después de todo, ¿a quién no le

gusta Mickey Mouse?

—No quiero hacerme fotos con él, Gary —le decía a su amigo mientras caminaban entre la gente hacia el enorme castillo de ensueño donde tenía que hacerse las fotos.

—De acuerdo, Jen. Pediremos que sea Donald el que se ponga a tu lado.

—Me da igual que sea Donald, Goofy o su madre. Pero como vea a ese ratón asqueroso cerca de mí te juro que me voy de aquí.

Caminaron tras William y parte de su equipo de seguridad mientras la gente les señalaba y hacía fotos a su paso. Ella compuso para todos ellos su mejor sonrisa falsa y saludó con una fingida alegría que solo sus amigos supieron

reconocer. David iba tras ella junto a Caroline que no dejaba de hablar sobre lo mucho que le gustaba Disney y que su película favorita era La Sirenita.

—Carol, por favor, cállate —pidió cuando llegaron al castillo y Jenny se marchó con Gary y William para acceder al interior—. Me estás poniendo dolor de cabeza de tanto hablar de Sebastián, Ariel y la madre que los parió.

La rubia le lanzó una mirada furibunda.

—Todavía me sigo preguntando qué ha visto Jenny en ti. Eres un auténtico gilipollas.

—Ella me lo dice todos los días —sonrió con suficiencia.

Algo le golpeó en la nuca y se volvió hacia ese lado mientras se llevaba la mano al cuello. Anna les miraba seria con los brazos cruzados en el pecho.

—Callaros los dos. La Sirenita es un clásico, es genial y maravillosa, Carol, pero eres una pesada. Y tú, David, eres muy desagradable —su gesto pasó de enfado a una sonrisa radiante que les puso los pelos de punta a los dos—. Pero os quiero.

Él negó con la cabeza mientras reía. Pasó un brazo por los hombros de Anna y el otro por los de Caroline y las atrajo hacia su cuerpo. Ellas soltaron unas risitas y miraron hacia el escenario donde empezaron a desfilarse los

personajes Disney.

Jenny tenía que cantar una canción, después posar para un par de fotos y todos se irían de allí para coger un avión a Miami. Era rápido, sencillo y sin más complicaciones.

Cuando salió al escenario todo el mundo empezó a aplaudir y a gritar. La estrella del pop les saludó efusivamente dando las gracias a todo el mundo por estar ahí. Como si hubieran ido allí por ella. David rodó los ojos. Seguramente más de la mitad de la gente que había en el parque de atracciones no tendría ni puñetera idea de que Jennifer iba a actuar allí ese día. Pero ella era tan engreída que sí lo creía. Un poquito más de ego para Jenny, pensó.

Cantó como los ángeles, bueno, en realidad cantó como siempre. David no pudo dejar de mirarla embelesado, sonriendo como un capullo mientras la veía cantar y bailar al ritmo de la música. Iba vestida de sport, con vaqueros claros y una camiseta de tirantes de color negro Converse, incluso llevaba zapatillas deportivas. Anna había permitido ese descanso de tacones porque era Disney World, pero dejó claro que eso solo iba a suceder ese día.

Aun así, aunque no llevara encajes ni transparencias, él sintió las habituales ganas de desnudarla y hacerle el amor sobre el mismo escenario. Entonces sí que resultó un pensamiento demasiado



sucio, ¡eso estaba lleno de niños!

Cuando terminó de cantar llegó el momento de la foto. Anna soltó un grito ahogado cuando vio a Mickey poniéndose al lado de Jenny y pasando la enorme manaza enguantada por sus hombros. La cara de la cantante pasó de la más absoluta dulzura y simpatía a una mueca de repulsión y enfado digna de David en sus primeros tiempos. Los tres se encogieron al presenciar la situación.

Jenny se volvió hacia Mickey y le dijo algo en el oído, bueno, en esa orejota enorme. Mickey la miró y parecieron tener una conversación en la que nadie, excepto ellos, reparó. De repente Jenny cogió el guante blanco que reposaba en su hombro y lo apartó con

brusquedad.

—No hagas locuras... —murmuró David quitando los brazos de encima de Caroline y Anna, dispuesto a echar a correr hacia el escenario si fuera necesario.

Y lo fue.

Jenny gritó algo a Mickey y le empujó con fuerza en el hombro. El muñeco perdió el equilibrio, dio un par de pasos atrás y tropezó con Blancanieves, que a su vez tropezó con Daisy. Los tres cayeron al suelo ante la mirada estupefacta de todo el público ahí reunido. Los flashes de las cámaras no dejaban de inmortalizar el momento.

—Mierda, Jennifer —exclamó David justo antes de echar a correr

hacia la puerta por la que había entrado con Gary y William.

En el escenario hubo un revuelo digno de una película de los hermanos Marx. Personajes Disney por el suelo, otros ayudando a levantarlos, Jenny gritando a Mickey que permanecía en el suelo mientras le apuntaba con el dedo. Acojonante. Hubo niños que empezaron a llorar. David vio como William aparecía en el escenario, la cogía por la cintura y la sacaba de ahí en volandas. Llegó corriendo hasta la puerta poco antes que Caroline y Anna.

En ese momento se abrió y Jenny, Gary y William salieron con gesto serio. Ninguno habló en ese momento, era más importante escapar de ahí. Los

periodistas se lanzaron a por ellos como moscas a la miel. William, Steve y Sam (los chicos de su equipo de seguridad) junto con David cubrieron a Jenny mientras caminaban a toda velocidad por el lugar de los sueños de los niños. Desde ese día muchos de ellos lo recordarían como el lugar donde Mickey fue agredido por la cantante loca.

Se metieron en la furgoneta que les esperaba y los fotógrafos se pegaron a los cristales para intentar tomar alguna instantánea más de Jennifer. El vehículo arrancó y dejaron atrás el revuelo que se había creado.

—¿Qué coño te pasa, Jenny? — gritó Gary.

—Te había dicho que no quería que

ese ratón se pusiera a mi lado —gritó también—. Y no solo se ha puesto a mi lado. ¡Ha intentado ligar conmigo!

—Jen, por favor... —empezó Anna incrédula.

—¡No! —Exclamó haciéndola callar y mirándola con los ojos muy abiertos—. El asqueroso de Mickey Mouse me ha tirado los trastos. Dios, ¡qué asco!

Se llevó las manos a la cara mientras todos la observaban perplejos. Acababa de liar el mayor espectáculo del siglo en Disney World, eso iba a tener repercusiones sin precedentes y ella diciendo que Mickey Mouse le había tirado los trastos. Una situación de lo más hilarante.

—Eso no te excusa para lo que has hecho —le recriminó Caroline—. Había niños, Jen. Se han quedado traumatizados al ver lo que ha pasado. Has tirado al suelo a Mickey Mouse, joder.

—¿Si a ti te dice el cerdo de Mickey al oído que se hace pajas pensando en tus tetas tú qué harías? —soltó mirándola enfadada y con la cara roja.

Caroline la miró con cara de póker. De repente se escuchó una carcajada y todos se volvieron a mirar a William. Él levantó las manos en señal de disculpa pero siguió riendo.

—Por favor, decidme que esto no es algo tronchante.

—A mí no me hace ni pizca de gracia —gruñó Jenny mirándole muy seria.

Observó al resto de sus amigos. Anna, Gary y Caroline estaban sentados en la fila de delante y fruncían con fuerza los labios, intentando no reírse. William seguía partiéndose de risa a su lado y David la miraba con una pequeña chispa de diversión en sus ojos azules. Pero aún con todo estaba serio e intuyó que iba a soltar una de las suyas.

—Eres increíble, Jennifer —empezó con tono serio—. Vas a Disney World y tiras al personaje más mítico de su historia delante de cientos de personas, de niños que llevaban sus orejas como diademas. ¿Tú qué crees

que van a decir mañana en las revistas?

—Oh, ¡ya salió el canguro! —  
Exclamó levantando las manos en el aire  
—. Me importa una mierda lo que digan  
las revistas. Me importa más que a mi  
novio le dé igual que Mickey Mouse me  
haya dicho que se hace pajas pensando  
en mis tetas. Eres un novio de mierda,  
Jack.

—Deberías haberlo pensado antes  
—soltó con enfado.

—Todavía estoy a tiempo de  
replantearme las cosas, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —La miró fijamente—.  
Pues adelante, Jenny, replantéate las  
cosas que te tengas que replantear. Pero  
no pienses que porque estemos juntos  
voy a dejar de decirte cuándo metes la



pata. Sigo siendo tu asesor y tengo que responder de tus actos delante de muchas personas. ¿Qué le digo a Carlo cuando me llame mañana gritándome si te falta alguna neurona porque has tirado al ratón de las narices? ¿Eh? Dime, ¿qué coño le digo?

Ella se quedó callada con gesto enfadado, el ceño fruncido y apretando las mandíbulas con fuerza. Miró al frente y se cruzó de brazos.

—Perfecto, Jennifer, actúa como una niñata enfadada. Es sencillamente perfecto.

Se quedó mirando al frente también, enfadado con ella como hacía tiempo que no lo estaba. Sentía la rabia fluir por su interior como cuando la conoció.

Hacía mucho que no la liaba de esas maneras. Y es que eso iba a traer cola, mucha cola.

Todos fueron en tenso silencio hasta el aeropuerto donde el avión les esperaba para llevarles a Miami. Jenny subió por las escaleras la primera, sin hablar con nadie, cabreada con el gilipollas de su canguro. Se sentó en el primer asiento que encontró y se abrochó el cinturón de seguridad. El resto entró lentamente, Anna y Caroline le dijeron que se tranquilizara, que era una tontería ponerse así por eso, pero ella les mandó a la mierda. William y Gary se sentaron sin decirle nada, pero el grandullón la miró con una enorme sonrisa y se ganó una patada en la

espinilla. David entró el último y la miró enfadado, con una mirada auténtica al más puro estilo canguro-toca-huevos de los primeros tiempos. Le mantuvo la mirada intentando desintegrarle. Él pasó a su lado sin decirle nada y se sentó junto a Gary. Las puertas del avión se cerraron. Despegaron y Jenny no habló ni miró a nadie en ningún momento. Cerró los ojos e intentó despejar la mente. No quería pensar en lo estúpido que era David.

Sus amigos empezaron a conversar pero ella siguió sola, sin que ninguno le dijera nada. Tampoco quería que le hablaran, eran todos unos capullos. Había tenido que soportar el coqueteo del dibujo animado que más asco le

daba en el mundo. ¡Dios! Le daban escalofríos de recordarlo. Y encima David, su novio, se enfadaba con ella. Estúpido gilipollas...

Media hora después la voz del piloto se escuchó por los altavoces.

—Por favor, abróchense los cinturones. Vamos a atravesar una zona de turbulencias.

Mierda. Turbulencias. Miró por la ventanilla horrorizada. Estaba muy nublado. Eso tenía pinta de ser una tormenta en toda regla. ¿Y si caía un rayo y el avión explotaba? ¿Y si el avión se desestabilizaba tanto que perdían altitud y se estrellaban? Cerró los ojos con fuerza y se agarró todo que pudo a los reposabrazos de su asiento.

Un segundo después sintió una mano que se posaba sobre la suya. Abrió los ojos y miró a quien se acababa de sentar en el asiento de su lado sin que se diera cuenta.

—Aunque seas una estúpida no quiero que pases miedo.

Su voz aterciopelada contrastaba con cómo le había hablado antes en la furgoneta, aunque en sus ojos todavía se reflejaba el enfado por lo sucedido. Pero aun así, aun estando enfadado, había recordado el miedo que le daban las turbulencias y había acudido a su lado para hacerla sentir bien. Se le hizo un nudo en la garganta. Le miró fijamente a los ojos, perdiéndose en ese azul tan maravilloso, dejando que su

corazón descontrolara el ritmo de sus latidos, apreciando como las mariposas revoloteaban en su interior, sintiéndose completamente enamorada de él.

Le sonrió. Sí. No pudo mantener el enfado que hasta hacía unos instantes le quemaba por dentro y le sonrió.

—Eres imbécil, Hill —soltó sin dejar de mirar sus preciosos ojos.

—Me ganas con diferencia, Scott —sonrió apretando un poco más su mano.

—Odio que me hagas sentir así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Perdida.

—¿Y eso es bueno o malo? —  
levantó una ceja curioso.

—Depende de cómo se mire.

—Jenny, o me hablas más claro o no tengo ni idea de qué quieres decirme.

Ella sonrió y levantó la mano para acariciarle la mejilla.

—No sé cómo consigues hacerme cambiar de estado de ánimo tan rápido. Me siento perdida, desorientada. No sé si eso es bueno o malo.

—Si te sirve de consuelo yo también me siento así contigo. Tan pronto te estrangularía como te comería a besos. Es realmente frustrante, ¿sabes?

Los dos soltaron unas risitas. David la miró fijamente y le apartó el pelo de la cara. Ella casi se olvida de respirar por la intensidad con la que le estaba mirando.

—Aún me pregunto por qué te

quiero tantísimo.

—¿Aunque haya empujado a Mickey Mouse? —preguntó con timidez.

Él elevó las comisuras de los labios y asintió.

—Cuando me toque darle explicaciones a Carlo me cabrearé otra vez, te lo aviso —ella asintió con la cabeza—. Pero ha dicho que se hacía pajas pensando en tus tetas. Se lo merecía.

Jenny soltó una carcajada.

—Nadie le dice eso a mi novia y sale impune.

—¿Ahora eres un justiciero? —preguntó entre risas.

—No hace falta que lo sea, tú solita sabes defenderte muy bien.



Se acercó a ella y le besó en la punta de la nariz.

—Pero aún con todo... eres idiota, Jen.

Ella torció el gesto y le miró sorprendida.

—¿A quién coño se le ocurre montar semejante espectáculo en Disney World?

—¡A la fabulosa Jennifer Scott! — gritó William asomando la cabeza entre sus asientos.

Todos se echaron a reír. Habían terminado las turbulencias y ella ni se había dado cuenta. ¿Se había movido el avión? Teniendo a David a su lado sentía como si nada malo pudiera pasarle. Pasaron el resto del trayecto

riendo mientras recordaban el momento que acababan de vivir y que, sin ninguna duda, sería el tema de conversación en todo el país durante una larga temporada.

Ciertamente fue el bombazo informativo de la semana. Las revistas, periódicos, portales de Internet y demás medios amanecieron al día siguiente con maravillosas palabras referentes al asunto.

*¿Ha perdido Jennifer la cabeza definitivamente?*

*Mickey derribado por Jennifer.*

*Jennifer VS Mickey, duelo de titanes.*

*Niños traumatizados tras el lamentable espectáculo de la cantante*

*en Orlando.*

Y decenas de titulares similares más. William se partía de risa al leerlos. Gary también rio al principio, pero en cuanto su teléfono comenzó a echar humo aguantando llamadas de todas partes empezó a mirar mal a su amiga.

Durante el resto de sus conciertos, ya fuera en una rueda de prensa o por la calle, todo el mundo le nombraba a Mickey Mouse y el maravilloso mundo Disney. Cada vez que eso pasaba Jenny reprimía las ganas de sacarles el dedo a todos y mandarles a la mierda. Tuvo que pedir disculpas públicamente por lo sucedido tras una llamada de Carlo gritando como un histérico y otra de Jason Prescott.

Que le llamara Jason en persona y no su secretaria ya era mala señal. La manera en que gritó, amenazó con echarla de su sello discográfico (sabía que eso era mentira pero aun así le escuchó sin abrir la boca) y le dijo que la compañía Disney estaba dispuesta a denunciarla por lo que había sucedido, la obligó a disculparse.

Lo hizo a regañadientes, sabiendo internamente que el asqueroso que llevaba el disfraz del ratón era un depravado mental que probablemente se la meneaba en su casa disfrazado del ídolo infantil, ¡y pensando en ella! En fin. La cuestión es que tuvo que disculparse y lo hizo. David le dijo que estaba orgulloso de ella. La pilló

desprevenida y le costó asimilar esas palabras un par de horas.

Volvieron a Nueva York tras recorrer todas las ciudades de la Costa Este. En total veinticuatro conciertos. Estaba harta de actuar, bailar y sonreír. Necesitaba vacaciones. Eran principios de septiembre. La gira había terminado, volvían a casa por fin. Fueron todo el camino del aeropuerto hasta su apartamento planeando sus vacaciones. En un par de días saldrían hacia Barbados y tenían intención de dedicarse a hacer nada, solamente a descansar, tomar el sol y beber mojitos.

—Organizaremos una fiesta para tu cumpleaños, Jen —decía Anna mientras subían en el ascensor.

—Sí, por favor —dijo ella apoyando la cabeza en el hombro de David—. Necesito una fiesta.

Él la miró entrecerrando los ojos pero ella le ignoró. Pensaba correrse una juerga. Sí o sí. Lo necesitaba urgentemente. Llevaba demasiado tiempo sin emborracharse como antes. No pensaba hacer locuras, tan solo en beber y divertirse sin pensar en nada más.

Todos entraron al apartamento hablando animadamente sobre las merecidas vacaciones y ninguno reparó en el sobre que había en el suelo frente a la entrada. Caroline cerró la puerta y lo pisó. Miró hacia abajo y lo recogió frunciendo el ceño.

—Chicos, hay una carta aquí.

David se volvió a mirarla y dejó caer las maletas al suelo. Se acercó a ella y cuando vio el sobre miró automáticamente a William frunciendo el ceño.

## *Veintiuno*

Jenny se metió en su habitación intentando escapar de la locura que se había creado en el apartamento. Solo hacía media hora que habían vuelto y la situación ya estaba a punto de sobrepasarla por completo.

Se dejó caer sobre la cama y se quitó los zapatos. Escuchaba a David gritar y a William llamar por teléfono sin parar. Gary estaba dando vueltas de un lado a otro llamando a una compañía de seguridad para que instalaran cámaras en todas partes. La puerta se



abría y se cerraba, unos entraban y otros salían, atentos a sus propios pensamientos, a sus propias suposiciones creadas en base a esa nota que habían encontrado frente a la puerta.

Su contenido era similar al anónimo anterior solo que decía que había esperado a que volviera de su gira para volver a escribirle.

Eso quería decir dos cosas, y las dos igual de importantes: el pirado seguía sus pasos fielmente y no es que solamente supiera dónde vivía, es que había estado en la misma puerta de su apartamento. Había subido hasta allí Dios sabe cómo y había metido esa nota por debajo de su puerta. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

No solía acojonarse con esas cosas pero en ese momento sintió bastante miedo. Alguien sabía exactamente dónde vivía, había llegado hasta su puerta y había deslizado por debajo una nota diciendo que pronto estarían juntos. Se le ponían los pelos de punta al imaginar qué podría pasar si algún día ese personaje llegase de nuevo hasta su puerta y estuviera sola en casa.

Puede que David no estuviera tan desencaminado al ponerse algo paranoico cuando recibió el primer anónimo.

Se cubrió con el nórdico y enterró la cara en la almohada, cogió uno de los enormes cojines rojos que adornaban su cama y se tapó la cabeza. No quería

seguir escuchando los gritos y las cosas que se estaban diciendo en el salón.

Cerró los ojos con fuerza e intentó imaginar algo que la hiciera feliz, algo que la ayudara a evadirse y a escapar de la realidad. Se imaginó en su pueblo natal donde nada de eso sucedía. Vio los árboles tan verdes que parecían sacados de un paraje amazónico, las nubes oscuras que descargaban lluvia sin parar, vio la casa donde se crio, con sus dos plantas, el árbol al lado de su ventana...

—¿Jenny?

Escuchó la voz de Will pero no le hizo caso. Oyó sus pasos acompañados de algunos más caminando hasta su cama. Sintió que alguien se sentaba a su

lado pero siguió debajo de las almohadas.

—Jenny, no te preocupes —intentó calmarla Anna—. Todo va a ir bien.

—Van a venir a instalar unas cámaras en la entrada —esa era la voz de Gary— Podemos saber quién viene en todo momento.

—Tendremos que aprender un código de seguridad para entrar —entonces fue William el que habló—. Pero todo irá bien. Los chicos van a venir a ayudarme y no te dejaremos ni a sol ni a sombra.

Perfecto, el equipo de seguridad de Will al completo. Los odiaba. Con sus músculos, sus risas escandalosas, su manera de engullir comida sin parar y

sus cerebros enanos. Eran demasiado para ella, no los soportaba. Y todavía menos teniendo en cuenta que se había acostado con un par de ellos presa de la ceguera que le provocaba el alcohol y que solo le hacía ir palpando hasta encontrar unos músculos enormes a los que aferrarse y follarse a su portador. Le dio otro escalofrío al recordarlo.

Alguien debió notarlo porque una mano acarició su espalda intentando reconfortarla.

—Jen, cariño, sal de ahí debajo.

Le dijo Caroline.

—No quiero salir —contestó como una niña pequeña enfurruñada.

—Por favor, no te pongas así — Caroline de nuevo. Sintió más caricias

en su espalda.

Pero no quería esas caricias, quería a David. ¿Dónde estaba? Podía escuchar su voz a lo lejos hablando con alguien. Pero, ¿por qué no estaba allí abrazándola y diciéndole que todo iba a salir bien y que ningún loco iba a hacerle ningún daño?

Sus amigos hablaron entre ellos en susurros, no les escuchó porque volvió a refugiarse en su lugar seguro, solo que esa vez estaba ahí con David. Los dos estaban sentados en las escaleras del porche de su casa, reían, él pasaba el brazo por sus hombros y ella apoyaba la cabeza en su pecho. Seguía lloviendo pero no importaba, tenían chocolate caliente y eran felices.

Sintió que el peso del colchón desaparecía y varias manos acariciaban su espalda a modo de despedida. Un rato después el apartamento se quedó en silencio, ya no se escuchaban voces ni sonidos de teléfonos. Pasaron varios segundos sin ningún ruido. Respiró hondo bajo las sábanas. Poco después sintió como alguien se sentaba en la cama y le escuchó suspirar. El nórdico se levantó y un cuerpo cálido se metió dentro de la cama, apartando lentamente la almohada que tapaba su cara.

—Jenny...

Esa voz. Su voz.

Se dio la vuelta hacia él y le abrazó con fuerza, enterrando la nariz en su cuello y apretando su cuerpo todo lo que

pudo a él. Su olor familiar la tranquilizó, era como llegar a puerto seguro, a su puerto seguro. Las manos de David la cogieron por la cintura, acariciándola con suavidad.

—Sshhhh, preciosa, no llores.

¿Llorar? ¿Estaba llorando?

Él cogió su cara con ambas manos, obligándola a mirarle. Notó como limpiaba una de las lágrimas que parecía estar derramando involuntariamente. Le miró a los ojos y él sonrió cálidamente.

—Siento no haber venido antes — se disculpó—. Tenía que hablar de todo esto con Carlo y con Gary. He aprovechado para llamar a un par de amigos que tengo en la policía.



—¿Policía?! —chilló. Su voz sonó como la de una histérica.

—Todo va a estar bien, cariño —la abrazó de nuevo y acarició su cabeza—. No te preocupes, todo va a estar bien.

Y le creyó. Ahí entre sus brazos, dentro de su cama, tapados con el nórdico pese a hacer un calor de mil demonios, le creyó. Se dejó consolar por sus manos, por sus susurros, por su olor inigualable, por esos ojos azules que la miraban preocupados pero con tanta firmeza que le hicieron creer todas y cada una de las palabras tranquilizadoras que le susurró hasta que se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos la casa estaba en silencio. Entraba luz por las

ventanas pero no tenía ni idea de qué hora era. Se sentía cansada. Después de pasarse más de un mes viajando sin parar, sin terminar de acostumbrarse a ninguna ciudad, a ningún cambio horario, no sabía si sería por la mañana o por la tarde.

Palpó la cama a su lado y descubrió que no había nadie con ella. Estiró los brazos y las piernas desperezándose. Justo entonces escuchó un ruido sordo y se levantó como un resorte. Se dio cuenta de que alguien le había quitado la ropa y solamente llevaba una camiseta y la ropa interior. Los ruidos seguían escuchándose. Parecían venir de la cocina. Su corazón comenzó a latir más deprisa. ¿Dónde estaban todos? ¿Dónde

estaba David?

Se planteó la posibilidad de preguntarlo en voz alta pero, ¿y si los ruidos los estaba haciendo el psicópata que había conseguido entrar en la casa? ¿Y si había asesinado a todos y ahora iba a ir a por ella? Se quedó muy quieta aguzando el oído para ver si seguía escuchando ruidos y entonces distinguió el sonido de platos y cubiertos. Soltó todo el aire que llevaba aguantando durante unos segundos y negó con la cabeza justo antes de dejarse caer en la cama de nuevo.

Se iba a volver loca. ¿Cómo iba a entrar alguien y cargarse a todos sus amigos así como así? Porque nadie haría eso solo para llegar hasta ella...

¿verdad? Un escalofrío la recorrió de nuevo y se cubrió hasta las cejas otra vez.

Escuchó cómo abrían su puerta y apartó un poco el nórdico para ver quién era, dispuesta a gritar como una loca si era alguien desconocido. Aunque eso le serviría de poco. Estaba casi desnuda, en la cama, sin nada con lo que protegerse, ni un simple bate de béisbol. No sería una víctima demasiado difícil de agredir, secuestrar o incluso violar.

—Buenos días, princesa.

Respiró tranquila al escuchar la voz de David y verle entrar con sus andares tan característicos en su cuarto. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta de color verde. Su pelo desordenado estaba

húmedo, probablemente se había duchado recientemente. Le observó acercarse hasta ella, mirándola con esos ojos tan preciosos y que ocupaban gran parte de sus sueños.

—¿No estás achicharrada debajo de esa montaña de ropa? —le preguntó parando al lado de la cama y sonriendo.

Ella negó con la cabeza, sin destaparse todavía.

—Me has hecho pasar más calor esta noche que en toda mi vida —dijo mientras se sentaba a su lado sin dejar de mirarla—. No has parado de temblar y he tenido que echar una manta más en la cama. Ha sido como ir a una barbacoa con Satanás en el mismísimo infierno.

Le miró desde la cama, con los ojos

asomando por una rendija entre las mantas.

—Estoy intentando hacerte reír, Jen. Pónmelo más fácil.

Estiró una mano y apartó el nórdico para poder ver su cara. Ella le miró con gesto triste y sacó un poco el labio inferior haciendo un puchero. David rio-entre dientes al verla y se tumbó a su lado apoyando la cabeza sobre una de sus manos.

—Has pasado mala noche. No has parado de moverte, de hablar e incluso has llorado.

Acarició su rostro desde la sien hasta la barbilla, pasando por su mandíbula lentamente. Ella cerró los ojos ante ese contacto. Una descarga

eléctrica fue directa hasta su clítoris. Joder, no era el momento para ponerse cachonda pero no podía evitarlo.

—No quiero que estés preocupada por nada —su voz aterciopelada empezaba a nublarle los sentidos—. No voy a dejar que nadie te haga daño. Lo sabes, ¿verdad?

Miró sus ojos y vio la determinación en ellos. No iba a dejar que le hicieran daño. Asintió con la cabeza mientras notaba como su cuerpo empezaba a rendirse ante su tacto.

—¿Hay alguien más en casa? —preguntó finalmente sin dejar de mirar sus labios.

David negó con la cabeza mientras apartaba un mechón de su frente con

suavidad.

—¿Eras tú el que estaba haciendo todo ese ruido hace un momento?

—Intentaba recoger un par de cosas que había dejado Carol en el lavavajillas y se me ha caído una cacerola —sonrió con inocencia mientras se encogía de hombros—. Perdona si te he asustado.

—Casi me lo hago encima, imbécil. David soltó una carcajada.

—Esta es mi Jenny.

Se inclinó para besarla en los labios fugazmente. Ella le miró frunciendo el ceño en cuanto se apartó.

—Sé que quieres más pero tenemos que marcharnos al despacho de Carlo para que hables con él de todo esto de



los anónimos.

Soltó un gemido de queja y se removi6 en la cama, provocando risas por parte de David.

—No seas quejica, tendremos todo el tiempo del mundo después —cogió las mantas y tir6 de ellas destapándola por completo—. Venga, muévete. Tienes media hora para ducharte y estar lista.

—No quiero ir a ver a Carlo —se incorpor6 en la cama y se acerc6 a él—. Carlo no me cae bien, yo quiero quedarme aqu6 contigo.

Se lanz6 sobre él y le hizo reír mientras la cogía entre sus brazos.

—No, Jenny —la apart6 con firmeza—. Tenemos que irnos, todo este asunto es muy serio.

Todavía estaba riéndose pero su tono autoritario no le pasó inadvertido.

Mmmmmm.

Sus terminaciones nerviosas terminaron de activarse por completo. Le observó unos instantes. Sus ojos estaban serios aunque en ellos brillaba una chispa de deseo. Sus labios carnosos la llamaban a gritos. Su pelo estaba despeinado por haberse tumbado en la cama con ella. Podía apreciar sus músculos bajo la camiseta...

—Jenny, deja de mirarme así y ve a ducharte.

Autoridad y enfado. ¿Es que pensaba que de esa manera iba a conseguir que dejara de tener ganas de hacerlo con él? Estaba muy

equivocado...

—Vale, Hill —se incorporó de la cama muy despacio—. Voy a ir a ducharme.

Le miró con gesto serio mientras ponía los pies en el suelo. Él seguía mirándola con la cara característica de su "modo canguro" activado.

—Puedes venir a acompañarme si quieres —propuso con tono seductor.

David rio entre dientes mientras ella comenzaba a andar hacia el cuarto de baño. Caminó todo lo sexy que pudo, moviendo las caderas algo más que de costumbre pero no tanto como las azafatas busconas del avión privado de Ronny Music. Se llevó la mano al pelo y se quitó la goma que lo mantenía

recogido en una coleta. Lo dejó caer por su espalda con un movimiento al más puro estilo L'oreal, porque yo lo valgo. Giró lentamente sobre sí misma para mirarle y vio que estaba consiguiendo lo que quería. Su boca de estaba ligeramente entreabierta y la miraba fijamente. Entonces se llevó las manos a la camiseta y se la quitó en un rápido movimiento, quedando vestida únicamente con sus braguitas de color negro.

Dejó caer la camiseta al suelo y siguió caminando hasta la puerta con los mismos movimientos. Cuando llegó hasta el baño se volvió a mirarle por última vez. Se llevó las manos hasta el elástico de las braguitas y las deslizó

lentamente por sus piernas, las dejó en el suelo y entró al baño sin cerrar la puerta. Escuchó un gruñido proveniente de su habitación y no pudo evitar reír entre dientes.

Se acercó hasta la ducha y encendió en grifo del agua caliente. Entró dentro y metió la mano bajo el chorro. Reprimió un grito cuando notó lo fría que estaba y esperó unos segundos hasta que comenzó a salir caliente. Se puso debajo del agua notando como su cuerpo empezaba a relajarse. Apoyó una mano en la pared y agachó la cabeza, dejando que el agua golpeará directamente debajo de su cuello, donde más tensión almacenaba. Estaba con los ojos cerrados así que no vio a nadie desnudo entrando en el

cuarto, ni vio cómo esa persona se metía sigilosamente en la ducha con ella.

—Eres una tramposa...

El sonido de su voz la asustó y soltó un gritito a la vez que levantaba la cabeza y se llevaba una mano al pecho. David se echó a reír armoniosamente.

—Gritando como una nenita? —le preguntó mientras llevaba las manos a su cintura.

Jenny sonrió y se dio la vuelta para quedar frente a él. Se encontró con sus ojos oscurecidos por el deseo. Pasó las manos por sus hombros y se acercó a besarle en los labios. Los espejos del baño pronto estuvieron completamente nublados por el vapor. Por el vapor del agua caliente y de la temperatura que

ellos mismos hicieron subir mientras se dejaban llevar por sus cuerpos resbaladizos y por la pasión.

Tras su encuentro bajo el agua, las piernas de Jenny estaban a punto de ceder bajo su peso, le temblaban demasiado. Se apoyó en la pared de baldosas. David agarró su cintura y la sostuvo justo antes de besarla en el cuello.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz ronca y entrecortada.

Ella se agarró a sus brazos y se apoyó en su pecho mientras asentía con la cabeza. Se quedaron los dos de pie, recuperando el aliento. Él abrazaba su cintura y Jenny recostando la cabeza en su pecho, haciendo de apoyo perfecto

para la cabeza de David.

—No sé si voy a poder salir de aquí —confesó ella unos segundos después.

David rio sobre su cuello y el roce de su aliento le provocó un escalofrío. Él la besó en la sien, pasó la mano por su pelo con cariño y la besó en los labios. Jenny le respondió como pudo, todavía no había recuperado del todo el control del cuerpo.

—¿De verdad estás bien? —le preguntó con cierta preocupación en la voz.

Ella le miró frunciendo el ceño.

—Igual he sido un poco brusco...

—¿Desde cuándo te preocupa ser brusco mientras follamos?



—Esa boquita... —sonrió justo antes de besarla de nuevo—. Me preocupa ser brusco cuando estás atravesando un momento complicado.

—No quiero que me trates diferente por lo que está pasando —le dijo mirándole a los ojos—. Quiero que las cosas sigan como hasta ahora. Hagamos como que no ha pasado nada.

—Pero...

—Por favor, David. Necesito que tratemos esto con la mayor normalidad posible.

La miró con el ceño fruncido unos instantes y ella vio cómo se debatía con el canguro que llevaba dentro. Finalmente suspiró y besó la punta de su nariz.

—De acuerdo, seguiremos con normalidad. Pero me dejarás volverme un poquito paranoico, ¿de acuerdo?

Ella sonrió mientras asentía.

—Te quiero y no quiero que te pase nada malo.

Ella se acercó a él y le abrazó.

—Debí creerte la primera vez — susurró contra su piel.

—Deberías hacerme caso en muchas ocasiones en que no lo haces, pero eres así, no hay nada que hacer para cambiarte. Sigues siendo la misma cabezota de siempre.

—Y así seguiré siendo —sonrió.

—No quiero que cambies — acarició la parte baja de su espalda.

—No pensaba hacerlo.

—Me alegro. Es así cómo me enamoré de ti, con tus virtudes y tus defectos. Sobre todo con tus defectos pero...

Jenny se apartó de él para golpearle en el hombro mientras le miraba mal. Él rio entre dientes volviendo a acercarla a su cuerpo.

—Mi chica...

La abrazó con fuerza mientras besaba su cabello. Ella se olvidó de respirar y estuvo al borde del colapso. Esos momentos con David siempre la dejaban aturdida. Que fuera tan cariñoso y romántico aún sin saberlo era algo extraño pero a la vez maravilloso. Que él estuviera enamorado de ella todavía era un concepto que se escapaba a su

mente.

Se ducharon finalmente y en condiciones, con gel y champú. Él la secó con cariño cuando salieron de la ducha y tuvieron que salir del cuarto de baño en cuanto ella se le acercó más de la cuenta y su pene pareció dispuesto a otra ronda de placer. David sacó al canguro responsable de su interior y la obligó a vestirse, si hubiera sido por Jennifer se hubieran quedado ahí dentro haciéndolo como locos unas horas más. Y qué importaba que no pudiera andar después o que hubiera un psicópata que le mandaba anónimos. Tenía a David con ella y nada malo podría pasarle.

## *Veintidós*

Fueron a hablar con Carlo en el Audi de David. Aparcaron en la calle de al lado y fueron caminando uno junto al otro, con sus brazos rozándose a cada paso.

—Algún día iremos por la calle cogidos de la mano —dijo ella de repente.

David se giró a mirarla enarcando una ceja, interrogante.

—Me importa una mierda lo que Carlo diga, pero no quiero que te despidan —rozó los dedos de su mano

con los suyos—. No sé qué haría si no estuvieras a mi lado a todas horas.

Escuchó su risa y se volvió a mirarle.

—¿Por qué te ríes?

—Me sigue resultando raro que digas cosas así —se encogió de hombros—. Si alguien me hubiera dicho esto hace cuatro meses le habría dicho que estaba loco. Pero míranos ahora.

Le sonrió y ella se quedó mirándole embobada. Llevaba las gafas de sol puestas, unas nuevas Ray Ban Wayfarer de color negro que le quedaban de miedo. Seguía vestido informal, con vaqueros y camiseta. ¿Podía existir una visión más perfecta? Que le sonriera así la dejaba noqueada, su cerebro no regía

como debería. Y a causa de ese embobamiento y de que no iba mirando al frente, se tropezó con un adoquín que sobresalía del asfalto de la calle. Perdió el equilibrio y comenzó a caer al suelo. Ya estaba estirando los brazos para frenar su caída cuando sintió las fuertes manos de David cogiéndola por la cintura.

—Joder, Jenny, ¿podrías mirar por dónde andas? —le recriminó volviendo a ponerla recta y con los pies en el suelo.

—Es tu culpa, Hill —soltó agarrándose a sus hombros medio enfadada con él, medio enfadada consigo misma por ser tan torpe.

—¿Mi culpa? —inquirió con gesto

ofendido pero sonriendo.

Jenny observó esa sonrisa maravillosa sintiendo cómo todo en su interior se revolucionaba, cómo su corazón se desbocaba y su clítoris comenzaba a aplaudir de nuevo. Estaba tan guapo bajo los rayos del sol, con esas gafas y con su pelo desordenado soltando reflejos que volvió a olvidarse de todo, incluso de que él estaba esperando una respuesta. Su estúpida risita de suficiencia la devolvió a la realidad. Pestañeó un par de veces y apartó las manos de sus hombros.

—Y lo haces de nuevo —dijo empezando a andar.

—¿El qué hago?

—Deslumbrarme con tu asquerosa



perfección.

—¿Por eso vas tropezándote por la calle? —rió otra vez.

—No, David. Me tropiezo para que tú me recojas y empieces a decirme que soy torpe —soltó casi con enfado—. ¿Tú qué coño crees?

Le escuchó reír a su lado. Empezó a andar más deprisa para dejarle atrás y no soltarle ningún improperio más. Siempre tenía que estar bromeando y haciéndola sentir estúpida. Entró al portal del edificio donde estaban las oficinas de Carlo e hizo un gesto con la cabeza al portero. Llamó al ascensor y un segundo después sintió a David a su lado. No le dijo nada y él tampoco habló, pero podía sentir su mirada fija

en ella. Le observó por el rabillo del ojo y vio que se había puesto las gafas sobre la cabeza y tenía esa maldita sonrisita de suficiencia tatuada en el rostro.

Casi le dieron ganas de borrarla de una patada. No entendía como tenía la capacidad de hacerla cambiar de la más pura felicidad al enfado más increíble en cuestión de segundos.

Los dos entraron al ascensor en silencio y él pulsó el botón correspondiente. Jenny se apoyó sobre la pequeña barandilla dorada que recorría las tres paredes del ascensor y se quedó mirando al frente.

—¿De verdad estás enfadada ahora?

Jenny apreció sin ningún problema que estaba aguantándose la risa.

—No estoy enfadada —admitió sin mirarle—. Me siento estúpida.

—¿Porque te deslumbro?

David se puso frente a ella y posó las manos en sus caderas. Jenny levantó la vista y asintió con la cabeza.

—Tú también tienes ese efecto en mí. No te sientas estúpida por eso.

—Pero es que intento decirte algo, explicarme para que entiendas cómo me siento y tú me miras, sonrías y... —levantó las manos en el aire con gesto exasperado—. Y me pierdo en tu odiosa perfección.

—No soy perfecto, Jen —la miró seriamente—. Si lo fuera... ¿crees que

estaría contigo?

Jenny torció el gesto y levantó la mano amenazando con golpearle. Él se echó a reír y se acercó a su rostro.

—Tú tampoco eres perfecta, por eso eres perfecta para mí —susurró a escasos centímetros de su boca, mirándola intensamente y haciendo que su corazón latiera desbocado en su pecho—. También me deslumbras con tu imperfección.

—¿En serio? —consiguió decir con un hilo de voz.

—Tendrías que verme cada vez que te escucho cantar —sonrió—. Mi cerebro se desconecta del resto de mi cuerpo.

Jenny respiró un poco más tranquila

al escuchar eso. Puso las manos en los bíceps de David y se acercó a él con intención de besarle, pero fueron sus frentes las que se encontraron en el trayecto.

—Llegamos —susurró él.

Las puertas se abrieron. David intentó darse la vuelta para salir pero ella se lo impidió agarrándole con fuerza de los brazos. La miró con sorpresa. Abrió la boca dispuesto a decirle que estaban en el despacho de Carlo y que podrían verles pero no pudo porque los labios de Jenny chocaron con los suyos. Fue un beso suave, dulce, sin lengua.

—Te quiero —susurró ella contra sus labios.

Él sonrió y acarició su mejilla con cariño.

—Y yo a ti, pero si Carlo nos encuentra aquí puede que me corte las pelotas.

—¡Eso sí que no! —exclamó cogiéndole de la mano.

Él rio y ambos empezaron a andar hacia el despacho de Carlo. Dos pasos después de salir del ascensor David se paró en seco.

—Nada de esto, Jen —dijo levantando sus manos entrelazadas ante su rostro.

Ella suspiró y le soltó a regañadientes.

—Te lo vuelvo a decir, un día iremos así a donde nos dé la gana.

Carlo les expuso las posibilidades que tenían a partir de entonces. Podían marcharse a Barbados tranquilamente mientras ponía un detective en la puerta de su edificio para que vigilara cualquier movimiento extraño que hubiera y ellos se olvidaban de todo, o bien podían avisar a la policía para que tomaran cartas en el asunto, con lo que tendrían que tomarles declaración a ellos y a todos los de su entorno.

—Ya he hablado con mi amigo Jonathan —explicó David—. Va a estar atento a cualquier persona que se detenga en todo Nueva York y que pueda

relacionarse con Jennifer de alguna manera. Puede que lo mejor sea que nos marchemos y que ese detective vigile el apartamento.

Carlo miró a Jenny seriamente desde su lado de la mesa.

—Jennifer, ¿tú quieres marcharte unos días ahora?

—Me gustaría mucho poder irme y descansar, Carlo. Toda la gira ha sido una locura y necesito tranquilidad. No sé si podré relajarme en casa sabiendo que ese loco puede llamar a la puerta en cualquier momento.

Su representante asintió con la cabeza y miró a David.

—Dile a tu amigo que esté muy atento a cualquier movimiento de



cualquiera que se pueda relacionar con Jennifer. Me importa una mierda que sea alguien que simplemente robe uno de sus discos. Quiero nombres, fotografías y cualquier cosa que ayude a encontrar a ese demente. Este tema es muy serio y no podemos andarnos con tonterías.

Esa última frase la dijo mirando a Jenny. Ella rodó los ojos al escucharle.

—No empecemos con las tonterías, Carlo —advirtió viéndole venir.

—Solamente quiero advertirte de un par de cositas, Jennifer.

Se levantó de su sillón y caminó hacia ella con las manos entrelazadas en la espalda. Miraba por las ventanas mientras andaba.

—Como se te ocurra volver a hacer

el idiota como hiciste en Disney World... —ella abrió la boca para defenderse diciendo lo que ese asqueroso le había dicho pero él levantó la mano para hacerla callar—. No digas ni media palabra al respecto. Sé que te dijo sabe Dios qué guarradas y que tuviste que defenderte. Según tú.

Jenny apretó los puños con fuerza. David la vio empezando a ponerse roja y quiso tranquilizarla, pero no podía delante de Carlo.

—Fue una jodida locura, Jennifer. Montaste un espectáculo que ha servido para alimentar a tus queridas hienas. No sé cómo no te diste cuenta de eso —se pasó una mano por el pelo—. Ahora ya no hay vuelta atrás pero como se te

ocurra volver a montar un show como ese en Barbados, me importa una mierda que sea borracha, defendiéndote de una medusa que te ataque en la playa o bailando demasiado pegada a algún guiri en la discoteca, como algo parecido aparezca en las portadas de las revistas o genere un simple rumor...

La miró a los ojos muy seriamente y ella apretó con fuerza las mandíbulas para no contestarle.

—...entonces hablaremos de otra manera.

Y se dio la vuelta y volvió caminando despacio hasta su sillón de nuevo. Jenny le miraba sin saber si decirle que era gilipollas o si le faltaba algún riego del cerebro. ¿Todo ese

discurso para eso? Suspiró sonoramente. David reprimió una sonrisa.

—¿Alguna cosa más, oh, gran Carlo? —dijo ella con sarcasmo poniéndose de pie.

Él la miró enarcando una ceja desde su sillón y negó con la cabeza justo antes de reír débilmente.

—Eres increíble, Jennifer. Ni en situaciones límite como esta sabes mantener esa boca cerrada.

—¿Yo morderme la lengua? Jamás. —Sonrió falsamente—. No querría envenenarme.

Carlo se echó a reír y suspiró. David los observaba sin saber muy bien si reír con él o callarse al ver la expresión casi asesina de Jenny.

—Jenny, yo no he dicho que seas una víbora.

—Apuesto a que lo piensas... —ladeó la cabeza mirándole todavía con el enfado plasmado en el rostro.

—No quiero que te vayas de vacaciones enfadada conmigo —se volvió a poner de pie y caminó hacia ellos—. David, ¿te importaría dejarnos solos un momento?

Él le miró extrañado y asintió con la cabeza. Observó a Jenny mientras se levantaba y dudó por un instante abandonar esa habitación. No quería que se volviera loca y le gritara barbaridades de las suyas.

—Estaré bien —susurró ella cogiéndole la mano con cariño—. Ahora

salgo.

—De acuerdo —le tendió la mano a Carlo para despedirse—. Hasta pronto.

—Hasta pronto, David. Pásalo bien en Barbados y ya sabes, a la mínima...

—Sí, sí, a la mínima me pondré en contacto contigo.

Se despidieron y David salió fuera del despacho no muy convencido. ¿Por qué tenía que salir de ahí si se suponía que él tenía que saber todo que pasara con ella?

—Bueno, Jenny —empezó Carlo una vez hubo salido—. Como dentro de unos días es tu cumpleaños...

Caminó hacia un armario de madera de roble que tenía a su derecha y se agachó para abrirlo.

—Tengo algo para ti.

Sacó un pequeño paquete envuelto en papel rojo y con un lazo enorme de tul plata. Se lo acercó y Jenny lo cogió frunciendo el ceño. No se esperaba un regalo en esos momentos. Todavía faltaba una semana para su cumpleaños. Retiró el lazo y empezó a rasgar el papel. Cuando abrió el paquete por completo sintió que se le paralizaba el corazón. Se tapó la boca con la mano y reprimió un sollozo. Se dejó caer hacia atrás en el sillón.

Jodido Carlo. No sabía si le odiaba o le quería con locura.

Era una foto de aquel certamen de canto en el que la había descubierto. Ella aparecía en el centro del escenario

llevando un enorme ramo de flores en la mano y muy sonriente. A su lado estaba la segunda finalista, ni siquiera recordaba su nombre. Pero lo realmente importante de esa foto es que al otro lado estaba él. George. Su padre. Llevaba su traje de gala de la policía, fue el encargado de dar el premio a la ganadora del concurso y tenía que usar sus mejores prendas.

Jenny no tenía fotos de aquel día. ¿Cómo la habría conseguido Carlo?

Sonrió. Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y levantó la vista para encontrarse con la mirada de su representante. Si no le conociera tan bien apostaría a que estaba a punto de llorar. Pero no, Carlo no lloraba nunca.



—Hablé con él hace unos días.

Se le paró el corazón.

—¿C-con G-George? —consiguió preguntar mientras una lágrima recorría su mejilla.

—Me llamó porque no se atreve a llamarte a ti.

Sintió como si le clavaran un puñal en el corazón.

—Está preocupado por las cosas que salen en las revistas, por las cosas que dicen de ti en televisión —se sentó en el asiento donde antes estaba David —. ¿Hace cuánto no hablas con él?

Jenny tomó aire sin dejar de mirar esa foto.

—Puede que... un año...

—¿Por qué no le llamas?

—¿Para qué? —Exclamó volviéndose a mirarle—. No quiero hablar con él y que actúe como siempre. No soy una niña y parece que todavía no lo entiende.

—Está bien, Jenny. Pero tendrá que llegar un día en que solucionéis vuestras diferencias.

Le miró fijamente y supo que tenía razón. Algún día hablaría con su padre. Algún día, pero no ese día.

Se puso de pie y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Carlo se levantó también.

—Gracias, Carlo —le sonrió y él asintió con la cabeza.

—No hay de qué, Jennifer.

—Ha sido un bonito primer regalo

de cumpleaños.

Se acercó a él y le dio un abrazo. No solían abrazarse muy a menudo, entre ellos existía esa relación amor-odio que muchas veces terminaba a grito pelado. Pero en ocasiones él ejercía de padre y de persona cuerda que la devolvía a la realidad, y le quería por eso.

Carlo palmeó su espalda con cariño y ella le besó en la mejilla. Se quedaron mirando a los ojos unos segundos.

—Ten mucho cuidado en Barbados —dijo él finalmente.

—Lo tendré.

—No hagas locuras.

—Carlo, no me toques los cojones. Él negó con la cabeza y sonrió.

—Siempre tienes que poner la guinda a las conversaciones, ¿verdad?

Ella se echó a reír y salió del despacho con la foto de ella y su padre bajo el brazo. Él la observó saliendo y volvió a sentarse en su sillón mientras miraba por la ventana y recordaba el día en que la conoció.

## *Veintitrés*

Aterrizaron en el Aeropuerto Internacional Grantley Adams de Bridgetown dos días después. El sol brillaba en un cielo azul manchado de nubes blancas. Las palmeras se agitaban por la suave brisa que soplabá. Era como llegar a un sueño. Un sueño maravilloso en el que iban a permanecer dos semanas ajenos a todo y pensando solamente en ellos mismos.

—Adoro esta maravilla de isla — dijo William mientras bajaba las escaleras del avión privado.

—Echaba de menos este clima — dijo Anna echando la cabeza hacia atrás y sonriendo al cielo.

—Yo odio este clima —masculló Caroline cuando comenzaban a andar hacia el coche que les esperaba a pie de pista.

—¿Tu pelo ya se ha convertido en una maraña horrible, erizada e imposible de peinar? —Preguntó Jenny aguantando la risa.

—¡Maldita humedad! —Gritó la rubia en respuesta.

Todos se echaron a reír y William se apresuró a cogerla de la cintura para atraerla a él.

—Estás preciosa siempre, Carol. No te preocupes por tu pelo.

—Claro, eso lo dices ahora —le empujó de un codazo—. En cuanto te bebas unas cervezas me dirás que parezco un champiñón.

Él rio entre dientes.

—Te prometo que...

—¡No prometas nada que no vayas a cumplir! —Gritó Gary.

Anna bufó y Jenny le dio un codazo de advertencia. Parecía que las cosas entre ellos seguían sin funcionar demasiado bien y la pequeña aprovechaba cualquier ocasión que tenía para dejarle en mal lugar o criticarle. Y eso que Gary se había comportado como nunca durante la gira. No había ligado con ninguna chica. Algo realmente increíble ya que desde que entraron en

el mundillo de la música, la moda y el famoseo el chico se había convertido en alguien muy cotizado entre las solteras. Y no es que no ligara porque ninguna lo intentara, era él quien las paraba y les decía que no. Anna aseguraba que no estaba dispuesta a fiarse de un cambio momentáneo.

—No te pases, Annie —susurró en su oído.

—Es que no sé cómo se atreve a dar consejos a nadie.

—Sshhh —le dio otro codazo.

Por suerte ninguno las escucho ya que estaban entrando en la furgoneta que les llevaría hasta Saint James, donde estaba la casa de Jenny. David iba el último moviendo la cabeza de un lado a



otro, observando todo con detalle.

—¿Buscas algo? —preguntó ella junto a la puerta de la furgoneta.

Él sonrió y eso la hizo tragar en seco. Esas gafas de sol le quedaban demasiado bien. Que llevara unas bermudas de color verde militar con una camisa abierta hasta el tercer botón, dejando que se viera parte de su pecho, no ayudaba nada a que se serenara.

—Me gusta este sitio —le contestó una vez estuvo a su lado.

—Y eso que todavía no lo has visto todo.

Se acercó a él y le besó en los labios. Los dos entraron en la furgoneta donde sus maletas ya estaban cargadas y arrancaron para salir del aeropuerto.

No había mucha distancia entre Bridgetown y Saint James pero fue el tiempo suficiente para que Anna les diera una charla acerca de cómo iban a tener que vestir los próximos días.

—No penséis que porque estemos de vacaciones voy a dejar que os pongáis cualquier cosa —decía muy seria alisándose la falda de flores de Victorio y Luchino que llevaba puesta—. Me da igual que hayáis traído cosas que penséis que vais a poder llevar, si es algo inadecuado no os lo pondréis.

—Anna, no me digas que vas a vigilarme también en vacaciones —dijo Jenny con cara de circunstancias.

—¡Por supuesto! —Exclamó casi ofendida—. Eres una estrella, Jen,

siempre debes comportarte como tal.

—Entonces eso nos exime a los demás de tener que vestir adecuadamente, ¿no?

—David, de momento no he tenido jamás nada en contra de tu manera de vestir —se volvió a mirarle muy seriamente desde su asiento de delante—. No me toques los ovarios y estarás eximido de todo.

Al terminar de hablar le sonrió de esa manera que solamente ella sabía, haciendo que cualquier forma de hablar con tono amenazante que hubiera utilizado anteriormente quedara en nada.

—Eres una brujilla malévola —le dijo David sonriendo.

—No te haces una idea —soltó

William pasando el brazo por los hombros de su hermana—. Y ahora la vamos a ver metida en su papel más temible.

—¡Oh, no! —Exclamó Caroline teatralmente llevándose las manos al pelo ya erizado—. ¡La loca Anna organizadora de fiestas ha vuelto a Barbados!

Todos se echaron a reír y la aludida aplaudió feliz en su asiento.

—Va a ser una de las mejores fiestas de la historia. Ya lo veréis.

Justo entonces llegaron a la casa. David se quedó boquiabierto en cuanto la vio. Jenny se acercó a su oído.

—No finjas, capullo. Es una mierda en comparación con el castillo de tus

padres.

Él rio entre dientes y negó con la cabeza.

La casa tenía dos plantas, la entrada estaba rodeada de un enorme aparcamiento que quedaba vallado y protegido por una alarma que programaron en cuanto bajaron de la furgoneta. Las paredes exteriores estaban pintadas de blanco, como las típicas casas de la isla, queriendo recoger todo el sol posible y dándole un aspecto mucho más tropical.

William echó a correr hacia la puerta del garaje y gritó en cuanto la abrió. Todos los demás rodaron los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó David al

ver sus reacciones.

—Ahora lo verás —le dijo Gary con una sonrisa.

Justo entonces se escuchó el sonido de un motor arrancando. No era un coche, pero tampoco una moto. De repente apareció montado en un quad de color rojo, con cara de niño al que le acaban de comprar una videoconsola. Dio un par de vueltas al aparcamiento, derrapando y riendo como un loco.

—Da un poco de miedo, ¿verdad? —preguntó Caroline al ver su cara.

—Bastante —admitió entre risas.

—No te preocupes, es inofensivo. Le encanta ese maldito chisme y Jenny se empeñó en comprarle uno a él y otro a Gary hace un par de veranos.

—¿Cómo no le iba a comprar uno?

—Gritó Jenny por encima del ruido del quad—. ¡Mirad su cara!

—Sí, claro, porque tú no tienes que ir con él a esas horribles excursiones por la selva —respondió la rubia con gesto resignado.

—No entiendo por qué no os gustan nuestras excursiones —dijo Gary mirándolas a las dos—. Es genial eso de perderte entre la vegetación y explorar sitios nuevos.

—Claro —soltó Caroline—. Sitios nuevos llenos de bichos, serpientes, arañas venenosas...

—¡Y anacondas! ¡No te jode! —Gritó entre risas—. Eres una catastrofista, Carol.

—Sí, sí, lo que tú quieras —se volvió hacia la puerta de la entrada—. Yo me voy para dentro a ver si consigo hacer algo con este maldito pelo.

Y subió escaleras arriba cargando con su maleta de color rosa seguida de Anna.

—Vamos —dijo Jenny a David cogiendo su mano—. Te enseñaré el resto.

Los dos entraron en la casa mientras Gary y William se quedaban contemplando sus quads, acariciándolos y dándoles besitos porque llevaban meses sin verlos.

—Capullos... —murmuró David mientras pasaba a su lado.

No vio como los dos le sacaban el



dedo en respuesta.

La casa por dentro era preciosa. La entrada estaba pintada en color blanco también, todos los muebles eran de madera. Había cuadros de colores vistosos que no desentonaban en absoluto con la decoración, todo con un aspecto puramente tropical. Desde la entrada, una escalera subía a la planta de arriba y dos puertas comunicaban respectivamente con el salón principal y un enorme comedor.

Fueron al salón principal en el que los sofás negros y blancos contrastaban con el amarillo de las paredes. Unos enormes ventanales a lo largo de las paredes daban al jardín y a la pista de tenis dejando entrar el sol en la estancia.

—Mis padres no tienen pista de tenis —murmuró David cuando la vio.

Jenny soltó una carcajada mientras se acercaba a la cocina.

La vio entrar en la enorme estancia de muebles de madera con una isla en el centro. Puede que le pareciera, pero juraría que esa cocina era más grande que la que había en el apartamento de Tribeca. El salón daba a un comedor pequeño, con una mesa para ocho comensales y con unas vistas espectaculares al jardín y parte de la pista de tenis. Desde allí se veía una barbacoa de piedra y los ventanales que daban al comedor grande. Salió al jardín y, después de dar unos pasos y pasar al lado de la barbacoa, vio la piscina.

Entonces sí que se quedó realmente sorprendido.

Era rectangular y muy larga. ¿Cuánto mediría? Calculó unos quince metros. Todo el suelo a su alrededor era blanco, había varios sillones de mimbre de colores crema y azul. Se giró y vio como otra de las paredes del gran comedor daba directamente a la piscina. Eso tendría que ser espectacular de noche.

Sintió unas pequeñas manos rodeándole la cintura.

—¿Te gusta?

Sonrió y acarició los brazos de Jenny con suavidad.

—Me encanta.

—No hay horarios de baño —le

informó—. De día o de noche, la piscina siempre está abierta.

Se quedaron en silencio observando todo. Se escuchaba a los pájaros cantar, soplaba una suave brisa cálida que ayudaba a mitigar el calor sofocante y el sol brillaba más bajo. Estaba atardeciendo.

—¿Nos instalamos y nos preparamos para ver atardecer desde la playa? —le preguntó Jenny apoyando la mejilla en su omoplato.

—Me parece una idea perfecta.

Se volvió y cogió su rostro entre las manos para mirarla detenidamente.

—No sé si es esta isla o este jodido calor —le dijo—. Pero estás más sexy que de costumbre.

—¿Qué dices, idiota? —rio ella dándole una patada suave en la pierna.

—Creo que es producto del calor pero te encuentro increíblemente apetecible...

Capturó sus labios en un rápido movimiento que hizo sonreír a Jenny un instante antes de responder con ganas a su beso. Apartó las manos de su cara lentamente, bajándolas por su cuello, hombros y brazos, acariciándola a su paso. David dejó que el beso fuera lento y cuidadoso, notando su corazón acelerándose a cada segundo.

Llevó las manos a su cintura y entonces ella pareció despertar y estiró los brazos para llevarlos a su baja espalda. En cuanto deslizó una mano por

el muslo de Jenny, ella se apretó a su cuerpo y rozó su entrepierna. Rio sobre su boca y se separó a mirarla.

Tenía los labios ligeramente hinchados y muy rojos, sus mejillas estaban sonrosadas y había un brillo especial en sus ojos, que entonces le miraban ligeramente desenfocados.

—Te hago una propuesta —le susurró a dos centímetros de su rostro haciendo que ella entreabriera los labios.

Jenny asintió como pudo, su cerebro estaba desconectado de nuevo. Esa voz tan sexy la descolocaba por completo.

—Vamos a nuestra habitación...

Volvió a asentir justo antes de notar

la mano de David por debajo de su falda y comenzando a subir por su muslo. Gimió.

—...y celebramos que hemos venido aquí...

Subió la mano hasta su culo y apretó con fuerza uno de los cachetes haciéndola jadear.

—...echando un polvo de los que hacen historia.

Y le dio un mordisco en el cuello. Ella le miró con los ojos muy abiertos y cogió su mano a la velocidad de la luz. No necesitaba escuchar más. Le arrastró hasta su habitación entre risas y las miradas atónitas del resto de sus amigos.

Una hora después los seis estaban en la playa privada de la casa. Sí, tenía

playa privada.

David sí flipó con eso.

Habían llevado una nevera repleta de cervezas metidas en hielo y estaban sentados o tumbados en varias toallas. William abrazaba a Caroline sentado tras ella sin dejar de susurrarle tonterías al oído que la hacían reír todo el tiempo. Anna miraba al sol esconderse en el horizonte con gesto serio, sentada acurrucada, abrazándose las rodillas mientras sostenía una cerveza. Gary estaba sentado lejos de ella, con otra cerveza en la mano y claro gesto melancólico.

—Odio que se comporten así —  
susurró Jenny.

David se volvió a observarla y



siguió el rumbo de su mirada. Vio que se refería a Anna y Gary.

—Son mayorcitos, sabrán solucionar sus problemas antes o después.

—Pues espero que sea antes que después —dio un trago a su cerveza—. No me gusta verles tristes, y menos aun sabiendo que es todo por una tontería. Joder, ¡se quieren! No entiendo cómo no dejan las gilipolleces a un lado y hablan para solucionar todo entre ellos.

La miró un instante y luego miró al horizonte. El mar estaba en calma, los rayos anaranjados del sol escondiéndose se reflejaban en la superficie. Un paisaje sacado de una postal de ensueño. Precioso. Tomó aire sabiendo que ese

momento idílico podía romperse tras las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—Tú podrías hacer lo mismo con tu padre.

Vio a Jenny envararse por completo y tragó en seco sabiendo lo que se aproximaba. Se atrevió a girarse para mirarla. Ella miraba al frente con gesto crispado, apretando con fuerza las mandíbulas. Vio las aletas de su nariz dilatadas mientras respiraba con fuerza.

—¿Qué coño sabes tú de eso? — casi escupió la pregunta.

—Vi la foto que te dio Carlo el otro día, Jenny. No te pregunté nada porque te conozco y eres muy reservada a la hora de hablar de tu familia. Pero no sé

nada de ellos. Jamás los nombras. Siento cierta curiosidad por conocerlos o saber de ellos. Tú conoces a mi familia, sabes muchas más cosas sobre ellos de las que yo sé de los tuyos. Bueno, a decir verdad yo no sé absolutamente nada sobre tu familia. Solo que tu madre tocaba el piano.

Volvió a notar como Jenny se tensaba. La vio apretar con fuerza el cuello del botellín de cerveza que sujetaba. Sus nudillos se habían vuelto completamente blancos.

—Le pregunté a Will sobre ellos.

—¿Qué hiciste qué? —chilló volviéndose a mirarle.

David se echó hacia atrás al ver su expresión furibunda.

—No, Jenny, no te enfades —se apresuró a decirle mientras estiraba la mano para coger la suya.

Respiraba fuertemente, tenía los ojos vidriosos y rechinaba los dientes.

—No me contó nada —susurró intentando tranquilizarla—. No pienses en asesinarle, ¿vale? Me dijo que no podía traicionar tu confianza y que todo lo que quisiera saber me lo tendrías que decir tú.

Jenny soltó todo el aire de los pulmones y respiró más tranquila sabiendo que no tendría que matar a William. Le quería, odiaría tener que hacerlo.

—Sólo dijo que estabas enfadada con él por temas del pasado y que no te

gustaba hablar del tema.

—¿Y si sabes eso por qué cojones me preguntas?

David miró sus ojos castaños y percibió la tristeza y la pena en ellos. Vio las lágrimas que amenazaban con salir y estiró la mano para acariciar su mejilla. Sonrió levemente para tranquilizarla.

—Solo quiero que sepas que puedes confiar en mí. Siento curiosidad por saber de ti, Jen. Es un tema que evitas con tanta fiereza que me hace preguntarme cosas. Es simplemente eso —se encogió de hombros—. No quiero presionarte, cuando estés preparada para hablar de ello estaré encantado de escucharte. Solo es que a veces es muy

sencillo dar consejos a los demás pero es mucho más difícil aplicarse esos mismos consejos a uno mismo.

Jenny le miró a los ojos un instante. Su expresión era indescifrable. Parecía debatirse entre abrir la boca y gritarle, echarse a llorar, fulminarle con rayos desintegrantes o reír como una loca. Pero en lugar de eso lanzó el botellín de cerveza al suelo con enfado, se puso de pie y se dio la vuelta para entrar en la casa a grandes zancadas.

David la observó marchándose y suspiró frustrado. Esa mujer era lo más complicado de tratar que se había encontrado en la vida.

—Parece que Dave la acaba de cagar...

La voz socarrona de William le hizo volverse hacia él.

—Cierra la boca, Will.

Escuchó su risa y después un susurro amenazante de Caroline que le hizo dejar de reír al instante. David sonrió triunfante. ¡Gracias a Dios! La rubia parecía estar ligeramente de su parte.

Se quedó mirando el sol terminando de ocultarse. No iba a ir detrás de ella. Sabía que necesitaba tiempo para olvidar su enfado, aunque realmente no entendía por qué se enfadaba con él. Pero Jenny era así. Dejó salir todo el aire de sus pulmones lentamente.

—La vida es complicada, ¿eh?

Anna se acababa de sentar a su

lado. La miró sonriendo y asintió con la cabeza.

—Todo es una mierda —sentenció ella mirando los últimos rayos del sol.

—Pero todo se puede solucionar —susurró en respuesta.

Anna suspiró y asintió con la cabeza. David estiró el brazo y lo pasó por sus hombros. Ella se volvió a mirarle y le regaló una triste sonrisa. Anna era un encanto de chica y le descolocaba verla así. Siempre estaba feliz, gritando y volviéndoles locos a todos. Que su sonrisa no fuera genuina no le gustaba en absoluto.

Observó a Gary por el rabillo del ojo. No había cambiado ni un milímetro en su posición, seguía sentado con el



mismo gesto melancólico en el rostro.

Siguieron en silencio hasta que el sol desapareció por completo. Las estrellas brillaban en el cielo completamente despejado. No había luna por lo que estaban casi en completa oscuridad. William y Caroline reían entre ellos mientras se besaban y acariciaban como adolescentes.

—Muchas veces les odio —dijo Anna en voz baja para que solo él le escuchara.

David rio disimuladamente y la acercó a su cuerpo en un medio abrazo.

Justo entonces Gary se levantó y comenzó a andar en dirección a la casa. Anna levantó la vista y le miró seria. Él abrió la boca dispuesto a decir algo, se

pasó la mano por el pelo y carraspeó incómodo. David estuvo a punto de levantarse y desaparecer de ahí, sentía que sobraba. Pero la morena se cuadró de hombros y miró desafiante a Gary, todavía más si eso era posible. El rubio suspiró y apartó la mirada de ella.

—Buenas noches —murmuró antes de marcharse.

—Buenas noches, Gaz —se despidió David.

Anna simplemente gruñó.

Tenía que conseguir cambiar el rumbo de sus pensamientos o en cualquier momento saltaría sobre su hermano y Caroline. Estaban en un estado demasiado acaramelado y no dejaba de mirarlos con la mandíbula

apretada.

—Bueno, Annie, cuéntame qué has pensado para la fiesta de Jenny.

Esa fue la frase perfecta. Se volvió a mirarle y sonrió. No fue una sonrisa al más puro estilo Anna pero fue una sonrisa más alegre que las anteriores. Comenzó a contarle todo y a hablar atropelladamente, emocionada. David se ganó media hora de charrada incesante de la pequeña bruja pero mereció la pena. Solo por el hecho de hacerla recuperar la sonrisa mereció la pena.

Cuando volvió a la casa, adormilado tras la cháchara incansable de Anna y el cansancio por el viaje, fue hacia la habitación que compartía con Jenny. Estaba dormida sobre la cama,

sin taparse con las sábanas, hacía demasiado calor. Llevaba una simple camiseta de tirantes de encaje y un culote de color blanco. Estaba preciosa. Su pelo extendido sobre la almohada, la boca entreabierta y el ceño fruncido seguramente por alguno de los sueños que estaba teniendo.

Se quitó la ropa y se quedó en calzoncillos. Se tumbó a su lado y apoyó el codo en la almohada para posar la cabeza sobre su mano y observar a Jenny dormir un ratito.

## *Veinticuatro*

A la mañana siguiente despertó solo en la cama. Se levantó frotándose los ojos y fue caminando hacia la ventana. El sol ya brillaba alto en el cielo y parecía que el día iba a ser radiante, ni rastro de nubes aunque sí soplaba el viento. Se apoyó en el marco de la ventana y vio a Jenny tumbada en una toalla sobre la arena. Estaba sola. Llevaba un biquini de color azul oscuro que contrastaba con su piel clara. Se pasó la mano por el pelo y se dedicó a observarla durante un rato.

Lo que daría por saber qué coño pasaba por la mente de esa mujer. Muchas veces creía que la conocía a la perfección, que con un simple gesto sabía exactamente qué estaba pensando. Hasta que llegaban momentos como el de la noche anterior y se daba cuenta de que no podía predecir en absoluto sus reacciones.

Eso era algo que le gustaba mucho de su relación, aunque también le disgustaba en la misma proporción. Siempre está bien no conocer del todo a una persona para que nunca deje de sorprenderte. Hasta cierto punto. La rabia con la que ella guardaba todo lo referente a su familia no era normal.

Eso le hacía pensar que había cosas

que él desconocía y que eran importantes, tanto que podían llegar a ser cruciales para descubrir a la verdadera Jenny. Y se moría de ganas por saberlas y por poder llegar a conocerla del todo. Pero tendría que esperar. No le quedaba otra opción. Con el tiempo Jenny dejaría atrás ese caparazón emocional y abriría su corazón. O por lo menos eso era lo que él esperaba.

Se duchó y bajó a la cocina. Caroline estaba preparando huevos revueltos para todos y sobre la mesa del comedor ya había beicon, donuts, fruta, salchichas, galletas, leche, tostadas, café y zumos variados.

—Joder, Carol, esto parece un

buffet libre.

—Todo sea por mis chicos —  
sonrió dándole vueltas al contenido de  
la sartén.

—Buenos días, por cierto.

—Buenos días, David.

—¿Eso que huelo es beicon? —la  
voz de William llegó desde el piso de  
arriba.

—Si no bajas corriendo no vamos a  
dejar nada para ti —gritó Gary  
apareciendo en la cocina con un bañador  
de flores naranjas demasiado llamativo.

David le miró enarcando una ceja y  
aguantándose la risa. Se dio la vuelta y  
fue hacia la mesa del comedor para  
evitar reírse en la cara de su amigo.  
Pero había alguien más en ese grupo al



que le gustaba reírse de la gente.

—La abeja Maya ha llamado diciendo que le has robado el bañador a su amigo Willy, ya harás el favor de ir a devolvérselo.

—Me parto de risa contigo, Will — le contestó el rubio con gesto de hastío.

David rio entre dientes mientras cogía asiento en la mesa.

—Buenos días, David.

Se volvió a mirar a Anna que se estaba sentando a su lado. Le sonrió y la morena exhibió su sonrisa más radiante. Parecía haber pasado una buena noche.

—Estás muy guapa hoy, Annie — dijo observando su vestido playero en tonos verdes y naranjas.

—Gracias —rio coqueta—. He

decidido que estamos de vacaciones y no voy a amargarme por nada. Y ya sabes lo que dicen, para sentirte bien no hay nada como vestir bien. Así que eso es lo que he hecho esta mañana. Victorio y Lucchino nunca defraudan.

Él asintió con la cabeza dudando seriamente que ese dicho fuera real, pero si a ella le servía para sentirse mejor a él también le valía. Cualquier cosa por no verla triste.

Caroline terminó los huevos y fue hacia la mesa seguida de cerca por William que intentaba meter la mano en la fuente para llevarse unos pocos a la boca. Finalmente lo consiguió y se ganó un quemazo en la lengua y las risas de todos los demás.

—Eres como un crío —rió su hermana.

—Joded, Cadol... Podíad habeddme avidado... —se quejaba él tapándose la boca con la mano.

—¿Necesitabas que alguien te dijera que la comida recién hecha quema? —rió Gary sentándose frente a David.

—Necedito unod amigod menod cabdoned....

Todos se echaron a reír. David se dio cuenta de que Jenny no había vuelto de la playa. Se incorporó para ir a buscarla pero sintió la mano de Anna sobre la suya.

—Deja, yo iré a por ella.  
Asintió y volvió a sentarse. Igual

era mejor que fuera ella, era su amiga, a ella probablemente no le mordería en la yugular.

Empezaron a desayunar entre risas y continuos comentarios acerca del bañador de Gary. Unos minutos después Anna entró seguida de Jenny, que llevaba la toalla sobre el hombro y no se quitó las enormes gafas de sol de Dolce & Gabbana cuando entró.

—Voy a ducharme, chicos —les informó—. No tengo ganas de desayunar.

Anna tomó asiento al lado de David de nuevo con gesto serio y él miró a Jenny frunciendo el ceño. Ella se dirigió hacia las escaleras y no pudo evitar seguirla con la mirada. Joder. Seguía

enfadada. ¿Qué coño había hecho para que estuviera así? ¿Tan malo era que se preocupara por ella y quisiera saber de su pasado? Soltó todo el aire que tenía en los pulmones. Se le habían ido las ganas de comer. Perfecto.

—Dale tiempo —susurró Caroline mientras pelaba una manzana.

—Claro, es muy fácil decirlo, Carol —soltó enfadado y tirando la servilleta sobre el plato.

—Solo te decimos que tengas paciencia —siguió Gary—. Jenny es muy celosa de su historia familiar pero seguro que te contará todo antes o después. Confía en ti, es solo que no se atreve a hablar de ello porque no sabe cómo reaccionará ella misma.

—Entiendo eso, Gaz. Pero no entiendo por qué coño se pone así conmigo. Ni siquiera me ha mirado al pasar. ¿He hecho algo tan horrible como para que no se digne a mirarme ni a decirme hola?

—Ella es especial —dijo Anna.

—Claro, como Jenny es especial puede hacer todo que le salga de los cojones —soltó poniéndose de pie y empezando a enfadarse—. Como Jenny es especial podemos permitirle que haga cualquier cosa sin tener que dar explicaciones ni justificarse ante los demás. Como es especial dejemos que se comporte como una cría. ¡Y una mierda!

Y comenzó a andar hacia la puerta

que daba a la piscina dando grandes zancadas, dejando a todos con la boca abierta. Salió del recinto de la casa y comenzó a andar por la playa enfadado. Estaba hasta los mismísimos cojones de que Jenny siempre tuviera justificación para todo. Que todo lo que hiciera pudiera justificarse porque "*Jenny es especial*" o "*Jenny es así*". ¡Pues él también era así y se acababa de agarrar un cabreo de mil pares de cojones!

Caminó por la playa respirando con fuerza, apretando los puños y farfullando incoherencias hacia ella, sus amigos, sus gilipolleces y todo que le vino a la mente. Se acercó un poco más a la orilla de la playa y las suaves olas comenzaron a chocar contra sus pies

desnudos. Suspiró y observó lo que tenía a su alrededor.

Casi había olvidado dónde estaba. Las palmeras y la vegetación tropical se intercalaban con las casas de la playa, todas de colores amarillos o blancos y con mucha madera decorativa en sus fachadas. Algunas incluso tenían pequeñas barcas en la arena o motos acuáticas junto a pequeños embarcaderos. No había demasiada gente pero las pocas personas que había fuera de sus casas estaban en la playa tomando el sol o bañándose en el mar. Tomó una gran bocanada de aire y echó la cabeza hacia atrás para expulsarlo todo de golpe.

Estaba en Barbados, joder. De



vacaciones. Estaba en sus ansiadas vacaciones. No quería amargarse los días. Ni a él ni a nadie.

Dejó de andar. Se quedó ahí parado unos segundos. Una niña con rizos negros y enormes ojos oscuros se acercó hasta él y le sonrió desde abajo. David la miró con una sonrisa también y la niña le tendió su manita regordeta en la que llevaba una preciosa flor de tonos rosados y blancos. Él la cogió con un gesto de cabeza dándole las gracias y la niña rio vergonzosa justo antes de darse la vuelta y echar a correr hacia donde un par de mujeres estaban tomando el sol tranquilamente. La vio alejarse sonriendo y se llevó la flor a la nariz para olerla. Se dio la vuelta y comenzó a

caminar de nuevo para volver.

Cuando llegó hasta la playa privada de la casa no quiso entrar dentro, se sentó sobre la arena y se quedó observando el mar. La brisa que soplaba mecía su pelo, alborotándolo un poco más. En la mano derecha giraba la flor que le había regalado la niña y de vez en cuando cogía algo de arena con la otra mano y la dejaba caer lentamente.

—Debería ser yo la que está enfadada.

No se volvió a mirarla, siguió observando las olas rompiendo en la orilla.

—Me han dicho que te has cabreado bastante —dijo Jenny sentándose a su lado.

Él no respondió, seguía mirando al frente, intentando recordar la conclusión a la que había llegado antes. No quería enfadarse, no quería gritar. Estaba en un paraíso tropical y solo quería relajarse y disfrutar.

El hecho de que ella intentara sonsacarle información no le ayudaba en nada a su propósito.

—Perdona por comportarme así.

Eso sí que mereció que se girara a mirarla. Y fue un error colosal.

Ahí estaba, con esas gafas de sol enormes que tapaban gran parte de su rostro pero que no cubrían su zona favorita: sus labios. Los observó un instante y vio como pasaba la lengua por ellos para seguir hablando. Ver esos

labios hizo que su enfado se esfumara. Ese rostro precioso conseguía hacerle olvidar cualquier cosa que hubiera pasado. Lo sabía, era un perfecto calzonazos por ello pero no podía evitarlo.

—El tema de mi familia es algo que no me gusta tratar y mucho menos que nadie intente decirme cómo tengo que llevarlo. Sé que lo haces con buena intención, que lo único que quieres es saber de mí y de mi vida. Pero todavía no estoy preparada.

La suave brisa mecía sus cabellos de un lado a otro, soltando reflejos rojizos, obligándola a recoger los mechones sueltos y a colocarlos tras su oreja para que luego volvieran a

soltarse y tuviera que repetir el ritual. Llevaba la parte de arriba de un biquini de color blanco y unos short vaqueros. Volvió a observar sus labios.

—Solo te pido que me des tiempo, David —pegó las rodillas a su pecho y las rodeó con sus brazos—. Un poco más de tiempo y paciencia. ¿Crees que podrás dármelo?

Asintió con la cabeza sin dejar de observar su boca. Se estiró un poco y le quitó las gafas con cuidado.

—¿Qué haces? —Chilló entrecerrando los ojos y colocando su mano como si fuera una visera—. ¡Devuélveme mis gafas!

—Sshhh, solo quiero ver tus ojos.

—David, en serio, dame las putas

gafas.

—Si me das un beso.

Ella le miró con cara de sorpresa y sonrió.

—¿Me estás pidiendo un beso?

—Ajá, ¿me lo das?

Se echó a reír echando la cabeza hacia atrás.

—¿Crees que te lo has ganado? — preguntó con tono seductor.

—Cállate ya.

Y la cogió por la nuca para atraerla hasta él y juntar sus labios por fin. Los saboreó deleitándose en su nuevo sabor salado, pasando la lengua lentamente por ellos y recorriendo cada rincón de su boca. Las manos de ella pasaron a su pelo y se acercaron más el uno al otro.

Cuando necesitaron aire para respirar David cogió su cara con las manos.

—Te daré tiempo y tendré paciencia —le dijo mirándola a los ojos—. Pero no vuelvas a hacer como que no existo, por favor, es el comportamiento más infantil que te he visto.

—De acuerdo —aceptó—. Es que me atacas los nervios siendo tan correcto y tan... tan... tan capullo.

Volvieron a besarse entre risas y pequeñas promesas para que nada de lo ocurrido volviera a suceder cuando vieron pasar un borrón naranja a su lado en dirección al agua.

—¡Detengan a Naranjito! —gritaba William corriendo hacia ellos.

David vio a Gary ya dentro del agua riendo y haciéndole gestos obscenos al moreno para que fuera a cogerle. William pasó a toda velocidad al lado de ellos salpicando arena con sus torpes zancadas.

—¡Will! ¡Gilipollas! ¡Nos has llenado de arena! —gritó Jenny sacudiéndose los brazos.

—Si tienes algo en contra mía deberá resolverse en el agua, Jen —le gritó él ya al lado de Gary.

Justo en ese momento Anna y Caroline llegaron a su lado y colocaron unas toallas sobre la arena.

—¿Lucha de torres? —propuso Anna sonriente.

Jenny se incorporó y terminó de



sacudirse el resto de la arena.

—Preparaos... —amenazó a los dos que ya estaban en el agua apuntándoles con el dedo.

—Un momento.

Todos observaron a David que ya estaba de pie y sonreía.

—Las parejas se decidirán al azar. Nada de un chico abajo y una chica arriba, será lo que la suerte decida.

—¡Yo no puedo soportar el peso de mi hermano! —gritó Anna.

—No seas gallina, Annie —dijo Caroline dándole un codazo.

—Está bien —admitió a regañadientes—. Pero como tenga que ir a urgencias con algún hueso roto será vuestra culpa, ¿de acuerdo?

Todos aceptaron la condición de Anna y se reunieron en la orilla para formar las parejas. Con unos palitos que David encontró en la arena fue como se tomaron las decisiones. Jenny y Carol iban juntas, a Anna le tocó con David y Gary era pareja con William.

—Vais a estar escupiendo arena durante todas las vacaciones —les decía William a Jenny y Caroline, primeras contra las que jugaron.

Y, cruel destino, impredecible y algo cabrón, las cosas fueron totalmente al revés. Las chicas desestabilizaron a Gary con un solo toque y ambos cayeron al agua de tal manera que William se quedó con los pies sobresaliendo por encima de la superficie y tragó gran

parte del agua del mar. Rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Gary no hizo otra cosa que echar más leña al fuego con un comentario bastante interesante.

—No sé si has visto alguna vez en el Discovery Channel lo que dicen sobre las ballenas, Will.

El moreno negó con la cabeza mientras escupía otra vez más sobre la arena.

—Pues resulta que, cuando un balleno y una ballena echan un kiki... — hizo una pausa teatral—. El balleno expulsa nada más y nada menos que mil ochocientos litros de semen.

Las chicas se echaron a reír escandalosamente. David observaba a

William esperando su reacción e intentando aguantar la risa.

—Imagínate la de semen que habrá suelto por el agua del mar—siguió Gary al ver que el moreno no caía en la gracia—. Imagínate la de semen de balleno que te acabas de tragar ahora mismo.

William le miró horrorizado y se tapó la boca para retener las arcadas que empezó a sentir. Echó a correr en dirección a la casa y Caroline fue tras él entre enormes carcajadas. El resto se quedaron riendo en el agua pero ya no siguieron jugando a las torres, habían tenido suficiente por ese día.

Los días se sucedieron en paz y armonía. Dormían hasta tarde, iban a la playa, comían, se echaban una pequeña siesta y volvían a la playa. Alguna tarde salían de compras o a dar una vuelta. Entonces Jenny se veía asediada por las gentes de la isla, pero siempre les sonreía, se hacía fotos con ellos y les firmaba todos los autógrafos que le pedían.

Las cosas entre ella y David volvieron a su cauce. No comentaron nada más acerca de su pasado familiar y ella tenía muy decidido contárselo cuando llegara el momento, pero no en vacaciones. Era un tema que le afectaba muchísimo y no quería que eso influyera en los días que pasaran en Barbados.

Cuando llegara el momento de hablarlo, lo hablarían. Sabía que podía confiar en él y quería contárselo, pero no todavía.

Y así, casi sin darse cuenta, llegó su cumpleaños.

El trece de septiembre amaneció nublado. Jenny abrió los ojos perezosamente mientras se estiraba en la cama. Al estirar el brazo notó algo a su lado. Se incorporó lentamente y vio que se trataba de una nota. En el instante en que reconoció la elegante letra de David su corazón se aceleró. Se sentó en la cama con una enorme sonrisa y la leyó.

*Buenos días, cumpleañosera.*

*Te espero dentro de media hora en el garaje. Requisitos: ropa y zapatos*

*cómodos, ganas de aguantarme durante horas y predisposición a posibles encuentros sexuales.*

*D.*

Soltó unas pequeñas risitas y se levantó como una flecha de la cama. Corrió a la ducha, se lavó el pelo a toda velocidad y frotó su cuerpo con la esponja sin dejar de repetir en su mente eso de predisposición a posibles encuentros sexuales... Por favor, ¡para eso siempre estaba dispuesta! Salió de la ducha, se vistió con unos short de color verde, camiseta blanca de tirantes y zapatillas deportivas. Debajo se puso un biquini de flores tras haber sopesado la opción de ponerse un tanga de encaje

rojo y un sujetador a juego. Se decidió por el biquini ya que era la opción más aconsejable, llevar lencería sexy a la selva no parecía algo demasiado viable.

Se dejó el pelo suelto, aplicó una ligera capa de maquillaje a su rostro y se echó un poquito de perfume, oler bien siempre ayudaba. Sonrió y observó su reflejo en el espejo.

—Perfecta.

Salió de la habitación dando pequeños saltitos en dirección al garaje. Por el camino se dio cuenta de que sus compañeros no estaban por ahí, pero al ir a salir de la casa vio una enorme nota pegada en la pared junto a la puerta. Volvió a sonreír más ampliamente todavía. Era de ellos.



*¡Felicidades, Jen!*

*Hemos salido todos para preparar tu fiesta de esta noche (risas demoniacas de todos) pero queremos desearte un muy feliz día de cumpleaños. Sabemos que David te lo hará pasar genial, solamente esperamos que puedas mantenerte en pie al regresar (risas de Will).*

*¡Te queremos!*

Negó con la cabeza mientras reía, pasó una mano por la nota y agradeció enormemente tener esos amigos tan especiales. Les quería con locura.

Salió de la casa finalmente y miró al cielo. Seguía nublado. Frunció el ceño esperando que no lloviera.

—Si sigues haciendo eso tantas veces te van a salir arrugas.

Se giró hacia dónde provenía su voz y casi tiene que sentarse en el suelo para poner la cabeza entre las piernas e hiperventilar. ¿Cómo era posible que existiera alguien tan guapo en el universo?

Llevaba un bañador de color rojo, de esos que van a la cadera y que casi dejan ver el caminito feliz. Lo combinaba con una camiseta de color gris que se ajustaba a su perfecto torso de una manera que debería estar prohibida. Y para rematar llevaba esas gafas, oh, sí, las gafas del pecado. Últimamente incluso soñaba que se lo tiraba llevando esas gafas puestas. En

ese instante decidió que eso iba a ser algo que iba a hacer realidad ese mismo día sin falta.

Le vio acercarse a ella con esos andares particulares, como si el suelo estuviera ahí puesto para que él lo pisara. La sonrisa centelleaba en su rostro y su pelo estaba perfectamente despeinado como siempre. Joder. Había algo que se le olvidaba... Ah, sí, respirar.

—Felicidades, preciosa.

La cogió por la cintura y acercó los labios a los suyos para besarla con extremada lentitud. Su aroma llenó sus fosas nasales y su corazón duplicó el ritmo de los latidos. Puede que debiera volver a su cuarto a cambiarse la parte

de abajo del biquini, a esas alturas estaría empapada. ¡Y ni siquiera habían salido de casa!

—¿Estás bien? —le preguntó apartándose de ella y escrutando su rostro.

Asintió.

—Creo que... sigo sin acostumbrarme.

—¿A qué?

—A ti.

David la obsequió con su maravillosa sonrisa torcida, se agachó para morderle levemente en el cuello y la abrazó con fuerza para luego levantarla en el aire. Jenny soltó un grito y se agarró a su cuello con fuerza. Él les hizo girar en el sitio un par de veces y

luego la volvió a dejar en el suelo. Ella le observó con una enorme sonrisa.

—¿Lista para tu día de cumpleaños? —le preguntó con cierto nerviosismo en la voz—. Veo que has hecho caso a los requisitos.

—Sobre todo a lo de la predisposición.... —susurró contoneándose y rozando "involuntariamente" su entrepierna.

Él soltó una carcajada y la cogió de la mano.

—Vamos allá, golfilla. Comienza el "feliz, feliz día de cumpleaños de Jenny made in David".

—¿Cómo has dicho? —exclamó entre risas.

—Lo que has oído.

La llevó hasta la puerta del garaje mientras ella seguía riendo. Entraron al interior y él le tendió un casco.

—¿Vamos a ir en quad?

David asintió y cogió otro casco para él. Se acercó al quad de color azul, se montó y lo puso en marcha. Jenny se quedó de pie a su lado sin moverse.

—¿Qué pasa, piensas montarte hoy o mañana? —gritó él por encima del ruido del motor.

—¿Tú sabes cómo coño se conduce esto?

—Es como una moto, Jen.

—No sé si sabes que soy una persona conocida mundialmente y que si muriera despeñada por algún barranco a manos de un inexperto conductor de

quad...

—Cierra la boca y monta ese culito aquí. ¿Confías en mí?

Le observó un instante y tuvo que reprimir las ganas de saltarle encima para hacerlo sobre ese quad. Claro que confiaba en él, ¿qué tipo de pregunta era esa? Asintió con la cabeza.

—Pues vamos.

Le tendió la mano sin dejar de sonreír y ella la cogió sin darle más vueltas. Se montó tras él y se agarró con fuerza a su cintura. Apoyó la cabeza en su espalda y entonces salieron del garaje. A la mierda, si se estrellaba con él por alguna parte de la selva de Barbados no pasaba nada, estaría con él y eso era lo único importante.

## *Veinticinco*

Como en una película. Se sentía como Audrey Hepburn en uno de sus filmes. El viento en la cara agitando su pelo, el paisaje idílico, el guapo acompañante... Si no fuera por el desagradable sonido del motor de quad y porque tenía que estar escupiendo cada dos por tres debido a la cantidad de bichos que se estampaban en su boca, ese momento hubiera sido perfecto.

Después de un rato que le pareció eterno, llegaron a su destino. David paró a un lado de la carretera, en una especie



de camino lateral, y apagó el motor.

—Gracias al cielo... —murmuró Jenny mientras se quitaba el casco.

Él rio mientras bajaba del cacharro y empezaba a quitarse su casco también.

—¿Tú no te has comido la mitad de la población de moscas de esta isla? —le preguntó entrecerrando los ojos.

—No, ¿tú sí?

Empezó a murmurar juramentos hacia la madre naturaleza que David no escuchó porque había empezado a andar hacia la maleza que emergía al lado de la carretera. Llevaba a la espalda una mochila que había sacado de debajo del asiento del quad.

—Adónde vamos? —preguntó curiosa colocándose a su lado.

—A un sitio que te va a encantar —  
sonrió radiante—. Vamos allá, Jennita,  
comenzamos el "Feliz, feliz día de  
cumpleaños de Jenny made in David".

—¿Estás mal de la cabeza? —gritó  
al verle entrar en la vegetación entre dos  
árboles.

David se detuvo en seco y la miró  
con expresión de contradicción.

—¿No pretenderás que camine por  
la selva?

—Vamos a seguir un sendero.

—Pero un sendero en medio de la  
selva.

—Jenny, esto no es una selva, esto  
es como... —se quedó pensativo unos  
segundos—. Es como un bosque solo  
que hay palmeras.

Le miró con cara de pocos amigos.

—¿Me estás tratando como si fuera idiota?

—No, solamente te pido que te tomes esto como una excursión por el bosque —cogió su mano con suavidad—. No vamos a encontrarnos con animales salvajes ni con arenas movedizas. Somos simplemente tú y yo saliendo a pasear por un sendero que han recorrido cientos de personas antes que nosotros, y nadie ha muerto entre terribles sufrimientos a mano de una tribu caníbal.

Jenny bufó ante sus intentos de convencerla. David dio un paso hacia ella y sonrió de esa manera con la que sabía que conseguiría convencerla de

cualquier cosa.

—Jen... vamos...

El sonido de su voz fue como un ronroneo y tuvo que parpadear varias veces para espabilar.

—Eres un cabrón, Hill —soltó antes de empezar a andar por el maldito sendero—. Te aprovechas de mi debilidad.

—Lo sé. Y me encanta.

Jenny sacudió la cabeza mientras le escuchaba reír a sus espaldas. No pudo evitarlo y las comisuras de sus labios se estiraron para convertirse en una sonrisa.

El sendero atravesaba un bosque (o selva, según se quisiera mirar) que resultó ser precioso. Había árboles que

ellos jamás habían visto, de hojas enormes que parecían de plástico y que podrían utilizar como paraguas en caso de que lloviera. Jenny decidió coger un par que había en el suelo porque no se fiaba en absoluto de las nubes que reinaban en el cielo.

Vieron flores desconocidas, de colores llamativos y olores espectaculares. Unas eran grandes y otras diminutas, pero todas ellas de belleza sin igual. David cogió la que consideró más bonita de todas y se la puso detrás de la oreja.

—Estás preciosa... —susurró mirándola embelesado.

Jenny sonrió coqueta y se ruborizó ligeramente.

Tuvo que esperar varios minutos a que él le hiciera un reportaje fotográfico apoyada en un árbol, momento que aprovechó para sacar partido a su saber estar frente a una cámara. Se quitó la camiseta y posó para él. David sabía lo que intentaba y, dicho sea de paso, lo estaba consiguiendo con creces.

Jenny sonreía, saltaba y giraba sobre sí misma haciendo que su pelo ondeara en el aire. Estaba espectacular. La flor de colores azules la hacía parecer recién sacada de un cuento de hadas. Si no hubiera sido porque su torpeza hizo su aparición estelar probablemente se habría abalanzado sobre ella y la hubiera desnudado ahí mismo.

Pero en lugar de eso ella resbaló al pisar algo de musgo de la corteza del árbol y se cayó al suelo de culo. Soltó un juramento que hizo salir a todas las aves de sus nidos en las copas de los árboles y huir asustadas de ese lugar. David se acercó a ella con cuidado, con una mezcla entre miedo por si se había hecho algo y miedo por sí mismo al no saber cómo iba a reaccionar. Jennifer en el suelo tras resbalarse. Ufff, un golpe demasiado duro a su autoestima.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó frunciendo los labios para no reírse.

—No, cosquillas, ¡no te jode! — Gritó mirándole enfadada.

David decidió echar un par de

huevos a la situación y se acercó hasta su lado para cogerla del brazo con cuidado y ayudarla a levantarse.

—¿Estás aguantándote la risa? — preguntó Jenny entrecerrando los ojos.

—¿Yo? ¡Qué va!

Apartó la vista de su trasero lleno de manchas verdes y marrones y miró hacia el sendero. Tuvo suerte de llevar las gafas de sol puestas y ella no fue capaz ver sus ojos. Pero era incapaz de dejar de recordar lo sucedido. Ella posando como si fuera una modelo de Vogue, moviéndose sexy para provocarle, poniendo morritos, y ¡zas! Resbalón y caída vergonzosa con sus consecuentes manchas de barro y musgo. No aguantó más y empezó a reír a



carcajadas.

Ella le miró con los ojos como platos, abrió la boca dispuesta a decir algo cortante pero se lo pensó mejor y la cerró para poner cara de indignada y empezar a andar por el sendero, solo que en la dirección contraria.

—Jen... —la llamó entre risas.

No se volvió a mirarle, siguió a paso firme y decidido con la cabeza bien alta. Se habría caído pero a digna no le ganaba nadie.

—Es por el otro lado...

Mierda. Ese sí que era un golpe bajo. Pero se dio la vuelta levantando la barbilla más todavía, como si nada, y pasó a su lado sin dirigirle ni una sola mirada. Si esa era su idea de un feliz,

feliz día de cumpleaños iban mal, demasiado mal.

David fue tras ella soltando pequeñas risitas. La alcanzó unos metros más adelante y la cogió de la mano. Jenny se soltó con rabia. Él negó con la cabeza y se acercó hasta ella para cogerla por la cintura y levantarla en el aire.

—¿Eres tonto? —Chilló comenzando a patalear.

—Basta ya, Jenny —dijo con esa autoridad tan suya aunque todavía con un toque de diversión.

—No, Hill, basta tú —gritó forcejeando entre sus brazos.

—Podemos pegarnos así todo el día, y será una pena porque tenía

pensado que fuera un día inolvidable para ti.

—Y va a ser inolvidable, va a ser el día que no podré olvidar porque el capullo de mi novio se rio de mí en mi cara.

—No me he reído de ti —dijo con tono cansado—. Me reía contigo.

—¡Ah, claro! —Se cruzó de brazos—. Esa excusa me la conozco.

—Vamos, Jen, es tu cumpleaños. ¿Qué importa que te hayas caído y yo me haya reído? Hay que tener sentido del humor y saber reírse de uno mismo.

—¿Qué pasa? ¿Eres el gran oráculo que todo lo sabe?

De repente la dejó en el suelo con brusquedad y eso la hizo soltar de golpe

todo el aire de sus pulmones. Se volvió a mirarle y le vio muy serio.

—Está bien —dijo pasándose la mano por el pelo—. Lo he intentado pero contigo es imposible. Vámonos a casa.

Dio media vuelta y empezó a andar por donde habían venido.

¿Cómo? ¿Irse a casa? No... No, no y no. Era su cumpleaños, quería pasar el día con David, quería su feliz, feliz día de cumpleaños.

Mierda, Jenny, deberías aprender a no ser tan niñata.

Ese pensamiento era algo raro en ella pero la hizo despertar.

—¡David! ¡No! —Gritó justo antes de echar a correr hacia él—. No quiero

que nos vayamos, quiero seguir con la excursión y que me lleves a ese sitio especial.

Él continuaba serio, mirando hacia otro lado, sin hacerle caso. Parecía realmente enfadado.

—Lo siento —admitió finalmente—. Prometo no volver a comportarme así.

Entonces él paró de golpe y la miró a la cara.

—Sabes que soy torpe y odio que se rían de mi torpeza.

—Claro que sé lo torpe que eres —cogió su cara entre las manos y la miró a los ojos—. Pero tienes que aprender a reírte de la vida un poco, es más sencillo que tomarse las cosas como te

las tomas.

—¿Vas a dejar de sermonearme algún día? —dijo algo más ruda de lo que pretendía.

David dio un respingo y se apartó de ella. Se dio cuenta de que tenía razón. Igual pecaba de sabelotodo. Pero no era para sermonearla, era para que entendiera las cosas y se tomara la vida de otra manera. Últimamente Jenny se tomaba todo demasiado en serio y él solo quería que disfrutara. Pero igual no lo estaba enfocando del todo bien...

—De acuerdo —aceptó con voz firme—. Yo accedo a dejar de ser el gran oráculo que todo lo sabe si tú aprendes a tomarte las cosas con filosofía.

Le tendió una mano que Jenny miró enarcando una ceja.

—¿Vamos a hacer un trato?

Asintió con la cabeza.

—¿Aceptas?

Miró su mano un instante y luego su rostro, sonrió y estiró la mano para cerrar el trato.

—Acepto.

Entonces David acercó sus manos entrelazadas hasta su boca para besar el dorso con suavidad. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y sintió como un cosquilleo se instalaba en la parte baja de su estómago.

—Y ahora —empezó él acercándola a su cuerpo—. Para evitar más episodios como el que acabamos de

vivir...

En una fracción de segundo la levantó del suelo y la giró hasta colocarla en su espalda como si fuera otra mochila. Apuntar que la mochila que llevaba antes todavía estaba en el suelo desde de que él había sacado la cámara de fotos. Jenny se agarró a su cuello y pasó las piernas por su cintura. Soltó un par de risas durante el proceso y sonrió cuando él la colocó bien cogiéndola por el trasero.

—Esas manitas, Hill... —susurró en su oído haciéndole reír.

—Vamos a ponernos en marcha porque si no tendré que abusar sexualmente de ti detrás de esos arbustos.



Ella se echó a reír y se agarró más fuerte a él mientras notaba como sus dedos acariciaban su trasero. Más valía que llegaran rápido a donde fuera que iban o sería ella misma la que abusara de él.

Quince minutos después llegaron a su destino. David la llevó en su espalda todo el trayecto. En parte para evitar que se cayera y volvieran a discutir y en parte porque así tenía fácil acceso a su culo. Cuando la dejó en el suelo ella se apresuró a colocarse frente a él y a besarle con pasión descontrolada. Rio entre dientes porque eso se debía a que no había actuado como un perfecto caballero. A decir verdad se había aprovechado bastante de la situación y

había acariciado en múltiples ocasiones la entrepierna de Jenny. Se le había hecho bastante difícil continuar andando escuchando sus gemidos tan cerca de su oído, pero había aguantado sabiendo que la recompensa al llegar a su destino sería apoteósica.

Y así fue. Terminaron sobre la hierba desnudos, haciendo el amor rodeados de flores, arbustos y bichos varios que pasaron totalmente desapercibidos para ellos.

—Has... estado...  
provocándome... —murmuró ella entre jadeos, tumbada sobre su torso y cubierta de sudor.

—Qué bien me conoces...  
Jenny le dio un golpe sin fuerza en

el estómago y se acercó a sus labios para besarle de nuevo. Le observó un momento regodeándose en su perfección y en esas gafas... Oh, sí. Lo había conseguido, lo había hecho con él llevando esas gafas puestas. Su clítoris estaba extasiado. Automáticamente había pasado al Top Five de sus mejores revolcones.

—¿Te has dado cuenta de dónde estamos? —preguntó él cuando se separaron mientras le apartaba el pelo que se pegaba a su frente.

Jenny se incorporó lentamente y recorrió con la mirada lo que les rodeaba. Su boca se abrió hasta que la mandíbula casi le chocó contra el suelo.

Una cascada preciosa que iba a

parar a un lago de agua casi cristalina presidía el paisaje. Alrededor vegetación espectacular, muy verde, con miles de flores de colores y lianas que colgaban de los árboles. El piar de los pájaros inundaba el lugar, sus cantos todavía le daban más aspecto tropical a ese rincón. Era precioso. El arrullo del agua acompañaba al cantar de las aves, resultando un sonido que transmitía paz y tranquilidad. No pudo evitar suspirar y sonreír.

Se volvió a mirar a David que estaba sentado a su lado. Se había quitado las gafas y las tenía apoyadas sobre la cabeza. Sus ojos azules combinaban a la perfección con el paraje, parecía el complemento perfecto

para esa selva. ¿O era la selva el complemento perfecto para él? Por favor, ya estaba desvariando otra vez. Se acercó y le abrazó efusivamente. Él rio y acarició su espalda mientras ella le besaba una y otra vez en el cuello.

—Me encanta...

—Y a mí me encantas tú.

Jenny sonrió todavía más apoyada en su hombro. Si seguía así le iban a salir agujetas en las mejillas. Al lado de ese hombre estaba sonriendo más que en toda su vida.

Se levantaron y se pusieron los bañadores para comenzar a investigar la zona. David descubrió una gran piedra plana cerca del lago y dejaron allí la mochila y el resto de sus ropas.

—¿Nos damos un baño? —propuso tendiéndole la mano.

—¿Habrá pirañas? —preguntó observando el agua con recelo.

—Bah, puede que unas cuantas junto con alguna anaconda y un par de anguilas eléctricas, pero nada más.

Jenny le miró con los ojos extremadamente abiertos y clara expresión de miedo. Eso le hizo reír y la abrazó con cariño.

—No hay nada, tonta. Yo que tú tendría más miedo a otro tipo de animales que a los pobres pececitos.

—¿Qué animales? —quiso saber separándose de su cuerpo.

Entonces él la empujó haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al agua.

Salió a la superficie muerta de miedo. Temía que en cualquier momento una serpiente rozara su pierna o los dientes de una piraña se cerraran alrededor del dedo pequeño de su pie. No quería perder ese dedito, le tenía aprecio, en él llevaba un anillo precioso de plata. Aún con ese miedo corriéndole por las venas apreció que la temperatura del agua era perfecta.

Empezó a bracear hacia la orilla cuando vio a David coger carrerilla para saltar hacia donde estaba ella. Gritó y se cubrió la cara con las manos. No le sirvió de mucho ya que toda el agua que salpicó con su caída fue directa a sus ojos. Mientras intentaba volver a abrirlos sintió unas manos

cogiéndola por la cintura y gritó. David emergió del agua con una enorme sonrisa perversa y la atrajo a su cuerpo sin apartar las manos de su cintura.

—Como aparezca un jodido animal de esos que dices te juro que... —dijo completamente nerviosa sin dejar de mirar de un lado a otro mientras pataleaba en el agua para mantenerse a flote.

—Ese animal ya ha aparecido...

Y metió la cabeza dentro del agua dejando a la vista únicamente sus ojos para mover las cejas varias veces sugestivamente. Ella le observó sin entender. Entonces su mano le pellizcó el pecho derecho y ella gritó entre risas. David sacó la cabeza del agua y la miró



fijamente justo antes de sonreír de esa manera tan canalla.

—El tiburón Hill va a la caza y captura de su próxima presa...

Entonces Jenny empezó a nadar entre risas escapando de él. Fue tras ella dejándole algo de espacio para escapar pero, aun así, enseguida la cogió de un pie haciendo que se sumergiera completamente dentro del agua. Volvió a salir moviendo los brazos y con el pelo cubriéndole la cara. Entre risas empezó a echar agua a David consiguiendo que la soltara, momento que aprovechó para saltar sobre él y empujarle bajo el agua. Él la agarró por los brazos y la pegó a su cuerpo para hacerle lo mismo, solo que tragó algo de agua y tuvieron que

parar para que tosiera.

Siguieron jugueteando en el agua un rato más hasta que llegaron a la cascada. El agua formaba pequeños remolinos al caer que movían las piedras del suelo. Ahí podían ponerse de pie y el agua les cubría hasta las cinturas. Jenny pasó los brazos por el cuello de David y él la agarró por las caderas. Se besaron mientras el agua caía sobre ellos, al más puro estilo de las películas románticas. Jenny se sentía como Brooke Shields en El Lago Azul. No podía dejar de sonreír. Ese momento se acababa de convertir en el más romántico de su vida.

Las manos de David pasaron a su espalda y deshicieron el nudo de la

parte de arriba de su biquini. Acarició sus pechos bajo la incesante caída del agua. Jenny suspiraba y arañaba su espalda sin parar. Pasó las piernas por su cintura y él se movió hacia la parte de dentro de la cascada. Desde allí se escuchaba únicamente el sonido del agua cayendo. Se apartó de ella para mirarla un momento.

Observó su pelo mojado y desordenado, sus labios hinchados y húmedos, su rostro cubierto de diminutas gotas de agua, sus pechos resbaladizos, sus preciosos ojos avellana mirándole embelesados. Acarició su mejilla con una mano y se acercó a besarla con devoción, con todo el amor que sentía hacia ella en esos

momentos.

Jenny estaba a punto de desmayarse. Eso no podía ser real. Estaban dentro de una cascada, iluminados por la tenue luz que se filtraba a través de la cortina de agua, luz que daba al rostro de David todavía más belleza de la que tenía habitualmente.

Qué enamorada estaba de ese hombre.

Le devolvió el beso con la misma intensidad que sintió que él le transmitía, cogiendo su cara entre las manos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se separaron y se miraron fijamente unos segundos.

—Te quiero —susurró ella apartando el pelo de su frente.

—Y yo a ti, no te haces una idea de cuánto.

Sus corazones latían a velocidades pasmosas.

—Creo que voy a hacerte el amor aquí mismo —murmuró David antes de acercarse a besarla en el cuello.

—Me parece una gran idea... — consiguió decir.

Se enfrascaron de nuevo en una cadena interminable de besos, caricias, mordiscos y jadeos. Estar dentro del agua era algo excitante y convertía el momento en algo más especial. Jenny bajó de su cintura para quitarse la braguita del bikini mientras él hacía lo

propio con su bañador. Los lanzaron a la orilla de la pequeña cueva y volvieron a abrazarse. Sus labios resbalaban por sus cuerpos mojados, sus manos se movían libres por toda su superficie. Los jadeos y gemidos de ambos rompieron por completo la tranquilidad de la idílica cascada.

—Feliz cumpleaños, mi amor — susurró David en su oído al terminar sin dejar de mirarla a los ojos.

—Me encantan tus regalos... — soltó unas risitas todavía abrazada a él.

Un rato después los dos estaban sentados sobre la piedra donde habían dejado sus cosas riendo mientras recordaban su caída en el musgo.

—No quiero que le cuentes nada a

Will —le advirtió ella apuntándole con un dedo.

—Ni se me ocurriría. No quiero morir tan joven.

Ella rio y cogió un sándwich de los que David había llevado en la mochila para comer.

Había pensado en todo. Había organizado todo eso para ella. Sonrió mientras le observaba buscar algo en la mochila. Ese hombre era una caja de sorpresas. ¡Y era suyo! Era su hombre... En ese momento le dieron ganas de gritárselo al mundo.

Un momento. Se golpeó mentalmente. Volvíamos a las gilipolleces de enamorada. Joder...

—Voy a darte tu regalo.

Ella le miró sorprendida.

—¿No es todo esto suficiente regalo ya? —preguntó moviendo el brazo a su alrededor señalándole el lugar en el que se encontraban.

David se encogió de hombros y sonrió.

—Podría decirte que tú te mereces todo esto y más, pero no lo diré porque sonaría demasiado romántico y nosotros no encajamos en ese modelo de pareja. Además, seguro que te lo creerías demasiado y solo ayudaría a que tu enorme ego creciera un poco más, y eso sí que no puedo permitirlo.

Jenny rio al escucharle pero por dentro estaba completamente derretida. Ese comentario había dado libertad a las



mariposas para que volaran en su interior.

David sacó un pequeño paquete de la mochila y se lo tendió. Jenny lo cogió notando los latidos de su corazón palpitando en sus oídos. Retiró el envoltorio y miró a su chico, que la observaba sin borrar la sonrisa de su rostro. Le hizo un gesto con la cabeza para que abriera la caja.

Se trataba de una cajita de color negro. ¿Qué sería? Levantó la tapa lentamente y al ver lo que había dentro dejó de respirar.

Una pulsera. Una preciosa pulsera de oro blanco. Ni muy ostentosa ni muy sobria, formada por pequeños eslabones entrelazados entre sí y de cuyo cierre

colgaba una fina tira de eslabones más pequeños.

—¿Te gusta? —preguntó intrigado y nervioso ante su silencio.

—Es muy bonita... —murmuró sin poder apartar la vista de la pulsera.

—Y eso que todavía no has visto lo mejor.

Su sonrisa se hizo más grande y dejó sobre la piedra donde estaban sentados varias cajitas pequeñas. Cuatro para ser exactos. Jenny le miró frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso?

—Ábrelas y lo descubrirás.

No entendía nada. ¿Más regalos? Cogió la primera cajita y al abrirla descubrió un pequeño dije de oro blanco

también. Era una clave de sol. Sonrió.

—La cosa funciona así —empezó él cogiendo la pulsera de la caja y después su muñeca—. Te pones la pulsera... — se la colocó con cuidado—, y luego le pones los dije en los eslabones que quieras —cogió la clave de sol y la colocó en uno de los eslabones—. ¡Voilà!

—Me encanta —sonrió observando el dije colgando de su preciosa pulsera.

—Lo mejor de todo es que cada uno tiene un significado. Este es por tu amor por la música. Abre el resto.

Jenny sonrió y comenzó a abrir la siguiente caja. ¡Estaba emocionadísima! Se sentía como en Navidad cuando abría sus regalos. Al ver lo que había dentro

enarcó una ceja y le miró sin poder dejar de sonreír.

—¿Este es tu concepto de no ser romántico?

Sacó el dije de la caja y David soltó una carcajada. Era un corazón de cristal. La luz incidió en él soltando reflejos de colores.

—Te quiero, no puedo evitarlo —le explicó mientras se lo quitaba de la mano para colocarlo en la pulsera.

Jenny se acercó a él y le dio un beso fugaz en los labios.

—Capullo romántico... —susurró volviendo a su sitio.

David rio entre dientes. Ella cogió la siguiente cajita y estalló en sonoras carcajadas en cuanto la abrió. Era un

pequeño canguro de oro blanco.

—Eres gilipollas, en serio.

—No podemos olvidar nuestros orígenes —contestó sonriente mientras lo colocaba en la pulsera—. Siempre seré tu canguro, Jennita.

Ella negó con la cabeza todavía riendo y cogió la siguiente y última cajita. Casi le dio pena que no hubiera más, se estaba divirtiendo demasiado con esa historia que había preparado. Supo que desde ese momento le quería un poquito más, que había pasado a ser la persona más importante de todo su mundo. Se había tomado muchas molestias en organizar todo eso por su cumpleaños, por ella, porque la quería. No podía dejar de sonreír. Sería

imposible que nada en el mundo consiguiera que dejara de hacerlo.

Se equivocaba.

Al abrir la última caja la sonrisa se congeló en su rostro y se convirtió en una mueca de enfado. Dirigió a David una mirada helada.

—¿Tú eres tonto o te falta algo?

Y el gilipollas tuvo los santos cojones de echarse a reír. Entonces, en ese momento, coge el muy imbécil y se parte de risa en sus narices.

—Tienes un humor realmente acojonante, David.

—Vamos, Jen —dijo entre risas cogiendo el dije de la cajita—. Es gracioso. Lo vi en la tienda y tuve que comprarlo. No pude evitarlo.

—¿No pensarás que voy a ponerme eso en la pulsera? —masculló mirándole con cara de asesina y señalando el dije.

—Venga, es un recuerdo, un gran recuerdo. Has dicho que te ibas a tomar la vida con filosofía, este es el comienzo.

—Ni de coña —se cruzó de brazos y volvió la cara hacia otro lado.

—Vamos... Jenny... —se acercó a ella sonriendo—. Hazlo por mí...

—No va a servir de nada que me mires con esa sonrisa perfecta. Ahora mismo no va a surtir ningún efecto en mí. Ni tu sonrisa ni tus preciosos ojos azules me van a hacer cambiar de opinión.

—¿Y mis besos?

Frunció los labios con fuerza. David ya estaba sobre ella empezando a besar su cuello para seguir con su clavícula. Subía y bajaba despacio, besando suavemente cada parte de su piel, haciendo que se erizara con el paso de sus suaves labios.

—¿Te lo pondrás? —susurró junto a su oído haciéndola estremecer.

—Juegas sucio, Hill.

—Lo único que quiero saber es si mi juego sucio sirve para convencerte.

Se volvió a mirarle y, aunque lo intentó, no pudo evitar que las comisuras de sus labios se curvaran hacia arriba. Esos ojos, esos labios, esa sonrisa, esa cara tan maravillosa podrían conseguir todo lo que le pidiera. Además, era una



persona adulta, sabía tolerar las bromas y podía seguirle el juego.

—Venga, capullo, ponme el dije.

David sonrió y lo colocó en la pulsera junto al resto. Después cogió su mano y la llevó hasta su boca para besarla. Elevó su muñeca en el aire y observó su regalo completo.

—Yo creo que Mickey Mouse conjunta de maravilla con el resto de los dijes.

—Me cago en Mickey Mouse y en tus ideas —contestó ella mirando la jodida cabeza del ratón de oro blanco que colgaba de su pulsera—. Pero aun así, gracias.

Él volvió la cabeza para mirarla.

—Gracias por la pulsera, por los

dijes, por traerme a este lugar y por este día. Desde que me he despertado he tenido la sonrisa perpetua en el rostro. Me has regalado el mejor día de mi vida, David Hill. Gracias.

Él sonrió y se acercó a besarla.

—Es un placer hacerte sonreír, Jenny —susurró apoyando la frente con la suya—. Estás preciosa cuando sonríes.

—Capullo adulador...

Se besaron entre risitas. Ella llevó las manos a su nuca para acariciar su pelo cuando notaron unas gotas caer sobre ellos. Se separaron y ambos miraron al cielo.

—Oh, oh...—murmuró David—. Creo que vamos a tener que correr.

Dicho y hecho. Empezó a llover como si se tratara del diluvio universal. Recogieron sus cosas a toda velocidad y empezaron a correr entre risas. Jenny cogió las hojas que había guardado por la mañana y se felicitó a sí misma por su gran idea. Se cubrieron la cabeza con ellas pero enseguida se dieron cuenta de que no servían para nada porque estaban mojándose igual. El suelo se convirtió en un barrizal terrible que no ayudaba en absoluto a que ella pudiera correr.

—¡Habías dicho que no habría arenas movedizas! —gritaba Jenny mientras corría entre los árboles.

Escuchó la risa de David justo antes de que la cogiera en volandas y la pusiera a su espalda.

—¡Iremos más rápido si te llevo yo!

Jenny se agarró con fuerza a su cuello intentando no estrangularle mientras él corría.

Por suerte el sendero no desapareció debido al barro y pudieron llegar sanos y salvos hasta donde habían dejado el quad. Caso aparte era lo mojados que estaban. Lo que remataba la situación era que todavía tenían un trayecto de unos veinte minutos hasta llegar a casa. Cojonudo. Se montaron en el quad y David arrancó echando leches para salir de allí.

Llovía a cántaros, la ropa se les pegaba a la piel, empezó a hacer algo de frío, pero a Jenny le daba igual. Su

"feliz, feliz día de cumpleaños made in David" había sido maravilloso. No podía dejar de sonreír. Se abrazó un poco más fuerte a su espalda mientras él conducía a una velocidad alarmante por las carreteras de la isla y dejó que la felicidad la embargara durante todo el trayecto.

Llegaron a la casa en diez minutos. El camino de ida había sido más relajado porque no había necesidad de correr. La vuelta bajo la incesante lluvia había acelerado las cosas y David se vio obligado a exprimir al máximo ese chisme motorizado.

Entraron por la puerta entre carcajadas y exclamaciones. Estaban completamente mojados. Como si se

hubieran caído a una piscina vestidos, exactamente igual.

—¿Qué coño hacéis ahí parados tan mojados?

La voz de Anna les hizo mirar hacia arriba. La pequeña estaba apoyada en la barandilla de la escalera y les sonreía abiertamente.

—Llueve, por si no te habías dado cuenta —contestó ella con sarcasmo.

—¡Venga! —Gritó haciéndoles un gesto con la mano—. ¡Subid a ducharos y a arreglaros! En un par de horas comienza la fiesta.

David cogió a Jenny de la mano y los dos subieron las escaleras mojando todo a su paso y riendo con los chirridos que hacían sus zapatillas al andar.

Cuando llegaron donde estaba Anna las dos chicas se abrazaron con cariño.

—Aunque acabas de mojarme hasta el sujetador... felicidades, Jen — susurró entre carcajadas la pequeña en su oído—. Prepárate para la fiesta de tu vida.

## *Veintiséis*

—No entiendo por qué no puedo salir de esta habitación, en serio, estoy de los nervios.

Jenny caminaba de un lado a otro de su dormitorio y Caroline reía al verla tan nerviosa.

Le habían prohibido salir de ahí para que no pudiera ver nada de lo que habían preparado para la fiesta. ¡Ni siquiera tenía permitido mirar por la ventana! Podía escuchar el ruido en el piso de abajo y las voces de gente y más gente.



—¿No me vas a decir cuántos vamos a ser? —preguntó a su amiga con curiosidad.

—No te voy a decir ni media palabra.

Se cruzó de brazos y se dejó caer sobre la cama.

—Esto es una mierda.

—Cuando veas todo lo que hay preparado para esta noche seguro que cambias de opinión.

—Pero nada de sorpresas —la señaló con un dedo—. Sabéis que odio las sorpresas, sobre todo si son desagradables.

—¿De verdad crees que Anna va a incluir en su fiesta del año alguna cosa desagradable para ti?

Jenny cerró los ojos y suspiró.

—Claro que no, es solamente que estoy nerviosa. Llevo aquí metida una hora, Carol —la miró abriendo mucho los ojos—. Estoy que me subo por las paredes.

—Ya queda menos —se sentó a su lado y pasó un brazo por sus hombros—. La espera merecerá la pena.

—Más os vale.

Caroline se acercó y la besó en la mejilla entre pequeñas risitas. Enseguida se apresuró a limpiar los restos que su lápiz de labios había dejado en su piel, no quería que Anna le gritara como una loca por haber arruinado su obra maestra de maquillaje.

Las tres chicas llevaban vestidos

strapless similares, cortos y con bastante escote, pero de diferentes colores. Jenny iba de azul eléctrico, con falda de gasa vaporosa y taconazos de color fucsia. El de Caroline era color salmón y su falda era más ajustada que la de Jenny. Estaba impresionante con su pelo rubio recogido a un lateral del cuello y con unos zapatos negros que estilizaban sus preciosas piernas. Anna iba de color negro, su vestido era muy parecido al de Jenny pero el escote tenía forma de corazón y sus zapatos eran verde musgo. Las tres iban de Dolce & Gabbana, vestidos hechos especialmente para ellas después de que Anna les pidiera a sus grandes amigos que los diseñaran para ese día tan especial. Los zapatos

eran de Jimmy Choo, indispensable en sus noches de fiesta.

Unos golpes en la puerta hicieron que las dos miraran hacia allí para ver entrar a William con una enorme sonrisa vestido con unos vaqueros negros y camisa blanca, Dolce & Gabbana también, por supuesto.

—Todo está listo, Jen.

—¡Ya era hora! —Exclamó la aludida poniéndose de pie.

Caroline se acercó hasta William para besarle fugazmente en los labios. Los tres salieron de la habitación y Jenny comenzó a bajar las escaleras mirando en todas direcciones, buscando indicios de cómo sería la fiesta. No se veía a nadie ni se escuchaba nada. Algo

bastante inusual antes de una fiesta. Al menos debería escuchar el murmullo de las voces de los invitados, ¿no? Frunció el ceño y se volvió a mirar a sus amigos. Ellos se encogieron de hombros y sonrieron. Los muy malditos sabían perfectamente qué pasaba. Les miró entrecerrando los ojos y siguió escaleras abajo.

La puerta del enorme comedor estaba cerrada. Cuando le faltaban un par de pasos para llegar hasta allí se abrió lentamente y David apareció tras ella, cerrando rápidamente a su espalda para que no pudiera ver nada. Estuvo a punto de saltarle encima y rodearle con las piernas para comerle la boca como Dios manda. ¿En serio ese hombre era

real? Joder, podría estar sacado de sus fantasías más ocultas. Vestía una camisa negra con los primeros botones desabrochados y las mangas remangadas. Los vaqueros se adherían a sus piernas y dejaban claro que sus atributos masculinos eran más que perfectos. Y para rematar tenía esa sonrisa, esos ojos azules que brillaban felices y ese pelo desordenado que la llamaba para hundir sus dedos en él y acariciarlo sin parar.

—¿Preparada? —le preguntó sonriente.

—No... Sí... ¡No lo sé! —Agitó las manos—. Lo que sea pero que sea ya, ¡estoy nerviosísima!

David rio y la cogió de la mano.

Jenny se dio la vuelta para hablar con Caroline pero no había rastro de ella ni de William. Tomó aire dispuesta a entrar en la fiesta que la loca de su amiga había organizado. Solo esperaba que no fuera tan estrafalaria como la de hacía un par de años. Montar todo un circo en esa casa fue demasiado. Lo del enano que escupía fuego estuvo genial, pero los animales rondando por allí... Los vecinos todavía lo recordaban después de haber visto a William borracho en calzoncillos montado en camello por la calle.

Justo en ese momento empezó a escucharse música y no una canción cualquiera, era SU canción. Sonrió y miró a David, él se encogió de hombros

y se acercó a besarla en la punta de la nariz.

—Te dejo sola —susurró soltándole la mano.

—¿Por qué?

—Ya sabes, tú y yo no podemos estar juntos. Puede que allí dentro haya gente que no deba enterarse de lo nuestro.

Ella refunfuñó y David la cogió por la cintura. Se besaron unos segundos y él se fue hacia la cocina para salir por la otra puerta. Se quedó observándole mientras se iba. Esos vaqueros le quedaban de miedo. El movimiento de su culo era hipnótico. Justo antes de entrar en la otra habitación David se volvió a mirarla y le guiñó un ojo. Jenny



sonrió y tomó aire. Seguía escuchándose su canción pero no comenzaba realmente, nadie cantaba. Qué extraño. Cuando abrió la puerta del comedor casi se cae al suelo del susto.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todas las personas allí reunidas.

Se llevó las manos al pecho por la sorpresa. Había muchísima gente, todos sus amigos estaban allí. ¿Habían ido de propio a Barbados por su cumpleaños?

Comenzaron a besarla y a abrazarla, pasó de unos brazos a otros entre risas. Las ayudantes de Anna estaban allí, las chicas que trabajaban con Gary, los chicos de William también (para su enorme alegría) y la abrazaron con tanta fuerza que casi la parten en

dos. De repente vio a Caty y casi se queda sin oxígeno de lo que rio al verla. Las dos se fundieron en un abrazo cargado de cariño.

—¡Pensaba que estabais en Ibiza!  
—gritó cuando se separaron.

—No podíamos perdernos tu cumpleaños, Jenny. Rob ha removido cielo y tierra para poder estar aquí esta noche.

—¿Rob ha venido?

Su pregunta tuvo rápida respuesta. De nuevo comenzó a sonar su canción y miró hacia la piscina. Al fondo de la terraza, justo antes de comenzar la playa, había un escenario montado con luces de colores que iluminaban toda la zona y a todas las personas allí reunidas.

En ese escenario había una mesa de pinchar y reconoció a quien estaba tras ella. Él la miró en ese momento y levantó la mano para saludarla. Jenny le respondió con una enorme sonrisa y agitó su mano hacia él. Caty la cogió por la cintura y las dos fueron hacia allí.

Observó lo que había preparado Anna. En serio, su amiga era la mejor organizadora de eventos del mundo. Todo estaba adornado con velas blancas. Había bolas de papel blanco que colgaban de unas cintas que recorrían toda la terraza de pared a pared, como si fueran guirnaldas. Dentro de las bolas había pequeñas luces de colores. La piscina estaba iluminada y, en el fondo, con piedras de colores,

podía leerse la palabra JENNIFER. Varios camareros llevaban bandejas con canapés y bebidas para todos los asistentes. Dos enormes altavoces a ambos lados del escenario emitían el sonido de la música.

Por suerte había dejado de llover poco después de que ella y David llegaron a casa. Entonces estaba empezando a anochecer y parecía que iba a ser la noche perfecta para una fiesta.

—Buenas noches a todos —dijo Rob bajando el volumen de la música.

La gente gritó y levantó los brazos como saludo.

—Estamos aquí para celebrar el vigésimo cuarto cumpleaños de Jennifer,

aunque nosotros la conocemos mejor como Jenny.

La aludida sonrió escuchándole. Justo entonces un camarero pasó a su lado y ella estiró el brazo para poder coger una copa de champán.

—Es un placer estar aquí con vosotros y contigo, Jenny. Espero que esta noche sea inolvidable y que todos lo pasemos de miedo. No me enrolló más porque seguro que tenéis ganas de que comience la fiesta.

Todos contestaron a sus palabras gritando y él rió desde el escenario.

—Feliz cumpleaños, Jen —dijo Rob levantando su copa en el aire.

Todos le imitaron y se volvieron a mirarla. Ella les sonrió y levantó su

copa también. Dieron un sorbo a sus bebidas y volvieron a escuchar la voz de Rob Myers.

—¡Que empiece la fiesta!

Todos gritaron y aullaron. La música se volvió a escuchar y Jenny comenzó a mover las caderas al ritmo de su canción preferida. Lo que no esperaba es lo que apareció en el escenario entonces. William y Gary subieron con sendos micrófonos en la mano. Los dos llevaban camisas blancas y gafas de sol. Gary llevaba unas Ray Ban Wayfarer de color verde y Will de color naranja. Soltó una carcajada al verlos. ¿Qué coño iban a hacer?

—Yes, I can see her, 'cause every girl here wanna be her... —Gary

cantaba moviéndose de un lado a otro del escenario, agitando su mano en el aire mientras William movía la cabeza al ritmo de la música—. Oh, she's a diva. I feel the same and I wanna meet her. They say she low down, it's just a rumor I don't believe them. They say she needs to slow down, the baddest thing around town.

Jenny no podía dejar de reírse. Ver a sus amigos haciendo el capullo encima del escenario mientras cantaban su canción favorita era el mejor regalo del mundo. Los bailecitos que se estaban pegando no tenían precio. William siguió cantando con gracia.

—The way that bootie movin' I can't take no more. Have to stop what I'm

doing so I can put on her clothes. I'm trying to find the words to describe this girl without being disrespectful. Damn girl!

—Damn! You're a sexy bitch! A sexy bitch! —gritaron los dos a dúo, haciendo que la gente cantara con ellos mientras bailaban sin cesar.

No podía dejar de reírse. Entonces Anna apareció a su lado y las dos se abrazaron con fuerza.

—Gracias, Annie, esto es genial.  
—No me des las gracias todavía, Jen, esto no ha hecho más que empezar.

El show musical a mano de Gary y William terminó con una gran ovación por parte de todos los presentes. Corrió hacia ellos y les abrazó y besó entre



risas, agradeciéndoles el detalle que acababan de tener.

—¡Habéis estado alucinantes, chicos! ¿Lo habíais ensayado?

—Bueno... —empezó Gary rascándose la cabeza—. Digamos que hemos pasado unas cuantas horas bajo el mandato de una pequeña diablesa muy mandona que nos ha corregido los errores.

—Si no hubiera estado atenta a esos pequeños fallos no hubiera salido tan bien —dijo Anna colocándose al lado de Jenny—. Aunque Will se ha equivocado un par de veces en los pasos...

Miró mal a su hermano y este le sacó el dedo dejándole clara su opinión.

—Has estado espectacular, Will — dijo Caroline abrazándole por la cintura —. Me has gustado mucho con esas gafas de sol, esta noche intentaremos una cosa.

Él la miró fijamente moviendo las cejas arriba y abajo justo antes de volver a ponerse las gafas y sonreírle. La rubia soltó una carcajada coqueta y empezaron a besarse.

—Vámonos de aquí —soltó Anna —. Estos dos se ponen pegajosos.

Los tres rieron y fueron hacia una mesa donde habían dejado botellas para que el que quisiera se preparara sus propias mezclas. La música seguía sonando, genial, como siempre que Rob se ponía tras los platos.

—Voy a preparar a mis señoritas unos cócteles que las van a dejar sin sentido —dijo Gary cogiendo una botella de ron y otra de vodka.

—¿Intentas emborracharnos? —preguntó Anna levantando una ceja.

Jenny se volvió a mirarla frunciendo el ceño. ¿Había sido su imaginación o había detectado cierto tono de coqueteo en la voz de su amiga?

—Para nada, Annie —contestó él sonriendo tremendamente encantador—. Nada más lejos de la realidad. Solo quiero que probéis unas nuevas mezclas que he estado practicando.

Cuando Gary se aburría buscaba cócteles en Internet. Era su pasión oculta, ser barman. Una especie de

obsesión nacida a raíz de ver la película Cocktail de Tom Cruise. A veces los cócteles eran buenísimos, otras no tanto. Lo que siempre y sin objeciones había conseguido con sus pruebas alcohólicas era que cogieran una borrachera de mil pares de narices.

Empezó a mezclar bebidas, Jenny se perdió cuando vio que vertía en la coctelera algo de color azul. La agitó y aprovechó para hacer un par de giros y lanzarla al aire para luego cogerla. Todo sin dejar de sonreír de esa manera tan encantadora. Sonrisa no dirigida a ella, no, no, dirigida a Anna, que parecía realmente encandilada.

En serio, ¿qué estaba pasando ahí?  
Terminó de marear la bebida y la

echó en un par de copas adornadas con unas sombrillas horteras que Anna se encargaba de incluir en todas las fiestas que organizaba. Jenny cogió su copa y bebió un trago.

—Joder, Gaz, esto está buenísimo.

—Sabía que os iba a gustar —dijo el aludido con expresión triunfante y algo petulante.

—¿Me prepararás otro? —preguntó Anna sosteniendo su copa con ambas manos.

Jenny la miró primero a ella y luego a Gary, que asentía con la cabeza encantadísimo de la vida. No aguantó más y cogió a su amiga del brazo para apartarla de la mesa de los "cócteles del amor" y poder interrogarla.

—¿Qué coño está pasando, Anna?

—Nada, ¿por? —contestó fingiendo indiferencia y lo que es peor: inocencia.

—¿Cómo que por? —chilló entre susurros para que Gary no la oyera—. ¡Estáis ligando descaradamente! No me chupo el dedo y lo veo perfectamente. Cuéntame ahora mismo de qué va todo esto y por qué hace unos días le odiabas a muerte y ahora estás con esa cara de estúpida que casi babea a su paso.

—Han pasado cosas...

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

Anna suspiró y observó a Gary con ojos brillantes.

—Estos días ha estado muy atento conmigo —se encogió de hombros—. Desde el segundo día en que llegamos

ha sido muy agradable, siempre sonriéndome aunque yo le mirara mal, echándome una mano con cualquier tontería... Pero hoy ha sido tan caballeroso ayudándome con todo, dándome ánimos si algo no estaba como debía...

Se quedó callada mirándole con ensoñación, como hipnotizada mientras él agitaba la coctelera. Para rematar soltó un suspiro que dejó claro a Jenny todo lo que pasaba por la cabeza de su amiga. Sonrió.

—¿Te estás replanteando darle una oportunidad?

Anna se giró a mirarla y se ruborizó. ¡Se ruborizó!

—No me digas nada, no hace falta

que abras la boca. ¡Anna! ¡Me siento feliz por ti!

Y se lanzó a abrazarla entre risas.

—¿Crees que debo hacerlo? — preguntó la pequeña.

—¿Qué te dice el corazón?

—Bufff... Me dice que me lance a sus brazos y que le dé esa oportunidad.

—¡Pues hazlo!

Todo el mundo a su alrededor se volvió a miraras, incluido Gary, que elevó una ceja observándolas sin saber de qué hablaban.

—¿Y si...? —empezó Anna.

—No, nada de "y si". Haz lo que tengas que hacer, no dejes pasar el tren y luego te arrepientas de no haberlo cogido. Hay veces en que es mejor sufrir



por haber vivido que sufrir por haber dejado de vivir algo.

—Joder, Jenny. El amor te ha vuelto filósofa, ¿eh?

Las dos se echaron a reír y volvieron a abrazarse. Justo entonces escucharon un carraspeo a su lado y vieron a Gary con otras copas llenas del nuevo cóctel que acababa de preparar.

—¿Pasa algo? —les preguntó sonriente.

—Nada, nada. Anna te lo contará.

Dio un codazo a su amiga, se bebió de un trago lo que le quedaba del cóctel y cogió la nueva copa de la mano de Gary. Dio un beso a cada uno en la mejilla y se fue de allí para dejarles privacidad.

La fiesta fue subiendo de nivel y empezó a ser latente la cantidad de alcohol ingerida por los invitados. La música no paraba, solo que ahora Rob estaba entre las personas que bailaban mientras uno de los chicos del equipo de seguridad, Steve, pinchaba mientras levantaba la mano en el aire. No era malo, estaba haciendo saltar a todo el mundo sin parar.

Jenny estaba borracha. No podía parar de reírse con todo el mundo y se lo estaba pasando realmente bien. Los cócteles de Gary habían ayudado mucho a su estado, al igual que las copas de champán que había estado bebiendo mientras brindaba con la gente.

David la observaba muy atento

aunque ella no se diera cuenta. Sus miradas habían coincidido en varias ocasiones, se habían sonreído y habían bailado juntos un rato, pero siempre manteniendo las distancias. Él se moría de ganas por tocarla y besarla, pero no tenía muy claro que eso fuera buena idea ahí delante de tantísima gente.

En esa ocasión no estaba enfadado porque estuviera bebiendo, podía tolerar que lo hiciera de vez en cuando. Solo esperaba que no se pasara de la raya y la liara demasiado. Lo malo de que Jenny estuviera tan borracha era que no controlaba nada las cosas que hacía.

La vio acercarse hacia él tambaleante. ¿Cómo podía caminar bien con esos tacones que llevaba? Pronto

obtuvo su respuesta.

—Ayúdame, porfa... —le pidió arrastrando las palabras.

Se agarró a su brazo y se agachó para quitarse los zapatos. Conforme lo hacía empezó a emitir gemidos a la vez que decía "qué gusto, por Dios". David no pudo evitar hacer comparaciones con otras veces que la había escuchado gemir y decir cosas de ese estilo. Soltó unas risitas tratando de que su mente no divagara demasiado acerca de esos sonidos, no quería tener que secuestrarla en su propia fiesta para echar un polvo con ella en cualquier rincón abandonado de la casa.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó ella agarrándose a su brazo.

—Es una fiesta estupenda, claro que lo estoy pasando bien. ¿Y tú?

—¡De puta madre!

David soltó una carcajada a la vez que la sujetaba por la cintura para evitar que se cayera. Ella le miró a los ojos fijamente, bueno, todo lo que el alcohol le permitía, estiró la mano y acarició su mejilla.

—¿Te molesta que esté bebiendo?

Eso le sorprendió. No pensaba que Jenny borracha pudiera ser consciente de algo así.

—No me molesta, siempre y cuando controles las cosas que haces.

—Me estoy portando bien —dijo sonriendo y dejándole maravillado.

—Por ahora estás siendo muy buena

—le apartó un mechón de pelo de la cara y reprimió las enormes ganas que le estaban dando de besarla. Se recordó una vez más que delante de tanta gente no podía.

—Voy a ser buena —prometió poniéndose recta y levantando la mano derecha a modo de juramento—. Lo prometo solemnemente.

David rio mientras la veía haciendo su juramento. Le pareció realmente encantadora pese a estar en un estado de embriaguez extrema. La cogió por la cintura y la atrajo a su cuerpo. Entonces no le importó que la gente les viera. De todas maneras, ¿quién había allí que no pudiera saber que estaban juntos? Todos eran sus amigos y conocidos, no había

nadie de la discográfica ni de la oficina de Carlo.

—¿Qué haces, tonto? —exclamó ella mientras la abrazaba, mirando a todos lados por si alguien podía verles.

—Te abrazo, ¿acaso no puedo?

—Hay gente aquí, David, podrían vernos...

—¿Y qué importa que nos vean? Me da igual lo que la gente diga o deje de decir.

—Podrías perder tu trabajo...

—Encontraré otro.

Jenny rio y llevó las manos hasta su cuello, acariciando su nuca con suavidad.

—Me encanta cuando haces eso —murmuró él cerrando los ojos.

—Y a mí me encanta cuando eres irresponsable y haces locuras.

—Por ti hago todas las locuras que sean necesarias.

Jenny miró sus ojos y sintió un mareo. No llegó a saber si era debido al alcohol o al hecho de que normalmente se olvidara de respirar cada vez que ese hombre la miraba de aquella manera tan penetrante. No llegó a saberlo porque los labios de David chocaron con los suyos haciendo que su mente se desconectara de sus pensamientos y se centrara únicamente en sus suaves labios, su dulce lengua y sus manos en su cintura.

Como era de esperar, eso no estaba pasando desapercibido para el resto de



la fiesta y enseguida se empezaron a escuchar los típicos silbidos que se hacen en este tipo de situaciones. Se separaron lentamente y David dejó su frente apoyada en la de ella, sin apartar las manos de su cintura. Los silbidos aumentaron y hubo una salva de aplausos y gritos. Jenny rió tímidamente y él la apretó más a su cuerpo para abrazarla.

—¡Un aplauso para la parejita! —la voz de William se escuchó por los altavoces y, tal y como había pedido, todos los asistentes a la fiesta empezaron a aplaudir.

Jenny rio más alto y abrazó con fuerza a su chico.

Tuvieron que aguantar las palabras

de alegría de los que se acercaron a darles la enhorabuena por su relación. Teniendo en cuenta que casi todo el mundo iba muy borracho fueron momentos muy interesantes.

—¡No me puedo creer que estés con él! —gritaba Carmen, una de las ayudantes de Anna, a Jenny—. Aún recuerdo cuando le conocí en tu apartamento... ¡Casi babeo en sus narices!

—Es una reacción bastante habitual —murmuró ella asintiendo con la cabeza.

—En parte es gracias a mí —dijo Anna señalándose a sí misma.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jenny mirándola con los ojos muy abiertos.

—Claro, cielo. Si hubiera querido me lo habría ligado dos días después de conocerle.

—Sí, claro, lo que tú digas.

—Anna, tú estás destinada a estar con Gary —soltó Carmen tras dar un sorbo a su bebida de color azul—. ¡Ese chico hace unos cócteles de miedo!

—Brindemos por Gaz y Annie —propuso Jenny levantando su copa en el aire.

La aludida, Carmen y Caroline la imitaron.

—Para que dejéis de hacer el gilipollas de una puñetera vez.

—¡Eso es! —exclamó Carol pasando un brazo por los hombros de la pequeña.

Las cuatro brindaron y rieron como idiotas cuando Anna eructó tras beber. Demasiado inadecuado proviniendo de una dama como ella.

De repente William se acercó a donde estaban y cogió a Jenny de la mano. La arrastró con él lejos de las chicas y la miró con una expresión tan nerviosa que la asustó.

—¿Qué pasa, Will? ¿Estás bien?

Él asintió con la cabeza y miró de un lado a otro bastante ansioso.

—Tengo que pedirte algo.

—Lo que sea —contestó empezando a preocuparse.

Él se pasó una mano por la cara y tomó aire, miró a Jenny fijamente y sonrió nervioso.

—Dime de una jodida vez qué te pasa, ¡me estás poniendo de los nervios!

—Lo sé, Jen, es que... No sé cómo decírtelo... Necesito que me dejes hacer una locura y quitarte parte de tu protagonismo de esta noche. ¿Es posible?

## *Veintisiete*

Vio a William dirigirse hacia el escenario donde Steve seguía pinchando música house que hacía bailar a todo el mundo, el mismísimo Rob Myers elevaba su mano al cielo cuando las canciones subían de ritmo. Se quedó mirando a su amigo sin poder dejar de sonreír.

—¿Adónde va Will? —preguntó Caroline colocándose a su lado.

—Ahora lo verás.

Observó a su amiga de soslayo e intento no lanzarse sobre ella para

abrazarla. Se mantuvo ahí quieta, descalza sobre las baldosas de la terraza y balanceándose ligeramente por la cantidad de alcohol que había ingerido.

Will ya estaba sobre el escenario y hablaba con Steve. Este le sonrió y bajó el volumen de la música inmediatamente. Todo el mundo dejó de bailar y dirigió la mirada hacia ellos. Su amigo estaba en el centro con un micrófono en la mano.

—¿Qué va a hacer?

Sintió el roce del aliento de David en su cuello y se giró para verle tras ella. Le sonrió y se apoyó en su pecho lentamente, él pasó las manos por su cintura y acarició su estómago.

—Hola a todos de nuevo —empezó

William sonriendo nervioso—. Hay algo importante que tengo que decir. Primero de todo agradezco a Jenny que me haya dejado interrumpir su fiesta para poder hablar. Gracias, Jen.

Le guiñó un ojo y ella le respondió con otro guiño.

—Bueno... —siguió mientras se rascaba la nuca—, la verdad es que estoy nervioso de narices. No sé cómo decir esto pero bueno, que sea lo que tenga que ser —tomó aire y miró a Caroline directamente—. Carol, eres el amor de mi vida, desde que te vi con tus preciosas coletas rubias en la escuela supe que tú y yo estábamos destinados a pasar el resto de nuestras vidas juntos.

—¿Qué coño...? —Soltó Anna



poniéndose al lado de una muy pálida Caroline.

Jenny la hizo callar dándole un codazo en las costillas.

—Sé que cuando éramos niños te hacía pasar malos ratos, te destrozaba las muñecas y te tiraba barro al vestido —siguió Will sonriendo como un capullo enamorado—. Pero era mi manera de decirte que te quería. Y hoy, después de tantos años, sigo queriéndote, amándote por cómo eres, por cómo ríes, por cómo lloras y, sobre todo, por cómo gritas.

Se escucharon las risas de los ahí reunidos. Caroline tenía los ojos llenos de lágrimas y entonces Jenny se dio cuenta de que ella misma los tenía igual.

—Por esto y por mucho más, pero sobre todo porque quiero que sigas siendo la persona que comparto conmigo el resto de mi vida... Caroline Thomas... —se puso de rodillas en medio del escenario y un murmullo de sorpresa generalizado recorrió toda la terraza—, ¿me harás el hombre más feliz del mundo casándote conmigo?

La aludida soltó un grito ahogado y se tapó la boca con la mano. Dio un saltito en su sitio y gritó "¡Sí, Will, sí!" mientras echaba a correr hacia el escenario. La gente rompió en aplausos y gritos. Jenny tuvo que limpiarse las lágrimas que caían por sus mejillas mientras aplaudía feliz. Caroline subió al escenario y se acercó hacia William

que seguía de rodillas. Él sacó una cajita del bolsillo y la abrió frente a ella. La rubia se limpió las lágrimas y asintió efusivamente con la cabeza sin dejar de sonreír, él colocó el anillo en su dedo con manos temblorosas y se incorporó para abrazar a su prometida. Todos comenzaron a aplaudir, gritar y silbar.

—No puedo creer que no me lo contara —murmuró Anna volviéndose a mirar a Jenny.

Sus bonitos ojos grises estaban llenos de lágrimas. Quería que su frase sonara enfadada pero la expresión de su rostro dejaba claro que no era así para nada, estaba más que feliz por su hermano y su amiga.

—Vamos a ir de boda, Annie...

La pequeña se lanzó a sus brazos mientras reía y Jenny fue arrancada de las cálidas manos de David. Él las miraba sin dejar de sonreír. Menudo momentazo. Casi se había emocionado. Quería a William, se había convertido en su amigo desde que llegó a la locura de vida que era ser asesor de Jennifer. Caroline le encantaba, juntos hacían una pareja ideal. No se imaginaba que él quisiera casarse ya con ella, le pilló por sorpresa esa declaración de amor pero no podía sentirse más feliz por ellos. ¿Algún día él haría algo así? Observó a Jenny. Lloraba de alegría mientras se acercaba a abrazar a Caroline que bajaba del escenario agarrada a su

flamante prometido como si se le fuera la vida en ello.

Su preciosa sonrisa, sus ojos color avellana brillando por la emoción, la forma en que quería a sus amigos... Todo en ella era adorable, pese a tener ese humor de mil demonios en tantas ocasiones. Pero incluso con sus tantos defectos la amaba. La quería con locura, no podía imaginarse no estar con ella. Pero de ahí a casarse... uff... Eso era correr demasiado. Tiempo al tiempo.

La siguiente media hora fue dedicada única y exclusivamente a la feliz pareja. Todo el mundo los abrazó y felicitó. La gente no dejaba de sonreír. Suele suceder que la comunicación de la boda de algún ser querido tiene como

consecuencia una fiesta para celebrarlo, y ellos ya estaban en una así que...

Jenny dio orden a los camareros de que sacaran más champán y todo el mundo tuvo una copa en la mano pocos minutos después. Fue hasta el escenario y cogió el micrófono. Todos guardaron silencio. La mirada de Jenny fue hacia sus dos amigos que continuaban abrazados y sonreían como dos estúpidos.

—No me puedo creer que esto haya pasado... —rio mirándolos—. Os casáis... Carol, Will... os quiero. Sois parte de mi vida desde siempre y no sé qué haría sin vosotros. Os vais a casar y yo solo puedo decir una cosa: enhorabuena.

Sonrió y vio a David al lado de Anna. Él le sonrió de esa manera torcida tan arrebatadora y ella negó con la cabeza. Incluso en ese momento la desconcentraba. Levantó su copa y todo el mundo la imitó.

—Brindemos por la feliz pareja.

Todos sonrieron hacia ellos y después bebieron de sus copas.

—No penséis que he terminado — siguió consiguiendo que todos le hicieran caso de nuevo—. Se me acaba de ocurrir una cosa. Vamos a haceros vuestro primer regalo de bodas. Anna, sube aquí, te necesito.

La morena sonrió sabiendo perfectamente lo que iban a hacer. Se acercó a su hermano y besó su mejilla

para luego abrazar a Caroline y pellizcarle en el culo consiguiendo que ella riera.

—¿Qué van a hacer? —preguntó David a Gary.

—Creo que tengo una ligera idea... Ya verás, te va a gustar.

Las dos chicas estuvieron hablando con Steve un rato mientras buscaban algo en el portátil que había junto a la mesa de mezclas. Cuando terminaron con lo que sea que estaban hablando las dos se pusieron en el centro del escenario y miraron a los novios.

—¡Sois una pareja de idiotas! —gritó Will hacia ellas.

Sabía perfectamente lo que iban a hacer.



—Te queremos, Will —anunció Anna por el micro—. Y a ti, Carol, te adoro. Ahora vas a ser mi cuñada, no sabes lo feliz que me hace. Y por eso...

—...porque os queremos y sabemos que esto os encanta...

—¡Va por vosotros!

David las miraba frunciendo el ceño. Caroline aplaudió anticipándose a lo que fuera que iban a hacer. Gary pasó un brazo por sus hombros y sonrió.

Las primeras notas de una canción que él reconoció al instante empezaron a sonar. Jenny y Anna estaban de espaldas al público y se movían al ritmo de la música. Se volvió a mirar a Gary.

—¿Build me up, Buttercup? —preguntó levantando una ceja.

—Tenían una especie de espectáculo típico en Navidad, todos los años desde que cumplieron cinco cantaban la misma canción. A William le encantaba. Son geniales...

David volvió la mirada al escenario y entonces Jenny se dio la vuelta hacia el público.

—Why do you build me up? — Empezó.

—Build me up —Anna hacía los coros.

—Buttercup, baby just to let me down...

—Let me down.

—And mess me around, and then worst of all...

—Worst of all.

—You never call, baby, when you say you will...

—Say you will.

Tenían pasos, unos pasos creados exclusivamente para esa canción. Se movían cruzando los pies por delante y luego por detrás mientras cantaban, movían sus brazos a un lado y a otro, ¡incluso daban vueltas sobre sí mismas! Todos los invitados aplaudían entre risas por lo inesperado de ese espectáculo.

—Buttercup, don't break my heart...

—las dos movieron el culo de lado a lado con el sonido de la música y él no podía dejar de sonreír—. "I'll be over at ten", you told me time and again. But you're late, I wait around and then...

—Bah-dah-dah! —cantó Anna haciendo reír a la gente.

—I run to the door, I can't take any more, it's not you, you let me down again.

—Hey, hey, hey! baby, baby, try to find —ahora cantaban las dos a la vez mientras hacían gestos con las manos para que el resto las siguiera—. Hey, hey, hey! A little time, and I'll make you happy. Hey, hey, hey! I'll be home, I'll be beside the phone waiting for you...

—Uuuuhhhh... —Jenny canto y enfocó el micro hacia el público.

David se sorprendió a sí mismo cantando con todo el mundo.

—Uuuuuuhhhh....

Se metieron al público en el

bolsillo. A partir de ahí no cantaron una la letra principal y la otra los coros, entonces ellas cantaban y todos los ahí reunidos hacían los coros, incluido él mismo que sonreía como un gilipollas viendo a su chica hacer ese bailecito con Anna, moviéndose de lado a lado del escenario. Ambas se sabían perfectamente la canción, el baile que inventaron hacía tantos años y conocían el efecto que tenía en los demás.

Se volvió a repetir el momento en que todos gritaban entusiasmados.

David incluso levantó el brazo en el aire preso del embrujo del momento. Joder, ¿de qué año era esa canción? ¿Cuántas veces siendo niño la cantó saltando en su habitación? Hacía siglos

que no la escuchaba. Jenny era una caja de sorpresas, jamás dejaba de sorprenderle con cosas que le dejaban con la boca abierta.

Verla ahí, bailando para sus amigos, dedicándoles esa canción, cogiendo a Anna de la mano para hacerla girar, sonriendo mientras cantaba, con su pelo alborotado en todas direcciones... ¿Acababa de pensar que era demasiado pronto para decidir que esa era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida? En ese momento se dio cuenta de que eso era exactamente lo que quería.

Pasar al lado de Jenny todos y cada uno de los días que le quedaban por delante, tener hijos con ella, aguantarla

con su mal humor para siempre, ser la única persona con la que hiciera el amor el resto de su vida. No podía pensar en el futuro si ella no estaba en él.

Su revelación quedó interrumpida por los gritos de las dos mujeres subidas en el escenario que ya habían terminado su apoteósica interpretación. Todos aplaudieron entre risas y silbidos. Ellas hicieron unas graciosas reverencias a modo de agradecimiento. Entonces Jenny se acercó a Anna y le susurró algo al oído. La pequeña al principio negó a lo que fuera que le estaba pidiendo pero luego sonrió de oreja a oreja y lanzó una rápida mirada a todas las personas congregadas bajo el escenario.

—Oh, no... —murmuró Gary—.

Otra vez no...

Y echó a andar rápidamente hacia los pies del escenario. David lo miró frunciendo el ceño sin saber qué era lo que le había hecho salir pitando hacia allí. Sus dudas tuvieron rápida respuesta cuando vio a esas dos locas dar unos pasos hacia atrás, levantar los brazos en el aire y soltar una especie de grito de guerra justo antes de echarse a correr y saltar, sí, saltar del maldito escenario.

—¡No me jodas! —gritó justo antes de echar a correr con cara de auténtico pavor.

Las dos se tiraron sobre el público que las recogió por obra y gracia divina ya que nadie esperaba que fueran a hacer algo así. Bueno, quizás no nadie.



William y Caroline estaban allí con los brazos abiertos porque vieron sus intenciones al igual que Gary.

No era la primera vez que hacían algo así.

Anna gritaba mientras la sujetaban entre varias personas, no dejaba de mover los brazos en el aire creyéndose Superman o alguna especie de superhéroe. Jenny reía a carcajadas mientras las personas que la habían cogido tras su vuelo la empezaban a dejar en el suelo. Su falda se levantó más de lo debido y se le vio parte del culo. David llegó hasta su lado negando con la cabeza.

—¿A ti qué cojones te pasa?! —  
bramó cogiéndola del brazo.

Las personas a su alrededor los miraron con una mezcla entre sorpresa y diversión, a todos les había resultado extremadamente gracioso que se lanzaran de esa manera sobre el público y por eso no esperaban esa reacción por parte de David.

Por suerte no había gritado demasiado y solamente un par de chicos de seguridad y Carmen se habían enterado. Conocían la forma de ser del asesor de Jennifer porque les había tocado escucharles pelear en alguna ocasión entre pruebas de vestuario o conciertos. No se sorprendieron demasiado.

Jenny levantó la cabeza y le miró sin dejar de sonreír.

—¿Te ha gustado? —preguntó con ilusión y con claro tono alcoholizado.

—¡Eres tonta! Te podías haber matado.

—¡Bah! No seas exagerado.

Se soltó de su agarre para darle un par de palmaditas en la mejilla. Fue corriendo hasta Anna, se lanzó a abrazarla y las dos rieron como idiotas.

—¡Está siendo el mejor cumpleaños de mi vida! —gritó en el oído de su amiga mientras las dos saltaban.

David las observó atónito. ¿En serio eso estaba sucediendo? ¿De verdad acababan de saltar del escenario y a todo el mundo le había parecido la mejor idea del mundo?

Malditos borrachos insensatos...

Se dio la vuelta y entró dentro de la casa. No se sentía con fuerzas para seguir aguantando las estupideces de toda esa panda de inconscientes.

La música volvió a sonar. De nuevo house atronador de la mano de Rob Myers que estaba dedicando la canción que sonaba a la feliz pareja que pronto abandonaría el estado de soltería.

Fue hasta la puerta de entrada de la casa y se sentó en las escaleras. Tomó aire y lo expulsó lentamente, intentando relajarse. Miró su reloj y vio que eran las dos de la madrugada. La música se escuchaba con perfecta claridad y sería cuestión de tiempo que los vecinos llamaran a la policía. O puede que

estuvieran acostumbrados a ese tipo de fiestas por esas fechas. Se quedó pensativo unos segundos. ¡Peor aún! Puede que los propios vecinos estuvieran en esa fiesta poniéndose hasta arriba de cócteles y disfrutando de las locuras de Jennifer.

Negó con la cabeza.

Esa mujer iba a terminar con su cordura.

Se llevó la mano a la cabeza y empezó a masajearla. Necesitaba relajarse, necesitaba tranquilidad, necesitaba... una copa.

Jenny bailaba con Eric (otro de los

chicos del esquiipo de seguridad del equipo de William) mientras levantaba su copa en el aire al ritmo de Seek Bromance. Le encantaba esa canción. Todo el mundo cantaba mientras las luces dentro de las bolas de papel se movían de lado a lado por la suave brisa que hacía más llevadero el calor húmedo de la isla. Caroline y William bailaban abrazados aunque no pegara en absoluto con ese tipo de música, estaban en su burbuja de amor y no pensaban separarse ni un milímetro. Anna movía sugerente las caderas frente a un despeinado Gary que estaba a punto de empezar a babear. Jenny les vio y se acercó a él sonriendo.

—¿Vas a tardar demasiado a

atacar?

La miró abriendo mucho los ojos.

—Vamos, Gaz, te lo está poniendo en bandeja...

—No quiero que piense que solo quiero echar un polvo con ella — susurró en su oído mientras Anna empezaba a bailar con Carmen.

—Ella sabe que no es solo un polvo.

Él la miró un poco sorprendido al principio y después sonrió. Jenny le pasó la mano por la cintura y se apoyó en su hombro.

—¡Ay, mis chicos! Se me hacen mayores. Unos se casan, otros están enamorados...

Él rio y la abrazó con fuerza.

—Tú también te haces mayor, Jen.

—Yo sigo siendo como era hace cinco años, Gaz.

—Eso es mentira y lo sabes.

Se separó de ella y la miró fijamente a los ojos. Jenny no pudo resistir el poder de la celeste mirada de su amigo y rodó los ojos.

—Está bien...—admitió a regañadientes haciéndole reír—. Puede que esté un poquito colada por alguien.

—¿Un poquito?

—Vale... un demasiado.

—Pues ve a buscar a tu hombre que yo voy a seducir a una hermosa hada del bosque.

—¡Querrás decir a una bruja malvada! —rió Jenny mientras se



separaban.

Él la miró con una enorme sonrisa y se dio la vuelta para caminar hacia Anna. Vio cómo cogía su mano y la besaba con dulzura. A su amiga casi se le salen los ojos de las órbitas. Rio entre dientes observándolos. Empezaron a bailar y se dijeron algo al oído, les vio sonreír y así, sin más, se besaron. Estuvo a punto de empezar a aplaudir y gritar pero decidió no hacerlo. No quería fastidiarles el momento.

Se dio la vuelta y buscó a David con la mirada. ¿Qué hora sería? ¿Hacía cuánto no le veía?

Recorrió toda la terraza pero no había ni rastro de él. Caminó por la planta baja de la casa y esquivó a las

personas borrachas por ahí repartidas. Preguntó a dos chicas que salieron del cuarto de baño pero ellas no supieron decirle nada. Decidió salir a buscarle por la playa porque la simple idea de ponerse a subir escaleras le pareció imposible. Era mirar hacia arriba y se mareaba.

Volvió a pasar entre la gente reunida en la terraza. Fue hasta el camino iluminado con velas que llevaba hasta la playa y que Anna había preparado para esa noche. Estaba todo precioso. La luna brillaba en el cielo reflejándose en el agua del mar, las velas le daban a todo un aspecto erótico, sensual... Se sintió acalorada de repente. Malditos cócteles de Gary...

Había parejas besándose y gente tirada en la arena probablemente durmiendo la borrachera, pero no veía a David por ninguna parte.

—¡Jenny! —escuchó su voz desde alguna parte.

Se volvió pero no le vio tras ella. Estaba demasiado borracha y no era capaz de percibir del todo bien desde dónde la estaban llamando.

—¡Jenny!

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!

Entonces vio a alguien haciendo aspavientos delante de ella, justo en la orilla de la playa. Comenzó a caminar sonriendo. Conforme se iba acercando a él fue frunciendo el ceño porque algo le

resultó extraño.

David no llevaba camisa, la luz de la luna incidía sobre la piel desnuda de su pecho. Su pelo estaba completamente revuelto. Le pareció que se balanceaba ligeramente, pero eso era claro efecto del alcohol que ella había ingerido, todo le daba la impresión de estar moviéndose. Cuando se encontró a dos pasos de él y pudo observar su rostro se quedó parada donde estaba.

—¿Qué tal, Jen?

Arrastró las palabras mientras hablaba. ¿Se lo estaba imaginando o estaba borracho?

—¿Has bebido? —le preguntó mirándole sorprendida.

—Un poquito —sonrió—. No podía

aguantar toda esa locura sin echar un trago.

—David...

—No digas nada —la cortó dando un paso hacia ella—. Solo he bebido algo de vodka, nada más.

—Pero...

—Sshhhhh... —cogió su mano y la colocó sobre su corazón—. No pasa nada, cariño, no pasa nada.

Jenny le miraba frunciendo el ceño mientras él no dejaba de sonreír. Su mente no funcionaba como lo haría en un estado de sobriedad absoluta pero sabía perfectamente que eso no era bueno. ¿David bebiendo? ¿Qué coño había pasado para que bebiera?

—No pienses —murmuró él

cogiéndola con la mano libre por la cintura.

—¿Cómo que no piense?! —le increpó apartándose de él—. Has estado bebiendo... Tú... tú... has bebido.

—Y tú también, ¿qué pasa entonces?

—Yo no...

—¿Tú no qué, Jenny? —Gritó con rabia dando una patada a la arena de la playa que la hizo retroceder hacia atrás asustada—. ¿Tú no qué? ¿Tú no has estado en un centro de rehabilitación? ¿Tú no has sido un puto yonki de mierda que hizo la vida de su familia un infierno? No, Jennifer, tú no has sido nada de eso... —rio con amargura—. Sigue engañándote a ti misma.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?

David se llevó las manos a la cabeza y revolvió más su pelo, frustrado.

—No puedo soportar todo esto, no puedo estar ahí tan tranquilo mientras tú te tiras de un escenario sin pensar que podrías caer al suelo y partirte la crisma. No puedo aguantar eso mientras todo el mundo a tu alrededor se parte de risa porque les parece la cosa más graciosa del mundo. No puedo porque me asusto, porque no puedo lidiar con el hecho de tener que estar ahí intentando que no cometas ese tipo de locuras. ¿Qué pasa si algún día haces algo que te causa algún daño?

Le miró a los ojos y vio el dolor

que reflejaban.

—No podría soportar la carga de que algo así pasara. Sería mi culpa, mi puta culpa.

—¿Qué dices, David? —susurró entre lágrimas.

—¡Soy tu asesor, joder! —Gritó haciéndola dar un salto hacia atrás—. Todo lo que te pase mientras yo esté a tu lado y no impida será mi culpa, ¿aún no te has dado cuenta? He hecho la vista gorda ante muchas cosas porque me he enamorado de ti, porque te quiero...

De nuevo se llevó la mano al pelo y tiró de él con frustración. Ella estaba ahí paralizada, no podía moverse, no entendía nada.

—No sé si puedo soportar esto —



soltó él de repente mirando hacia la casa.

—¿El qué?

—Seguir a tu lado viendo cómo te destruyes.

Jenny sintió que su corazón dejaba de latir y se resquebrajaba.

—David... yo... —estiró la mano para coger la suya pero él se la apartó con brusquedad.

—No, necesito estar solo. Será mejor que te vayas.

Se dio la vuelta para quedarse mirando al mar y ella siguió a su espalda unos segundos, con las lágrimas nublando su vista. Finalmente dio un paso hacia él y acarició su espalda.

—David...

—¡He dicho que te vayas!

Jenny dejó escapar un sollozo y se tapó la cara con las manos, no lo pensó más y echó a correr hacia la casa.

David observó la superficie del agua un instante justo antes de cerrar los ojos y empezar a insultarse internamente por lo que acababa de hacer.

LA HISTORIA

CONTINUA EN...

MARTA FRANCÉS

AMANDO  
*a la*  
ESTRELLA





# *Agradecimientos*

Esta historia fue leída hace tiempo por personas de todas partes del mundo a través de internet. Gracias a los comentarios que en su día hicieron y a los ánimos que me dieron consiguieron que no la dejara olvidada en un cajón y que haya llegado a convertirse en esto que acabas de leer. Gracias, mis estrellas.

Quiero dar las gracias a Red Apple Ediciones por creer en mí y en esta novela, y a Shia por sus preciosos diseños.

A Raquel, porque puede que las palabras del principio no hayan sido suficientes. Sin ti esta novela no existiría, ya lo sabes. Te quiero muchísimo. Cuando Lucía sea mayor dejaremos que la lea, ¿te parece?

Infinitas gracias a mis chicas, que se están volviendo lectoras por mí y eso es algo muy grande. Tenemos que celebrarlo con una noche de mujeres a la vieja usanza en la que no puede faltar ese gran amigo nuestro llamado José Cuervo. Mis amores: Kas, Naty, Pilar, Sandra... Y a mí otra Pilar, la que está lejos, que sigue ahí al pie del cañón leyendo todo lo que le envío para darme su opinión, gracias. Os quiero a todas.

Gracias también a Ana Melero por

estar siempre cerca y emocionarse con mis logros, a Tania por ser mi prima/hermana que revisa novelas y prepara correcciones, y a Elisa por su apoyo desde el primer día.

No me puedo olvidar de Saso, “mi representante”. Contigo todo lo malo puede convertirse en bueno. Gracias por ser mi mejor amigo, mi apoyo y mi paño de lágrimas.

A mis padres, por estar siempre ahí apoyándome y dándome las fuerzas que a veces necesito para seguir adelante, aun cuando yo no sabía que me faltaban. Y a mi hermano, Víctor, puedes ser un grano en el culo a veces pero te quiero hasta el infinito y más allá.

Y por último, pero no menos



importante, a mi chico. Ese al que a veces siento ganas de asesinar lentamente y otras veces me lo comería a besos. Sí, tú, el que ha leído antes que nada estas últimas páginas para ver si había algo para ti... Te quiero.



Red Apple Ediciones

Marta Francés©2016